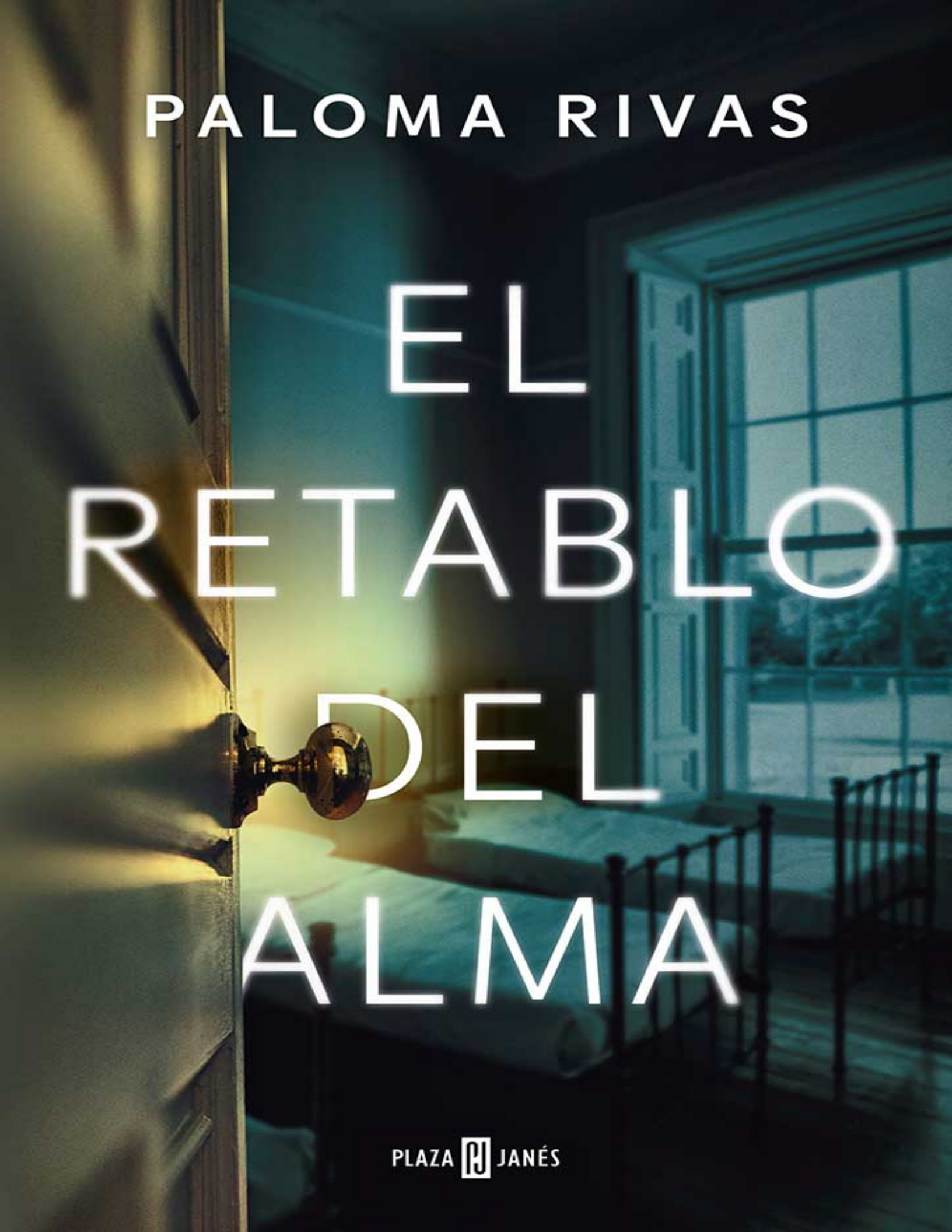

PALOMA RIVAS
EL RETABLO DEL ALMA
PLAZA JANÉS

PALOMA RIVAS

EL RETABLO DEL ALMA

PLAZA JANÉS

A mis abuelas

Y dijo Dios: sea la luz; y fue la luz.

Génesis, 1:3

El amor es la única forma de captar a otro ser humano en lo más profundo de su personalidad.

VIKTOR FRANKL

1

A las afueras de la inhóspita Jessheim, el internado masculino se alza junto al lago Nordbytjernet, aislado bajo más de un metro de nieve.

Son los cuervos los únicos responsables de quebrar el ensordecedor silencio de los bosques noruegos. Esos truhanes de plumaje negro entonan una sinfonía inacabada aunque una vida sí lo haya hecho.

No son las sombras de su aleteo, sin embargo, las que avanzan sobre los muros del internado, sino la madrugada, frígida, golpeando la fachada como si anunciara la promesa de un conflicto.

A estas horas solo el conserje y su mastín han despertado de su letargo y pasean por el camino de tierra, sepultado por más de un metro de nieve que bordea las aguas heladas del lago Nordbytjernet.

Entonces lo ve. El conserje atisba un vehículo en las inmediaciones. El coche, un Tesla Model S, se dirige a las aguas desde la solitaria área de aparcamiento. Ni siquiera el espesor de la nieve consigue frenar al bólido en llamas.

En los cielos, el resplandor del fuego, por un instante, crea la ilusión de una aurora boreal. Dentro del coche, en cambio, se dibuja una escena más propia del infierno. Unas botellas del costoso vodka

de Christiania chocan entre sí, crujen y estallan bajo la presión del calor.

—*Hva pokker?!* ¡¿Qué demonios?! —exclama el conserje—. ¡¿Qué demonios?! —expresa de nuevo, consternado ante el escenario.

Las llamas desatan una procesión de trazos luminosos que se extienden sobre la tundra. El mastín ladra, aterido. El conserje introduce la mano trémula en el bolsillo del chaquetón y extrae unos pequeños prismáticos con los que comprueba cómo el coche ya ha alcanzado la capa de hielo. Horrorizado, descubre un cuerpo en el interior del vehículo: una persona alicaída vuelca su tronco sobre el volante. El conserje, torpe, mete la mano derecha en el bolsillo del chaquetón para sacar el móvil, pero los guantes acolchados dificultan marcar a los servicios de urgencias.

—¡Una ambulancia! Al lago, ¡ya!

Un estruendo amedranta al mastín, que ladra afligido y lanza unas patadas hacia atrás con sus patas traseras en señal de protesta. Las ventanillas del coche han explotado. El Tesla reposa ahora sobre la capa de hielo hasta que, como era previsible, esta se resquebraja bajo sus ruedas. El conserje tiene la respiración entrecortada. «La matrícula», se dice. Tiene que comprobar la matrícula. Vuelve a ayudarse de los prismáticos para cumplir con este menester.

—No es nuestra, Titán —expresa a su mastín.

Él respira con cierto alivio, si es que puede sentirse aliviado frente a una situación así. El Tesla perfectamente podría haber sido propiedad de uno de los trabajadores, pero no, la matrícula no corresponde a ninguno de ellos: se las aprendió todas de memoria.

Lleva más de veinte años trabajando en un internado juvenil; este lugar de disciplina severa y rutinas férreas le ha enseñado a

aplicarse esa misma rigurosidad.

Uno de los motivos por los que acabó allí fue su cojera: esa limitación física, que en otros destinos habría sido un impedimento, le valió el permiso para quedarse tras un escritorio, vigilando a los chicos desde la mirilla y en régimen de silencio.

El hombre, además, desconoce que aquella persona del interior del vehículo había fenecido tiempo antes de ser devorado por la más absoluta nada. El alma del fallecido dejó de sufrir; descansa, aunque tal vez no lo haga en paz.

Cada orificio del cadáver se llena de agua. Regresa a los orígenes: agua somos y en agua nos convertiremos. El vehículo se sumerge en la negrura, la llamarada comienza a disiparse.

—*For gudene.*

Un copo de nieve se posa en el antebrazo del conserje; la blancura pura resalta sobre el chaquetón azul índigo que viste. El hombre queda anonadado por la perfección simétrica de la naturaleza, por esa geometría imposible que se deshace en cuestión de segundos. Piensa entonces que la vida no debería sentirse como un dolor crónico, que no todo tendría por qué ser sufrimiento. Piensa en esta muerte: una más, otra más, otra cifra que se suma con tintes de suicidio. El pasado año, Noruega registró quinientos quince fallecimientos autoinducidos. Quinientos quince nombres borrados del registro de los vivos.

El conserje alza la vista. «Esos bichos carroñeros», como él los llama, sobrevuelan el lago, excitados por el ulular de las sirenas. El aire helado corta la respiración; a cero grados, hasta la vibración que emana un pájaro en su cantar se vuelve visible: toma forma, es real.

Las sirenas se aproximan; los sanitarios reproducen el mismo trayecto que recorrió el Tesla antes de hundirse. Su llegada arranca al conserje de la breve ensoñación en la que se sumía, una ensoñación con tintes de pesadilla, pero también cargada de una reflexión que rara vez suele permitirse. «Pensar demasiado es enemigo del hombre», se dice.

Los verdaderos especialistas en rumiar, sin embargo, son los jóvenes del internado, pese a que pudiera parecer lo contrario. Estos muchachos pasan demasiado tiempo consigo mismos: su principal entretenimiento es el ruido interior que les guía. A veces, hacia ninguna parte.

—Van a hacer muchas preguntas —susurra el conserje.

Y es muy probable que la policía también quiera hacerlas. Todo dependerá de qué identidad guarda el cuerpo dentro del coche. De hecho, si vuelve la vista al edificio, ya puede advertir las luces encendidas y las siluetas tras las ventanas que a estas horas aún suelen permanecer dormidas. Los chicos ya saben que algo ha sucedido. El psicólogo del centro tendrá que explicarles por qué alguien ha decidido suicidarse prendiéndose fuego y después entregándose al hielo.

—Les va a encantar —dice con sarcasmo.

El conserje pasa la mano por encima del pelaje de su mastín: busca calma. Sabe que el resto de la jornada no va a ser tranquila. Ni esta ni las siguientes que vendrán. Lo que supone un fastidio por momentos y casi una motivación por otros. Se siente culpable por pensar eso, pero es que aquí, a orillas del lago Nordbytjernet, la vida no suele ser muy entretenida. La vida no suele ser vida.

Aquí, donde el sol se acuesta a las tres de la tarde y deja tras de sí una oscuridad de plomo, el invierno se convierte en el narcótico más potente del mercado. Las noches interminables erosionan el ánimo hasta quebrarlo.

Y aunque los equipos de salud mental del país se esfuercen por contener la estadística que engulle cada vez a más cuerpos, el conserje se pregunta qué sentido tiene jugar a ser Dios con almas ya dañadas. ¿Cómo rescatar a quienes han decidido rendirse a la lucha?

Aquí, las voces de los suicidas se pierden en la despoblación, apagada tras los muros de madera de casas vacías. En Noruega nadie parece dispuesto a escuchar a sus vecinos. Nadie parece dispuesto a escuchar su propia historia.

Ahora, en este despertar, mientras los sanitarios bajan de la ambulancia y preparan la camilla, es el sonido de las sirenas de la policía —o tal vez de los bomberos— el que desgarra el ensordecedor silencio de los bosques.

Ahora, el conserje vive un estrépito, fuera y dentro de él: se pregunta quién habrá decidido acabar de manera tan aparatosa con sus días. Se pregunta —con sinceridad— si esa persona al volante podría haber sido él mismo.

2

13 de marzo de 2013:
Habemus Papam.

Son las 19:05. El teléfono móvil, escondido en el bolsillo de los vaqueros de Lis de la Serna, vibra de una manera incesante, molesta.

—Puto Twitter —murmura.

Desde ayer la gente anda inquieta: dos fumatas, dos negras. La ciudad ha sido invadida por una molesta euforia mediática que resquebraja, a pesar del exceso de turismo, la solemnidad que habitualmente la ampara.

Lis alza la mirada al baile de estorninos que sobrevuela los mausoleos del cementerio del Verano: su danza fúnebre la mantiene hechizada. Le reconforta pensar que en el Cielo hay cabida para todos.

Acaricia con los pulpejos la cadenita con un colibrí de oro blanco que sus antiguas pacientes, las chicas de la residencia Santa Teresa donde ella ejerció como psicóloga jefa, le regalaron por su treinta y un cumpleaños. Lis guarda esos recuerdos en un espacio al que no accede con frecuencia. Podría decirse que posee una facilidad casi innata para enmascarar el dolor ajeno, para hacerlo suyo e integrarlo desde una perspectiva que, lejos de resultar compasiva, le permite

seguir hacia delante. «¿No es eso lo que hacemos los psicólogos?», se pregunta. Eso cree: reivindican la ternura que les despiertan los más vulnerables, aunque a menudo desde una forma íntima de autodestrucción.

Ahora Brisa, su perrita, la despierta. El espeso pelaje negro roza las piernas de la psicóloga. El movimiento del rabito la alerta de que alguien se acerca. Es la pareja de Lis, el inspector Francisco Palacios.

—Lis, ¡por fin! —dice Palacios—. ¿No has oído el móvil?

—Lo siento: lo puse en silencio.

—Como siempre.

Él brinda arrumacos a la perrita para después besar a la joven en la frente.

—Imaginé que estarías aquí —concluye.

«Sí, estoy aquí, o eso creo», piensa ella. Está en el cementerio del Verano, pero se siente tan abrumada por los recuerdos que bien podría estar atrapada entre los acantilados de la Costa Quebrada.

El pasado lunes se cumplieron tres meses desde que su querido capellán los dejara —aquel anciano que los acompañó a la ciudad de Roma—. El capellán se marchó como se va la gente que nunca debería marcharse: sin hacer ruido. En sus últimos suspiros sonrió a la vida que dejaba atrás, dijo sentir una calma muy placentera. La morfina para paliar aquel extendido cáncer de huesos ayudó a ese menester, claro.

Palacios toca el hombro de Lis.

—¿Nos vamos? —pregunta él—. El tráfico está imposible.

«Estamos en Roma —piensa ella—. El tráfico no está imposible: Roma es un maravilloso caos imposible».

—Y, bueno —incide—, tenemos que hablar.

Dentro del coche, Lis baja la ventanilla e inspira algún que otro *vaf-fanculo* a consecuencia de la temeraria forma de conducción romana. Se le escapa una risita. El ambiente resulta caótico, pero le parece entrañable. Desde el primer día que puso un pie aquí, sintió que pertenecía a sus empedrados, sintió que había llegado a su destino, que al fin estaba en su hogar.

—Al capellán le habría gustado ver esto —comenta Palacios.

—¿Tú crees?

Él se jacta.

—¿Con la tirria que le tenía al papa austriaco? ¡Ya te digo! Quienquiera que sea el nuevo, él habría estado más de acuerdo.

—Todos son iguales.

—No es verdad.

—Todos representan lo mismo.

Lis ojea por el retrovisor del copiloto a la comitiva de coches que los bordea. Palacios enciende la radio y sube el volumen al máximo: el regreso a su piso promete ser un escándalo donde el malestar de la pareja pase inadvertido entre los cánticos y rezos de los fieles. Y es que cada una de las emisoras de la ciudad, y de las emisoras de los alrededores, retrasmiten con ímpetu la elección del nuevo papa de la Iglesia católica apostólica romana. «Tal y como no podía ser de otra manera», se dice Lis.

Ella consultó el móvil. El repiqueteo incesante no solo provenía de Twitter: tenía tres llamadas perdidas de su pareja y otras tantas de un número oculto, todas ellas ahogadas en una maraña de notificaciones. Amigos y familiares insisten en saber qué «ambientillo» se respira en Roma, como si ella fuera una enviada especial al Vaticano, como si estuviera de vacaciones.

Palacios se percata de que Lis ha comprobado el listado de llamadas.

—Otra vez ha llamado —la informa.

La psicóloga comprende quién es la dueña del número oculto.

—¿Qué quería? —pregunta Lis.

Su pareja responde a golpe de claxon.

—Dijo que quería invitarte a su fiesta de cumpleaños.

—¡Agh!

Él aprovecha su quejido para reprocharle que fue ella —Lis— quien quiso comprar una vivienda del siglo XVIII en las proximidades al Castelo de Sant'Angelo. «Y es cierto, Lis», se dice. Por razones maquiavélicas —o así lo contempla—, su subconsciente ha intentado sustituir al ángel exterminador del cementerio de Comillas por el arcángel san Miguel del castillo: el general romano que descendió de los cielos para salvar a esta ciudad de la peste. De la peste sí, pero de los humanos, sospecha Lis, no lo consiguió.

Palacios prosigue con su retahíla quejumbrosa acerca de la nefasta decisión que Lis tomó sobre la ubicación del piso. De los diez escasos minutos a pie que tarda en desplazarse a la Embajada de España no menciona palabra. De la fortuna que supone vivir en el centro neurálgico del mundo antiguo no menciona palabra. Ella decide dejar de escucharle para perderse entre los cláxones y sus propias ideas.

Su pareja la ojea con una de esas miradas paternalistas suyas que la desquician. Él lo sabe, por lo que decide cambiar su estrategia y retomar la conversación por donde la dejaron: ella y la llamada para asistir al supuesto cumpleaños.

—Le he dicho que no me parece una buena idea —expresa finalmente Palacios.

«¿Cómo va a ser una buena idea?», piensa Lis. Una de las peculiaridades de las sombras es que, por más que pretendas huir de ellas, siempre te persiguen. Y ella es una de esas sombras.

Además, desde que ella iniciase su trayectoria en el CNI, las comunicaciones ya se habían dilatado en el tiempo, cosa que Lis aborrece, cosa que la perturba. Ella, la agente Marina, es el recordatorio de que aquello a lo que se enfrentaron en Comillas fue real: una escalera para escapar de las profundidades de la disociación psicológica.

Palacios sube el tono de la radio.

—Mis hermanos cardenales han ido casi al fin del mundo a buscarme.

Es la voz del recién elegido sumo pontífice de la Iglesia cristiana católica. El hombre pronuncia su primer discurso a ojos del mundo, de los millones de creyentes, de Roma.

—Les pido que recen al Señor para que me bendigan —expresa el anciano—. *Urbi et orbi*.

3

Giovanni Zimmer, el sargento mayor de la Guardia Suiza Pontificia, permanece firme en la puerta de uno de los baños de la basílica de San Pedro.

Aguarda, dentro del baño, a que el nuevo y flamante papa peine sus arrugas frente al espejo, donde el anciano ha encontrado un efímero resquicio de paz. El hombre acaba de tomar consciencia: jamás volverá a estar solo. Y un pesar le invade.

—Yo no quería esto —musita en su natural deje porteño.

El papa es un hombre de inteligencia pertinaz que no ha permitido que el tiempo devore al niño que aún lo habita y, a veces, todavía lo gobierna. Pero en Roma, en el Vaticano, el tiempo discurre de otro modo.

Así, el obispo es consciente de haberse dejado arrastrar por la solemnidad del instante. Cuando le preguntaron si aceptaba el nombramiento respondió que sí.

—Aunque soy un gran pecador —respondió.

El sargento, Giovanni Zimmer, percibe en el papa un atisbo de inquietud, una congoja que turba su espíritu. El sargento teme que el anciano se cuestione si aquellos rumores que circulan por las escalinatas de Santa Marta son ciertos.

Zimmer sabe bien que la renuncia del anterior pontífice se debe a razones de mayor calado que ese supuesto insomnio que parecía haber nublado su buen juicio. También comprende que los motivos que han llevado a la elección del obispo argentino, contra todo pronóstico y en una dirección progresista, escapan al alcance de la mente de los fieles.

«Dios no necesita de intermediarios», se dice el sargento mayor.

La elección requirió de varias tediosas jornadas de enclaustramiento en las que el arzobispo de Milán resonaba como claro favorito. El actual papa quedó asombrado al saberse elegido sumo pontífice tras la quinta votación. El reloj marcaba las 19:05 cuando el Colegio Cardenalicio tuvo a bien cambiar su destino.

Giovanni Zimmer acompañó al anciano en la sala de las Lágrimas mientras lo vestían con los ropajes de su nuevo destino. Allí, uno de los vestidores de la familia Gammarelli —responsables de vestimenta del papa— contó que una gaviota blanca se había posado en la chimenea justo antes de que la fumata blanca anunciase que los cristianos dejaban de estar desamparados.

—Estúpidas señales divinas —musita el sargento, quien no puede mostrar, y jamás lo hará, su descontento por la elección.

Esta no era la primera vez que el argentino resonaba como posible vicario de Cristo en la Tierra. Años antes, en el cónclave donde fue elegido su antecesor, quedó en segundo lugar. El entonces obispo de Buenos Aires rogó con ímpetu a sus compañeros que no lo votasen. Había otros ciento dieciséis cardenales menores de ochenta años en mejores condiciones físicas, mentales y espirituales para ejercer la función que el cónclave estaba dispuesto a otorgarle. Pero en esta

ocasión, y debido a las confusas razones de este periodo interregno, el argentino se ha visto en la posición de agachar la cabeza.

—Que Dios os perdone por esto —dice Zimmer en su fuero interno.

El controvertido nombramiento de este papa ha revolucionado a los teístas más conservadores, pero también a los más escépticos. En Twitter se emiten más de ciento treinta mil mensajes por minuto en los que se establecen cientos de conjeturas sobre el porqué ha sido escogido un hombre que ha solicitado protección a los cielos en su primer discurso dirigido al pueblo.

Ahora, en el baño, se recuerda bajo el abrigo de la capilla Sixtina. Se recuerda contemplar cómo el dedo de su Dios creador está a punto de tocar al del falible humano. Aquel techo, en sus inicios, fue una bóveda estrellada. Por un instante, el anciano esboza una sonrisa al reencontrarse con el niño que fingía no aprender las constelaciones solo para regresar al encuentro de su abuelo.

Pero, al detener la mirada en otro de los testeros, siente cómo una congoja lenta le sube por el pecho: el Juicio Final. Miguel Ángel lo pintó bajo la presión de voluntades ajenas, acosado por unas expectativas que no eran suyas. Y en ese acoso él se reconoce, forzado a ocupar un lugar que no ha elegido, que siente que no le pertenece.

—¿De qué sirve ganar el mundo, si al final pierdes el alma? —susurra para sí citando a San Ignacio de Loyola como quien se aferra a una verdad que apenas puede sostener.

Zimmer decide tocar la puerta del baño con los nudillos y advierte a su papa de que va a acceder al interior.

—*Signore* —expresa el sargento.

El argentino no dice palabra. Le sosteniente la mirada y la resignación con elegancia.

—Están depositando demasiadas esperanzas en un jesuita.

Zimmer no responde directamente, pero recupera las peticiones que el anciano ha realizado al pueblo en su discurso de nombramiento: «Rezad por mí —dijo. Y reiteró—: Rezad por mí».

—*Signore* —expresa Zimmer, casi en un ruego—. Le esperan.

—¿Cree que podría hablar con el camarlengo?

—Hablará con él, monseñor, con calma.

El papa se agita.

—¿Con calma, joven? Nuestros mares no conocen la calma, ni nuestros marineros tampoco.

Zimmer sospecha que el anciano conoce algo que no debiese y medita sobre las noticias que le transmitió el capitán de la Guardia Suiza: el hallazgo de un hombre de nacionalidad noruega en medio de un lago y las deplorables condiciones en las que fue encontrado. Desde los servicios secretos vaticanos temen el escándalo que estallaría si la información llegara a filtrarse. Zimmer intuye que este es uno de los motivos por los que se ha elegido al argentino como el nuevo sumo pontífice de la Iglesia cristiana católica y no solo aquella supuesta necesidad de restaurar la fe en los feligreses.

Unos golpecitos en la puerta del baño advierten a los dos hombres. Es el capitán de la Guardia Suiza quien los reclama, quien reclama al papa.

—Zimmer —apela a su sargento—. *Fuori.*

El capitán comunica, desde el otro lado de la puerta, que el maestro de celebraciones litúrgicas pontificias solicita urgentemente

la presencia del recién electo papa. No pueden perder más tiempo: se han demorado demasiado. Están haciendo preguntas.

—*Signore* —expresa Zimmer—, debemos salir ya.

—Yo no tengo nada que ver, joven.

Estas palabras le dejan claro al sargento mayor que, efectivamente, el anciano conoce más de lo que ha comunicado.

Zimmer sostiene un silencio incómodo y cargado.

—Debemos salir, monseñor.

4

Lis de la Serna regresa a ella.

A la agente Marina y a la llamada que les ocupa. Sabe que la invitación para asistir a su supuesto cumpleaños no es más que una excusa velada para propiciar un encuentro lejos de oídos indiscretos. Marina no cumple años ni en este mes de marzo ni en los meses que lo siguen. A quien sí le acechan los treinta y cuatro años es a Lis de la Serna.

Ella, de repente, se descubre y se compara con la santa Catalina de Giampietrino: desnuda, expuesta junto a una rueda dentada rota y afilada. Un crujido le atraviesa el pecho. Tras lo sucedido en Comillas, decidió alejarse de todo lo que la desbarajustase y, sin embargo, es en la quietud donde se halla en un mayor caos interno. Cavila: la vejez torna en soporíferos sus días, los convierte en un círculo cerrado que la atrapa dentro, que la engulle.

Palacios pregunta:

—¿Os dejo en la esquina?

—No, vamos juntos.

«¿Por qué he dicho eso?», se pregunta Lis. El síndrome de la niña buena ataca de nuevo. Comprende la dificultad manifiesta que supone desertar de la estructura psicológica en la que te han criado.

Desertar de ti mismo puede ser peligroso. Si te marchas de ti, no queda lugar en el que refugiarse.

Aparcan en el garaje que alquilan en Corso Vittorio Emanuele, un cuchitril a coste millonario que les permite estacionar el coche y acumular cientos de objetos a los que jamás darán uso. De algún modo, eso mismo hacemos los humanos con los sentimientos: los amontonamos por si algún día nos sirven, como si lo vivido no estuviera ya descatalogado.

A la llegada a via di Tor Millina, 31, Lis arrumba la chaqueta en la alfombrilla de la entrada y ruega a la perrita que aguarde unos segundos. Palacios se molesta por la desidia con la que su pareja trata sus pertenencias. Realmente se molesta por todo.

Pero, a decir verdad, el piso se ha convertido en una pinacoteca desorganizada, un museo del caos, un reflejo del punto al que ha llegado la relación. Mientras el inspector mantiene su verborrea encabritada, Lis busca veloz la toalla con la que secar a Brisa: la lluvia romana la ha empapado. Y ella es su prioridad, el que no enferme y, como consecuencia, que no la abandone a su suerte, que Lis considera que es nula en estos momentos.

Al fin Palacios deja de regañar a su pareja para adelantar un paso: enciende el Mac y se prepara para contactar con la agente Marina Doña.

Lis se sienta ante el portátil y marca al número personal de la agente. Tras unos segundos, ella cuelga. Pero, otros segundos después, su voz resuena por los altavoces.

—Estoy dentro —dice la voz de Marina al otro lado.

La agente les facilita el acceso a una plataforma más segura a la que ella denomina ARGOS y a través de una IP corporativa. A Lis

aquello le suena a chino, a una inteligencia legada de otros mundos, y quizá, piensa, sea así.

—Te escuchamos —dice Lis.

—¿Y me veis? —pregunta la agente.

—Ahora sí.

—Habéis tardado —dice Marina.

Palacios mira a Lis y ríe.

—Venimos de pedir por el milagro de los panes y los peces.

—Más bien del vino —responde Lis, burlona.

—Pues ojalá que os lo hayan concedido —remata la agente Marina —. Vais a necesitar unas cuantas garrafas para esto.

La agente muestra las imágenes de un vehículo semicalcinado en la pantalla del ordenador. Según cuenta, el coche fue rescatado de las profundidades del lago Nordbytjernet, en Jessheim, a unos cuarenta y tantos kilómetros de la capital de Noruega.

—Menudo cochazo —dice Palacios.

Lis resopla por dentro. No puede creer que su pareja, siendo policía, no tenga otra cosa mejor que añadir a lo que están viendo.

Marina explica que el conserje del internado juvenil a los pies del lago dio el aviso a las autoridades. Apenas amanecía, el hombre paseaba a su perro cuando este empezó a ladrar advertido por el fogonazo.

—La *politi* —cuenta la agente— encontró el coche hasta la bandera de vodka.

—Sería del bueno.

—Pues sí —responde ella a Palacios—. Pero no estamos aquí por eso.

Rápidamente Lis comprende que no es el «cochazo» o el vodka lo que ha alertado al CNI.

—¿Quién iba dentro? —pregunta.

—El cuerpo pertenece a uno de los vecinos de la zona. Uno al que, por cierto, jamás habían visto beber ni una cerveza.

Palacios hace conjeturas sobre el uso de las botellas de alcohol:

—Un suicidio a lo bonzo.

Marina esquiva el comentario y prosigue.

—Björn Nielsen, el conductor del Tesla y su dueño, era un mecánico jubilado, mecánico de helicópteros. No tenía ni mujer ni hijos. Sus compañeros cuentan que Nielsen vivía para su trabajo, incluso jubilado.

Lis refunfuña. Piensa que el mecánico debió de ser otra pobre alma errante que invirtió el tiempo que se le había dado —y lo perdió— volcado en la rueda de hámster que es usar el trabajo como refugio —y como castigo—.

Ella imagina ahora al hombre en el interior del Tesla, en llamas, abrigado por la tundra y el sosiego: bucólica forma de despedirse de la vida. La escena le resulta tan atractiva como la idea de ejecutarla.

Marina retoma la palabra:

—Los interrogados describen a Nielsen como un hombre servicial y amable.

—Lo típico —expresa Lis, con ironía—: «Un buen hombre, siempre saludaba».

A Marina y a Palacios se les escapa una risita como respuesta a su comentario.

—Nielsen no solo había trabajado en Pegasus, sino que vivía desde hacía años en uno de los hangares —añade Marina—, dentro

del aeropuerto de Oslo Gardermoen y con la compañía de sus dos perros.

—¿Cómo se llamaban?

—¿Quiénes? ¿Los perros?

—Sí.

La agente Marina pierde la mirada en su pantalla; cualquiera se sorprendería por la elocuencia de la pregunta, pero ella no, ella conoce bien a Lis.

—Janto y Balio —responde—. Así se llaman los perros.

—Son los caballos de Céfiro y de la harpía Podarge.

Ahora fija la mirada en su interlocutora: espera una mejor respuesta de ella. Palacios, por su parte, también parece buscar una explicación más clara al comentario que acaba de hacer su pareja.

—Janto y Balio son los famosos caballos de la Ilíada escrita por Homero —incide Lis—. Una lectura peculiar para un mecánico de helicópteros, ¿no?

—Hay algo aún más peculiar en todo esto —prosigue Marina.

Ella comparte ahora las imágenes del cadáver calcinado de Björn Nielsen. Palacios frunce en el ceño y se arrima a la pantalla.

—¡¿Qué cojones…?!

—Tenemos los resultados de la autopsia —anuncia Marina—. Pero, como veis, podemos descartar el suicidio.

El mecánico presenta el área frontal del cráneo reventado. El ojo izquierdo ha implosionado en la cuenca. Se encuentran ante una imagen propia de Maquiavelo en la que las brasas del fuego o el gélido hielo parecen el menor motivo de fallecimiento.

—Le taladraron el cráneo con un sistema inalámbrico —explica Marina—. Una chapuza. Criminalística ha dado por hecho que esto

no es obra de un experto. Aun así, hablaron con cada uno de los neurocirujanos del país. Y adivinad qué.

—Todos tienen coartada.

—Todos tienen coartada —ratifica.

Lis contempla la imagen de la autopsia, el rostro —lo que queda de él—, en la camilla metálica del laboratorio forense. «No —se dice —, esto no es obra de un neurocirujano. No a propósito, al menos». Piensa que la neurocirugía requiere de las manos de un relojero celestial, de un orfebre de aquel órgano que supone nuestro director de orquesta.

Palacios pregunta:

—¿Algún precedente?

—En Noruega no, que sepamos —niega Marina—. No se nos ha informado de ningún caso semejante.

—Las trepanaciones —aporta Lis—… En Europa sí que hay antecedentes, pero no son actuales. En la antigua Grecia se practicaban trepanaciones en la glabela para permitir el paso de los espíritus malignos fuera del cuerpo. Más tarde se convirtieron en una práctica, digamos, habitual para el tratamiento de la epilepsia y las migrañas.

Palacios deja escapar un soplido desesperado tras la nueva contribución de su pareja. Sabe de ella lo suficiente para cerciorarse de que ya no hay vuelta atrás: está metida de lleno. La oscuridad del escenario la ha hecho suya.

Y entonces él lanza la pregunta que toca: qué relación guarda este asesinato con España y, sobre todo, qué tiene esto que ver con Lis.

Una fotografía.

Dentro del cráneo de aquel mecánico de helicópteros, de Björn Nielsen, hallaron una fotografía. Estaba bien incrustada en el hueco donde debía encontrarse el sistema límbico, justo en el centro del cerebro. En la imagen puede verse al hombre, al agradable vecino que siempre saludaba, rodeado de cuatro menores: tres chicos y una chica. El sistema límbico no apareció.

Marina empieza a describir la foto y añade que el lugar donde la tomaron pudo haber sido cualquiera. Tras el mecánico de helicópteros y los chicos solo se adivina una estancia con dos camas, una pared de ladrillos visto y unos azulejos verdes esmaltados.

—Los informáticos han hecho magia negra para mejorar la calidad —dice ella—. Lo que tenemos no es cien por cien fiel a la realidad, es una reconstrucción.

Lis pregunta lo que considera evidente, aunque en el mundo real lo evidente haya dejado de tener sentido.

—El mecánico…

—¿Sí?

—¿Se sospecha que pudiera ser pederasta?

Marina resopla.

—Todas las hipótesis están abiertas.

Palacios pregunta sin rodeos:

—Al personaje este… ¿cuándo lo mataron?

—Según el forense, llevaba unas dos horas haciendo la digestión cuando lo achicharraron.

Lis cavila. Este último dato indica que quien perforase el cráneo del mecánico permanecía cerca en el momento en que descubrieron el cadáver. Quizá pudo cruzar la frontera hacia Suecia, pero

difícilmente habría ido mucho más lejos. Y, sin embargo, en las inmediaciones del aparcamiento no había rastro de otro coche que hubiera huido del lugar.

Marina se adelanta a las posibles preguntas que puedan rondar a la pareja, quienes la escuchan atentos:

—Había huellas —añade ella—. Pisadas en la nieve, pero la talla del zapato no encaja con el peso del asesino.

—¿Más o menos?

—Menos. Las huellas no estaban completamente hundidas y el paso era irregular.

Hubo un segundo de silencio que Palacios aprovechó para entrar en acción:

—Se puso los zapatos del cadáver.

—¿Y los calcetines? —pregunta Lis.

—¿Los calcetines? No. ¿Por qué?

—Noruega y febrero… —responde Lis.

—Ya —comprende Marina—. Sí, es muy probable que le obligaran a vestirse rápido.

Lis asiente; la agente prosigue:

—De lo que sí estamos seguros —añade— es de que a Nielsen lo mataron dentro de su coche. Había restos del cráneo y fragmentos de tejido cerebral esparcidos por el volante.

Palacios abandona su asiento y se lleva las manos a la cadera.

—¡Esto es una puta locura!

—Lo sé, Fran —expresa Marina.

—¡Una locura!

A Lis no se le escapa que la agente y Francisco Palacios saben más de lo que le cuentan. Esa conversación previa a que él la

recogiera en el cementerio debió de ser, sin dudad, más extensa de lo que Lis supuso en un primer instante.

—¿Vais a decirme qué está pasando?

—Lis… —responde Marina.

Pero Palacios frena a la agente:

—¡No!

—Fran, relájate.

—¿Que me relaje, Marina? Esto tiene que ser un pirado, la mafia, ¡yo qué sé! ¿Tú has visto lo que le han hecho a ese tío?

—Lo he visto, Fran.

La agente se detiene unos segundos; Lis supone que lo hace para tomar aire, pero también para darles tiempo a procesar la información que les ha transmitido. Luego se gira hacia Lis.

—Y también hemos visto… Bueno, hemos identificado quién es uno de los chicos de la foto.

A un lado de la pantalla, la agente muestra el cadáver del mecánico: el cráneo abierto como un volcán virulento; al otro, la fotografía del hombre rodeado de los cuatro chicos que la agente comentó. Marina amplía el rostro de uno de ellos y automáticamente Lis siente que algo se queda inmóvil dentro de ella. La sonrisa del chico le resulta familiar.

—¿Ese es…? —pregunta incrédula.

—Sí —responde la agente—. Es ese.

Miguel Strachan. Miguel Strachan Saavedra. Uno de los menores de la imagen es el joven malagueño desaparecido en 1982. Miguel era un virtuoso de las artes, convertía en genialidad todo aquello que tocaba. Al chico le auguraban el mismo destino que a su homólogo, Pablo Ruiz Picasso. La abuela de Lis, la abuela Victoria,

contaba maravillas sobre sus creaciones. Si Lis mal no recuerda, su abuela mencionó que el muchacho desapareció de camino a una inauguración de arte.

La agente Marina refiere que el servicio de inteligencia noruega —Etterretningstjenesten— investiga el posible vínculo de Nielsen con Miguel: si el mecánico pudo viajar a España en las fechas en las que secuestraron al chico, si contaban con amistades o familiares en común, si pudieron haberse conocido en algún evento…. Pero, como era de esperar, hasta el momento no han encontrado ninguna evidencia que los vincule. Habría sido demasiado bonito que el asesinado, antes de que le taladrasen el cerebro, hubiese dejado una declaración jurada en su mesita de noche asumiendo la culpabilidad por el rapto del malagueño.

—Nielsen, el mecánico —expresa Marina—, no tenía antecedentes penales, ni antecedentes de nada. Ni una mísera multa de tráfico.

Marina comenta que la Interpol buscó al chico durante años, sin descanso y sin éxito. El rapto de Miguel fue catalogado como desaparición extrema. Lo que, traducido al castellano, significa que del chico jamás se halló rastro.

—Durante treinta años —dice la agente— no ha habido hilo del que tirar.

El descubrimiento de la imagen en el interior del cerebro de Nielsen da un giro drástico al caso de Miguel Strachan. El jovencito no murió *ipso facto*. Esto es algo que ahora saben. Por lo tanto, «pudo encontrársele con vida. Pudo hacerse más por devolverlo a casa», piensa Lis.

Ella formula la pregunta que considera necesaria:

—¿Se baraja que esté vivo?

—¿Quién? —pregunta Marina—. ¿El chaval?

—Sí.

—Legalmente se dio por fallecido el año pasado, después de treinta desaparecido y de que la familia solicitase cerrar el caso.

—¿La familia —cuestiona Lis— sabe lo de la fotografía?

—Puf, esto ha sido un melón —aclara Marina—, pero sí, lo saben.

Ella cuenta que, justo ayer, su equipo se instaló en Málaga y que fue ella misma la responsable de informar a los Strachan Saavedra, a los que quedan en la ciudad —la madre y la hermana mayor del chico—, del descubrimiento de la foto. Se les hizo firmar un juramento bajo notario. Juraron que dejarían al CNI hacer su trabajo sin revelar ni una palabra a los medios ni a nadie ajeno a los profesionales mencionados. La familia de Miguel aceptó las condiciones, entre muchos reniegos, alimentados por el desengaño que supuso confiar en la justicia y en la policía en el pasado, en aquel escabroso pasado en que hubieron necesitado que la ley estuviera de su parte. Aun así, Marina explica que las presiones por reabrir el caso no provienen de la familia del desaparecido. La hermana mayor se niega a desenterrar a Miguel: han sufrido demasiado. «Cuando se llevaron al niño de mi casa, también se llevaron las palabras», dijo ella.

—La madre de Miguel está ida —añade la agente.

—Disociada —aporta Lis, a quien parece molestarle el término que ha utilizado Marina.

—Sí, ida. Ya ni siente ni padece.

Marina apunta que las presiones para retomar la investigación nacen, pues, de una decisión interna de los servicios de inteligencia. El hallazgo de la fotografía ha puesto en evidencia el trabajo de

aquellos que intervinieron en el caso, en especial, de la policía malagueña.

—Aquí es donde entras tú, Lis: necesitamos trazar el perfil psicológico de Miguel Strachan.

Palacios y Lis comparten miradas.

—¿El perfil de un muerto? ¿Para qué? Acabas de mencionar que lo dieron por fallecido.

—Lis, escúchame.

Sí, ella la escucha. Claro que la escucha, pero se adelanta a su alegato.

—Marina, dejé de ejercer en psicología. Lo sabes.

—Dejaste de practicarla, sí, pero sigues colegiada: lo hemos comprobado.

Palacios frunce el entrecejo y juzga a su pareja. Acaba de pillarle una mentira. Lis le prometió que se desvincularía al completo de la salud mental.

—Estoy segura de que en el CNI contáis con decenas, incluso cientos, de expertos y colaboradores en análisis de conducta —dice Lis—. Personas más hábiles que yo, más formadas en esto, peritos forenses. No sé, alguien que no dependa de diez tazas de café al día para funcionar, por ejemplo.

La agente ríe ante su torpe uso de la ironía para afrontar los conflictos.

—Bueno, sí que tenemos a gente que gastaría menos en café, eso seguro.

Lis suspira. Que Marina haya contactado con ella para solicitar su colaboración como psicóloga despierta a aquellos fantasmas a los

que Lis mantenía acallados, entretenidos, en una sala de té leyendo un poemario de Alejandra Pizarnik.

—Marina, oye —dice Lis—. Sé que confías en mí, en mi criterio, pero lo que pasó en Comillas fue… No sé, no sé qué cojones fue. Un conglomerado de meras casualidades, por decir algo. No soy experta en lo que pides.

Los tres callan; en su fuero interno reviven lo sucedido hace un par de años en la residencia Santa Teresa, donde la agente Marina y Lis se conocieron.

Lis mira a Palacios. Ella espera que sus palabras hayan persuadido a la agente Marina de barajar a otro candidato. Pero Marina rompe la barrera entre su objeción y las vacilaciones de la psicóloga con una afirmación que suena a sentencia.

—No fueron casualidades, Lis.

Lo cierto es que Marina tiene razón: no podrían disfrazar de azares del destino la terquedad de Lis. Ella insistió, insistió y desoyó lo que le aconsejaban. Insistió por justicia. Insistió porque abrazó aquel delirio como si fuera propio.

—Lis —prosigue la agente—, el CNI no es una puerta en la que se toque y te abran. Ellos, nosotros, somos quienes llamamos a las puertas de nuestros colaboradores.

La psicóloga comprende que no tiene opción; más que una oportunidad, la petición de inteligencia es una forma coercitiva de obligación moral.

Marina insiste:

—Tienes que ser tú la persona que trace el perfil del chico.

Palacios, notablemente enojado, intercede.

—¿Por qué ella?

5

Lis se despega las legañas de los ojos y con el rabillo comprueba el despertador.

Es plena madrugada y los recuerdos la acosan. Su primer amor la ha visitado en sueños. Su primer amor adolescente y la panorámica desde el risco, tras la casona familiar que da a la isla de Castro. El ábrego de Cantabria parece haber azotado sus mejillas, y la maleza, rasguñado sus pies descalzos: sus demonios han venido a visitarla. Porque el cerebro humano no entiende de pasado, presente o futuro; solo entiende de sentires.

Respira para aliviar la presión en el pecho, pero fracasa al pasar la mano por encima de alguien ausente. Hace meses que Francisco Palacios, su pareja, tomó la decisión unilateral de dormir en la habitación de invitados. Alarga el brazo, en una segunda oportunidad, hasta dar con la botella de agua que deposita en la mesita de noche. Traga el agua a borbotones. Su vida es un espejo en el que no quiere reflejarse. Evita enfrentarse a la realidad: Palacios es demasiado bueno para ella, demasiado estable, demasiado normal, o así lo piensa. Esta es una conclusión que alcanzó hará meses, quizá hará un año.

—Eres una cobarde —musita.

Se reincorpora cuidando de no realizar ningún movimiento tosco que despierte a Brisa, su fiel loba, que duerme a sus pies. Lis clava los omóplatos en el cabecero de la cama; ha vuelto a perder una cantidad significativa de peso, como cada vez que entra en barrena.

De todas las posibles decisiones que le ofrece la noche, escoge la peor: revisar la galería del móvil. Un carrusel de fotos en el que Palacios y ella fingen felicidad. «¿No trata de eso ser adulto?», se pregunta.

Lis sabe que Marina ha debido de ser directa y persuasiva, que vendió sus capacidades con tal convicción que se aseguró de que el CNI no rechazara la propuesta de que fuera Lis quien colaborase en el caso.

—Al principio la idea no les entusiasmó —dijo Marina—. No querían trabajar con alguien de fuera.

Hubo un breve silencio.

—Pero tú tienes justo lo que buscan.

—¿Qué es lo que buscan? —preguntó Lis.

—Miguel era como tú —sentenció la agente.

Las palabras de Marina rechinan ahora en la cabeza de Lis. La psicóloga ruega por que Miguel Strachan, el joven artista malagueño desaparecido, no estuviese, como ella, sumido en un inconformismo infinito. Lis ruega por que su jovial espíritu se mantuviese lejos de las garras de la desidia.

Ella repasa la conversación con la agente Marina y con su pareja, mantenida hará unas horas.

—Marina —dijo Lis—, tengo que pensarlo.

—Lo entiendo, pero…

Ante la mirada juzgona de Palacios, Lis pidió a la agente que la llamase a su móvil personal, no al de la galería de arte que gestiona. Y así lo hizo Marina.

Lis se levantó de la silla y, con un gesto leve de la mano, pidió a Palacios un minuto de intimidad. Él la miró, visiblemente molesto. Pero Lis, de igual forma, se dirigió al dormitorio donde descansa ahora y se encerró en él. «Su dormitorio —se dice—, el suyo».

—Marina… —rogó, pero la agente fue incisiva.

—Es por él, ¿verdad? Por Fran.

La psicóloga se tocó la cara y se reconoció en ese término de moda: la sociedad del cansancio.

—Tengo obligaciones aquí —respondió—: Brisa, la galería… ¡Joder!, dentro de un mes cambiamos la muestra itinerante… Marina, no te imaginas lo que me ha costado ingresar en la RUFA.

—Yo no sé lo que es la RUFA.

—Rome University of Fine…

—No sé lo que es la RUFA, Lis, y tampoco me importa.

La psicóloga comprendió que, de nuevo, no tenía elección y que Marina no estaba solicitando su colaboración, la estaba exigiendo.

—Un perfil, Lis. Un perfil del chaval —dijo ella—, un informe de media carilla. Es lo único que necesito.

Al colgar la llamada, Lis salió del dormitorio para enfrentarse a la contienda de reproches que Palacios le tenía preparada en el salón.

—¿De verdad, Lis? —dijo—. ¿De verdad quieres aceptar?

—Es lo correcto y, además, ¿crees que puedo elegir?

—Joder, no escarmientas.

Palacios se sentó en uno de los reposabrazos del sofá e inclinó el cuerpo hacia delante.

—Si aceptas lo que propone Marina —dijo él—, vas a descuidar todo por lo que tanto has trabajado: la galería, la casa, esta vida.

«Esta vida», repitió Lis para sus adentros. Y pensó que esa rutina, que un día supuso su salvación, ha resultado convertirse en su caja funeraria.

—Si te vas —insistió él—, vas a descuidar a Brisa.

Entonces Lis rio con una ironía tan punzante que abrió una brecha mayor a la que ya existía entre su pareja y ella.

—No, Fran, por ahí no paso.

«Menudo chantaje emocional puerco», pensó ella.

—Nadie va a descuidar a Brisa, Fran. Por si no te has percatado, estás tú para cuidarla.

—Tengo mucho trabajo.

—Yo no voy a ir a Málaga para tumbarme en la playa. Y, además, solo estaré fuera unos días.

Palacios respondió con una carcajada.

—¿Tú te escuchas, Lis? ¿Te escuchas y te lo crees?

Lo cierto es que Fran deshiló sus mentiras apenas unos segundos después de que Lis las hubiera tejido. Y lo peor —lo verdaderamente insoportable— es que, según ella misma reflexionó, él tenía razón. Trazar un perfil correcto de un menor fallecido hace treinta años podría llevar semanas. Si fueran meticulosos, podría llevar meses.

—Qué más da —dice Lis.

Y enciende el Mac para teclear el nombre de Miguel Strachan Saavedra en el buscador. El cartel de SE BUSCA se muestra activo en la web de SOS desaparecidos. Treinta años, once meses y trece días

después. Oficialmente dado por muerto, pero nunca cerrado del todo.

«Qué perversa puede ser la esperanza», piensa Lis.

Lee un artículo tras otro: titulares muy atrayentes, sensacionalistas, pero sumamente vacíos en contenido. Titulares que pasean la poca integridad con que los periodistas suelen hacer desfilar las miserias de los afectados.

Meses después de su desaparición, la familia y los amigos del menor movilizaron una manifestación contundente por las calles de Málaga. Con pancartas y consignas mostraron así su descontento por la actitud de la policía local y la nefasta investigación que consideraban que se estaba realizando. La madre de Miguel verbalizó el abandono que sufría el caso de su hijo. Para ella —una mujer abocada a la melancolía— era incomprensible que nadie hubiese visto a su hijo en aquella maldita tarde del jueves 1 de abril.

En los artículos periodísticos queda constancia de las diversas reaperturas que ha experimentado la investigación. Algunas un pelín más recientes y derivadas de la recepción de pistas falsas; rumores en los que se aseguraba conocer quién raptó al chico, o incluso de supuestos sospechosos a los que se estudió durante meses sin éxito para el esclarecimiento de lo sucedido.

—No tienen nada.

Se cuestionó si los policías responsables de la investigación tendrían en cuenta el que, en España, ostentamos la desdichada cifra de ser el país con mayor número de neonatos robados. Asumió que la respuesta es un no.

Miguel no era un neonato. Era un chico de casi catorce años: los cumpliría el 6 de abril. Los motivos de su rapto no podían justificarse

como un capricho tardío venido de unos ricachones incapaces de engendrar. Poseía, además, una peculiaridad imposible de pasar por alto: una superdotación intelectual. Y ahí, justo ahí, estaba la verdadera razón por la que Marina presentaría a Lis ante sus superiores como la persona idónea para el realizar el perfil psicológico de Miguel Strachan.

Son las 02:52. Lis no está segura de si está actuando conducida por un acto de imprudencia o de rebeldía, pero acaba de escribir un mensaje sin retorno al WhatsApp personal de la agente Marina:

Voy a tu cumpleaños

6

Lova Schneider se siente atenazada por una soledad abrumadora. Su ostentoso hogar, con vistas al MUMOK de Viena, le devuelve la mirada. Se la devuelve con sorna.

La mujer ha encendido el tocadiscos de su marido justo por donde él lo dejó: *La prohibición de amar*, obra operística de dos actos escrita y compuesta por Richard Wagner.

—Maldito cínico —expresa ella.

Un busto del *David* de Miguel Ángel, con la cabeza hueca donde su marido ha colocado numerosas piñas, parece observarla de forma penetrante. Las estanterías del despacho, de roble oscuro, se encuentran atestadas de ejemplares de filosofía, valores y ética. Lova piensa que su docto marido devora con más asiduidad a Schopenhauer que a ella. Si su marido la viese en el despacho, con su flácido trasero apoyado en el escritorio, la furia que lo asaltaría bastaría para desatar una guerra. Esa mesa es un espacio sagrado en el que su marido, Julius Schneider, se refugia del mundo al que se ve obligado a salir cada día, pero para el que, evidentemente, no se siente preparado.

Ahora concentra la atención sin ponerla en ningún punto concreto. Espera, impaciente, la llamada de cada viernes a las 23:33. Ella le recomendó usar un móvil desechable, pero él insistió en recibir las

llamadas en el teléfono fijo de marcación rotatoria. Una de sus muchas excentricidades: mantenerse anclado a una temporalidad casi victoriana, ya extinta.

Lova Schneider ha pedido la máxima intimidad a las empleadas del hogar. Ellas han aceptado —qué remedio—, pero saben que la decisión de la señora no es la más acertada. Las empleadas conocen bien, muy bien, al señor de la casa, al excéntrico para quienes trabajan. El doctor en Filosofía, el profesor Julius Schneider, ni siquiera les permite el acceso a su despacho con el objetivo de realizar la limpieza. Es él mismo quien se encarga de dejar niquelado cada rincón, cada recoveco de las esculturas, de las teclas del piano, cada página de libro a la que haya podido acceder una mota de polvo. No sorprendería que Julius hubiese pensado en cerrar su despacho bajo llave, mas no es necesario: el respeto que imponen sus órdenes supone suficiente pestillo.

Pero algo en Lova ha cambiado, algo en la forma en la que percibe a su marido. Y es el atisbo de vulnerabilidad que, al fin y tras tantos años, él deja asomar entre su frialdad impostada y los libros de filosofía racializada.

El reloj de cuco marca la hora indicada. La llamada prometida se produce.

—Buenas noches, señor —saluda Lova.

«La voz» al otro lado se toma un breve espacio para ofrecer una respuesta.

—¿Dónde está su marido, señora Schneider?

—En la facultad.

—¿A estas horas?

—Es lo más posible, señor.

Es lo más posible, sí, o eso cree ella. El marido de Lova Schneider ha hecho de su profesión su templo, tanto que para ella es inviable acceder a aquel hombre al que ama e idolatra a partes iguales. Peligrosa adicción esa generada por la admiración. Ella pensó que podría salvar a Julius de sus obcecaciones, de sus delirios. Una pretensión desmesurada por su parte.

—Lo lamento —expresa la mujer—. Usted sabe que Julius es muy…, bueno, está algo disperso.

En cuanto termina la frase, la propia Lova se pregunta, con dolorosa sinceridad, si alguna vez su marido estuvo presente en el imperio que habían construido juntos.

—Comprendo —responde la voz—. Sé del carácter de su marido, señora Schneider, por lo que haré una excepción: mañana volveré a llamar; espero que sea Julius quien responda.

Un pellizco entrecorta la respiración de Lova. «La voz» solo contacta una vez a la semana: el mismo día y a la misma hora. El cambio en protocolos no es habitual en esta empresa. La mujer entiende que, cualquiera que sea la información que «La voz» desea compartir con su marido, es de carácter importante y urgente.

—Así lo hará, señor.

—Bien, doctora.

A la mujer le sorprende que «La voz» se dirija a ella en calidad de doctora. También le molesta que se tomen la libertad de hacer más pomposos sus títulos cuando a ellos les conviene, solo cuando a ellos les conviene. La sombra de su marido supone un manto que nubla su profesionalidad.

—Seguimos adelante, por supuesto —expresa «La voz»—. Estamos deseosos de tener nuestro próximo encuentro.

—Es una buena noticia, señor.

«La voz» inspira.

—Señora Schneider, necesitamos que Julius esté, digamos, sereno. Que sea él, claro, pero sereno.

Lova asume que las peculiaridades de su marido, del profesor Julius Schneider, son toleradas por la brillantez que destella su mente, pero ella se pregunta hasta cuándo serán pasadas por alto.

—Estará sereno —afirma ella.

—Bien, bien. —«La voz» hace una pausa—. Usted conoce, querida Lova, de las renuncias y entregas que convenimos para el avance de nuestra causa.

La mujer estornuda, lo que interrumpe la conversación. Su marido insistió en instalar moqueta en el despacho pese a conocer la alergia que su mujer padece a los ácaros del polvo. «Claro —se dice ella—, él no pensaba que yo fuese a entrar aquí; él no pensaba que fuese a saltarme sus estúpidas prohibiciones de maniático».

—¿Señora Schneider?

—Sí, disculpe. Sí, soy consciente.

Ella percibe cómo la persona al otro lado le sonríe.

—Es usted un ángel. Esta familia tiene mucho que agradecerle, lo sabe.

—Gracias, señor.

—Pero me permito recordarle, querida, su principal función: sus votos.

Lova se estremece. Más de veinte años de su vida dedicados a la ciencia, y, sin embargo, su principal función, la tarea de mayor importancia que se le ha encomendado en esta vida, es la de controlar los estados emocionales de su errabundo marido.

—Sí, señor. Lo recuerdo.

—Descanse. Usted mejor que nadie, querida Lova, sabe que los sueños es el lugar en el que nuestra mente mejor trabaja.

Como una estela sonora persistente, el pitido del teléfono ha sustituido a «La voz». Ella se queda suspendida en ese sonido, incapaz de moverse. El cuadro frente a sus ojos también le procura un desorden visual. La mujer sonríe, estúpida y desesperada. «Recuerde sus votos, Lova», se dice. Alza su afligida mirada y se topa de bruces con una réplica de la *Visio Tondaly* que su marido instaló en el despacho. A Lova esta pintura le resulta inquietante, perturbadora y tormentosa. Exactamente lo que es su marido. Sí, el profesor Julius Schneider es un perfecto reflejo de los castigos infernales, pero también de las recompensas venidas del cielo.

La mujer exhala con pesadez, consciente del precio que implicó unirse al heredero de la Fundación Schneider. «Pero ¿cómo no enamorarse de una mente como la suya?», se dice. ¿Cómo no caer rendida ante ese hombre que ahora tiene por esposo? *Su* esposo. ¿Dónde está? La duda la envuelve: ¿estará con alguna de esas estudiantes absurdamente embelesadas, esas sombras juveniles que lo siguen, hechizadas por la grandilocuente palabrería del doctor Julius?

En vano, la mujer intenta restablecer el contacto. El teléfono móvil de su marido, ese aparato del demonio que le roba la presencia, como él lo refiere, está apagado. Lova decide que aguardará a su regreso. Siempre regresa.

—El eterno retorno —susurra ella.

Lova repasa de nuevo la conversación con «La voz» al otro lado de la línea. Esta vez la desgrana al milímetro, palabra por palabra.

Sabe que el argumento de «La voz» es irrefutable. Sabe que, ahora más que nunca, es de suma importancia ratificar el apoyo, y en esta ocasión hacerlo de forma pública, de aquellos que acudirán a la fiesta de abril. Esa fiesta no será un mero gesto social: sentará las bases del congreso que se realizará en Viena en septiembre de este mismo año.

La doctora exhala. Libera un peso que su corazón apenas logra sostener. La Fundación que preside su marido no solo patrocina el Museo de Arte Moderno de Viena: también financia sus proyectos, los de su equipo, los de todos los que orbitan en torno a su nombre. Nunca habría alcanzado tal envergadura sin aquel respaldo.

En realidad, la Fundación —erigida por su suegro y heredada por su esposo— nunca había llegado tan lejos. Ella tampoco, su equipo tampoco. Tal vez por eso ahora se siente al borde de un precipicio… Uno tapizado de burocracias y silencios institucionales.

«*Cooperator veritatis* —se dice—. *Cooperator veritatis* —se repite».

7

Al día siguiente de que Marina contactase a Lis de la Serna, alguien citó a la psicóloga a través de aquel chat cifrado, ARGOS.

Lis debería acudir al Caffè Museo Atelier Canova Tadolini para tomar un expreso a las diez de la noche. Su cita fue una mujer con aspecto inofensivo, de ama de casa quemada de poner lavadoras.

Preguntó a la psicóloga por qué había aceptado «entrar», a lo que ella respondió con la mayor sinceridad que le otorgó el momento:

—No lo sé, pero quiero saber qué se hace ahí dentro.

La señora, mirando a Lis, se humedeció los labios en el café y lanzó una pregunta directa:

—¿Cree que sirve para esto, señorita De la Serna?

—¿Puede especificar qué es «esto»? —replicó Lis.

—¿Sirve para acatar órdenes?

La psicóloga rio por dentro. La verdad es que no, nunca lo ha hecho —aunque debería—. Sin embargo, a la señora de aspecto inofensivo le respondió que sí servía para ese menester, o algo parecido.

—Usted, o ustedes —dijo Lis—, piensan que sí.

La señora sonrió a su comentario, pero ambas sabían perfectamente cuál era la verdadera respuesta. Y continuó:

—¿Cree que está preparada para dejar de ser usted?

—¿No es eso lo que hacemos toda la vida? —respondió Lis.

La mujer mantuvo una mirada serena, también complaciente.

—Está bien entrenada, De la Serna.

—El sufrimiento humano es un maestro implacable.

Fue entonces cuando comprendió que aquella mujer —que ni siquiera se había molestado en darle un nombre falso— había aceptado su incorporación como colaboradora del CNI. Lis había finalizado su formación ante la responsable italiana del LISA Institute para agentes de inteligencia.

Hace dos horas y cuarenta minutos, Lis dejó atrás Fiumicino. Al despegar, sus ojos se detuvieron en la estatua de bronce que rinde homenaje a Leonardo da Vinci. Nueve metros de figura erguida, una mano alzada al cielo, como si el genio buscara rozar lo inalcanzable, mientras en la otra sostiene un tornillo aéreo, aquel prodigio antiguo que soñó con convertirse en vuelo. Ella se preguntó qué abismo, qué ansia profunda, llevaría al maestro florentino a consagrarse al aire. Quizá una urgencia sorda por huir del desconcierto de este mundo, por elevarse por encima de su caos y encontrar en las alturas algún sentido.

Aquel tornillo aéreo le conectó con el mecánico de helicópteros, con Björn Nielsen.

«El infierno está vacío, todos los demonios están aquí», citó Nietzsche. Y Lis se preguntó qué clase de infierno arrastraría en este caso a Nielsen a rodearse de cuatro menores, entre ellos Miguel Strachan, y colaborar en su captura. Qué decisiones nefastas lo condujeron

hasta terminar con el cráneo taladrado. No cualquiera finaliza sus días de esa manera.

Ahora, al aterrizar en Málaga, y dirigida por una pulsión maternal, saca el móvil para ver el fondo de pantalla de su dispositivo. Contempla la última imagen que tomó a Brisa —a su pastora alemana de pelaje negro— frente al Coliseo de Flavio: respira, siente alivio. Ella, su recuerdo, apapucha su turbado corazón. Si algo aprendió Lis de sus años en el ámbito clínico es que aquellos que son amados no precisan de anestesias para aplacarse a sí mismos. Tal vez las personas cruentas que dedican su vida en pos de la maldad, como todo apunta en el caso de Björn Nielsen, no sean más que la consecuencia de un yo fragmentado por falta de cariño.

El aeropuerto rebosa de cuerpos apurados. La gente corre al bajar del avión sin saber muy bien hacia dónde ir ni para qué. A Lis, el ritmo de los días le resulta obsceno: «Desayuna, trabaja, ¡corre! Sé feliz, ¡deprisa!».

La psicóloga busca a la agente Marina Doña, a aquella belleza que, piensa, parece pintada por la mano del propio Julio Romero de Torres. Pero no, ella no se encuentra entre el variopinto grupo de taxistas que aguardan a los pasajeros en la zona de llegadas del aeropuerto. Sin embargo, sí que discierne como una mujer, de gafas moradas, porta un cartelito con un mensaje que hace suyo: Natalia Bernat.

—Natalia Bernat —musita Lis.

Ese trampantojo entre el nombre y los apellidos de dos de sus antiguas pacientes de la residencia Santa Teresa le ha traqueteado hasta las pestañas.

La mujer de gafas moradas se arrima: la ha identificado.

—¿Estás bien, bonica? —dice ella.

—Sí, sí, buenos días. Disculpe, soy Natalia Bernat.

—Estás más blanca que la leche, chiquilla.

Lis asiente con la cabeza.

—Hemos tenido un aterrizaje un poco convulso.

—Bueno, una mijica de aire fresco y tirando.

La señora enfila la salida; mantiene una verborrea incesante, y Lis, sin mediar palabra, sigue sus pasos. Suben a un taxi reglamentario con olor a flor de cerezo para enmascarar la peste a tabaco. De ahí esa tos de ultratumba que acompaña a la señora. Para tomar asiento, la joven retira los folletos que copan los asientos traseros. Folletos de negocios hiperrecomendables de la ciudad a los que solo acuden los turistas japoneses. La mujer prosigue: la bombardea con información sobre la calidad de los espetos y las tortillas de camarones con miel de caña.

—¿Puede decirme adónde vamos? —pregunta Lis.

Ella la mira por el retrovisor central.

—A la parroquia de Santa María de la Amargura.

—Muy propio.

—Él dijo que dirías eso.

«¿Él? —piensa—. ¿Quién?».

Pasados unos minutos, la conductora estaciona el coche en segunda fila y frente a la parroquia prometida.

—Niña, hemos llegado.

—Gracias. Dígame qué le debo.

—El viaje ya está pagado, reina. Tu amigo ha sido generoso.

—Está bien. Gracias.

—Ya te digo. Tu amigo está para mojar pan.

La mujer torna hacia los asientos traseros.

—A ver, que yo no digo na, cada una que haga lo que quiera —dice, y entrega a Lis un sobre cerrado.

—Gracias.

—Y coge un poquillo de sol, anda, que faltica te hace.

La psicóloga decide no dar respuesta, así que se apea del coche y abre el maletero. La señora de gafas moradas aprovecha estos segundos sin clientela para bajar la ventanilla y encenderse un cigarrillo. En cuanto Lis cierra la puerta del maletero, sin más despedida, la conductora se marcha; la mira por el retrovisor izquierdo. «Qué cosas», piensa Lis. Apenas la conoce, pero ya ha sentido paz con su partida.

Baja la mirada y abre el sobre que su supuesto amigo entregó a la conductora del taxi. Resopla. En su interior encuentra la carta número 15 del tarot: el diablo. En esta versión se muestran dos cuerpos desnudos, mutilados y despellejados, colgados de un árbol por los pies. Las personas aparecen suspendidas en el aire, con las carnes abiertas y señales evidentes de tortura.

Lis ojea la zona: se ubica en una intersección entre las calles Honduras, Luis Braille y Arango. Vuelve a la carta del tarot. A los amantes despellejados: Adán y Eva mutilados.

—Es ahí —afirma.

Se decanta por la calle Arango, donde fusilaron a una cantidad ingente de agustinos los días previos al estallido de la guerra civil española. Evento canónico por el que la apodaron «calle de la pellejera».

Cavila: estas quizá no sean historias para una niña de diez años, pero su abuela Victoria, natural de la tierra, acostumbraba a

compartir anécdotas con ella. Lis entiende que le parecerían relevantes para cultivar una pomposa y pedante educación. Aunque debe añadir ahora que, en realidad, no fueron aquellos fusilamientos los que dieron apodo a la calle a la que se encamina, sino los secaderos de tripas en los que se fabricaban embutidos. Naturalmente, que el apodo provenga de la matanza de curas tiene más gancho.

Lis camina apenas unos metros hasta llegar al portal número quince. La puerta, de hierros negros forjados, se abre sin llamar a ningún timbre:

«Saben que estoy aquí», piensa para sí misma.

El vestíbulo del edificio la recibe con humedades que le calan hasta los huesos. Los escalones están mal nivelados y el ascensor brilla por su ausencia. Lis arrastra la maleta hasta la primera planta. Una de las ruedas ha decidido desprenderse y cae por los escalones hasta perderse de vista.

—Maravilloso —murmura.

Desde arriba alguien le grita:

—¡Una más!

Alguien, en efecto, la alienta desde el rellano superior. Lis no podría asegurar si esa voz intenta animarla o se burla de ella.

En la segunda planta la espera un hombre de unos cuarenta y tantos años, con un bigote tan pulcro como ridículo, apoyado en el quicio del 2.ºA. Con un gesto de cabeza, la invita a entrar en el piso sin mostrar ni un ápice de interés en ayudarla con el equipaje.

—Johannes Jensen —dice, y le ofrece la mano—. Tú llámame Jensen.

Ella asume que fue él quien le dio propina a la taxista.

—Lis.

—Ya, la «cazadora de monjas», ¿no?—dice—. Perdona mi humor: soy guiri.

Lis evita responder: no desea dar cabida al pasado. Y muestra la carta del tarot, la del diablo con los amantes despellejados.

—Todo un detalle —dice ella.

—No hay de qué.

—Creo que Marina te ha contado demasiado.

—Nah, no creas. Aún tengo muchas preguntas.

—¿Como cuál?

Él le sonríe en respuesta y le pide que le siga. Guía a Lis por un pasillo estrecho, oscuro y sin ventilación que desemboca en el salón de la vivienda, presidido por un cuadro de proporciones descomunales. Una reproducción barata de la obra de Paul de Vos, *Ciervo acosado por una jauría*.

—Curiosa elección —musita Lis

Con la mirada, ella comprueba cómo han reconvertido el habitáculo en sala de operaciones improvisada. En el centro, rodeado por tres monitores, un hombre clava la vista en la catarata de datos que desfilan ante él. La luz de la pantalla refleja la textura áspera de su piel, trasluce su cansancio, pero también su estado de hiperalerta.

—No le hables mientras trabaja —dice Jensen—. Y ni se te ocurra descorrer las cortinas.

—Entendido.

—Es nuestro experto en análisis informático, ciberseguridad e ingeniería social. Nuestro hacker, vaya.

El hombre frente a los monitores ni se inmuta al paso de los otros dos. Ni un pestañeo, ni un gesto de cortesía.

—Está cazando —dice Lis al comprobar que los ojos del hombre se le van a salir de las cuencas.

—Eso es —responde Jensen—. Ramón huele la carne putrefacta a kilómetros.

—¿Y tenemos algo?

—Tú no tienes que tener nada. No estás aquí para eso.

La psicóloga no responde a su soberbia. Pero, si bien es cierto, ella sabe que su aportación no es la de dar con nadie ni con nada, sino la de ejecutar un correcto análisis de la conducta de Miguel Strachan.

Jensen la conduce a la derecha del salón.

—Esta es tu suite —indica a Lis—. Espero que esté a tu gusto.

—Bien, gracias.

—Aquí duerme Marina. Tú te quedas con ella.

—¿Y dónde está?

Él se encoge de hombros.

—En un par de días volverá. Por eso me ha tocado ser tu niñera.

—¿Dónde está?

—Hizo su última conexión en Galicia.

La psicóloga recapitula mentalmente lo que leyó en aquellos artículos, ordenando fechas, declaraciones y conjeturas.

—Según la prensa, la Ribeira Sacra fue el último lugar donde alguien dijo ver a Miguel, ¿no?

—Muy bien —se jacta Jensen—. Has hecho los deberes. Pero allí no van a encontrar nada. Han mandado a Marina por un capricho de los jefes. Lo de siempre.

—Ya.

Él parece destilar ácido.

—Tú también eres un capricho de los jefes.

—¿Siempre eres tan intransigente?

—¿Intra qué?

—Un poco idiota, Jensen.

Él ríe.

—¿Conoces Cómpeta, Lis?

—No, lo siento, no me suena.

—Es un pueblo de casitas blancas, aquí, en la sierra de Málaga. Bueno, seguro que ya te habrás preguntado por qué un guiri como yo habla un malagueño como este.

—Y ahora me lo vas a explicar.

—Cuando era pequeño mis padres compraron una casa en Cómpeta y desde entonces veraneamos allí.

—De ahí tu español de los montes.

—De ahí, sí. Pero ¿sabes qué, Lis?, ¿sabes por qué mis padres compraron una casa a dieciocho kilómetros de la playa?

La psicóloga evita dar respuesta a su sarcasmo y él concluye:

—Porque preferimos relacionarnos con las cabras antes que con las personas.

Jensen no lo sabe, pero a Lis su artificialidad le divierte. Piensa que él esconde tan mal su rechazo a lo desconocido, su miedo a los vínculos estrechos, que pareciese un nefasto actor de novela turca, uno que pretende introducirse a escobazos en el mercado norteamericano.

—Yo también soy de las que prefieren a los animales a los críos.

Él sonríe a su comentario.

—¿El baño? —pregunta Lis.

8

—La vida es un lío nauseabundo —verbaliza el elocuente profesor Julius Schneider frente a la incredulidad y expectación de sus alumnos—. ¿No es cierto? —prosigue—. Un lío nauseabundo, un afecto irónico, una fantasía moral. Pero no, no aplaudáis aún. El mérito no es mío, el mérito de la desesperanza pertenece al nihilismo, a la negación del sentido, a los punks del capitalismo.

Los asistentes a clase saben que el espectáculo solo acaba de empezar.

—Aunque sí podéis culparme —prosigue el profesor— de ser quien hoy os tortura. Eso no lo vamos a negar.

Los alumnos ríen, y muy en especial las alumnas.

—Soy yo quien hoy aquí os tortura y os pregunta: ¿qué es la existencia? ¿Qué es la existencia sino una constante lucha por evitar no la muerte, sino el sufrimiento?

El profesor se desplaza por la palestra con la cabeza gacha mientras corren los bolígrafos de los estudiantes sobre el papel, algunos aporrean las teclas. Las ideas que recogen salen directas de los labios del tozudo introspeccionista a los cuadernos.

—¿Para qué avanzamos entonces? —pregunta—. ¿Para qué si el destino inevitable no es ya la muerte, sino el sufrir adherido a la existencia? Desde pequeños nos entrenan para morir, o nos

entretienen, si preferís, hasta la llegada del día de nuestra defunción. Pero ¿nos entrenan para vivir?

Ciertas alumnas se muerden el labio inferior ante el maquiavélico discurso de su profesor de *Social Behavior, Innovation and Culture.*

—De un lado, guerras de hambre, por supuesto, artificialmente provocadas, pobreza, el Mediterráneo es un cementerio de elefantes, la franja de Gaza, un escenario de entrenamiento de misiles. —Julius se detiene, deja un breve espacio para que sus alumnos reflexionen —. Del otro lado, impuestos, estándares inalcanzables…

Exhala un soplido burlón.

—¿Alguien puede explicarme qué mierda es eso de Instagram?

Los alumnos ríen, cuchichean. Cualquiera se anotaría un punto ante la reacción de los presentes, pero Julius no. El profesor universitario no pretende que le admiren; los halagos y florituras venidos de sus alumnos le aburren. El profesor solo desea infectar a los presentes del virus de la controversia.

—El dolor nos hace cuestionarnos. Nos despierta. ¿Habéis pensado… habéis pensado, solo por un momento, en que la ciencia progresa cada día? Los ensayos clínicos aleatorizados avanzan sin descanso. No dudéis que pronto seremos entes híbridos: hombres consumidos por la máquina, señores y señoritas.

El profesor cavila.

—Y, sin embargo, somos tan obtusos, tan primitivos…

Tiene un don para dar espacio a las ideas de los alumnos; no las interrumpe, no las corrige, las deja respirar.

—Sí, no os miréis así. Somos primitivos. Sufrimos por lo mismo que sufrieron nuestros antepasados.

«Por amor», piensa Julius en lo más profundo de sus anhelos. «Por amor», se repite, pero sin dar a esta idea demasiada cabida. Si se la da, corre el riesgo de perderse a sí mismo, y este es un lujo que nunca ha podido permitirse.

—Queda claro, entonces —prosigue el profesor—, que el sufrimiento es una muestra del camino por el que los humanos debemos avanzar.

Se detiene; sonríe con ironía.

—Y hablando de muestras… A partir del 1 de abril se inaugura la exposición itinerante de Wassily Kandinsky. Una joya del arte pop, entre lo figurativo y lo abstracto. Una sacudida estética tras la Segunda Guerra Mundial.

Julius hace una pausa teatral.

—Os animo… ¡No!, os ruego que os saltéis mi próxima clase, que, os adelanto, será igual de absurda e insustancial que esta, y que vayáis al MUMOK para contemplar la colección. Me lo agradeceréis, os lo prometo.

Su público ríe.

—El ser humano vive de espaldas a la vida y, por extensión, vive de espaldas a la muerte. Estamos más dormidos de lo que creemos: *disneyficados*, si me permitís el término.

El comentario produce alguna risa aislada. Julius reposa su cuerpo en la mesa central. Finge recomponerse unos segundos, finge reestructurar sus pensares. Pero no hay nada que reestructurar. Él ya es un holograma, el profesor se ha convertido en una *performance* de sí mismo, en un bufón para la corte universitaria. Julius modifica la intensidad del discurso a consecuencia de las caras de sus alumnos.

—Considerad la total antinaturalidad de que un niño de apenas seis años, tan solo seis, se separe de sus padres cada mañana para quedar atrapado durante horas frente a una pizarra… ¿cinco, seis horas tal vez? ¡Sísifos sonrientes! Eso es lo que somos. Hombres absurdos que cargamos a nuestras espaldas la piedra de un sistema aún más absurdo.

Los murmullos aumentan. La apuesta es certera: va a subir el tono.

—Este sistema —dice, y prosigue—, este que os ha traído aquí, a esta aula, está matando a vuestro animal interior. ¿O es que no lo veis? ¿Os es que no veis vuestra adicción a la cafeína, a los antidepresivos que os chutáis para continuar?

El director del máster asoma por una de las puertas del aula magna y busca asiento entre las bancadas atestadas de alumnos. Observa, incómodo, a su excéntrico compañero, ese al que la universidad ha coronado como el rey de las crisis existenciales. No aprueba su tono ni su manera de incendiar a los estudiantes, pero reconoce su talento… y sabe lo celoso que Julius Schneider es de su libertad.

Excéntrico o no, el fenómeno *rockstar* que despierta ha disparado las matrículas del máster en Cognición, Comportamiento y Neurobiología más solicitado de Europa.

El profesor endurece la voz, con la energía de quien quiere sacudir conciencias:

—¿Es que no lo veis? —brama—. ¡Podría felicitaros ya! Vais a aprobar este máster hagáis lo que hagáis… ¡Lo habéis pagado!

Las risas estallan; los alumnos saben que su profesor no exagera.

—Vuestro dinero —añade tras una pausa calculada, casi teatral—, bueno…, el de vuestros padres, es la carroña con la que se alimentan los buitres del decanato. Julius dirige entonces la mirada hacia el director del máster y alcanza a ver cómo traga saliva. Esa mínima reacción basta: para el singular profesor, eso ya es un triunfo, un placer irrevocable.

—La universidad, el colegio —prosigue—, incluso la sagrada institución de la familia, no son más que un entramado al servicio de la domesticación del ser.

Julius sonríe a una bancada vacía.

—Si yo no soy mi mente, si yo no soy mis pensamientos, ¡si yo no me permito ser!…

Los asistentes aguardan atentos a la clausura de la lección. El profesor coge aire.

—… yo os pregunto hoy: ¿cómo no vamos a sufrir?

9

Para acceder al váter de la vivienda es de obligado cumplimiento subir dos escaloncitos. Las paredes están cubiertas por unos azulejos rosados y floreteados, el papel higiénico se reviste de un ornamento de ganchillo y la cadena está reducida a dos o tres eslabones.

—Un baño digno de María Antonieta —musita Lis.

Al salir la golpea el sonido estridente de *El bueno, el feo y el malo*, que traspasa las finas paredes de la vivienda.

—¿Ese es Clint Eastwood? —pregunta ella.

El hacker, al fin, se deja escuchar:

—Lee Van Cleef —la corrige el hacker.

—Buen oído.

—Es la televisión de la vecina —expresa Jensen—. Está sorda como una tapia.

—Te acostumbrarás a oírla —añade el hacker—. Suele pasar así los días.

Jensen se jacta.

—Los días y todas las noches.

Incluso a pesar del ruido de fondo, de cómo irrumpen los disparos en la cabeza de Lis, ella presta atención a las pantallas instaladas en

el salón. Sus colegas parecen revisar los chats en los que el hacker suelta anzuelos.

—La *deep web* —aporta este.

Lis había oído hablar de ella. La conocida red profunda: un subsuelo donde cualquier vicio encuentra comprador. Entrar supone descender a los bajos fondos de la sociedad. Lo macabro supone un fetiche más entre placeres rancios y desprovistos de moral.

La hipótesis de una posible red de pederastia fue tratada como una de las principales líneas de investigación. No surgió únicamente desde el ámbito policial, sino que fue alimentada por los hermanos de Miguel y amplificadas por determinados periodistas y hasta algunos inspectores de policía que, a bombo y platillo, se dedicaron a promulgar sus teorías por platós de televisión y cadenas de radio del país. Esta teoría ganó adeptos ante la llamada de una informante anónima que aseguró haber visto al chico en un tren dirección a Oporto acompañado por un señor que peinaba canas. La anónima también aseguró que el anciano hablaba a Miguel del significado que tenía su nombre en la Biblia. Todo guardaba un tinte fantástico, pero el chivatazo no parecía imposible. El vínculo intelectual pudo ser clave para que el supuesto pederasta atrajese a una mente como la de Miguel Strachan. Pero una vez más: nada. Aquel testimonio fue descartado por falta de evidencias.

En los ochenta, cuando el muchacho fue raptado, la vida aún era analógica. Internet no condicionaba nuestra realidad, aunque siempre hayamos coexistido bajo diferentes condicionamientos, claro. Lo cierto es que aquella vida analógica dificultó la búsqueda del chico. Los medios con los que contaba la policía malagueña eran

tan escuetos como un vehículo y el ingenio de los inspectores a los que se les asignó el caso: estaban en la prehistoria.

El hacker se gira hacia Lis sin levantarse de su silla ergonómica. Ella acerca un taburete hasta él y el hombre le ofrece la mano.

—Ramón Jáuregui. Bienvenida.

—Gracias.

—A ti. Agradecemos enormemente tu colaboración —indica el hacker—. Hiciste un buen trabajo en la residencia.

«¿Un buen trabajo?», se pregunta contrariada. Aquella labor en la residencia femenina Santa Teresa suponía realizar las funciones típicas de una psicóloga experta en trastornos de la personalidad y patologías comórbidas, cosa que hizo de aquella manera. Lo que vino después estaba fuera de sueldo y contrato.

—Gracias.

Jensen le dedica una mueca de disgusto a Ramón.

—Esto es otro nivel.

Por muy denso que a Lis le resulte su carácter, Jensen tiene razón: esto es otro nivel. Una desaparición extrema no suele resolverse. Es más, nunca se resuelve. A ella, el estar hoy aquí, reunidos por esta causa cismática, le supone un salto al vacío, un acto de fe o de oligofrenia.

—Pero bueno —prosigue Jensen—, a nosotros nos mandan y obedecemos: va en el sueldo.

—Estrictamente hablando —explica Ramón—, debemos reconocer que el caso de Miguel Strachan nunca se cerró, pero tampoco podríamos decir que estaba abierto: estaba, sin más, y sin demasiadas pretensiones de ser esclarecido.

«Si alguien nos da un hilo del que tirar, tiramos», decía la policía. Pero no había flecos sueltos: nunca tuvieron ni un mínimo vestigio.

—¿Viste la foto, Lis? —pregunta Jensen—. ¿La del cráneo?

—Sí. Fue la invitación de Marina a colaborar con vosotros, con el CNI.

Ramón pasa las imágenes del levantamiento del cadáver de Björn Nielsen a la pantalla central. Una grúa tuvo que rescatar el Tesla calcinado de las aguas heladas del lago.

—¿El conserje del internado? —pregunta Lis.

—Comprado —responde Jensen—. Igual que los sanitarios y los incompetentes de la Policía Local. Un suicidio, se acabó.

—El suicidio de un vecino por inmolación —aporta Ramón— ya supuso una atracción turística para el internado y para el pueblo de Jessheim.

—Sí, en mi país somos más discretos —dice Jensen—. Para matarnos nos colgamos de los árboles.

—Así que eres noruego —afirma Lis.

—De Maura, sí. Tenemos cabras con flequillo y un bar indio de *shawarmas* y pizzas: pura diversión.

La imagen que Ramón muestra en el monitor central trae a tierra a sus compañeros. Jensen y la psicóloga fijan la atención en el margen izquierdo de la pantalla. Es la fotografía incrustada en el cerebro de Björn Nielsen, restaurada con inteligencia artificial, en la que el mecánico de helicópteros aparece junto a cuatro menores, uno de ellos Miguel Strachan. Nielsen pone la mano encima del hombro izquierdo del chico, como si mantuviera un vínculo especial con el muchacho, como si lo hubiera elegido.

En el margen derecho, sin embargo, el hacker despliega un mapa de la ciudad de Málaga. Traza el recorrido previsible que Miguel Strachan habría transitado el día en que desapareció. En realidad, marca varios recorridos con flechas de distintos colores: varias posibilidades, aunque, según recoge el sumario, Miguel era de tiro fijo.

Ramón cruza las piernas y se dispone a explicar con minucia el guion que ha preparado como resumen del sumario.

—Operación Cordero —dice—. El jueves 1 de abril de 1982, cinco días antes de su cumpleaños, a las 17:35, Miguel Strachan Saavedra salió del portal de su edificio en el barrio de Cruz del Humilladero y se encaminó a la asociación cultural Las Palomas, en la calle San José número 6, a pocos metros del palacio de Buenavista donde hoy se encuentra el Museo Picasso. De haber subido al bus, habría llegado a la asociación unos veinte minutos más tarde aproximadamente, dejando un margen de tiempo a distracciones o atascos. Allí, en la asociación, se encontraría con sus maestros.

—No era la primera vez que iba solo: iba solo siempre —dice Jensen—. Así que descartaron que pudiera perderse.

—Miguel —retoma Ramón— asistía al acto inaugural de una exposición en la que participaba; era el único menor en exponer, de hecho.

Lis corta a Ramón para hacer la pregunta más evidente. Al menos, para alguien que, a pesar de ser psicóloga, desde hace varios años ejerce como galerista.

—¿Qué expuso?

—Una talla —responde Ramón—. La talla de madera de una… Bueno, de una supuesta Virgen del Carmen. Rudimentaria, según

recogieron en el sumario, pero impactante. Pero, antes de que lo preguntes, Lis, no tenemos imágenes de la pieza, ni la pieza tampoco, claro está.

—¿Quién le ayudó a modelarla? —pregunta ella.

—Imagino que los maestros artesanos de la asociación. Algunos eran orfebres, otros ebanistas, todos jubilados, pero con años de conocimiento.

—¿Destaca alguno en concreto?

—Había uno que pasaba bastante tiempo con el chico, pero ya está fallecido. De igual forma, Lis, el hombre tenía coartada y una muy sólida.

Jensen interpela a la psicóloga:

—¿Por qué crees que ayudaron a Miguel?

Lis explica que el proceso de creación de una talla de madera conlleva, al menos, tres pasos de obligatorio cumplimiento. El primero es el de bocetar la pieza —lo ideal es que sea a carboncillo —, el segundo es el de modelarla en barro y el tercero el de realizarla. A ella le parece un proceso complicado, muy complicado, para un chico de unos trece, casi catorce, años, incluso aunque hablasen de un genio que contase con un taller artesanal a su completa disposición.

Lis resopla, dejando escapar un deje de rabia que su compañero Ramón percibe.

—Adelante —la invita.

—La familia de Miguel, Ramón —dice Lis, y pregunta—: ¿no solicitó la apropiación de la talla?

El hacker niega.

—Si lo hicieron, ya no estaba.

—¿Cómo puede ser? —pregunta ella, indignada—. Una pieza no puede desaparecer de un museo de tal manera. Ya hablemos de una exposición permanente o itinerante, todas las obras tienen que estar catalogadas para su exposición.

—Está claro —dice Jensen— que alguien no hizo bien su trabajo.

Por la información que facilitan a Lis, ella juraría que Miguel Strachan sufría la maldición del genio. El chico no solo asistió sin compañía familiar al evento más importante de su corta existencia, sino que, además, nadie se molestó en inmortalizar la talla de la que tanto hablaban.

—Bien —prosigue Ramón—, sabemos cuál fue el recorrido que Miguel debía encaminar, pero ni un solo testigo lo ubica en la asociación cultural, ni tampoco en el museo. Solo tenemos el testimonio de la vecina de la familia, puerta con puerta, quien lo ubicó en la parada de autobús, en la esquina de la plaza de la iglesia. La mujer aseguró en su día que vio salir a Miguel del portal con un maletín en la mano y el bono del autobús. Hasta ahí llega la pista del chico.

Jensen y Lis se mantienen atrapados por una pausa que parece eterna. Esperan a que Ramón proporcione más datos sobre el caso, aunque ella da por hecho que no será la primera vez que sus compañeros repasen el sumario.

El hacker prosigue, al fin: relata que la madre de Miguel Strachan estaba preparando la cena cuando su marido cruzó la puerta de casa sin el chico. Habían transcurrido ya cuatro horas desde que el muchacho salió para no volver. Cuatro horas: un abismo para quien espera, una eternidad para un desaparecido. Aquel mal día, Miguel

pasó a convertirse en un recuerdo, una sombra, la ilusión atrapada en la memoria de los que lo querían.

Su padre, el padre de Miguel, salió despavorido a la calle y alentó a sus amigos y a sus compañeros de la fábrica donde ejercía a que hicieran una batida. Buscaron al muchacho sin descanso durante la madrugada. No quedó playa u hospital que no visitasen. Acudieron a la comisaría más cercana en busca de ayuda, pero solo encontraron indiferencia. Los agentes, imperturbables, les dijeron que aún era demasiado pronto para interponer una denuncia por secuestro.

—Ya —musita Lis con cierto retintín—, demasiado pronto.

«Como si esperar hiciese que la desgracia se solucionara», piensa para sus adentros.

—Lo cierto es que la policía restó importancia al asunto —añade Ramón—. Miguel podría estar con un amigo, con una amiga.

El hacker hace un gesto a Jensen y este se pone en pie. El noruego se dirige a una puertecita en medio del pasillo. Esta lleva a una despensa donde han acumulado varias cajas atestadas de carpetas y archivos varios. Jensen, en la fineza que ya Lis adivina que le caracteriza, las deposita de un topetazo ante ella.

—El sumario de la época se componía de diez cajas como esas —expresa Ramón—. Y más de doscientos interrogatorios registrados en cintas de audio y transcritos a mano. Muchos documentos se han informatizado, pero queremos que tengas acceso al material original, por si sirviera de algo.

—¿Algún vídeo?

—Un par de años más tarde de la desaparición del chico, la madre y la vecina acudieron a un programa de televisión para hablar sobre Miguel. Esto es público, pero te daré acceso al sumario.

—Los padres de Miguel —añade Ramón— ofrecieron un millón de pesetas a quien diese noticias certeras del niño; nadie contactó por la recompensa.

—Charlatanes hubo unos cuantos —dice Jensen, refunfuñando—. ¡Hasta videntes!

El hacker, Ramón, recuerda que, el año en que Miguel desapareció y en los que siguieron, cualquier pista, por absurda que pareciera, se recibía con la misma seriedad. Cualquier indicio, por desconcertante que fuese, resultaba preferible al más absoluto desconsuelo. Se exploró desde la hipótesis de un accidente que le provocara amnesia hasta la posibilidad de que unos contrabandistas de arte lo secuestraran para que replicase obras de alto valor en el mercado negro.

—Nadie… —insta Ramón— nadie dio razón del paradero del chico, nadie ofreció un hilo del que tirar.

Miguel Strachan se convirtió en una de las investigaciones más desconcertantes en la historia de la Interpol: una cicatriz en pleno ojo de la ciudad de Málaga.

—Concluyeron —dice, y prosigue— que el niño fue secuestrado en algún punto de los trescientos metros comprendidos entre el portal de su casa y la parada de bus.

La duda envuelve a Lis. Entiende que, dentro de todas las opciones que barajaron, seguro que consideraron la hipótesis de una fuga voluntaria.

—Sí —responde Ramón—, se pusieron encima de la mesa todas las casuísticas y la de una fuga voluntaria fue una de ellas. Pero la familia se negaba a oír hablar de eso.

—Hasta el día de hoy —cuenta Jensen—, los hermanos mantienen que es imposible que Miguel los abandonase. Y tampoco hubo indicios claros de que el chaval se quisiera marchar: ni una nota, ni una carta.

Ella cavila: todos somos más complejos que lo que dejamos traslucir a simple vista, pero piensa que alguien como Miguel Strachan no dejaría rastro si hubiera querido marcharse. Alguien así no se arriesgaría a dejar migas de pan a su paso.

—Sus seres queridos describían a Miguel como un niño amable pero muy introvertido —expresa Ramón—. Uno de sus maestros indicó que Miguel no llevaba bien los halagos. Por otro lado, según la madre, el tiempo libre, y leo textualmente, «lo dedicaba al arte». Mientras sus hermanos mellizos y sus vecinos jugaban al fútbol en el barrio, Miguel los observaba con atención para pintarlos en movimiento.

—Un niño —musita la psicóloga—. ¿Cuántas veces aparece la palabra «niño» en el expediente?

—Cientos o miles —responde Ramón.

La premisa inicial de búsqueda es incorrecta. Lis siente las miradas de sus compañeros clavadas en ella mientras expone su tesis.

—La búsqueda de Miguel estuvo sesgada. La policía, la familia, los amigos, todos buscaron a un niño. Un niño secuestrado, raptado, perdido… Ponedle el adjetivo que queráis. Y claro, cuesta imaginar que un niño decida marcharse por su cuenta, sin más.

Jensen deja escapar un resoplido, cargado de escepticismo.

—¿Pero…?

—Pero Miguel no era un niño —culmina Lis.

La adolescencia.

Esa etapa en la que nos agujerearíamos el cuerpo, nos mortificaríamos para que nos mirasen, pero, sobre todo, para que nos viesen. Y qué curioso delirio. Miguel Strachan era tan brillante que su luz le hacía invisible en medio de la turba.

—La neurobiología explica la desobediencia de los hijos hacia sus padres —dice Lis a sus compañeros—. La falta de mielina en las áreas prefrontales dificulta las buenas conexiones neuronales: es más fácil que tomen malas decisiones.

—Ya —dice Jensen—, el cerebro se muere por capas y la adolescencia es una.

Las palabras de Jensen la sorprenden. El opaco noruego aún no ha revelado su profesión, pero, por la falta de delicadeza con la que los deleita, Lis infiere que será un agente de campo vinculado al mundo militar o la policía.

Ramón abre una de las carpetas físicas de las que se componía el sumario de la época. Una compilación de datos imposibles y, a decir verdad, sin demasiado criterio.

—Bien —interviene el hacker—, sabemos que, el último día que Miguel Strachan acudió al colegio, sus compañeros apuntaron que tenía fuertes dolores de cabeza. Rosa, la madre de Miguel, reconoció que esa tarde su hijo no se comió la merienda, como solía acostumbrar.

El noruego se bufa.

—Eso puede explicarse por los nervios de la exposición.

—Cierto, sí, podría ser, pero hay un matiz que va a interesar a Lis.

Ramón explica que Las Palomas, la asociación cultural a la que Miguel asistía para recibir clases de bellas artes, consiguió citar al

chico con un periodista de *Diario Sur*. El periodista en cuestión era, nada más ni nada menos, que el director de la sección de cultura del periódico más importante de la provincia de Málaga.

—Dos días antes de la inauguración, los maestros de Miguel le acompañaron a ver su obra expuesta —cuenta Ramón—. En su declaración, aseguraron que el chico era más que consciente de la cita con el periodista.

En efecto, el 30 de marzo de 1982, cuando Miguel fue a contemplar la obra que expondría, a regocijarse por unos instantes de su victoria —si es que se permitió tal cosa—. A los maestros de la asociación les pareció adecuado mantener una conversación al respecto con el chico, poner en valor lo que significaba que alguien de la edad de Miguel se convirtiese en la persona más joven en exponer en el Museo Provincial de Bellas Artes. Pero él, ese muchacho que jamás desobedeció ni presentó un comportamiento discordante, se ausentó de la cita con aquel director de la sección de cultura.

La psicóloga recapitula el conjunto de informaciones en su cabeza. Lo cierto es que, siendo sinceros, saben lo mismo que sabían antaño: nada. Por lo que habrán de hacerse las mismas preguntas, pero, esta vez, desde un prisma distinto.

—¿Sabemos por qué ningún adulto acompañó a Miguel a la inauguración? —pregunta ella.

—De haber llegado, iría acompañado por sus maestros —responde Ramón.

—De sus maestros, sí —dice Lis—, pero ¿y sus padres?

Jensen y Ramón comparten miradas ante la incógnita que la psicóloga les ha lanzado. Sin embargo, es Jensen quien responde:

—Marina y yo hablamos con la hermana de Miguel, con la mayor, una tipa con carácter. Dijo que era lo normal: el chaval era muy independiente, iba solo a todos lados. No sé, Lis. Eran los ochenta y en Málaga. En algunos pueblos aún se movían en burro.

—¿Y los padres? —pregunta Lis.

Ramón arrastra las sílabas.

—Rosa pasó por un tribunal médico tras la pérdida de su hijo. Al principio parecía estar fuerte, cuerda, pero conforme pasaron las semanas y los meses la mujer se desfondó.

El hacker facilita un informe extraído del propio programa de salud mental público. Un archivo blindado al que ni siquiera los médicos de atención primaria pueden asomarse, pero Ramón es Ramón: él abre todas las puertas.

El documento expone la procesión de diagnósticos que arrastra Rosa junto con la lista de psicofármacos que debe ingerir a diario.

—Depresión catatónica es lo más leve que aparece aquí —comenta Lis a sus compañeros.

Ramón responde con asentimiento y prosigue:

—El padre del chico, Pepe Strachan, era el encargado de recoger a Miguel en el museo una vez que finalizase el acto de inauguración.

—Y ya no podemos interrogarle —lamenta Jensen—, al tipo lo enterraron en el 99. Un infarto fulminante.

Las piernas de la muchacha comienzan a bailar sin su permiso. Jensen se percata enseguida de que las justificaciones, que suenan a excusas, no la convencen.

—¿En qué piensas? —le pregunta él.

—Siento insistir, pero ¿sabemos a qué hora salió el padre de trabajar?

Ramón responde a la inquietud de Lis:

—Pepe Strachan trabajaba en CITESA, una fábrica de telecomunicaciones y electrónica. Su jornada iba desde las ocho a las dieciséis horas.

—No fue el padre, Lis —afirma Jensen—. El hombre tenía coartada. Toda la familia cercana, hasta los primos segundos, tenían coartada. El pobre tipo pasó más de un año yendo a comisaría cada día para preguntar por su hijo.

—Ya —musita ella.

—Ya, ¿pero…?

—Quiero —expresa Lis—, me gustaría, entender por qué nadie acompañó a Miguel al que iba a ser el evento más importante de su corta vida.

Ella se pone en pie.

—Ni sus tres hermanos —prosigue— ni sus padres ni esos primos que tienen coartada. ¿De verdad ningún familiar pudo acompañarle?

Jensen responde:

—La hermana dijo que el chico prefería ir solo a esos sitios.

La psicóloga se arrima al ventanal de la vivienda. Desde él atisba la Mercería de Encarnita y Cinturones Manolo: la Málaga profunda lejos de la gloria del Muelle Uno. «Una ciudad aferrada a sus creencias, a su ideología y sus costumbres», piensa.

—Sus costumbres —susurra ella.

Y piensa en los arquetipos conductuales de los padres de Miguel. La madre del chico era un ama de casa enclaustrada en la cocina: una sirvienta de sus cuatro hijos y de su marido. Una mujer atrapada en las labores del hogar, que, por cierto, son infinitas y, por tanto, inútiles. Siempre se puede limpiar un poco más, ¿no? Siempre

se puede ser un poquito más esclavo. El padre estaba preso de un trabajo que, en lugar de dignificarle, lo enterraba en vida. ¿Por qué si no el hombre se paseaba por los bares del barrio tras la jornada para prolongar su regreso a casa?

Si analizan la infancia de la hermana mayor y de los hermanos mellizos de Miguel, reconocerán rápido que el panorama no es mucho más alentador que el de sus progenitores. Niños criados entre portales, lejos de pantallas y de actividades extraescolares insulsas —¿felices? —, pero sin las atencionales emocionales que requerían.

Lis se dirige a sus compañeros:

—Para Freud —explica—, los pilares fundamentales de la personalidad se configuran de los cero a los seis años. Para estudiosos posteriores como Erikson o Piaget, se fundamentaba de los doce a los dieciocho. En esta época ya han pasado por la poda neuronal. Pero lo que registra la neurociencia actual, y tal vez lo más acertado, es que no es hasta los veinticinco años cuando finaliza la maduración de la corteza prefrontal.

—Traducido al castellano —interfiere Jensen—: Miguel estaba muy muy verde cuando desapareció.

—Traducido al castellano —añade Lis—: a un adolescente es la sociedad quien lo construye y quien también lo destruye. Igual que no podemos… Bueno, que yo no puedo ni debería trazar un perfil psicológico de Miguel Strachan sin conocer su contexto…

Ramón termina la teoría de la psicóloga con una sentencia que da en el centro de la diana.

—… los secuestradores de Miguel tampoco pudieron llevárselo sin conocer su contexto.

—Eso es —dice Lis al hacker—. No improvisaron. Los secuestradores estudiaron a la familia, a los amigos del chico, su instituto, sus rutinas diarias. Esas personas lo conocían.

Ella se reincorpora, quedando frente a frente con la agonía del ciervo. Toma aire antes de continuar:

—El secuestro de Miguel no fue un golpe de suerte —añade—, fue una certeza.

Mira ahora a Jensen.

—La persona o las personas que se lo llevaron sabían que ni los padres ni los hermanos de Miguel cambiarían un ápice sus rutinas, ni siquiera para acompañarle a la exposición más importante de su corta vida.

Algo se descoloca dentro de su compañero noruego; se le nota en el gesto. Baja la mirada, aprieta el labio inferior y la levanta hacia el hacker.

—Ramón —dice al fin—, Lis debería saberlo.

10

Responsabilidad, lealtad y fidelidad.

Ser miembro de la Garde Suisse Pontificale supone el mayor de los honores para un joven suizo católico. La promesa de servir a Cristo, de custodiar a su vicario en la tierra y de ganarse —con sangre y lágrimas— su redención es el motor que los impulsa a ofrecer su vida sin reservas.

Desde el momento en que ingresó como recluta —recién alcanzada su mayoría de edad—, Giovanni Zimmer entendió que su destino había salido a su encuentro. Ser alabardero supuso mucho más que una condecoración: Zimmer encontró el sentido, su sentido. El joven, de aire montaraz, cumplió, tal y como de él se esperaba, con el legado familiar.

Al igual que su padre, su abuelo y su bisabuelo, Giovanni Zimmer es un perfecto soldado al servicio de los valores cristianos. Menor de cuatro hermanos y único varón, se topó con aquello que añoraba desde bien crío: una fraternidad entre hombres forjados en el honor. Cada mañana repite unas palabras atribuidas a Platón: «Doy gracias a Dios por haber nacido griego y no bárbaro, doy gracias a Dios por haber nacido hombre y no mujer, doy gracias a Dios por ser libre y no esclavo». Una letanía casposa que se ha convertido en su padre nuestro.

El espíritu de hermandad de la Guardia Suiza facilita la convivencia en el cuartel y la entrega plena: veinticuatro horas al día durante los trescientos sesenta y cinco días del año. Para ser admitido en la milicia, los candidatos deben cumplir cierto número de requisitos. Además de poseer la ciudadanía suiza, ser de fe católica y haber conseguido un título profesional, como mínimo la enseñanza secundaria, deben haber realizado el servicio militar y estar solteros. Las distracciones no eran una opción plausible. Zimmer estaba tan decidido a entrar en la Guardia que rompió, sin demasiados preámbulos, con la chica con la que salía antes de partir.

—Asumo el propósito que Dios tenga para mí sin miedo —se dijo.

Superó los primeros meses de adiestramiento en el cantón Ticino, en Suiza. Allí conoció al capellán de la Guardia Suiza, quien rápidamente se fijó en el joven. El capellán destacó de Zimmer sus altas calificaciones en Introducción al Derecho y Comportamiento Táctico, así como sus inmejorables aptitudes en el manejo de armas y en cuanto a nociones de autodefensa. Pero la verdadera formación daría inicio una vez que viajase a Roma. Entre los muros de la Ciudad del Vaticano profundizaría en el conocimiento meticuloso de las personas y los espacios que debía custodiar, con lo que eso conlleva.

A la prestigiosa milicia se le encomienda la seguridad del santo padre, fuera y dentro del Palacio Apostólico, aunque con el nuevo pontífice las reglas hayan cambiado. Las singularidades del recién electo papa incordian a los más devotos y generan cierta preocupación ante la posibilidad de que su progresismo dispare la apostasía.

Hoy, el sargento mayor Zimmer se presenta ante su teniente coronel y guía espiritual, el capellán de la Guardia Suiza, en la Casina Pio IV. El hombre, de unos treinta largos, ha sido llamado no por su capellán, a quien ya guarda un inmenso respeto, sino por el propio Dios, por quien vive y por quien moriría. Este le ha otorgado lo que él considera un raro privilegio.

—*Signore* —saluda el sargento.

—¿Cómo se encuentra, hijo? ¿Se adapta a nuestro papa?

—El santo padre es un hombre que necesita ser escuchado.

El capellán identifica una vacilación en su subordinado.

—Habla sin miedo, hijo.

—Creo que es demasiado…

—¿Progresista? —termina el capellán.

—Iba a decir inteligente, *signore*.

El capellán sonríe.

—Sí, lo es. Pero es el eje central del cambio que necesita nuestra casa.

A Zimmer le desconciertan las palabras de su capellán. No termina de comprender por qué la Iglesia —su Iglesia— precisa con tanta premura ese cambio del que muchos hablan. Este papa arrastra consigo muchas críticas fundadas: su pasado como jesuita combativo no pasa inadvertido.

—Sin embargo —continua el capellán—, reconozco que sus métodos no resultan ortodoxos. Nuestro sumo pontífice es un hombre pasional, vulnerable y, por ello, Zimmer, resulta un hombre manejable. Tendremos que cuidarle.

—Sí, mi *signore.*

—Debe cuidarle de otros, hijo, pero también de sí mismo.

El capellán sabe que la fe es la más potente de las armas. Hay hombres que se aferran a sus ideologías, que están dispuestos a matar por ellas porque sin ellas ya estarían muertos. El sargento mayor Zimmer es uno de esos hombres.

—Con valentía y fidelidad, *signore* —responde, aguardando instrucciones de su capellán—. A su servicio, al de nuestro santo padre y al de Dios.

El sacerdote esboza una sonrisa complaciente. Zimmer roza ya las dos décadas sirviendo en el Vaticano. Podría haber regresado a casa, a Suiza, hace mucho, haber recuperado a aquella novia que dejó atrás, pero no, no lo hizo. El sargento mantiene firme su juramento: *semper fidelis.*

En estos años se ha convertido en un guerrero casi perfecto. Uno, incluso, mejor que su superior. Un siervo de élite ataviado con traje de gala y armado con una pistola semiautomática SIG Sauer P220.

Un hombre que, a pesar de su juventud, no solo ha sido entrenado para custodiar al sumo pontífice, sino también para conquistar su confianza. Un cooperador de la verdad.

11

Francesca Rossi.

La segunda menor identificada en la fotografía es, o era, Francesca Rossi.

—¿Quién era? —preguntó Lis anoche.

Anoche, cuando sus compañeros le dijeron la identidad de la única muchacha de la fotografía, Lis asumió que también estaría fallecida.

Ramón aclaró que, a pesar de las pésimas condiciones en las que hallaron la imagen, la tecnología de reconocimiento facial encontró una alta coincidencia con las facciones de la muchacha italiana. Los compañeros de Lis guardaban esta información como pan caliente bajo el brazo. Un pan que empezaba a producir fricciones en la axila de Jensen.

—Habladme de ella —pidió la psicóloga.

Y el hacker desplegó sus conocimientos en la pantalla del monitor central. El 4 de abril de 1981, Roma amaneció empapelada con el rostro de la muchacha. No fue gracias a la pasividad con la que la policía abordó el caso en una primera instancia, sino a la implicación de la familia y los vecinos de la chica, que pasaron la madrugada pegando carteles y llamando a cada puerta con una súplica y sin descanso. Pero cubrir la ciudad no dio resultado: Francesca, de quince años, se desvaneció sin dejar rastro.

Aún hoy se sostiene que fue raptada tras un breve encuentro con una amiga, entre las cuatro y media y las cuatro menos cuarto de la tarde de su desaparición. Antes de este hecho, Francesca había terminado sus clases en el Istituto Tecnico Economico Vincenzo Gioberti, a unos veintisiete minutos de su casa en el barrio de Trastevere. Se estima que después pasó por casa, para el almuerzo, pero aquello era poco más que una conjetura. Nadie la vio entrar, nadie la vio salir. Hija única de un matrimonio sepultado por la hostelería, vivía en un hogar al que rara vez regresaba alguien antes de la medianoche. La policía solo encontró un plato y un vaso sucios en la encimera: pruebas endebles, mudas, que más parecían un montaje de la rutina que la confirmación de una presencia.

Francesca acudió puntual a la cita con aquella amiga. La muchacha dijo que miró el reloj innumerables veces, pero que esto era habitual en ella, en la chica del Trastevere. La hija de aquellos gerentes de bar se obligaba a mantener una agenda concurrida con la que reconducir su sino lejos de lo que la aguardaba: heredar la gerencia de la típica tasca italiana de los ochenta en la que el olor a mozzarella impregnaba hasta las ideas.

A medida que pasaban las semanas, aquella explicación inicial de la policía —«cosas de adolescentes»— se desplomó por sí sola. Comenzaron las entrevistas, la revisión de las cámaras, las hipótesis apresuradas. Y, como una losa, la realidad terminó por aplastar el imaginario colectivo de la ciudad justo a las puertas de su semana más sagrada.

—Sus colegas y profesores la describían como una chica reservada, no daba problemas —leyó Ramón—. No se hacía notar,

pero era una de esas personas bonitas sin pretenderlo. La familia se negaba a creer que Francesca se hubiese ido por su propia voluntad.

—Un perfil parecido a Miguel Strachan —dijo Lis, y sus compañeros asintieron.

Ramón explicó que, debido a los testimonios recogidos y a que la muchacha no parecía el perfil de adolescente rebelde, la policía decidió examinar cada resquicio de la *suburra* romana.

—Desmantelaron cada garito y cada prostíbulo —leyó Ramón.

—Pues hay unos cuantos —indicó Lis.

—Comprobaron —prosiguió él— quiénes fueron los pasajeros habituales y eventuales de los autobuses y también de los taxis que transitaban los alrededores de la Ciudad del Vaticano. Se sirvieron de las cámaras de seguridad y de los movimientos con tarjetas de crédito para examinar quiénes tomaron café por la zona y quiénes compraron aquel día calendarios de los sacerdotes más atractivos en las tiendas de souvenirs cercanas. Nada.

Parece que, en un acto desesperado, la policía concertó una reunión con el confesor de Francesca, un joven presbítero de la basílica de Santa Cecilia. El cura aseguró que la muchacha jamás había mencionado el deseo de marcharse de casa, mas, sin embargo, era su obligación ser fiel al juramento confesional, por lo no haría *vox populi* aquello que, con fe cristiana, la jovencita depositó en él. Algo alentó a la policía en aquel encuentro con el joven presbítero, por lo que se planteó, en otra vertiente rocambolesca, la posibilidad de que Francesca se hubiese quedado embarazada de un sacerdote. ¿Una relación clandestina? ¿Una violación? Eso explicaría que la secuestrasen para llevarla a abortar a una clínica privada lejos de miradas punitivas. Se entrevistó, por

tanto, a los sacerdotes que residían en el entorno de la basílica, donde la muchacha se confesaba con regularidad y también con regularidad acudía a misa, pero, tal y como era de esperar, ninguno, ni jóvenes ni ancianos, reconocieron mantener una relación de cualquier índole con Francesca Rossi.

Ahora, unas horas después de recibir las noticias que han alterado el rumbo de la investigación, Lis se planta frente al croquis destinado a Miguel Strachan.

Al igual que sucedió con él —con el jovencito malagueño—, nadie informó jamás del paradero de la italiana. No ofrecieron entregarla a cambio de una recompensa, ni propuestas de intercambio, ni siquiera amenazas: nada.

Lis comienza a entender por qué nadie la advirtió de que, en la imagen dentro del cráneo, había más de un identificado. También comprende, por fin, la razón por la que distintos servicios de inteligencia se han involucrado en la búsqueda de los menores.

«Esto es otro nivel —recuerda ella que dijo Jensen—. Y tenía razón —se dice». ¿Quién podría haber imaginado que Francesca Rossi y Miguel Strachan estuvieran conectados? ¿Qué probabilidad había de que sus desapariciones tuvieran correlación?

—Céntrate en Miguel —susurra la psicóloga—. Solo en Miguel.

Aunque lo más coherente fuese pensar en los dos chicos desaparecidos, en entrelazar las dos historias, ella sabe que está en Málaga para realizar un informe sobre la personalidad de Miguel Strachan, e introducirse demasiado en Francesca Rossi, con seguridad, podría enmarañar las conclusiones a las que llegue sobre Miguel.

El reloj señala las 06:20 de la mañana.

—Qué bien —musita Lis con ironía.

Es 21 de marzo. Ella ha pasado la madrugada de su cumpleaños imprimiendo imágenes de posibles sospechosos, la mayoría fenecidos, y colocándolas con chinchetas sobre el dantesco cuadro del ciervo agonizante con cierto placer. Lis detesta el dichoso cuadro.

Anoche, Ramón, antes de marcharse a dormir, le preguntó qué necesitaba.

—Total acceso —respondió Lis— y mucho café.

En este instante, ella reconoce que los ronquidos de Jensen le han servido de acompañamiento logístico en esta traqueteada madrugada. Examina, una vez más, el recorrido que Miguel Strachan debió realizar aquel día; ese que no llegó a transitar.

Revisa, también una vez más, aquellas composiciones que emanaron del menor, adjuntas a su expediente: cada uno de los dibujos y versos, cada conato de cómic y cada imagen de las tallas en madera.

La policía pidió la colaboración ciudadana: cualquiera que guardara algo escrito por el muchacho debía entregarlo en comisaría. Y así llegaron cuadernos polvorientos de EGB, cartas olvidadas, apuntes y notas cedidas por antiguos compañeros y por miembros jubilados de la asociación Las Palomas. Los expertos en grafología las examinaron con una minuciosidad quirúrgica, línea por línea, buscando grietas, temblores, señales ocultas. Pero no hallaron rastro alguno de despedida ni de amenaza de marcha. No encontraron ningún indicio de que el muchacho hubiese querido huir, ni de que alguien lo doblegara bajo coacciones o amenazas. Miguel presentaba una caligrafía firme, inquietantemente serena, adulta.

Entre los esbozos a lápiz o carboncillo entregados a la policía destacaban los dibujos que Miguel dedicó a Virginia Carrera, su compañera de pupitre. Por lo bien conservados —están plastificados — que están, Lis puede afirmar, sin riesgo a equivocarse, que Virginia guardaba más que un afecto amistoso hacia su compañero.

—La tormenta le cayó encima por completo —musita la psicóloga.

Revisa los bocetos, las viñetas, relee los escritos que componen el sumario. Comprueba cómo Miguel tenía un sentido del humor irritante. «Hilaba muy fino», piensa Lis.

El chico creó cómics en los que se quejaba de la incultura de sus congéneres o de las políticas imprecisas que abocaban a los ciudadanos a una Málaga que olía a boquerones podridos. Estas obras, sin embargo, no les dicen más que aquel adolescente era eso: un adolescente. Un muchacho con espíritu revolucionario que acallaba su verdadera voz para integrarse bien en su conjunto social, pero que inevitablemente sacaba a pasear sus furias a través del arte.

—Esto no puede ser todo —musita ella—. No puede ser.

Miguel era un artista prolífico. Lis se niega a aceptar que las obras ante ella puedan ser las únicas que Miguel crease en su corta pero intensa vida.

La psicóloga se pone en pie y encara ahora el croquis que ella misma ha trazado en la pared. Examina los rostros de las personas que componían el círculo cercano de Miguel. La orla junto a sus compañeros de octavo de EGB, por ejemplo, fotografía a la que nuestro chico llegó de milagro: unas semanas más tarde desaparecería para siempre. Ahí está Virginia Carrera.

Los ojos de un Miguel inexpresivo, escondido tras su flequillo, se clavan en las pupilas de Lis.

—Jensen —llama a su compañero.

Ante su remoloneo, Lis toma asiento al filo del sofá, que su compañero ha convertido en cama por esta noche. Él empieza a desperezarse.

—Jensen, sé que estás despierto.

—Ya voy, Lis —dice Jensen, y bosteza—. Ya voy.

—¿Dónde están?

—¿Quiénes?

—Quién no. ¿Dónde están las obras de Miguel?

Él responde con tono cansado:

—Las tienes en el sumario, Lis.

—Estas no me valen.

—¿Por qué? ¿Qué les pasa?

—Que son mediocres.

Jensen abre los ojos y resopla a la vez.

—Lis, son las que el crío regalaba a sus compañeros de clase, a los vecinos que se ponían pesados y a los colegas de la asociación.

—Pues eso: mediocres. Algunas son ingeniosas, pícaras, sí, pero ya está.

—¿Ya está qué?

—En estos dibujos no está Miguel Strachan, Jensen. En estos no depositó su alma.

Ella aguarda unos segundos.

—Jensen —dice a su compañero.

—¿Qué pasa, Lis?

—Que, si la talla que expuso el chico fue tan buena, no pudo ser la primera. Tuvo que haber más o más material que le ayudase en el proceso: bocetos a carboncillo, otras tallas, cerámicas. ¿Cómo llegó el chico a hacer una talla de la Virgen del Carmen?

Inquieto por las exigencias de la psicóloga, Jensen abandona el sofá y se golpea con la silla ergonómica de Ramón.

—Joder, Lis. ¿Así despiertas también a tu novio?

—Lo siento, pero necesito estudiar las obras para comprenderlo. ¿Dónde están?

Jensen se muestra pensativo.

—Marina y yo estuvimos en la casa de la infancia.

—¿Están allí?

—No, allí no están las obras del chico, Lis. Y si tuvieron algunas, o las han tirado a la basura o las han vendido.

—¿Vendido?

—Allí no hay rastro de lo que buscas.

Ella resopla con una irritación contenida.

—Jensen, lleváis aquí ¿cuánto? ¿Ocho días?

—Nueve o diez.

—¿Y qué habéis conseguido? A ver, no te ofendas.

Jensen bebe de la taza de café.

—Tranquila, no me ofendo hasta llevar un par de estas.

—Marina dijo que ibais a tantear el terreno, que por eso os trasladabais a Málaga.

—Sí, a ver —conviene Jensen—, lo primero fue hablar con la hermana mayor de Miguel. Una tipa bastante seria. Le enseñamos la fotografía.

—¿Cómo reaccionó?

—Lo encajó como una bala en un hierro. Fría.

—Las emociones bloqueadas son síntoma de trauma.

Él asiente.

—No le contamos que la foto estaba dentro del cráneo taladrado de un tío, claro.

Que la única pista real sobre el paradero de Miguel apareciera dentro del cráneo de un noruego no es un detalle menor. Aun así, Lis comprende por qué prefirieron silenciarlo ante la familia Strachan. ¿Cómo se explica algo así? ¿Cómo contarles que la única evidencia tangible del chico se halló en el interior del cráneo de un mecánico de helicópteros? Que la fotografía apareciera en Noruega ya era impacto suficiente; el resto solo habría multiplicado el horror.

—Ramón ha pinchado los móviles de la hermana y de los hermanos mellizos de Miguel, los pequeños, que viven en Inglaterra. —Jensen da un sorbo a la taza—. También solicitamos una orden para comprobar el listado de llamadas del inspector que dirigió el caso.

—Cuéntame.

—Hace llamadas a una mujer, una cubana, que lo visita en casa cada dos o tres días.

—¿El inspector está incapacitado?

Jensen ríe.

—Lo de la cubana son ayudas de otra clase, Lis. El tipo está vivo y coleando: se acaba de jubilar.

Lis abre la ficha del exinspector Cisneros para contrastar los datos. En efecto, y aunque sea de apariencia mayor, el inspector tenía unos escasos treinta años cuando se le encargó ponerse al frente de la búsqueda de Miguel Strachan.

—¡Es increíble! —dice con tono molesto.

—Oye, Lis, no creas que hemos estado rascándonos…

—No, no es eso, Jensen. ¡Mira!

Ella señala una de las áreas del croquis, aquella en la que ha añadido los rostros del tutor académico de Miguel y de los maestros de la asociación Las Palomas. Cualquier adulto que pudiera tener un mínimo vínculo con Miguel Strachan está aquí, clavado con una chincheta sobre el cuadro del salón.

—Los de chincheta roja —indica la psicóloga— están muertos.

—Ya, y esos otros demenciados o empotrados en la cama de una residencia para viejos.

—Has dicho que el inspector es un personaje.

—Lo es. Le gusta mucho hacerse notar, la tele…

—Cuando desapareció Miguel, ¿cuántos inspectores había en Málaga?

—En homicidios, mínimo entre tres y cinco.

—¿No crees que Cisneros era inexperto para llevar este caso?

—No eres la primera que se lo ha preguntado —responde—. De hecho, el tipo juró el cargo de inspector unos meses antes de que desapareciera el chaval.

Lis consulta el resumen del sumario que Ramón le ofreció el primer día de estancia en Málaga.

—En los primeros ocho meses de investigación, la policía malagueña estuvo sola. Solos. Ocho meses, Jensen.

Su compañero parece sopesar.

—¿Sabes lo que decía mi abuelo, Lis? Decía que la gente inteligente elige bien sus batallas: las que se ganan.

Jensen deja entrever su falta de optimismo; Lis no puede reprochárselo. La asociación cultural donde Miguel aprendía artes se ha reducido a un tugurio para turistas. La galería que dirigía aquel francés se ha convertido en un Starbucks y el palacio de Buenavista, que albergó el Museo Provincial de Bellas Artes, fue reconvertido en 2003 en el actual Museo Picasso.

Van tras los pasos de fantasmas y la única huella que suelen dejar estos es la de un reguero de destrucción en sus familias.

Jensen saca a Lis de sus cavilaciones:

—Bueno, a ver, ¿para qué quieres una acreditación?

—La vida no es otra cosa que la muerte en exhibición.

Él resopla:

—Eres el alma de la fiesta, ¿eh?

—Es mi adaptación de una cita de Borges.

—Explícate.

La psicóloga coge algunas de las obras adjuntas al sumario y las esparce sobre el escritorio de Ramón.

—El ser humano es finito —dice—, pero el arte siempre gana la batalla al tiempo. El arte traspasa a su creador.

Consigue que mantengan un contacto directo con las ideas que le quiere transmitir.

—El chico pudo morir a los pocos meses de ser fotografiado —añade Lis—, pero lo que él sentía, lo que él evitaba o temía, está aquí, en su trabajo.

Jensen calla, dedica un breve espacio a la reflexión, un espacio necesario.

—¿Dónde está la talla, Jensen?

Su compañero reacciona y llama de un bocinazo a Ramón, que a los pocos segundos asoma por el salón. El hacker se recoloca las gafas y se arrima a ellos con la vista en el croquis de la pared.

—Vaya —dice—, una noche entretenida.

—Buenos días, Ramón —expresa ella—. Necesito una acreditación como historiadora, documentalista, restauradora, lo que quieras.

—¿O galerista? Lo que ejerces ahora.

Daba por sentado que sus colegas habrían sido informados de su situación actual. Que conozcan el hecho de que no ejerce como psicóloga será, asume, una de las razones de discordancia y cierta reticencia del noruego sobre su persona. Y ella lo comprende. Nuevamente su elección se pone en duda, una vez más ella parece una pieza desencajada allá donde la solicitan, al igual que lo fue en la residencia Santa Teresa.

—La galería o el museo que escojas, Ramón, lo dejo a tu elección.

—Entonces ¿nos vamos de museos? —pregunta Jensen.

—¿Vienes conmigo?

—¡Qué remedio! Soy tu niñera.

Lis consulta el reloj: las agujas aún no marcan las ocho de la mañana.

—Bien. Tenemos un par de horas para que te enseñe el oficio.

Jensen frunce el ceño.

—¿El oficio? ¿No vamos a interrogar a nadie?

Ramón suelta una risita.

—Lis no quiere interrogar a nadie, Johannes: quiere pasar consulta.

Brisa, la pastora alemana de Lis, le regala un momento de ternura, y de piedad, entre tanto desconcierto. La psicóloga, a través de la pantalla del teléfono, casi puede oler su pelaje negro, acariciarlo con la mirada, sentir su hogar.

Ha salido al balcón del piso franco, con esplendidas vistas a Mercería Encarnita y a Cinturones Manolo, para atender la videollamada de su pareja.

—¿Cómo vas? —pregunta él tras felicitar a Lis su cumpleaños.

—Bueno, bien.

—Tus ojeras no opinan lo mismo.

La psicóloga rehúsa mencionar que su yo racional ya se había arrepentido de venir a Málaga y que, además, lo más probable sea que redactar un informe de media carilla sobre Miguel Strachan solo sirva para definir mejor a alguien a quien jamás se encontrará, y mucho menos con vida.

—Tus padres me llamaron ayer —dice Palacios—. Querían saber si haríamos algo especial por tu cumpleaños.

—¿Qué les has dicho?

—Algo parecido a la verdad.

—¿A qué verdad, Fran?

—Lis, tranquila, les he dicho que Marina solicitó tu ayuda y accediste, que estarás en Málaga unos días, poco más.

—¿Poco más? —dice ella con tono cansado— ¡Mierda, Fran!

—¿Qué querías que les dijese, Lis? Son tus padres.

—Pues no sé, que me he ido con una amiga a emborracharme a Cancún. ¿No es eso lo que hace la gente?

—La gente sí, Lis. Tú no. Tú no pagarías por un todo incluido. Ni siquiera te tumbarías en la hamaca, vaya a ser que te relajes unas

horas y se acabe el mundo.

Palacios la enfrenta a las diferencias sustanciales entre ambos, diferencias que suenan a insalvables. Lis entiende que su mundo, el mundo de su pareja, no salte por los aires por llevar una vida más relajada, tranquila, sosegada y aburrida, pero tal vez el de ella sí saltase por los aires si se percibe sumida por la mundanidad más absoluta.

Ella inspira y cierra los ojos durante un momento. Se siente molesta, pero debe ser justa: Palacios ha abrazado sus heridas o, al menos, lo ha intentado.

—Olvídalo, Fran —expresa finalmente—. ¿Cómo estás tú?

—Bien, Lis: en mi rutina.

Francisco Palacios ejerció durante años como inspector de policía en Soto Grande. Fue uno de los responsables de frenar el narcotráfico, y Brisa, la pastora alemana, fue su fiel compañera en este menester. Pero, con el paso del tiempo y de las vicisitudes de la vida, Palacios aprendió a ser más pragmático, a priorizarse incluso por delante de su deber como policía. Y Lis lo comprende. Él posee una capacidad de sanación mayor que la de ella.

—¿Cuándo vuelves? ¿Alguna estimación?

La voz de Jensen disuade a Lis de ofrecer respuesta a su pareja.

—¡Lis! ¡Ya está!

Palacios frunce el ceño.

—Vaya, te llaman.

—Sí, es uno de mis compañeros: Jensen. Una mezcla entre vikingo y cabrero malagueño. No es muy delicado.

—Pensé que solo estaríais Marina y tú. Teniendo en cuenta que la foto se encontró en Noruega, no sé para qué se necesita a más

gente allí.

—Miguel fue raptado aquí, Fran. Málaga era su hogar.

—Sabes cuántos años han pasado, ¿verdad Lis?

—Fran, por favor, eres policía.

Palacios clava un dardo en el centro de la diana.

—Exactamente, Lis, yo soy el policía, no tú. Y, además, Lis, precisamente por ser policía estoy seguro de que Marina no habrá sido sincera contigo. No porque no quiera, sino porque no podrá serlo.

—Lo doy por hecho, Fran, no soy estúpida.

—Sé que no lo eres, ese es el problema. Ese y que no tienes fin.

Ambos callan hasta que él quiebra el silencio.

—Esto no es un juego, Lis, es la vida real. Y has firmado un contrato para realizar un informe casi pericial de un muerto.

—Sé lo que he firmado, Fran.

—¿Y te has preguntado para qué? ¿Para qué quieren un informe de un muerto de hace treinta años?

—Ya casi treinta y uno.

—¡Da igual, Lis! El caso es que ese ya no vuelve.

La psicóloga medita sobre las palabras de su pareja: esconden cierta verdad, pero entiende que el CNI no se mojaría los pies en un estanque sin agua. Debe de haber una buena razón para que busquen a alguien que se dio por muerto, y esa razón debe traspasar la idea de hacer justicia.

—Ya viste cómo dejaron el cráneo de aquel tío —continúa Palacios —. Esto pinta a un grupo de depravados con mucha pasta, gente que se encapricha de los niños.

El inspector deja escapar un resoplido de agotamiento y prosigue:

—No tienes nada que demostrar a nadie. Lo sabes, ¿no?

Cómo le explica a su pareja que el tiro no va hacia esos derroteros. Hace mucho que abandonó el deseo de una mayor aceptación familiar. Cómo le explica a su pareja que acercarse demasiado a la rutina le ha quemado las alas. Y que ese, justo ese, ha sido el disparador que la ha conducido hasta esta ciudad: el puro egoísmo, la necesidad imperiosa de sentirse viva.

—¡Lis!

—¡Voy, Jensen! ¡Voy!

Ella regresa a la pantalla del móvil.

—Vuelvo al trabajo, Fran.

—No me has respondido: ¿cuándo vuelves?

—Tengo que hacer una evaluación correcta, no una evaluación mediocre.

—Tú no haces nada mediocre.

Lis conoce demasiado bien el retintín con que su pareja ha expresado esas palabras.

—Dile a Brisa que la quiero mucho —responde, y se vuelve al salón.

Lis regresa al interior del piso en cuerpo, pero con el corazón puesto en Roma, en su perrita y en una relación de la que sabe que ya solo queda un bonito recuerdo.

—¿Todo bien? —pregunta Jensen.

—Podrías ser un poquito menos escandaloso.

—Te he salvado, no te quejes.

Las tres pantallas de ordenador roban su atención.

Ramón explica que se encuentra inmerso en la *deep web*, para variar. Esta vez lanza anzuelos a falsificadores de arte y

contrabandistas.

—Por Málaga ha pasado todo tipo de calaña —dice el hacker—: condiciones climáticas excepcionales, fiestas, cercanía con África…

Jensen termina la frase:

—Huida fácil y alfombras rojas.

ARGOS, que no solo funciona como un sistema de comunicación, rastrea coincidencias entre las creaciones de Miguel Strachan y las que circulan tanto en la red profunda como en plataformas webs de índole legal: busca patrones imperceptibles al ojo humano. Como, por ejemplo, si el chico tendía a volcar ligeramente el peso hacia un lado al pintar.

—Miguel era zurdo —añade el hacker.

—Eso no nos dice mucho —aclara Lis—. Se ha desmitificado que los zurdos sean más creativos. Lo que sí respaldan los estudios más convincentes es que existe un vínculo directo entre la destreza manual y la creatividad con algunos rasgos de personalidad esquizotípicos.

Jensen la mira y pregunta:

—¿Crees que el chaval tenía problemas… emocionales?

—No lo creo —responde la psicóloga—. Estoy segura. Hasta qué punto, no lo sé.

Y explica a sus compañeros que casi todos los grandes artistas comparten ciertos rasgos que podrían considerarse disfuncionales: una sensibilidad fuera de norma, un pensamiento obstinadamente divergente, la capacidad de mirar el mundo desde ángulos que los demás no perciben…

La creatividad, en su raíz biológica, también oscila al compás del estado de alteración psíquica y de los cambios en la actividad de los

neurotransmisores. Diversos estudios sugieren que una de las propiedades nucleares del cerebro creativo podría residir en una leve desregulación dopaminérgica: una grieta en el sistema por la que se cuelan las ideas. Cuando esa desregulación es excesiva, puede derivar en trastorno; pero cuando se mantiene dentro de un margen controlado, puede convertirse en el combustible mismo de la inspiración.

Sin abandonar su silla ergonómica, Ramón ofrece a Lis la acreditación que solicitó como galerista. El nombre Natalia Bernat vuelve a aparecer plasmado, y la sacude.

—Galería y relicario El Devenir —lee en voz alta Lis—, en La Moraleja. Vaya, ¡qué nivel!

—La galerista es una argentina a la que le sobra el dinero —dice Ramón—. Su marido es diplomático, nos debe unos cuantos favores.

Ramón hace entrega a Jensen de su correspondiente acreditación como supuesto responsable de comercio y experto en I+D de la galería. Además, les adjunta un listado de antiguos socios pertenecientes a la asociación cultural Las Palomas, un listado que consiguió en una visita a los Archivos Municipales de la ciudad.

El hacker se ha molestado en indicar con una cruz quiénes son los fallecidos, que son la gran mayoría. A la asociación cultural asistían numerosos jubilados de entre setenta y ochenta años; si viviesen, hoy en día contarían más de un siglo por barba.

—Los subrayados en amarillo —incide Ramón— acudían a clase con Miguel Strachan. Los escritos en cursiva fueron aquellos a los que se tomó declaración.

Lis cuenta por encima. El bajo número de personas a las que se interrogó la abruma.

—¿Solo a estos?

—Bueno, ya sabemos que ante la desaparición de un menor…

—Ya, solo el círculo cercano.

Jensen objeta:

—Los hermanos están muy cabreados, sobre todo la hermana mayor, por cómo se llevó la investigación. Hubo un tipo, un jubilado, que vio al chaval en las escaleras. Pero no le hicieron caso.

—¿Por qué desestimaron ese testimonio? —pregunta asombrada.

—No se sustentaba —indica Ramón—. El jubilado en cuestión dijo haber visto al niño en las escaleras, pero de refilón.

—¿Y el hombre?

Ramón niega.

—Ya —musita Lis—, también falleció.

Ella comprueba nuevamente el listado de asociados a Las Palomas.

—¿Y los maestros?

—Todos muertos —dice Jensen.

Ramón comparte que pidió a la archivera municipal el registro de artistas que expusieron el mismo día que Miguel Strachan. Pero no encontró nada: ningún rastro de quienes compartieron sala o pared con la talla de madera del muchacho.

Tampoco halló referencia sobre el periodista de *Diario Sur*, entonces director del área cultural, que se limitó a reflejar las obras de los artistas presentes y a fotografiar a quienes las mostraban. Gobernado por el ego y con cierto desdén, no dejó constancia de la pieza tallada por Miguel.

—¿Y en la hemeroteca digital? —pregunta la psicóloga.

—¿La web de la Junta de Andalucía? —responde el hacker tras una risa seca—. Obsoleta.

Lis reflexiona en medio de tanta desinformación.

—Vayamos al Picasso.

—¿Al museo? —pregunta Jensen—. ¿Para qué?

—Para hablar con el documentalista. Debe de haber algún inventario del antiguo Museo de Bellas Artes, ¿no?

Ramón cavila.

—Voy a hablar con el juez —interviene el hacker, que comprende la importancia de la petición—. Vamos a necesitar un respaldo más sólido que una galería de La Moraleja.

12

La religión se levanta sobre una promesa mesiánica: alguien nos asegura que nos librará del mal, que contendrá el miedo y dará sentido al sufrimiento. Y, sin embargo, al final, todo vuelve a quedar en manos de los hombres y de su incierto libre albedrío.

El nuevo papa ha invitado al sargento mayor, a Giovanni Zimmer, a cruzar el umbral de su humilde estancia en la casa de Santa Marta. No soporta la idea de tener al guarda clavado frente al quicio de la puerta, inmóvil en su sobriedad y en su aburrimiento. Prefiere la cercanía humana. Es un hombre que se enamoró de una mujer antes que de Dios. Un estudioso de la química, de las matemáticas y de las constantes de la física.

«Alguien ha puesto ahí la ciencia para que la cojamos», se decía en su juventud.

Y ese fue el impulso que le llevó a convertirse en sacerdote. El catecismo número treinta y seis de la Iglesia católica enseña que se puede llegar a Dios mediante el estudio y la observación de la naturaleza. Esto no es una cuestión de fe, es una cuestión de pragmatismo e inteligencia.

El papa cavila sobre el poco pragmatismo de sus antecesores. Ambos hombres doctos, demasiado dados al conservacionismo y a los versículos. Ambos habían olvidado salir a la calle a embadurnarse

de barro. Ambos eran hombres de fe, sí, pero de la suya. A él, la soledad de su habitación le resulta punzante: precisa mantener una conversación sincera y sin la frialdad de los corredores. Sabe que Zimmer siente una gran lealtad hacia su predecesor, probablemente mayor que la que siente hacia él: el joven suizo está atornillado a sus ideas. Alguien fuertemente vinculado a sus obligaciones. Y precisamente por eso, al sumo pontífice le resulta la persona indicada para servirle de faro.

El sargento mayor ha aceptado la invitación pese a que estas solicitudes no encajan con todo lo que el protocolo le había enseñado como correcto. Recuerda la advertencia del capellán de la Guardia Suiza —su instructor, su confidente—: «Este pontífice es distinto. Un hombre peculiar, capaz de formular peticiones insólitas, alejadas de cualquier norma». La instrucción había sido clara: aceptar sus solicitudes sin titubear.

—Pase, Zimmer. No se quede ahí.

—*Prego, signore.*

El papa comparte con el sargento mayor que debe mostrarse como una figura moderna: ser cercano al pueblo, exponerse, mostrarse voluntarioso y humilde, pero siempre cumpliendo los sagrados mandamientos.

—Tengo la agenda de un *rockstar*, Zimmer.

Al impasible sargento el comentario le produce cierta gracia. Por un momento ha bajado el escudo y la lanza. Giovanni Zimmer reconoce que el pontífice cuenta con un carisma especial. Y, sin embargo, escucha demasiadas veces que el solio de San Pedro está vacío.

Zimmer está convencido de que este papa se ha prometido que, si debe abrazar este destino, su principal labor consistirá en generar dolores de cabeza a la curia.

Ya, para iniciar esa cruzada personal, ha optado por residir aquí, abrigado por estas humildes paredes, donde se cobijaron numerosos judíos durante la Segunda Guerra Mundial, rechazando así residir en el fastuoso Palacio Apostólico. Y, entre otros objetivos, ha compartido con el sargento que desea eliminar títulos honoríficos en el Vaticano, los que considera propios de ciertos imbéciles redomados a los que se les ha blanqueado en el nombre de la Iglesia y del supuesto bien.

El argentino siente una fuerte repulsión por los privilegios y así se lo ha hecho saber a Giovanni Zimmer; el guardia suizo se ha convertido en una sombra silenciosa y sigilosa que solo se expresa cuando se le pregunta directamente.

—¿Qué piensa, joven, del trabajo que hacemos en la Iglesia?

—La Iglesia realiza un trabajo de hondura espiritual y humana que trasciende fronteras y culturas, señor. Un trabajo necesario.

—¿Eso cree?

—Lo creo firmemente, monseñor.

El papa cavila.

—¿Y cuál debería ser mi labor?

Zimmer mira de reojo al nuevo papa. El guardia suizo piensa en la sobriedad del papa emérito y, aunque él nunca fue el guardia que le esperaba al otro lado de la puerta, está bastante seguro de que el anterior no se acercaba con tanta naturalidad a los empleados del Vaticano.

—No sé si es adecuado responder a esa pregunta, monseñor.

—¡Claro que sí! Es una pregunta que nace del corazón de Dios. Venga, dígame, Zimmer: ¿qué debería hacer un papa? ¿Qué debería hacer yo?

—Creo que usted debería servir de guía para el rebaño, un guía, un faro, en la noche oscura de los feligreses.

—Bien, bien. ¿Y piensa que mi antecesor fue un faro, Zimmer?

La pregunta descoloca al guardia suizo. El nuevo papa sabe que el guardia que le han endosado es un joven de castiza crianza, le han informado bien de su perfil y de la familia a la que pertenece. De Zimmer se espera lealtad, pero no solo eso, sino perfección, y el papa Santiago es experto en conducir a la incomodidad a aquellos con los que comparte su tiempo y en extraer aprendizajes derivados de sus derrotas.

—No sé si es adecuado —dice el sargento— responder a esa pregunta, monseñor.

El papa piensa en su antecesor, en el anciano relegado al monasterio Mater Ecclesiae, hospedaje convertido en su residencia emérita. El nuevo papa imagina que esa decisión habrá sido orquestada por aquellos a la sombra, aquellos que componen una verdadera jerarquía de poder invisible para el mundo. Piensa que la figura del papa no es más que la cara visible, y amable, que hoy deciden mostrar a los feligreses para así enmascarar las miserias de esta sagrada familia.

—Parecés un anarquista —susurra entre risas.

—¿Ha dicho algo, monseñor?

—Zimmer, quiero mantener una charla con mi antecesor, pero mi secretario personal no me lo permite, dice que no va a ser posible.

—El santo padre está muy enfermo, por eso está usted aquí; le han recetado descanso, aislamiento y oración.

El papa cavila.

—¿Sabe que él y yo ya nos conocemos? ¡Hasta hemos discutido! —ríe el papa—. ¡Claro que nos conocemos!

Todos saben que el antiguo papa es y fue un mandado, un teórico, y que la persona que realmente tiene el poder es otra. Alguien soberbio, autoritario, divisivo, sinuoso, manipulador e intimidante.

—Tengo que confesarle, joven, que más veces de las que me gustaría tengo la sensación de que Dios está ausente en muchas facciones del Vaticano. *Deus absconditus* —musita el papa.

—¿Usted cree que el demonio dirige esta casa?

—El demonio tiene muchas formas, Zimmer. Algunas te sorprenderían.

—¿De qué formas lo ha visto, *signore*?

El papa resopla y ríe a la par.

—¿Usted ha escuchado los gritos de un moribundo por cáncer de páncreas? No, me imagino que no.

Entre los dos se establece una pausa.

—No creo que nuestra institución esté a la altura de otras agrupaciones humanas.

—Puede que no —responde—, pero ha sido Dios quien les ha concedido la gracia de sus conocimientos, monseñor.

El papa asiente.

—Quiero creerlo, Zimmer, quiero creerlo. Pero ¿sabe qué? En los pocos años que pasé estudiando y trabajando en un laboratorio no conocí demonio más voraz que los que corrompen el alma humana. Son muchos, variados, y, lo peor de todo, son inteligentes.

El papa parece rumiar en silencio. Ni él ni el sargento mayor hablan con claridad, pero son conscientes de que el deseo de mantener una conversación con el antiguo papa va a quedar en eso: en deseo. Una negativa amable que oculta un veto.

El anciano no culpa a Zimmer, pero sabe bien de qué está hecha la resistencia: de la putrefacción enquistada en la propia Iglesia. Los escándalos de corrupción y pederastia se han multiplicado como hongos bajo la humedad del silencio. Es consciente de que la corrupción no era patrimonio exclusivo de Roma: ninguna denominación cristiana, católica o no, estaba libre de pecado. Y, sin embargo, cada caso, como si fuera un susurro mal intencionado, le sigue sorprendiendo. «Falsos ídolos —se dice—. Falsos ídolos que desplazan a Dios, que nos desplazan del centro».

—¿Puedo hacerle una pregunta, Zimmer?

—Estoy a su servicio, *signore*.

El papa fija la mirada al frente, en un punto indefinido, pero al frente.

—Dígame, ¿cuál cree que ha sido el verdadero motivo de mi elección? Y, por favor, no repita ese discurso manido sobre la renovación de la Iglesia. Quiero su opinión, la de verdad. ¿Por qué cree que me han escogido, joven?

Zimmer vacila apenas un segundo.

—Le ha escogido Dios, monseñor.

—No, Zimmer. Dios escoge a los más débiles, y yo no soy uno de ellos. Yo fui guerrillero antes que jesuita. ¿Lo sabía?

—Fui informado de ello.

—Bien, entonces comprenderá que este viejo prefiera el olor a pólvora al del incienso.

13

Lis y Jensen se dirigen a la antigua sede de la asociación Las Palomas con más esperanzas que expectativas y con la elevada pretensión de desempolvar algún recuerdo que los acerque al chico.

El noruego ni siquiera intenta disimular su reticencia a seguir los pasos que ya recorrieron los inspectores y los periodistas originales.

—Podrías poner algo de tu parte —dice Lis.

—Si hay cerveza, la pondré.

Ella responde a su cinismo con cierta calma:

—En los bares, Jensen, se han hecho más confesiones que en las iglesias.

—Ya, pero esto no era un bar en los ochenta, Lis.

—No —replica—, en los ochenta no…, pero ahora sí.

La antigua asociación de bellas artes, cuando dejó de serlo, se transformó en una mezcolanza entre tasca para borrachos y tienda de enseres descatalogados. Desde la calle San José, donde se ubica la tasca, hasta el palacio de Buenavista, antiguo Museo Provincial de Bellas Artes, existen apenas unos pocos metros.

Las calles son estrechas, asfixiantes. En un lugar así resulta imposible pasar inadvertido: te tropiezas de frente con cada persona que se cruza en tu camino. Cierto es que ahora mismo las calles

están atestadas de turismo, no sabemos si en los ochenta había tanta algarabía.

Llegan al entorno de la taberna.

—No vamos a preguntar por Miguel —advierte ella—. Ni mencionarlo. Hemos venido a comprar arte.

—Sí, mi sargento.

—Y Jensen.

—¿Qué?

—Déjame hablar a mí.

Él ríe y niega con la cabeza.

—¿Qué? —pregunta Lis.

—Que me generas ternura.

—Eres imbécil, Jensen.

—Lo sé —responde divertido—, pero ¿de verdad crees que hay algo del chaval?

—No. De Miguel Strachan sé que no vamos a encontrar nada. Si hubiera algo, se habría vendido en su día por el morbo que despertó su ausencia.

El tono de voz de Jensen se endurece.

—Entonces ¿qué buscamos, Lis?

—Obras de sus contemporáneos: compañeros de clase o maestros. Quiero estudiar qué temáticas exploraban, qué querían plasmar. Necesito acercarme al contexto en el que lo raptaron. Y a ti te vendrá bien un poco de cultura.

—Yo tengo cultura.

Lis piensa en la fotografía hallada en el cráneo de Nielsen y en la brutalidad con la que terminaron con la vida del noruego. Pueden afirmar que a Miguel Strachan se lo llevaron, ya fuese mediante

engaños o coacción, pero quien fuera se lo llevó. Y si hubiera decidido marcharse, no tenía recursos para huir solo. Necesitaba a otros, quizá no para idear el plan, pero sí para ejecutarlo.

La psicóloga se sirve del arte para explicarse mejor:

—¿Sabes para qué usaban los griegos máscaras en el teatro?

—Sí —responde Jensen—, para amplificar la voz. ¿Ves? Tengo cultura.

—Pues lo que tenemos en el sumario es eso: la voz de un niño, una voz amplificada, pero simplona.

—Pero dijiste que Miguel Strachan no era un niño, sino un adolescente.

—Sí, y lo era. Pero se hacía pequeño para encajar entre sus compañeros. En los informes tenemos a un chico contenido, alguien que escondía quién era para agradar. Miguel Strachan era una máscara que ocultaba una tragedia mayor. No compro la imagen de familia feliz. No creo que pasara por el colegio sin rechazo. Y no me creo que no soñara con huir.

Miguel Strachan era una máscara que ocultaba una tragedia mayor a la que exponía. Lis no compra esa imagen de familia feliz que se han empeñado en mostrar. No compra que el chico no recibiese algún tipo de rechazo social en el ámbito educativo. No compra que Miguel no quisiera marcharse sin mirar atrás.

Jensen entiende su teoría.

—Puta biología, ¿eh?

—La adolescencia es un infierno del que también se sale.

—¿Tú has salido?

Su réplica la deja pétrea por unos segundos.

—Hay dos verbos, Jensen, que no se conjugan en imperativo: comprender y amar.

—Miguel era querido, Lis. La madre aún deja la luz del salón encendida por las noches. Aún espera que vuelva.

—No dudo que fuera querido, pero…

—Contigo siempre hay un «pero», ¿no?

—¿Tus padres te quisieron como tú lo necesitabas, Jensen? ¿Te veían? ¿Te escuchaban?

—Mis padres tenían poco que escuchar, Lis: yo no hablaba. —Hace una pausa breve—. Estamos llegando.

En las inmediaciones de la tasca, el olor a sobrasada caliente y a vino pajarete les da la bienvenida como un recuerdo de infancia que no pidieron. La mantelería de cuadros blancos y verdes, junto con las sillas de rafia gastada, evocan el aire rústico de un cortijo andaluz. Las paredes, abarrotadas de cerámicas, botellas de vino y utensilios de campo, parecen contar historias por sí solas.

Detrás de la barra, un hombre achaparrado frota con desgana un vaso. Lo toman por el gerente, o al menos por alguien que lleva aquí demasiado tiempo. Uno de esos tipos que, cuando no ahogan sus penas en vino, se dedican a venderlo.

—¡Lola! —grita al verlos sin dejar de frotar—. ¡Marcha dos de zurrapa!

—Buenas tardes —dice Lis. Y presenta las identidades operativas —: Venimos en representación de la galería Le Devenir.

Muestra la acreditación al gerente del bar y Jensen le sigue el gesto.

—Ah, sí, ha llamado una argentina desde Madrid para avisar de que venían.

—Sí, le ha llamado nuestra jefa. Es la galerista y mecenas. Ella es la que nos ha mandado a visitarles.

—¿Desde Madrid?

—Nos ha enviado a Málaga, en general. Quiere obras únicas para su colección; es una mujer muy sensible a las antigüedades.

El hombre se jacta.

—Si traen parné, a mí me parece bien. Pero que esto sea una galería, señorita, es mucho suponer. Nosotros somos un batiburrillo, un batiburrillo normal.

—Ya, bueno, el dinero no es un problema.

El hombre extiende la mano, abarcando el espacio con un gesto amplio.

—Pues todo suyo. Pero ya le digo, aquí no queda nada de valor, de verdad. Lo que hay son cuadros pintados por jubilados y cacharros traídos de pisos de alquiler.

Hace una pausa y esboza una sonrisa cansada con un deje de amargura.

—Málaga está en venta, señorita. Solo hay forasteros y *bed and breakfast* de esos.

—Ya —dice Lis, y asiente—. Las ciudades están perdiendo la identidad.

El hombre guarda un breve silencio.

—La identidad la tiramos hace tiempo a los pies de los caballos. Pero bueno, de algo hay que comer.

Una señora, que sale de la cocina vestida con un mandil, les pone delante las tapas prometidas de pan con zurrapa. La pestilencia abruma a Lis. El hombre de la barra se percata de ello, mira la tapa y añade:

—Aunque usted no es de comer, ¿eh?

Jensen le echa un cable.

—No se preocupe, caballero —expresa, y coge el plato con las tapas—. Ahí no se van a quedar.

Lis dirige la vista a la sala contigua.

—¿Podríamos echar un vistazo?

—Claro —dice el gerente—, ya le he dicho que, si trae parné, todo suyo.

Ella pide al hombre dos cafés solos para mantenerlo entretenido. Jensen y Lis se encaminan a explorar la sala para después subir a la planta en la que se impartían las clases cuando este cuchitril era una asociación cultural. Hay una televisión Blaupunkt encendida que no sintoniza los canales. Vinilos, muñecas de comunión, panderetas, antiguas cajas de tiritas y una colección de figuritas de nazareno. En las paredes, jaulas para pájaros; a Lis le da un vuelco el corazón de imaginar a los pobres gorriones encerrados en un espacio tan perverso en el que ni siquiera pueden desplegar las alas. Algunas de las mesas son máquinas de costura Singer reformadas. Al bajar la vista al suelo adivina señales de circulación. El hombre regresa con los cafés.

—¿Aquí pasaba una calle? —pregunta la psicóloga.

—Sí, señorita.

—¿Sabría decirme en qué año?

—Ofú, pues eso sería la época del carnicero de Málaga, ¿no saben ustedes? Después ya se hizo la casa.

—Casi un palacio.

—Ya ve que sí.

—¿Quiénes son los dueños?

—Pues ahí me pilla usted, señorita. Los chismorreos son cosa de mujeres, ¿sabe usted?

Lis diría que el hombre se percata de su cambio de actitud frente al comentario, tan estúpido como misógino, que ha lanzado.

—Voy a preguntar a Lola —dice, apresurado, para redimirse o para asegurarse de que no se marchen sin pagar la cuenta.

Él se aleja hacia la cocina. En cuanto está lo suficientemente lejos, Jensen interviene.

—A los tíos no se nos puede pedir mucho más.

—Olvídalo: vamos a buscar.

—¿A buscar qué? —pregunta Jensen jugueteando con una pequeña peineta de flamenca que ha tomado de la barra—. Esto no nos sirve de nada, Lis.

—Vamos arriba. Según el testimonio de aquel anciano, ese que desestimaron, vieron a Miguel en las escaleras de la asociación el día de su desaparición.

Jensen bufa, clava los ojos en la psicóloga con evidente escepticismo, pero acaba cediendo a la petición:

—Vale, vamos.

La planta de arriba está cerrada al público, pero aun así suben. Se apoyan en el pasamanos de madera, que cede levemente al soportar su peso. Jensen señala un cartel a la derecha: ÁREA CON VIDEOVIGILANCIA.

Arriba encuentran un espacio abandonado. Cuadros apilados sin el menor de los cuidados, algunos volcados encima de tallas de madera o bronce. Cerámicas resquebrajadas, vitrinas polvorientas, muñecas que pertenecen a otra época.

—La casa de los Warren debe de ser algo así —dice Jensen con una ironía que destila nerviosismo.

Los ojos de Lis recorren el espacio lo más rápido que puede: intenta escanear cada recoveco. Medallones de cofradías, juegos de mesa, retablos y mantelería.

—Escribe a Ramón —solicita ella a su colega—. Vamos a necesitar más manos.

—¿Cuánto quieres llevarte?

—Todo lo que podamos trasladar.

El gerente del bar les pega un bufido de desaprobación.

—¡Oigan, ustedes! —exclama—. Esa zona está cerrada, es peligrosa: puede venirse abajo.

—Bajamos ya, caballero —responde Jensen—. Espere un momento. Le vamos a hacer de oro.

—Bajen ya. No pueden estar ahí.

Lis sigue escaneando la sala. Un resplandor se cuela a través del polvo y las telarañas de una de las vitrinas.

—Mira eso —susurra a Jensen.

Y le indica una vitrina que parece guardar emblemas de distintas cofradías. Entre ellas, una insignia circular despunta en las sombras.

—Eres más alto. ¿Lo ves bien?

—Sí, parece una moneda.

—¿Qué pone?

Jensen devuelve a Lis la mirada. Él se abre paso entre la amalgama e intenta abrir la vitrina, pero la madera está apontocada y no cede por las buenas.

—A la de tres, tira algo al suelo —ordena.

—¿Qué?

—A la de tres, Lis. Coge una cerámica y tírala al suelo.

Ella obedece a su compañero. Agarra lo primero que encuentra: una tetera de porcelana.

—Una… dos… ¡tres!

La estrella contra el suelo al mismo tiempo que él quiebra el cristal de la vitrina con un golpe seco del codo. El estallido parece multiplicarse por la habitación.

Desde la planta baja llega un alarido.

—¡¿Qué cojones pasa ahí arriba?!

El gerente parece regañarlos como si fueran unos burros.

—Guárdatela —dice Jensen, y le da la moneda—. A ti no te va a meter mano. A no ser que tú quieras.

—Jensen…

El gerente sube los escalones de madera a zancadas sosteniéndose como puede en la barandilla.

—¿Qué ha pasao?

—Se me ha escurrido un plato —responde Lis—. Lo siento muchísimo.

—Ya les dije que aquí no podían estar. ¡Que es peligroso!

—Se lo pagamos ahora mismo, caballero. No se preocupe.

El hombre baja la mirada al suelo y descubre entre la porcelana cómo se entremezclan esquirlas de cristal.

—¿Y eso qué es? —pregunta, visiblemente enojado—. Oye, ustedes no seréis periodistas, ¿no?

—No, caballero. No lo somos.

El gerente se encara a Jensen pese a la diferencia de estatura.

—De caballero nada, rubio. Son ustedes un poco espabilaos, me parece a mí.

—Oiga, ya nos marchamos —dice Lis—. Vamos a llevarnos todos los cuadros de esta planta. Le pagaremos bien.

—¿Van a pagarme bien por los cuadros o por destrozarme el negocio, niña?

—Eh, eh, relájese —interviene Jensen.

—Le pagaremos bien, molestias incluidas.

—¿Por las molestias? —repite él con la sonrisa torcida—. No se haga la longui, niña. Las mosquitas muertas son las peores. Todo el mundo sabe lo que era esto. ¿O no? Bastante hemos tenido ya; este sitio está apestado. Como se le ocurra sacarnos en algún lado…

—Tranquilo —corta Jensen—. Ya le ha dicho que no somos periodistas.

La psicóloga mete la mano en el bolsillo y saca el fajo de billetes que le dio Ramón. Se lo muestra al gerente antes de extenderlo.

—Quinientos cincuenta —dice ella—. ¿Con esto es suficiente?

El hombre agarra el fajo y cuenta los billetes con dedos amarillentos de nicotina. Levanta la vista, torva: parece escupirles con la mirada.

—Cojan los cuadros y lárguense. No quiero volver a verlos.

Lis asiente, pero se mantiene en el sitio.

—Una última pregunta y nos marchamos —dice ella con un tono suave—. La casa, ¿sabe entonces a quién pertenecía?

—Fuera.

—Solo eso —insiste Lis en un susurro.

El hombre golpea la baranda con la palma abierta.

—¡Andando ya!

La evitación es una respuesta adaptativa, una máscara indiscreta que esconde aquello que realmente importa.

El gerente del bar lo intentó. Evitar. Disfrazarse bajo una verborrea molesta —repetida hasta el hartazgo— hasta acabar echándolos de la antigua asociación Las Palomas.

—Le dije que no subiera, niña —dijo una y otra vez—. Que era peligroso.

«¿Qué era peligroso? —piensa Lis—. ¿Peligroso para nosotros o para él?».

El gerente solo calló cuando los vio cruzar la puerta con la carga. Ahí supo que no se darían la vuelta y solo así se dio por satisfecho. Él, claro, ya tenía los billetes bien aferrados entre las manos.

En cuanto Lis y Jensen salieron de la tasca, compartieron miradas. Rápidamente intuyeron que lo atesorado en las vitrinas no debía de suponer un mero adorno ni conjunto de cacharros acumulados entre las polillas.

—Eso tiene que ser algo —dice Jensen ajustándose los cuadros bajo el brazo.

«Sí —piensa Lis—, debe de tener algún significado».

Nada más llegar al piso franco —y antes incluso de dejar los cuadros en el suelo—, la psicóloga saca la moneda del bolsillo y se la entrega a Ramón.

—Lo siento —dice Lis mostrándole la moneda—. Tenemos más trabajo para ti.

El hacker la toma entre los dedos, la examina.

—Veamos qué tenemos aquí.

Saca varias fotografías con el objetivo macro y las vuelca en el ordenador. Abre uno de sus programas y somete las imágenes a un

proceso de restauración digital que él denomina *deblurring*: revierte el desenfoque, enfoca lo que escapa al ojo humano hasta hacer visibles los detalles más mínimos, casi imperceptibles, de la moneda.

—Parece un emblema, una insignia —murmura.

—¿La insignia de Las Palomas?

—Vamos a comprobarlo.

Lis y Jensen se dejan caer en el sofá, inclinándose hacia la pantalla central del ordenador. El hacker rastrea semejanzas entre la moneda y otras que puedan circular por internet.

—Ahí está —dice al fin.

En una de las webs de subastas, esta vez en una aparentemente legal, aparece un medallón idéntico.

—¿Quinientos noventa pavos? —exclama Jensen, incrédulo.

—Debe de ser la única pieza que queda en circulación —responde Ramón sin apartar la vista del monitor—. Bueno, esa y la nuestra.

El precio de salida es, en efecto, de quinientos noventa euros. Un coste muy elevado para una medalla desgastada de tan solo setenta gramos de peso y no más de ocho centímetros de diámetro.

—La entidad vendedora —continúa Ramón— se llama ALGF Málaga. Cuentan con más de doscientos mil artículos disponibles en internet. No tienen tienda física. Solo aceptan contacto por WhatsApp. Nada de llamadas ni mensajes de voz.

—WhatsApp está mal escrito —añade Lis señalando la pantalla.

Esto puede carecer de relevancia para la investigación, pero resulta cuando menos peculiar que una empresa que vende más de doscientos mil artículos a precio de riñón no escriba correctamente el nombre de la aplicación por la que esperan recibir ofertas. Que, además, solo acepten mensajes por esa vía suena a evidente

rechazo a ser interrogados sobre los productos que, supuestamente, venden de forma lícita.

Ramón amplía la imagen del medallón en la pantalla. Ella se inclina hacia delante.

—A ver —dice—: dos palomas a derecha e izquierda, ¿un sol en la parte superior? ¿Y esto? ¿Una concha?

Jensen también se adelanta, con el ceño fruncido.

—¿Por qué se puso el tipo tan nervioso por esta chorrada?

Lis niega con la cabeza y retomó su hipótesis, intentando dar respuesta tanto a la pregunta de su compañero como a la reacción desmedida del gerente.

—El sol —indica— podría ser una alusión a la bombilla que pintó Picasso en el *Guernica*.

Aquel ojo suspendido en lo alto del lienzo, aquel híbrido entre humano y bombilla no reflejaba un ojo natural; simbolizaba la mirada omnipresente, casi divina, pero también vigilante.

—Picasso reemplazó el sol por un ojo eléctrico —explica Lis, y prosigue—: Convirtió la guerra en una escena de laboratorio, en un experimento.

Ramón los devuelve a la realidad, como ya es costumbre en el breve tiempo en el que la vida los ha unido.

—Las palomas también son un emblema típico de Picasso —dice —. Símbolo de paz.

—Sí, pero aquí están enfrentadas —añade la psicóloga, muy acertada—. Se desafían.

—Justo —añade el hacker.

—¿Y la concha? —pregunta Jensen—. ¿Podría ser un símbolo de peregrinación?

El apunte sorprende a Lis de manera grata, admite.

—Puede ser —responde ella—. Pero sigue siendo una insignia peculiar para una asociación de jubilados.

Ambos asienten, con la mirada fija en la pantalla.

—Cotejaré la firma de los autores de las obras —dice Ramón señalando los cuadros que han adquirido— con el listado de socios y maestros de la asociación, por si sirviera de algo.

Si algo hace bien —aparte de ser un hacker excepcional y de tener una capacidad de atención sostenida digna de un controlador aéreo — es poner la humanidad de las personas contra la pared, olvidarla por completo para centrarse en su trabajo sin dejar cabida a los sentimientos y a los posibles delirios que puedan acontecer. Lis es consciente de que buscan puntos de conexión donde seguramente no haya nada por donde unir las piezas.

Pone la vista en la cristalera del salón: las tallas y los cuadros los observan.

—Yo voy a analizar cada una de las piezas.

—¿Te dicen algo? —le pregunta Jensen.

La psicóloga se arrima a ellas y con los pulpejos toca el material; pretende sumergirse en sus historias. Las obras de arte son la cara oculta de nuestra luna interior. Ellas viven los sentimientos de sus autores: sufren sus pesares y experimentan sus alegrías.

—La mujer está muy presente —aporta Lis—. Su cuerpo, su contorno, sus senos. La feminidad y la vida. Motivos que son una constante en la cultura andaluza. Algunas pareciesen del propio Gutiérrez Solana. Son temáticas adultas e introspectivas, tal vez demasiado para un adolescente.

El noruego cavila:

—¿Cómo dijo que se llamaban los dueños del edificio?

—No lo dijo —responde ella—. En cuanto escuchó el quiebre de las cerámicas, vino hacia nosotros.

—Ya, el tipo es menos burro de lo que parece.

—Sabía desde el principio que buscábamos más que comprar sus baratijas.

Jensen afirma.

—Bueno, ¿y ahora? —pregunta—. ¿Al Picasso?

Ramón interviene:

—La cita con la bibliotecaria es mañana.

—Bien —expresa Jensen—. Entonces me marcho.

Lis se gira hacia el noruego.

—¿Adónde vas?

—Eh, la niñera soy yo, ¿recuerdas?

Jensen se pone la chaqueta que llevaba antes y se marcha del piso. Ramón y Lis se quedan en el salón: mitad sala de operaciones, mitad pinacoteca. Rodeados de un completo desorden de informaciones.

—Yo también tengo más trabajo para ti —dice el hacker.

Y al teléfono de Lis llega una notificación a través de ARGOS. Ramón le ha enviado una ubicación.

—¿Una iglesia? —pregunta Lis.

—La parroquia de San José Obrero —responde Ramón—. Misa a las siete y media.

—¿Misa?

—Sé puntual.

La psicóloga camina a la ubicación que Ramón le ha indicado sin muchas más directrices que acudir a la homilía de la tarde en la parroquia donde Miguel Strachan celebró la primera comunión. La iglesia de San José Obrero se vincula a la congregación que dirigía su escuela y constituye el epicentro de la actividad litúrgica del barrio donde el chaval creció.

Ramón también ha facilitado a Lis una nueva credencial falsa: una placa perteneciente a la Policía Nacional. «Natalia Bernat, su *alter ego*, es una mujer orquesta», piensa. El hacker indica que el objetivo se encontrará en las bancadas contrarias al altar, a la derecha de la puerta de entrada.

Quienquiera que sea, el objetivo evita ser visto con la policía de una forma tan ferviente que incluso ha rechazado una charla distendida en el ámbito doméstico. Su casa dista mucho de significar esa zona de seguridad que la vida promete cuando se es pequeño. Ella entiende que de ese miedo nace el haber elegido un espacio neutral.

Lis se empapa del sonido de la calle, el barullo propio de la vida que no cesa. Entra en la iglesia; en el altar encuentra a un grupo de niños que parece ensayar canciones para la celebración de la santa comunión. Y busca a su objetivo: una mujer en calma fingida.

Se arrima a la señora mientras piensa en que hacía años que ella, Lis, no acudía a una misa. La última fue en la residencia de Comillas, por supuesto, bajo coacción y en calidad de paciente; tendría diecinueve años. El olor a incienso la retrotrae a aquel lugar. Se rasca los padrastros, los arranca.

Al tomar asiento al lado de la mujer, Lis expresa las palabras que Ramón le ha hecho memorizar.

—Pone lluvia para la semana que viene.

La mujer a su lado parece no escucharla; está embelesada por el coro de voces blancas.

—¿Su hijo está en el coro? —pregunta Lis.

—Mi hija dice que quiere ser monaguillo. Cosas de niños.

—¿Miguel era religioso?

La mujer dejó escapar una exhalación acompañada de una risita.

—Los policías siempre tan directos.

—Es que ya se ha perdido mucho tiempo, ¿no cree?

Ella mueve la cabeza para asentir y dice:

—Religioso no sé, pero no era de misas, Miguel. A él no le interesaban los sermones.

La mujer que habla es Virginia Carrera, la compañera de pupitre de Miguel Strachan y una de sus más íntimas amigas de la infancia.

—Pasó de los tebeos de Tintín a leer sobre Botticelli.

Lis comprende que la confesión ha comenzado.

—¿Qué puede decirme de la familia de Miguel? ¿Había problemas en casa?

—Económicos, sí. Carecían de muchas cosas; no tenían teléfono, por ejemplo. Cuando Miguel desapareció, su padre iba a casa de la vecina para que le contasen las novedades.

Esta información desarma a la psicóloga.

—Tengo entendido que el padre era operario de telefonía —dice.

—Pues sí, pero teléfono no tenían.

—¿Cómo eran los Strachan?

—¿La familia?

—No, los Strachan.

—Bueno, pues a ver… Eran guiris. Tenían una educación exquisita. Los primeros, creo, que venían de Inglaterra.

—De Escocia —corrige Lis a la mujer.

—¡Guiris! Pero se adaptaron aquí muy rápido; sería por el sol y la playa. Al bisabuelo hasta le pusieron una calle en el centro.

Esa advertencia de Marina —«Es mejor que desconozcas ciertas cosas»— atormenta a Lis. La desarma, la deja desnuda ante Virginia.

—Lo siento, Virginia —dice la psicóloga al fin—, pero… ¿podría explicarme por qué le pusieron una calle?

Ella le devuelve la mirada, sorprendida, como si la pregunta fuera absurda.

—¿No lo sabía? Los Strachan eran arquitectos muy reconocidos. —Hace una breve pausa—. Bueno, el bisabuelo y el abuelo de Miguel.

—¿Y por qué cree que Pepe, el padre de Miguel, no continuó con el legado familiar?

Virginia sonríe, pero la sonrisa es un velo de incomodidad.

—Uf, no lo sé. Yo era amiga de Miguel, con su familia tenía poco trato. Ya sabe…, relación de vecinos, de esas de toda la vida: hola y adiós.

—¿Qué decía la gente del barrio?

—Que eran buenos padres, Pepe y Rosa. Padres de los de antes. —Se encoge de hombros—. Usted es más joven que yo… o se conserva muy bien, no sé. —Esboza una sonrisa forzada—. Pero sabe a lo que me refiero. Nos criaron con otra educación.

Sí, Lis sabe perfectamente a lo que ella se refiere. Y aunque agradece el piropo, la niña que fue murió hace tiempo, mucho tiempo.

—Virginia, sé que le pido un imposible, pero me ha dicho que Miguel pasó de leer a Tintín a leer a Botticelli.

—Sí, así fue.

—¿Y recuerda algo de lo que leía, algo específico?

—Uf, hace mucho.

—Por favor, intente recordar. Puede ser importante.

La mujer parpadea varias veces, desconcertada. Por un instante parece resistirse a recordar.

—Pues, a ver, antes de desaparecer sí que venía a clase siempre con el mismo libro en la mochila, pero ese libro no era un libro del colegio. Era otra cosa.

—¿Y recuerda si ese libro tenía imágenes? ¿Dibujos? ¿Si era de arte?

—Era un libro de frases cortas.

«Un libro de aforismos», piensa Lis.

—Bien —dice—. Bien, Virginia. Gracias.

—¿Por qué es importante un libro?

—Cualquier detalle, por insignificante que parezca, puede ayudarnos a componer un perfil psicológico más ajustado y realista de Miguel.

El coro de voces blancas sube el tono: están culminando.

—Virginia.

—Dígame.

—¿Cree que Miguel era un referente para sus compañeros o, sinceramente, piensa que no le aceptaban por sus peculiaridades?

A Virginia se le escapa un resoplido.

—La verdad es que tenía que haberlo conocido. Tampoco le diría que sufriera *bullying*, pero él con los niños no jugaba al fútbol ni se

juntaba mucho. Miguel era un referente, sí, pero no uno normal.

Sus palabras incomodan a Lis; rozan una justificación que no llega a decirse, pero que se insinúa.

—¿Por qué no era normal?

Virginia se encoge de hombros.

—No sé… Miguel era rarito. Hablaba de cosas que no le interesaban a nadie. No me pregunte qué cosas, porque ni me acuerdo, pero hablaba de temas que los demás ni entendíamos.

A Lis le gustaría responderle que quizá los que eran demasiado normales eran ellos. Pero traga saliva y se reprime para no vomitárselo.

—Y a veces hacía algo que me daba un poco de miedo. Cuando eres niña no comprendes esas cosas, ¿sabe?

La psicóloga calla para dar un espacio a los recuerdos de la mujer.

—Miguel… Cómo se lo explico —dice Virginia—. Miguel se quedaba embobado mirando al infinito. Daba igual que te pusieras a su lado o que le tocaras, él seguía.

—¿Podría describirme exactamente qué hacía?

—Miraba hacia un punto y se ponía muy rígido. Epilepsia digo yo que sería.

—¿Sabe si visitaba a algún médico para tratar esas crisis?

—Qué va. Ya le digo: Miguel era muy callado. Pero sí le puedo decir que a veces hablaba cuando tenía las crisis, como usted las llama.

—Vale, eran crisis cognitivas.

La mujer examina a Lis.

—¿Qué tiene que ver eso con su secuestro?

—Cualquier detalle puede ser de utilidad.

—Los otros policías no me han hecho nunca estas preguntas.

—Bueno, yo no soy como los otros policías con los que ha hablado. A mí me interesan otros aspectos de Miguel, no solo sus rutinas, sus horarios o los caminos que solía tomar. Me interesa él.

Ella hace ademán de levantarse, pero la mano de Lis sobre su rodilla parece frenar el deseo de huir.

—¿Y eso por qué? ¿Quién es usted?

—Si teme que sea periodista, Virginia, no lo soy. Le prometo que nuestra conversación es totalmente confidencial.

—Mire, Miguel casi me cuesta el divorcio. Yo no sé cuántas veces he tenido que explicar la relación que teníamos: éramos unos críos. ¡Ya está bien!

Una señora a sus espaldas, en unas bancadas de cara al altar, se gira hacia ellas.

—Mi marido… —dice Virginia en un tono más bajo—, mi marido está convencido de que la policía y la prensa aún hablan conmigo porque sigo enamorada de él.

Lis sonríe.

—¿Y qué la ha traído hasta aquí, Virginia, si no?

La mujer clava los ojos en los de Lis. La psicóloga, entre las emociones de Virginia, identifica melancolía y, probablemente, desesperanza, pero también el fuerte sentimiento de amor que le despierta el recuerdo de Miguel Strachan.

—Virginia, he venido hasta Málaga para trazar un perfil psicológico de Miguel Strachan.

—¿Un perfil?

—Como le he dicho, Miguel tenía un cerebro neurodivergente —dice Lis—, un cerebro propio de las personas diagnosticadas con

altas capacidades. Las personas como él piensan y sienten de manera distinta, toman decisiones de manera distinta. Por eso estoy yo aquí, una psicóloga, para estudiar a Miguel Strachan desde lo que sabemos hoy.

El discurso de la profesional parece convencerla.

—Sus rarezas o manías, llámelas como quiera, pueden acercarnos a cómo Miguel veía el mundo, pueden acercarnos a él.

—¿A él? ¿A Miguel? —Ella bufa—. Dirá a su cadáver, si es que queda algo ya.

—A su cadáver, sí, y con mucha suerte a sus secuestradores.

—¿Esos no estarán ya muertos?

—Es probable que ellos sí, pero si una organización se llevó a Miguel, lo más seguro es que, aunque esos secuestradores murieran por viejos, la organización no lo haya hecho, Virginia. El mal nunca descansa, ¿lo entiende?

La mujer remolonea entre sus ideas y se gira hacia el retablo de su derecha. El silencio momentáneo que mantenía se quiebra por un torrente de sinceridad:

—Una psicóloga, eso es lo que hubiéramos necesitado todos cuando Miguel desapareció. ¡Y ahora ya ni te cuento! Dejamos de ser niños conforme nos vamos decepcionando, ¿no?

Virginia traga saliva.

—Es verdad, yo estaba enamorada de él. Creo que siempre lo he estado. ¿Cómo no iba a estarlo? Que Miguel te diese atención te hacía sentir especial.

—¿Cree que él también se enamoró de usted?

La mujer ríe con ironía.

—¡No, qué va! Yo no le interesaba a Miguel: nadie le interesaba. Él nunca me lo dijo, era muy educado, pero yo no cumplía sus expectativas.

—¿Qué tipo de expectativas?

—Yo no era una estúpida obra de arte a la altura de Miguel Strachan.

14

Johannes Jensen regresa al piso franco con una amalgama de ideas en la mente.

El noruego empieza a sentirse sacudido por los acontecimientos y la cantidad de información desordenada con la que deben lidiar en este caso. Jensen prefiere la calma de su sala de necropsias.

El noruego llega al salón de la vivienda, donde encuentra a su compañero, Ramón, sumido en una bochornosa oscuridad, como si únicamente tolerase las luces rojas, las típicas del revelado de fotos. Solo se adivina su tez entre los claroscuros que reflejan las pantallas de ordenador, acompañada de un canturreo distraído de quien, absorto en su tarea, se deja llevar por la concentración más profunda. El hacker se entretiene con un libro: *El continente perdido*, de Aleister Crowley.

—¿Qué lees?

—Sobre la blasfemia en general: cocaína, crisis en la masonería y amor —responde Ramón—. Lectura ligera.

—Ya veo, ya.

Jensen piensa brevemente en la historia de su compañero, en la precisión que adquirió al aprender a hacer bombas caseras en Alsasua durante su formación como sacerdote. Pero Ramón Jáuregui

no nació para ser sacerdote: siempre fue un hombre que puso más velas al demonio que a Dios.

En las tres pantallas, Jensen comprueba cómo el hacker mantiene activos los chats de la red profunda vinculados a subastas de arte, el enlace de la Interpol donde se registran las notificaciones amarillas de desaparecidos en Europa y las alertas antiterroristas en España.

—¿Seguimos en nivel cuatro? —pregunta Jensen.

—Sí, pero oponemos resistencia.

Jensen camina hacia el baño, le echa un vistazo y también revisa la habitación destinada a la agente Marina Doña y a la psicóloga Lis de la Serna.

—¿Dónde está? —pregunta él.

—Apestas a vino, Johannes.

—A pajarete, sí —Jensen insiste—. Ramón, ¿dónde está Lis?

—La he mandado a charlar con Virginia Carrera, la compañera de pupitre de Miguel Strachan.

—¿Sola?

Ramón sonríe ante lo que considera una elocuencia absurda por parte de su compañero noruego.

—Alguien que ha sobrevivido a una depresión, Johannes, puede cuidarse solita.

—Lis no va armada.

—Tú tampoco.

—Yo peso ciento siete kilos, Ramón.

Ramón insiste sin apartar la vista de su libro.

—¿Dónde has estado, Johannes?

Jensen esquiva la pregunta.

—Marina me ha llamado. Está de camino.

—Justo.

—¿Y te ha preguntado por Lis? ¿Por cómo se está adaptando?

—Sí, también lo ha hecho.

—¿Y?

—Lis me parece, bueno…

Ramón se sirve de un lápiz para señalar el croquis que Lis de la Serna ha trazado sobre el cuadro del ciervo y añade:

—Ya te habrás fijado.

—Es una tipa muy inestable —dice Jensen.

—Lo es, pero es brillante.

El noruego se muestra pensativo.

—No sé si hicimos bien.

—Nosotros no estamos aquí para hacer el bien, Johannes. Estamos aquí para analizar datos y hacer un informe de media carilla. Y, además, la incorporación de Lis fue una orden que vino desde arriba, como todas. Marina solo ha sido una facilitadora.

—Digo que no sé si hicimos bien en contarle lo de Francesca Rossi.

—Bueno…

El hacker prescinde del libro y del lápiz, utiliza los codos para reincorporarse en la silla y se reajusta las gafas.

—Verás, Marina no es la única que ha contactado.

Ramón minimiza en la pantalla principal el chat de pujas y muestra a Jensen la mensajería compartida por el Servizio per le Informazioni e la Sicurezza Democratica, el SISDE, con la inteligencia española.

—Mira esto —dice.

En 1985, tres años después de la desaparición de Francesca Rossi, el periodista Tommaso Salvatori había publicado en *Cronaca & Dossier,* la revista de investigación más incisiva de la época, un artículo que afirmaba contener información confidencial sobre el caso. Según aquel reportaje, los datos procedían de un archivo interno del SISDE que seguía los movimientos de un hombre con conexiones directas con el Vaticano. Un individuo cercano al papa entonces en ejercicio, habituado a frecuentar la taberna que regentaban los padres de Francesca. Su nombre nunca fue relevado, pero los indicios señalaban con claridad inquietante que la joven lo conocía. Si esto fuera cierto, aquella teoría que sugería que Francesca quedó embarazada de un eclesiástico podría cobrar nueva fuerza.

—Aunque no habría sido de un eclesiástico —indica Ramón—. El periodista sospechaba de un guardia suizo.

—¿Tenemos su nombre?

—No, negativo. El nombre del guardia no trascendió.

—Si hubiese estado embarazada…

—Si Francesca se hubiese quedado embarazada —apunta Ramón —, para cuando se tomó la foto ya habría sido madre.

—Sí, el niño tendría un año y medio o así.

—Sí —responde Ramón—, a no ser…

—A no ser que la hicieran abortar.

Jensen señala el informe que el hacker muestra en la pantalla.

—¿Y esto te lo ha mandado el SISDE? ¿Ahora?

—Se están guardando las espaldas, Johannes. Italia tiene mucho que lamentar.

—No, no se están guardando las espaldas, colega: se están adelantando.

Ramón asiente en silencio. La inteligencia italiana, al tanto de la existencia de aquella imagen hallada en el cráneo de Björn Nielsen, prefiere adelantarse a los hechos antes de que estallen. Mejor decir «yo investigué», «yo lo supe», que quedar como una panda de imbéciles redomados cuando todo salga a la luz.

—¿Dónde has estado? —insiste Ramón.

—Lis tenía razón: la gente hace más confesiones en los bares que en las iglesias.

El hacker pone toda su atención a lo que su compañero tenga que decir.

—He tomado «café» con unos amigos.

—¿Qué amigos?

—El tipo de amigos a los que no te gustaría tener como enemigos: son una inversión con garantías.

Jensen le explica a Ramón que ha preguntado quiénes eran los dueños del edificio donde se ubicaba la antigua asociación en la que Miguel Strachan recibía clases de bellas artes.

—El gerente del bar se hizo el tonto, pero el tío era más listo de lo que pensábamos. Se fue a hablar con la mujer cuando le preguntamos por los dueños…

—¿Y bien?

—¿Bien? —expresa Jensen con retintín—. Ramón, dime exactamente hasta qué punto sabíamos lo conocida que era la familia del chaval.

—El apellido Strachan era sinónimo de eminencia en la ciudad. El bisabuelo del niño era un reputado maestro de obras y el abuelo un

gran arquitecto. Es lo que sabemos.

—A mí no se me informó de eso.

—Bueno, tú no estás aquí por lo que sabes de los españoles.

Jensen se muestra visiblemente molesto.

—Y a Lis, ¿a ella se la puso al corriente?

—No. Marina lo determinó así: una tabula rasa y, además, Miguel Strachan no conoció ni a sus antecesores. El abuelo falleció unos meses antes de que el niño naciese.

El noruego suelta un resoplido y cavila sobre la cantidad de entresijos que rodean a Miguel Strachan.

—Marina y yo estuvimos en el piso, Ramón. Y ya lo sabes: los padres del chaval eran pobres, pobres como las ratas. Tendrías que haber visto el barrio, siguen anclados a los sesenta.

Los dedos curvos de Ramón parecen avanzar en la mesa; comprende que a su compañero le descuadre que Pepe Strachan, padre de Miguel, siendo el único descendiente de una familia pudiente, no tuviese más fortuna que un piso de protección oficial en un barrio que olía a los residuos de la lonja.

—Disyuntivas hay en todas las familias, Johannes.

—Sí, Ramón, lo sé bien. Por eso sé que debe de pasar algo muy gordo para que unos padres rompan lazos con su único hijo.

El hacker reconoce que su compañero tiene motivos para reivindicar su hipótesis e insiste en que Jensen le diga quiénes eran los dueños de la casa, pero lo más importante no es eso, sino qué relación tenían con los Strachan y por qué cedieron el espacio a aquella agrupación de carácter irreverente.

Jensen deja escapar una pequeña risita cargada de condescendencia.

—Cuentan que en el XIX los manicomios en Málaga no solo eran deficientes: eran auténticos vertederos para trastornados.

—Continúa.

—Pero el tema no es ese —corrigió Jensen apoyando los codos sobre la mesa—. El tema es que quien quiso dar algo de dignidad a los loquitos fue el maestro de obras Strachan, el bisabuelo de nuestro chico. Él fue el encargado de levantar el pabellón para alienados dentro del Hospital Civil.

Jensen le explica a Ramón que aquella construcción se presentó en su día como un gran avance para la ciudad, una promesa de humanidad hacia los pacientes bajo la tutela de los alienistas. Pero tras esa fachada de progreso se ocultaba otra historia: obras interrumpidas una y otra vez, presupuestos diluidos y la sombra de una financiación pública que siempre llegaba tarde o, a veces, no llegaba.

—Dicen que, al final —añade Jensen, con una sonrisa amarga—, la pasta para terminar el pabellón vino de las familias burguesas de Málaga. Y que fue el propio maestro de obras, el bisabuelo Strachan, quien acabó poniendo de su bolsillo la mayor parte del dinero.

El hacker sostiene el mentón con la mano. Sabe —aunque evite decirlo en voz alta— que resulta, cuando menos, extraño: un arquitecto de renombre depositando dinero en una institución pública, administrada entonces por eclesiásticos, en lugar de recibir una remuneración justa por su trabajo. Algo no encaja.

—Los primeros ingresos de pacientes se registraron en marzo de 1899 —dice Jensen—. Unos días antes de la puta semanita, Ramón.

El noruego y el hacker comparten la secuencia de los hechos con tal claridad que los calendarios parecen desplegarse ante sus ojos, superpuestos a su mirada. La captura de Francesca Rossi en el 81. La de Miguel Strachan en el 82. Ambas ocurridas en el mismo umbral del año litúrgico: los días previos a la Semana Santa.

—Voy a corroborar estos datos con los registros de la propiedad desde entonces hasta hoy.

—Bien —dice Jensen—, pero ahora busca esto.

En las notas del dispositivo de Jensen hay un escrito. Ramón fija la vista en las pupilas de su compañero.

—¿Con qué amigos has estado, Johannes?

—Tú mismo lo has dicho, Ramón: yo no estoy aquí por lo que sé de los españoles.

El hacker sabe perfectamente que Jensen se mueve en terrenos farragosos, lo ha hecho desde pequeño, pero hasta a Ramón le sorprende la facilidad que su compañero tiene para desenvolverse en el lodo.

—Caza, Ramón.

Y el hacker teclea lo que su compañero le ha facilitado. El noruego comparte que, antes de que el edificio de la calle San José sirviera como sede de la asociación cultural Las Palomas, fue la sede de un grupo con el mismo nombre de la asociación; un grupo con tintes reivindicativos que funcionó desde 1957 a 1964.

El hombre busca entre todas sus fuentes, las lícitas y las que no lo son. Busca la información en la web oficial de los archivos históricos municipales de Málaga, donde pretende contrastar la información que hasta la fecha haya podido digitalizarse.

—¿La fuente es fiable?

—La fuente es la calle, Ramón.

—Entonces es fiable.

Ramón vuelve la mirada a la pantalla.

—Espera —dice a Jensen.

—No tengo nada mejor que hacer.

Ramón encuentra un archivo en PDF, lo abre: un boletín informativo perteneciente a la Universidad de Málaga. En él, con lo que parece cautela, nombran la existencia de un insurgente grupo cultural: Las Palomas.

—¿Qué tienes? —pregunta Jensen.

—Parece que unos estudiantes, en 2001, quisieron rescatar la historia de la agrupación. Pidieron una subvención a su facultad para realizar un reportaje sobre dicha agrupación. Señalan que se sentían atraídos por el carácter indómito del grupo, pero les denegaron las ayudas económicas. Alegaron que carecía de interés para el área cultural de la ciudad.

—¿Por qué esto no estaba en el sumario?

—¿Una agrupación cultural? —responde el hacker con cierto escepticismo—. Recuerda, Jensen, que el abuelo de Miguel falleció antes de que el chico naciera. Tras su desaparición, la policía investigó al círculo cercano, al círculo cercano ¡vivo!

—Ramón, ¡no me jodas! Eres experto en ingeniería social.

Él repasa mentalmente la información hallada. En efecto, Alastair Strachan había sido el arquitecto de la casa de la calle San José, donde funcionaba la asociación. Unas calles más abajo, y de forma un tanto misteriosa, el ayuntamiento le había asignado a una vía el nombre del bisabuelo de Miguel. Además, el abuelo había pertenecido a un círculo reducido de intelectuales y artistas que,

bajo el nombre de Las Palomas, buscaban despertar en los malagueños el amor por el arte… y algo más. Aquel grupo no solo organizaba exposiciones: también promovía encuentros de carácter político, viajes fuera de España y visitas a creadores exiliados, muchos de ellos abiertamente contrarios a los regímenes de derechas.

—¿Sugieres, Johannes, que el abuelo de Miguel pudo molestar a alguien y que ese alguien quiso vengarse a través de su nieto?

—No sugiero nada. Pero podría ser.

—¿Y Francesca Rossi? ¿Y los otros dos chicos no identificados? ¿Esos también fueron fruto de una venganza contra los Strachan?

Jensen resopla con cierta desesperanza. El equipo del CNI español está en Málaga para esclarecer qué sucedió con Miguel Strachan, pero lo que le sucedió pudo ser solo el pico del iceberg. Aun así, podrían tener algo de lo que tirar.

Johannes Jensen se pone en pie frente al croquis que ha trazado su compañera Lis y cruza los brazos. En la mente de Jensen aparecen los detalles del cadáver de Björn Nielsen que no han mostrado a la psicóloga. «Bueno —piensa—, a la expsicóloga».

—Ramón, me refiero a lo que pasó con esos chicos, ¡joder! —Jensen aprieta la mandíbula—. ¿De verdad crees que nos van a dejar acercarnos? Y aunque lo hicieran, ¿crees que alguien ahí va a responder ante la ley?

El hacker no replica de inmediato. Hay verdad en lo que su compañero acaba de decir.

—¿Has hablado con Lis? —pregunta al final, sin levantar la vista de la pantalla.

—¿Sobre el grupo? ¡No!

—No, de esto que me cuentas ahora no, Johannes.
Jensen comprende a qué se refiere Ramón.
—No. Lis no ha preguntado a qué me dedico.

15

En los AirPods del profesor Julius Schneider suena el *Nocturno en mi bemol*.

La melodía, envolvente y melancólica, exige un pulso dócil, un control que roza lo imposible: lirismo sin derramarse. Uno de esos símbolos universales del amor que, para sostenerse, reclaman disciplina. Julius eleva el volumen, como si necesitara que el piano de Chopin le recordara la frontera exacta entre sentir y desbordarse.

Frente a él, en la sala blanca del MUMOK —el Museo de Arte Moderno Fundación Schneider, en Viena—, cuelga *El impulso tranquilo*, de Wassily Kandinsky. El título le provoca una sonrisa torcida.

—*Idiot!* —se llama a sí mismo—. Una broma absurda —musita al fijar la mirada en el título de la obra ante él.

«Ningún impulso es tranquilo», se dice. La única forma de calmar el fuego es fingir no haberse quemado. Pero él, alguien que siempre demostró tener una inusual curiosidad por la angustia humana, no puede vivir eternamente fingiendo. Su mente divaga por terrenos a los que no quiere, a los que no debe, a los que no se permite siquiera asomarse. Esos terrenos tienen nombre y apellido, tienen ojos y boca, tienen aquello que llamamos corazón. Ella, ella se dibuja y desdibuja a placer entre sus pensares.

El profesor inspira hondo para volver a su centro, a ese centro impostado donde finge que se acomoda a la vida, que se presenta finita pero urgente.

Se recuerda a sí mismo la metáfora del funeral, la que con empeño instala en las mentes de sus atolondrados alumnos.

—Por la vida que fue y por la que jamás volverá —les dice.

Después sonríe, burlón, consciente de que muchos carecen de la hondura humana que exige la profesión elegida, que reclaman las neurociencias mismas. Él es un trovador que predica valores a una corte ensordecida por el lenguaje mistérico del profesor.

Ahora, frente a *El impulso tranquilo,* piensa en cómo será su funeral. Va a la universidad a predicar, no a enseñar. Y ese acto ya anticipa su despedida, su funeral. Lo celebra en la tarima.

Julius reflexiona sobre la causa, sobre el legado que ha heredado de su padre, quien repentinamente los abandonó por un ataque cardíaco. El profesor se muestra impasible ante el fallecimiento y justifica su conducta, se justifica. Él interpreta el rol de doctorado, eterno bucólico, que ha dejado de ser persona. Hiperreflexivo, analiza las emociones, esos molestos términos etéreos no cuantificables, como él los refiere, e intenta darles explicación desde un plano lógico matemático. Pero sabe que es su superego quien habla por él, su superego es quien ha tomado la palabra porque el profesor Schneider está depresivo. Julius ha tenido una pérdida, una más, y, como muchos otros, ha elegido volcar su dolor en la productividad. En su capa superior, adusta, desearía una vida en la que saberse vulnerable fuera una cualidad, no una debilidad del ser.

—Lova —musita.

Él desea, desea en lo más profundo, ser condescendiente con su esposa. Ella es una buena mujer, una doctora inteligente, alguien a quien jamás deseó arrastrar a su oscuridad. Aunque, por la cantidad de tabaco que su mujer consume, pareciese que es justo ahí adónde él la ha llevado. A donde las decisiones los han llevado a los dos.

«Hemos ido muy lejos —se dice—. No podemos frenar ahora».

Y ellos no lo consentirían, jamás lo permitirían.

Julius cierra los ojos, respira y hace ese gesto extraño en el que cuenta con los dedos de las manos, de las dos a la par. Hace como que toca el piano, aunque él hubiera preferido el violín. Otro anhelo. En él siempre gobierna el anhelo constante, en medio del desorden ocasionado por la pretensión de conseguir lo inalcanzable. Él se castiga, se fustiga. Sabe que el universo rechaza el caos y que nuestra mente solo está preparada para vivir en la belleza del número áureo, ordenado, eterno. Nuestra mente rechaza el caos y, por ende, el amor.

Octubre se acerca y, si la planificación sigue el curso previsto, en el Congreso Internacional de Neurología se anunciará lo que ya es un secreto a voces: Lova está en la antesala del Nobel de Medicina por sus avances en los estudios del sueño. Antes de que termine el año, la neurocientífica subirá al estrado a recoger su galardón. Se convertirá en una de las mujeres más jóvenes de la historia en recibirlo por una investigación con la que su marido estaba en desacuerdo.

Julius regresa al cuadro, a *El impulso tranquilo*, y revive una conversación lejana, sostenida con su padre cuando aún era muy joven para comprenderla.

—No mires los colores ni las formas, Juls —le dijo el gran mecenas —. No hagas de esto un trabajo de introspección.

—Entonces ¿qué miro, padre?

—No mires nada, no hagas nada. Solo observa lo que la obra te hace, observa cómo la obra te transforma.

Ahora, frente al lienzo, Julius está demasiado cerca de comprender lo que el amor le hace. Empieza a intuir en qué punto exacto uno empieza a desquebrajarse.

Y es que justo en esa intersección entre él y la posibilidad de un profundo afecto, el profesor de Filosofía había levantado unos muros altos, sólidos, impolutos de grietas. Muchas fueron las que habían intentado escalarlos —incluida Lova— con terapia, con fármacos, con chantajes emocionales, pero también exigencias de cambio. Nadie, sin embargo, había arrancado ni un solo ladrillo de aquella robusta arquitectura. Nadie hasta que apareció ella.

Ella no le pidió que cambiara. No le pidió nada, de hecho. Ni siquiera deseó modelarlo, ni buscó dinamitarlo con sermones imperativos. Ella simplemente llegó y su sola existencia pintó en aquel mural, al borde del derrumbe, la primavera.

Esto le provocó aún más miedo, terror. Julius Schneider tiene la certeza de que se perdería a sí mismo si diese rienda suelta a sus emociones. Por eso ha intentado arrancar el peligro de raíz, ahogándolo en el momento de su nacimiento, sin piedad y sin indulgencias. No sabía qué podría esperar de aquellas contingencias. Tal vez no solo baste con matar los sentimientos; tal vez tendría que matarla, matar lo que para él encarna.

El sudor le recorre el cuello. No puede renunciar a esa mujer. Lo cierto es que, bajo las citas, la retórica y la disciplina intelectual,

Julius no es más que una pantomima revestida de filosofía existencialista alemana.

16

Lis abre el ventanal del salón a riesgo de que Ramón considere demasiado descorridas las cortinas y mande a su guardaespaldas noruego de dos metros a regañar a Lis por su temeridad.

Ella sonríe ante las manías del hacker; él la enternece, sus manías la enternecen. Lis lleva más de diez años estudiando la conducta humana pese a que en la actualidad se haya tomado un descanso de su ejercicio en el ámbito clínico y, sin duda, ella afirmaría que los patrones de conducta humanos hablan más de nosotros que de nuestra genética. Ramón es una muestra de la idiosincrasia con patas que somos las personas, capaces de visualizar crímenes indescriptibles mientras almorzamos, pero incapaces de romper con nuestros círculos viciosos por si una leve modificación en nuestra rutina nos desregulara el sueño. El hacker es un topicazo. Pero —¡sorpresa!— todos lo somos. No hay quien se libre. Y la razón de fondo es menos mística de lo que parece: todos, en mayor o menor medida, experimentamos traumas que nos moldearon a martillazos.

Desde el balcón, Lis comprueba cómo el aroma a churros y a café recién hecho sube hasta el piso franco. Málaga huele a infancia, o al menos a la suya. A ella llegan aquellas manos de su abuela y recuerda cómo, siendo niña, jugueteaba con las arrugas que las surcaban. Quizá era una forma inocente de gritar que quería

aferrarme a ella, a su abuela, para que nunca se fuese, para que nunca la abandonase.

La psicóloga revisa su móvil por enésima vez en esa mañana. Los WhatsApp que escribió a la agente Marina, a su número de teléfono personal, siguen sin respuesta. Como siempre que una cuestión las conmueve, la agente y Lis se esconden tras el sarcasmo: una tirita de ironía. Esta vez fueron *stickers* de Chiquito de la Calzada con los que Lis rogaba a Marina que regresase a Málaga para ese supuesto cumpleaños que iban a celebrar. «¡Joder!», se dice, y se percata de que la necesita más de lo que ella esperaba.

Necesita que la agente Marina regrese, la necesita para avanzar en el caso. La desinformación en la que considera que se halla inmersa no era parte del trato. O eso quiso creer durante aquella breve e ingenua formación como agente de inteligencia. Aunque, si se es sincera, nunca hubo un trato real, y una formación real tampoco. Solo insinuaciones, promesas vagas y esa sensación constante de estar un paso por detrás.

Jensen se arrima por su espalda.

—Muy caliente y con dos de sacarina —dice, y le ofrece a Lis un café—. Como ordena la sargento.

—Gracias.

—No sé cómo puedes beberte eso.

Su móvil repiquetea. Son las insistentes vibraciones de los mensajes de la madre de Lis. El noruego parece darse cuenta, pero evita hacer algún comentario descortés sobre los mensajes.

—Te espero dentro.

Jensen destensa el evidente rechazo que le provocaba la colaboración con esta psicóloga —justo esta—. A Lis, su compañero

le resulta humano al fin. Le ha ofrecido un espacio para dar respuesta a los mensajes, pero es ella quien lo rechaza y le adelanta para entrar al salón.

En treinta y dos minutos deben acudir a una cita con la bibliotecaria del Museo Picasso. Ramón les ha facilitado nuevas acreditaciones como documentalistas del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. El director del museo respondió encantado de que se personaran allí y de que su bibliotecaria los atendiese. Los acuerdos entre grandes museos siempre son entendidos como un elogio. Pero esto es solo en apariencia. El reconocimiento entre iguales se tiende a exhibir con orgullo y pompeo, pero esos elogios no son más que dardos envenenados. En las altas esferas de cualquier estamento, las colaboraciones rara vez son gratuitas.

El binomio que componen Jensen y Lis regresa a las calles empedradas del centro de Málaga.

A ella la golpean los recuerdos, nuevamente acerca de su abuela Victoria. En especial esos en los que la llevaba a aquel santuario que porta el nombre de la señora; entonces las mujeres subían y bajaban la compra en cubos de fregona atados a cuerdas desde los balcones. Málaga ha perdido aquella esencia que solo ofrece la pobreza material, evidentemente, no la de espíritu.

Apenas han dado las primeras horas de la mañana y una cola interminable de turistas ya espera para entrar al museo que Lis y Jensen encaran. Juntos, se adelantan a la multitud, no sin recibir alguna que otra mirada punitiva por parte de los visitantes desesperados. Enseñan las acreditaciones a la entrada y, sin más, les

dan acceso. Pasan por el control de valijas: no llevan nada encima. Se llevan a ellos mismos, que ya es bastante, así que entran en el primer habitáculo, el patio, sin más retenciones. Un muchacho les indica cómo acceder al Centro de Documentación, donde Ramón ha concertado una cita con la responsable. Dan las gracias y se dirigen al Archivo.

—¿Puede separarse? —pregunta Jensen, de pronto.

—¿El qué?

—Al autor de su obra.

La elocuencia de Jensen me sorprende. No suele expresarse fuera de la ironía, fuera de un blindaje.

—Hay gente que ama el arte y es una depravada —añade.

—Sí, claro que la hay. Pero la cuestión sería si puede diferenciarse al artista de la persona, ¿no crees?

Jensen ladea la cabeza.

—Creo que, si podemos diferenciar al artista de la persona, Lis, tal vez estemos perdiendo el tiempo buscando aquí al chaval.

Lis comprende su lógica. Si el motivo principal por el que han venido hasta aquí es para analizar la obra de Miguel Strachan y Miguel no es su obra, si el artista no coincide con la persona, entonces, para ellos, el haber llegado hasta este lugar se convierte en un sinsentido, otro más.

A pocos metros de los fondos, Lis frena a Jensen.

—La haremos esperar tres minutos —dice ella—. A la bibliotecaria. Tres minutos.

—¿Por qué tres?

—Menos de tres no es esperar: pareceremos desesperados. Y más de cinco ya sería descortés y poco profesional.

Jensen resopla.

—Esto de la psicología no es sano.

—No, no lo es.

—¿Por qué con esta tipa? ¿Por qué no nos hemos reunido con el director del museo?

—Él es irrelevante para nosotros. Buscamos pasado, no presente. Los bibliotecarios y documentalistas son los guardianes del arte, los que identifican, clasifican y hacen inventario de los fondos.

Jensen calla. Es su forma de asentir sin hacer más aspavientos.

—Jensen…

—Dime.

—Si la obra de Miguel Strachan no está en los fondos de ningún museo, si no hay registros de ella, de su venta, ni tampoco está en la casa de su madre…

—Ya: alguien la tiene.

Este fue el último lugar conocido en el que estuvo la talla, el último lugar donde se expuso la talla del niño prodigio. La pieza no se esfumó el día en que desapareció el niño, pero se esfumó tras él. Si siguieron con el cronograma lógico de cualquier muestra no permanente, la talla debió de estar al menos tres meses expuesta.

—Tres meses expuesta con el chaval ya desaparecido.

—Sí. Y además estoy segura de que se cumplieron los plazos. Si las personas que se llevaron a Miguel se lo llevaron por su capacidad artística, no iban a ser tan palurdos de robar la talla el mismo día que secuestraron al chaval.

—Ya, demasiado evidente.

—Demasiado. Más aún si lo que querían era que Miguel replicase otras obras para el mercado negro.

—La talla que expuso no les haría falta.

Lis consulta la hora en la pantalla del móvil.

—Tres minutos —dice a su compañero.

La puerta de los Archivos está abierta.

La señora, pese a rondar la edad de jubilación, pasea un porte escultórico, y hasta se diría que perfecto. Su vestimenta también ha sido perfectamente escogida, a juego con sus gafas y con una profesión bucólica. Ella invita a Lis y Jensen a entrar con una amplia sonrisa, y todos proceden a las presentaciones, breves pero formales.

—¿Así que del Reina Sofía?

—Sí —responde Lis.

—Debe de ser una auténtica fantasía trabajar en un lugar así.

—Lo es —responde ahora Jensen con un tonito sarcástico—, lo es.

Lis le mira como si le diese un tirón de pelos.

La bibliotecaria les sonríe y comenta con gracia:

—¿Están casados?

—Algo peor —responde Jensen.

—No preguntaré más —dice ella entre risas—. Síganme, por favor.

La mujer los guía por un pasillo amplio hasta un almacén de dimensiones incalculables: la vista se pierde a lo lejos. El aire dentro del almacén es denso, casi viciado. Pareciese que el tiempo se hubiera detenido entre esas paredes; huele a barroco, si es que el barroco podría entenderse como un olor.

Lo que se despliega ante sus ojos le produce a Lis una sensación difícil de describir: un caos ordenado que, de algún modo, conserva

estructura, ritmo y hasta una lógica emocional. A pesar de la acumulación de piezas, todo parece cuidadosamente catalogado. Hay una armonía secreta en esa disposición, una belleza discreta que recuerda a la de la naturaleza: imperfecta pero viva.

—Cada cierto tiempo —explica la bibliotecaria— abrimos los fondos al público. Queremos acercar el arte a todo el que desee aproximarse a él.

—Le agradecemos que lo mencione —dice Lis— porque precisamente eso es lo que más nos interesa: las piezas que pertenecían al antiguo Museo de Bellas Artes.

La mujer sonríe, profesional. No deja traslucir su opinión.

—En el correo que enviaron entendimos que estaban interesados en un préstamo o una cesión temporal, ¿es correcto?

—Sí, así es —responde la psicóloga.

—Bien, les enviamos un listado con las obras disponibles para cesión. Imagino que lo han revisado.

—Sí, lo hemos revisado —afirma Lis—, pero al director le gustaría saber si existe algún otro listado.

Y deja la frase en el aire esperando a que la bibliotecaria reaccione, aunque solo lo hace con una sonrisa aún más profesional, aún más contenida.

—Me refiero —insiste Lis— a piezas que pertenezcan al fondo de reserva, por llamarlo de alguna manera.

La bibliotecaria observa a Lis unos segundos, como si intentara descifrar la verdadera intención de la pregunta.

—Bueno, sí… —admite al fin—. Es posible que haya algo. En los traspasos siempre se mezcla algún inventario.

—Sabemos que desde 1997 algunas colecciones fueron enviadas a almacenes o utilizadas en exposiciones temporales —añade la psicóloga.

La bibliotecaria levanta la vista por encima de las gafas y esboza una sonrisa breve.

—Están muy informados.

Jensen sonríe y arquea las cejas.

—¿Tienen obras del 82? —pregunta.

—¿Del 82?

—Sí, de marzo o abril de 1982 —insiste él.

Ella parece sorprendida ante la exactitud de la demanda.

—¿Qué buscan exactamente?

—Buscamos una talla de madera —responde Lis—, la Virgen del Carmen de Miguel Strachan Saavedra.

La bibliotecaria pasea la mirada de uno a otro, buscando confirmación. Sí, ha oído bien: buscan la obra del chico desaparecido. Asiente despacio antes de responder y, sin añadir palabra, se da la vuelta.

Sus pasos resuenan con una cadencia apagada sobre el suelo de losas irregulares. Se detiene ante una estantería metálica, introduce las manos en un archivador cubierto de polvo y comienza a hurgar con una lentitud casi reverencial. Cada carpeta que desplaza libera una fina nube grisácea que flota en el aire y se mezcla con el olor a madera vieja, tinta reseca y papeles que parecen haber olvidado el tacto de la luz.

Durante unos segundos, el único sonido es el roce áspero del cartón al abrirse y cerrarse. A Lis se le despierta una inquietud en

ese silencio meticuloso, algo que parece advertir que no todo lo que duerme en esos archivos está dispuesto a ser encontrado.

—No hay registro de qué pasó con esa talla —dice después de unos segundos—. Ni siquiera consta su retirada del Museo Provincial. Pero —hace una pausa— se rumorea que la familia nunca la reclamó. Nunca preguntaron por ella.

—¿Cree que alguien pudo comprarla? —pregunta Lis.

—Si alguien la compró, no quedó registro.

—¿Y quién podía adquirir obras sin dejar rastro en Málaga?

La bibliotecaria vacila.

—¿Por qué quieren saber eso?

—Nuestro director está muy muy interesado en adquirir obras únicas con una historia particular tras ellas. La obra de un chico desaparecido…

—Un poco morboso, ¿no?

—El Museo Reina Sofía también lo es.

Ella asiente con un gesto contenido. Sabe que no miente. Permanece unos segundos en silencio, calibra hasta dónde puede hablar.

—Aquí, en Málaga, en los ochenta… —suspira—. Entre traslados, cambios de sede y demasiadas historias cruzadas, si la familia no tenía peso ni contactos, lo más probable es que la adquiriera algún coleccionista privado. Pero no puedo decirles quién. Como ya les he comentado…

—No hay registro —finaliza Jensen.

Lis y Jensen abandonan el Museo Picasso con la sensación de estar atrapados en la boca de un monstruo gigantesco.

El caso de Miguel Strachan, la Operación Cordero, evoca un total desconcierto a quien se arrima a descifrarlo. «No puedo», se dice Lis. Se siente incapaz de introducirse en las grietas del chico: no existen ranuras por las que colarse. Le es inevitable pensar que, sea quien sea, ha hecho que el chico desaparezca, que desaparezcan él y su legado.

Lis comprende que el caos cotidiano de la vida entretiene a la familia Strachan Saavedra. Como la tediosa labor de tejer un tapiz, se han enfrascado en sus quehaceres, dejando de lado lo que consideran un imposible. También es verdad que la principal función del cerebro humano es mantenernos con vida, mantenernos entretenidos, alejados del desgarro emocional hasta que llegue el día de nuestra muerte, claro, pero, mientras tanto, entre unos y otros, entre instituciones, familiares y amigos, están consiguiendo que Miguel ni siquiera sea un recuerdo.

—Jensen.

—¿Qué?

—Necesito hablar con el inspector que dirigió la investigación.

—Negativo.

—¿Por qué?

Jensen la mira, incrédulo.

—Hasta que Marina vuelva, nada. Órdenes claras, muy claras, Lis.

—¿Por qué?

—Es lo que hay y punto.

Por la manera en que Jensen rehúye al inspector, Lis deduce que su colega no pertenece a la policía. Ella, que por Francisco Palacios

conoce los entresijos del cuerpo, supo de inmediato que en ese mundo la jerarquía está bien marcada, y en la cúspide del equipo se alza la agente Marina Doña. La joven se ha ganado un lugar entre las mejores infiltradas al servicio de la ley, mérito que llevó al servicio de inteligencia a llamar a su puerta. No obstante, Lis no puede ignorar un detalle: Marina es muy joven, quizá demasiado. Esa juventud le concede la virtud de pasar inadvertida, pero también el peso inevitable de la inexperiencia.

—Anda, vamos a tomar algo —sugiere Jensen—. Tenemos que celebrar tu cumpleaños.

—No me gusta cumplir años.

—Si eres una cría.

—No es por eso —confiesa Lis—; es que cumplir años me recuerda que hay sillas vacías.

—¿Son muchas?

—Son importantes.

—Entonces vamos a beber por esas sillas vacías.

—No va a ser solo una y lo sabes —le digo.

—Bueno, yo no soy el único que se dice mentiras, Lis.

Jensen sabe más de Lis de lo que ella ha verbalizado.

—¿Qué te ha contado Marina?

—¿Marina? —ríe—. No ha hecho falta, Lis. Tu noviazgo es una muerte anunciada.

Ahora es ella quien ríe, entristecida, entre el ahogo y la pena.

—Solo una, y Jensen…

—¿Qué?

—Al primer síntoma de que eres un psicópata, pagas la cuenta. No pienso pasarte consulta gratis.

Camino a la calle Arango —ubicación del piso franco—, la dupla hace una parada, de esas estratégicas para ahogar las penas, antes de llegar a la vivienda.

El bar escogido, en su interior, está bordeado por azulejos de flores verdes y azuladas, barriles y un aroma a vino dulce que espanta. Jensen se quita la chaqueta y se queda en manga corta. La dureza de su silueta, tatuada de tribales negros, parece mimetizarse a la perfección con el entorno.

Lis y Jensen se sientan junto a la fotografía de un niño, colocada en la pared entre tantas otras. El pequeño se sostiene por dos muletas: tiene una pierna amputada.

—Pedregalejo —lee Lis.

Ella cavila: donde hoy te venden una casa por un millón de euros, antaño coger el tifus era lo menos grave. Su mente se detiene frente a *El triunfo de la muerte*, de Brueghel el Viejo. Una escena apocalíptica, caótica y profundamente simbólica. Un paisaje devastado por la muerte, donde ejércitos de esqueletos arrasan con la humanidad entera sin distinción: campesinos, nobles, soldados, reyes, incluso enamorados.

—¿Avisamos a Ramón? —pregunta Lis.

—Nah, Ramón no es de bares: se estará haciendo una paja o pintando figuritas, así desconecta.

—¿A qué se enfrenta en la *deep web*?

Su colega se lleva la cerveza a los labios.

—A todo.

—No había visto tu tatuaje.

—¿Cuál?

Ella señala al cuello de Jensen: en el lado izquierdo se tatuó un *joker* sonriente, delirante. Su ridículo bigote copó tanto todas las atenciones de Lis desde que se conocieron que no había reparado en sus tatuajes.

—Ah, ese —dice él—. Es un autorretrato.

Jensen consigue sacarle una risa, aunque sea una cansada.

—Y tú, ¿qué? —pregunta ahora—. ¿Por qué dejaste la psicología?

—No la he dejado: estoy en un cese temporal de mis funciones.

—Vale, ¿por qué? Y no me digas que te traumatizaste. No eres de esas tipas que salen corriendo.

Jensen la ha calado más de lo que la psicóloga imaginaba.

—La psicología es una tirita —responde Lis—. Verás, yo mantenía una estrecha relación con el capellán de la residencia Santa Teresa. Era un buen hombre, ¿sabes? Como un abuelo para mí. —Da un sorbo al vino—. Cuando terminaba de charlar con él, siempre me preguntaba qué diferencia había entre ser psicólogo o ser cura.

—Ya, además el cura te absuelve, ¿no? Vosotros no podéis hacer eso.

Jensen no aparta la mirada de las ojeras de Lis.

—Así que no confías en tu trabajo —dice.

—La sociedad no lo pone fácil.

—¿El qué?

—Estar mentalmente sano.

Jensen asiente. Sabe que Lis tiene razones más que de sobra para que él apoye sus motivos.

—Bueno —le dice Lis— y tú, ¿te llamas Johannes Jensen? ¿O es tu *alter ego*?

Jensen pierde la mirada en el fondo del vaso, como si leyera los posos del vino.

—Me parece bien que dudes, pero sí, me llamo Johannes Jensen, soy de Maura y me crie entre cabras con flequillo.

Tibiamente, la psicóloga le sonríe.

—He escuchado cómo hablas a tu perrita, a Bruma.

—Brisa.

—¡Brisa! Eso… Bueno, creo que te gustarían las cabras con flequillo.

—Sí, y estoy segura de que a ella también.

Lis aprovecha el conato de cercanía, fruto del efecto que se produce entre dos personas cuando una de ellas es psicóloga y la otra se muestra desesperada por hablar de sí misma, aunque no lo reconozca.

—¿Por qué estás aquí, Jensen? Psicólogo no eres y juraría que policía tampoco.

Él ríe.

—Estoy aquí porque yo lo pedí.

—¿Por qué?

El noruego dirige la conversación por otros derroteros.

—El cuerpo recuerda, ¿no? Cuando supe que te incorporarías al grupo, te investigué. Estás demasiado expuesta en las redes sociales.

—Vaya, así que eres un fan.

—He escuchado todos los episodios del pódcast en el que colaboras.

—¿Qué te parece?

—En aquel episodio hablabas de la memoria que tiene nuestro cuerpo, de las somatizaciones, de la información que dan las enfermedades físicas sobre el sufrimiento humano.

Ella escucha con atención a Jensen, que prosigue en su discurso.

—Me llamo Johannes Jensen Tejeiro.

—Así que tú naciste en Noruega, pero tu madre es de ese pueblecito de casas blancas a dieciocho kilómetros de la playa, ¿no?

—De ese, sí.

Hay algo en la mirada de Jensen que acerca a Lis a sus carencias.

—No hagas eso, Lis.

—¿El qué?

—No me psicoanalices.

Ella separa los labios de la copa.

—No hace falta, ya comprendo por qué estás aquí.

—Tengo doble nacionalidad, sí.

—No, no me refiero a eso. Comprendo por qué estás en la investigación.

La declaración del noruego confirma lo que lo impulsa: la herida de justicia. Jensen no investiga por rutina ni por deber, sino por redención. Está convencido de que a Miguel Strachan y a Francesca Rossi los abandonaron.

—Esa mujer de Cómpeta… —susurra—. Esa mujer es tu madre, pero no tu madre biológica, ¿verdad?

—¿Qué técnica utilizas para saber eso?

—¿Técnica? —dice Lis, y ríe—. No hay técnicas, Jensen, digamos que me lo ha chivado tu tristeza.

—La inteligencia noruega ha trazado un perfil del posible asesino de Nielsen: hombre joven, por la brutalidad de la ejecución, sádico,

experto. Vamos, un sicario.

—¿Qué tipo de sicarios hacen esto en Europa?

—Los soviéticos, los albanokosovares, quizá.

—¿Contratados por quién, Jensen? ¿Por la familia de los chicos?

—No lo sé, Lis. Tal vez por alguien que supiera lo que Björn Nielsen les había hecho.

—¿Y qué les hizo? Es decir, ¿qué sabemos de lo que pudo hacerles?

Jensen baja el grave tono de voz que posee.

—Lis…

—Ya, ya sé. Es mejor que desconozca ciertos detalles, ¿no?

—Oye, lo siento. Y no te ofendas tú ahora, pero, si por mi fuera…

—Si por ti fuera no estaría aquí. Lo sé.

—Mira, eres una buena psicóloga, una muy buena, la verdad. Pero esto… No sabemos bien lo que es esto y, además, de Björn Nielsen se ocupan otras personas: expertos en análisis de la conducta criminal.

—Ya.

—«Ya» pero ¿qué?

—¿Y si Nielsen no era un criminal?

El noruego parece reflexionar sobre la pregunta que Lis acaba de lanzarle.

—Quiero decir —expresa ella— que tienes razón, no soy experta en análisis de la conducta criminal, pero sí en trauma.

Y coge una servilleta, la abre y con un bolígrafo que guardaba en el bolso pinta el boceto de los cuatro menores y del mecánico de helicópteros noruego.

—He analizado la foto, la he analizado con mucho detenimiento, Jensen.

Jensen se concentra en el garabato, analiza cada trazo. Lis, mientras tanto, señala un detalle que no la deja tranquila: en la composición original, las cinco personas aparecen muy juntas, centradas en la imagen y de espaldas a la puerta. Esa disposición revela algo más que descuido. Revela confianza. Ausencia total de alerta. No esperaban huir.

—Sí, recuerdo la mano de Nielsen sobre el hombro izquierdo de Miguel Strachan —dice, y señala la servilleta—. Y el chico al lado de Francesca, al que aún no se ha identificado, apoya la barbilla sobre la italiana.

—Y las camas, Jensen.

—¿Qué les pasa a las camas?

—Que están deshechas.

Lis juraría que Jensen entiende el camino por el que quiere llevarle.

—Las cejas levantadas, los ojos achinados por las sonrisas —dice Lis—, los hombros hacia atrás…. No hay signos de alerta, Jensen. No parece que quieran escapar del mecánico.

—¿Síndrome de Estocolmo?

—¿Grupal? Bueno, no es imposible, pero…

—¿Pero?

—Cuando lleguemos a casa, Jensen —susurra ella—, fíjate en los ojos de Miguel Strachan. Fíjate en cualquiera de las fotos que tenemos del chico.

—Ve al grano, Lis.

—Observa sus ojos con detenimiento. Luego compáralos con los de esta.

Jensen medita las palabras de Lis mientras asiente en un claro gesto de comprensión.

—Las emociones básicas no se fingen —murmura la psicóloga—. Son reflejos automáticos, respuestas que brotan de nuestro cerebro más primario, el reptiliano, no son respuestas meditadas.

—Lo que dices, Lis, ¿es que se fueron con Nielsen por decisión propia? —pregunta con cautela.

—No exactamente —responde firme—. Lo que digo es que los cuatro chicos parecen estar en calma. Los cuatro, Jensen, y al mismo tiempo en calma.

Ella hace una breve pausa.

—La felicidad puede fingirse, pero ¿la paz? La paz emocional se tiene o no, Jensen.

17

Domingo de Ramos.

El cielo insinúa cierta inestabilidad meteorológica.

En el piso franco, un clic devuelve a Lis al mundo de los vivos. Un clic tenue, fugaz: una burbuja que estalla en medio del silencio. Un interruptor que parece encenderse y apagarse. Ella lo busca con la linterna del teléfono móvil, como si el sonido pudiese capturarse.

—¡Qué estúpida! —musita.

Ese clic solo está en su cabeza —o eso ha optado por pensar ella —, un chispazo neuronal a consecuencia de los vinos que Jensen y ella tomaron anoche. Tampoco la ayuda demasiado el dormir en el sofá del piso acompañada por la banda sonora de las películas del oeste que reproduce constantemente la televisión de la vecina sorda. Pero, a decir verdad, prefiere esta incomodidad a la soledad de aquella habitación que debería compartir con la agente Marina. La habitación vacía le recuerda que la agente no está y, también, el lío en el que la ha metido. Si es justa consigo, el lío en el que ella misma se ha dejado enredar.

Aún recostada en el sofá, revisa los absurdos mensajes de WhatsApp que envió al número personal de la agente. Marina no los recibe.

«¿Dónde estás?», se pregunta Lis.

Se despereza, se pone en pie y observa el croquis en la pared. Busca una epifanía entre las informaciones.

Vuelve al teléfono. Consulta ahora las imágenes de Brisa, feliz, que su pareja le mandó anoche. Lis se aferra a esas fotografías para continuar. «Quiero regresar a casa —dice para sus adentros. Y finalmente se sincera—: Quiero regresar con Brisa».

Sus compañeros duermen y, a decir verdad, considera que tampoco tienen demasiados motivos para abandonar su reposo. Son las cinco y media de la mañana y no hay rastro de luz ni de epifanías.

—Esto es una locura —dice.

Francesca Rossi, la jovencita italiana, copa sus pensamientos. Su rostro cándido se ha aferrado a ella sin intención de soltarla.

—¿Por qué Francesca?

Quién era ella, «quién era si quitamos el polvo de la paja», se pregunta. No se ha encontrado una correlación directa entre los casos, más que la edad aproximada de los menores, de los dos que han identificado. Ni sus complexiones son semejantes, ni sus familias se conocían, ni parece que sus capacidades para habitar el mundo se asemejasen, *a priori*.

Lis puede entender —aunque apenas se atreva a pensarlo— la razón por la que alguien pudiera raptar a un genio de las artes. Pero la atormenta otra pregunta, siquiera planteársela: ¿qué vieron en la hija de un simple tabernero del Trastevere?, ¿qué podía ofrecer una chica que estudiaba para convertirse en administrativa?

Recalcula sus ideas: Lis no está pensando como una adolescente, y para entrar en la mente de Miguel y de Francesca es justo lo que debe hacer.

«Olvida la patología —se dice—. El trastorno solo nos advierte de que el alma de la persona se encuentra occisa. Olvida por qué Francesca sería una buena víctima, alguien a quien hacer desaparecer, alguien a quien su recuerdo pudiera difuminarse con los días. Piensa en el síntoma, piensa en la persona».

—En la persona —musita la psicóloga.

Regresa entonces a Miguel Strachan, a sus ojos apesadumbrados, a su arte: un pajarillo enjaulado que producía obras de arte con la esperanza de que alguien oyese su canto y le abriera la puerta, lo sacara de ahí.

—Lo sacara de ahí —susurra.

Lis viste sus huesos. Va a la cocina y prepara un café. No, dos. Se los bebe de un trago y regresa al salón. Se deja caer en el sofá con el trasero casi en equilibrio, al borde, mientras hurga en una de las cajas del sumario. Busca uno de los testimonios más relevantes del caso, aquel ofrecido por alguien que conocía muy bien al chico y a su familia: Paquita. La vecina Paquita, la mujer que años más tarde salió en un programa de televisión hablando de Miguel Strachan junto a Rosa.

Regresa entonces a Miguel, de nuevo y siempre. A la fotografía del barrio. A la idea de una posible huida voluntaria. Lis cavila: los seres humanos preferimos enjaularnos con tal de no enfrentar la incertidumbre. Pero Miguel no era un ser humano normativo, no sería posible juzgarle con la misma vara.

Tal vez él sí quiso abandonar el barrio. Ahora debe comprobar si el barrio salió del chico.

Amanece en el barrio de Cruz del Humilladero, donde Miguel Strachan vivió —o sobrevivió— los primeros catorce años de su vida. Tal vez fueron los únicos en los que llegó a experimentar este mundo.

Lis de la Serna observa la fachada del edificio, que parece detenida en el tiempo. El color crema de las paredes, suavizado por años de sol y de lluvias, se funde con las franjas rojizas que enmarcan las ventanas; juntas componen una estampa serena, aunque algo marchita.

En una hornacina, casi a la altura de los balcones, la Virgen del Carmen vela por los vecinos en silencio. Su mirada baja parece extenderse sobre la calle, consciente de la vida que irrumpe en ella, pero también consciente de las ausencias.

Abajo, en los soportales, el ultramarinos ilumina discretamente la calle con su letrero de color azul. A su lado, el portal de Miguel, de hierros oscuros. A Lis le despierta un sentir de crudeza. Alza la vista. En los balcones, unas macetas con geranios resisten al viento y a la rutina. Detenida frente a la fachada, la psicóloga no percibe este lugar como un punto en el mapa, sino como un escenario vivo.

Dentro del edificio espera encontrar a Paquita, la vecina que había visto cómo se apagaban los días de Miguel, la vecina que, junto a la madre del chico, aún aguarda su regreso: una eterna melancolía.

Lis recupera la información que la amiga de Miguel compartió con ella: la familia Strachan Saavedra carecía de muchas cosas. «¿Una familia de ascendencia pudiente?».

Pepe Strachan, el padre, trabajaba en una fábrica de telefonía y, sin embargo, cuando Miguel desapareció, las llamadas se recibían en casa de la vecina Paquita: no tenían teléfono fijo. Podría deberse a

que no podían costear la línea, aunque, siendo él empleado del sector, es probable que contara con descuentos o ayudas que abaratasen el servicio. Otra posibilidad habría sido que los padres de Miguel considerasen inapropiado tener un teléfono en casa. «Pero ¿por qué? ¿Manía persecutoria? ¿Pensamiento mágico? ¿Temor a ser localizados?», se pregunta Lis. Quizá simplemente no querían que nadie los llamara. Ni siquiera cuando su hijo se perdió. Otro acto de evitación. O de negación.

Ahora Lis compara las imágenes que ha tomado del sumario con la escenografía del barrio actual: las superpone a la realidad. En una de ellas distingue unas sillas de plástico junto al portal de un bloque. Un niño en pijama pasea por la calle.

Ella resopla. Lamenta tener tan claro que Miguel Strachan no habría sido feliz en un lugar así. Lamenta, también, reconocer en él algo que reconoce en ella misma: esa inconformidad perpetua, esa necesidad de apropiarse de la vida de uno mismo. Para alguien como Miguel, llevar una existencia sencilla debió de parecerse demasiado a estar muerto.

Camina ahora hacia la parada de autobús. Aquel al que el chico debería haberse subido. Se sienta en el poyete que ofrece la parada y observa cada esquina.

—Es increíble —musita.

Lis no puede creer que nadie lo viese marchar aquel día, que nadie viese a sus secuestradores o a aquellas personas que lo engatusaron para que el chico los acompañase. Desde su ubicación, la psicóloga contempla la ausencia de puntos muertos: puede percibirse con claridad de dónde vienen y adónde van las personas desde una distancia considerable. Se pone en pie y anda hacia el

centro de la calzada de una sola dirección: la parada de bus queda al descubierto y, sin embargo, la desaparición de Miguel Strachan fue una desaparición limpia.

—¡Es increíble! —repite Lis con indignación.

Fija la mirada en el portal del chico. Imagina a Rosa, a su madre, cada noche, con la puerta entreabierta y la luz encendida, aguardando a que su hijo regrese. Esto la destroza.

El zumbido insistente del móvil arranca a Lis de sus cavilaciones. «Debe de ser mi niñera», piensa haciendo referencia a Jensen. Pero ella rechaza las llamadas. Hasta que, como era de esperar, el noruego termina escribiéndole al canal de mensajería cifrada de ARGOS:

—¿Dónde cojones estás?

Lis suspira, pone el teléfono en modo avión y se resigna a la bronca que le caerá después por haber roto el supuesto pacto de caballeros que habían firmado, ese que la obligaba a obedecer los protocolos inútiles de inteligencia.

Ella encara el edificio y toca el timbre que aparecía registrado en el sumario, aquel correspondiente a la vecina Paquita, quien abre la puerta sin hacer preguntas. La psicóloga sube las dos plantas —este edificio tampoco cuenta con ascensor—. Una vez en el rellano, entre el piso en el que vivió Miguel Strachan y el de la señora a la que ha venido a visitar, Lis se detiene a mirar la puerta de la casa de Miguel durante unos segundos, hasta que decide llamar al timbre de Paquita.

—¿Quién es? —pregunta una voz al otro lado de la puerta.

Lis podría optar por mentir, pero, si lo hace, esta visita no surtiría el efecto deseado. Ella es consciente de lo que su aspecto produce

en las personas. La gente tiende a confiar en alguien escuálido y con un rostro juvenil.

—Buenos días, Paquita.

Escucha cómo la mujer se asoma a la mirilla.

—¿Quién eres?

Lis decide saltarse la prohibición de revelar quién es, pero a medias. No dice su nombre real a la mujer, utiliza el que le han otorgado como tapadera, pero sí dice cuál es, o era, su profesión.

—Me llamo Natalia Bernat —expresa—. Soy psicóloga y colaboro en la investigación por la búsqueda de Miguel Strachan.

La mujer, en el interior de la vivienda, descorre el pestillo y abre la puerta. Lo hace con lentitud, quizá para no hacer mucho ruido tan temprano. Paquita se queda mirando la puerta cerrada de su vecina. No es habitual que Rosa la cierre.

—Rosa ha tenido que salir —dice la anciana. Y hace a Lis un gesto con la cabeza—. Pasa, que hay correntín.

Paquita cuenta que ha quedado con su vecina Rosa, la madre de Miguel. La mujer le dijo claramente que no buscara fe en ella ni devoción ninguna, pero les gusta ir a por churros con chocolate y a pasearse el Domingo de Ramos. Si no, la vida ¿para qué?

—Ay, hija —se queja ella—. ¡Qué tarde hemos empezado a vivir!

—La entiendo. Yo también tengo esa sensación.

La señora la mira asombrada y ríe.

—Si eres una chiquilla.

—Bueno, los problemas no conocen de edad, Paquita.

Ella asiente y se sienta en torno a la mesa camilla.

—Entonces ¿qué? Otra vez están buscando a mi niño, ¿no?

—Sí, eso es.

—Rosa ya me contó, ya.

Lis supuso que habría sido así. La familia de Miguel Strachan Saavedra firmó bajo notario que no compartirían con nadie externo al caso el tema de la fotografía y la reapertura de la investigación. Pero las emociones no entienden de burocracia.

—¿Rosa sabe que estás aquí? —pregunta Paquita.

—No, no la hemos informado de esta visita.

Ella sonríe, pero entiende los motivos.

—Bueno, hija, ¿y qué quieres?

—Me gustaría preguntarle por Pepe.

—¿Qué quieres saber de Pepito?

—Lo que nadie conocía de él.

La anciana suspira.

—Pepe le tenía prohibido a Rosa hablar con su suegro. Decía que se había radicalizado.

—¿Y era así?

—Alastair Strachan era un hombre maravilloso.

Lis deja espacio a la señora. Ella parece poner en orden sus recuerdos.

—Pepe tenía mucha envidia de su padre —añade ella, sin tapujos.

—¿Por su fama como arquitecto?

—No, por su libertad.

—Usted admiraba al abuelo de Miguel —afirma Lis.

—Alastair era un caballero.

Lis intuye una frontera entre la admiración y el deseo; un afecto platónico, quizá. No hacia el hombre en sí, sino hacia la idea que encarnaba: el fervor por un mundo distinto, menos sometido, más libre. Para que un gobernador civil decidiera clausurar un círculo

cultural, debían de estar incomodando a alguien. Nada se silencia sin motivo. Y ellos, sin duda, habían empezado a mover algo que los poderosos no estaban dispuestos a permitir.

—¿Puede hablarme de Miguel? —pregunta Lis.

—Ay, mi niño. Miguel era… Yo qué sé, hija. Mi niño tenía brillo en los ojos.

—¿Pero?

—Pepito decía que su hijo también tenía al demonio dentro, como el abuelo.

—¿Qué demonio?

—El arte.

Por las palabras que la vecina dedica a Pepe Strachan, la psicóloga intuye que, aunque la relación fuese cordial, no casaban en forma ni en fondo.

—¿Cómo era su relación con Pepe?

—¿La mía?

—Sí.

—Ay, hija, Pepe tenía un carácter de los antiguos, como mi marido: tanta paz llevó como paz dejó.

—¿Su marido o Pepe?

—¡Los dos!

—Con Rosa sí tiene una buena relación.

—Sí, claro, hija. Somos vecinas de toda la vida. Hermanas.

La mujer tuerce la mirada hacia unos cuadros de mármol con figuras mitológicas pintadas en tonos pastel. Parecen Adán y Eva, el principio y el fin.

—¿Son de Miguel?

—No, esos no son suyos.

Lis retoma la conversación.

—Paquita —dice, y pregunta—: ¿por qué cree que Pepe no siguió con el legado familiar? No se ofenda, pero ese hombre aquí, en este barrio… ¿De verdad cree que fue por amor a Rosa?

—Eres psicóloga, ¿no?

—Sí, así es.

—Ya, es que tienes mucho ojo con las personas, hija. Y una psicóloga era lo que hubiéramos necesitado. Sobre todo cuando mi niño ya no estaba.

Paquita despierta en Lis la ternura y devoción que le despertaban sus abuelas. «Solo los abuelos te aman por quien eres, no por lo que quieren que seas», piensa.

—Pepe habría sido mejor arquitecto que su padre, hija —responde Paquita—, pero no quiso.

—¿Por qué se negó?

—¿No quieres que te hable de Miguel?

—Sí, claro, pero escarbar en los errores del padre puede ayudarme a comprender las carencias del hijo.

—Pepito… —cavila ella— Pepito era un hombre que sentía hacia dentro. Muy sensible, pero no hablaba. Mi Miguel también era así: no hablaba.

—Miguel hablaba a través de sus creaciones, ¿no?

—Pues digo yo que sí, que se expresaba por ahí.

—¿Y qué cree que quería contar? Miguel. ¿Qué le contaba a usted?

—Mi Miguel no era un niño fácil, hija. Era bueno como el pan, no daba un ruido, pero no era fácil.

—Perdone la pregunta, Paquita, pero ¿cree que Miguel era homosexual?

La mujer ríe.

—A mi Miguel le gustaba más una mujer que a un tonto un lápiz.

—Vale. ¿Y diría que Miguel era religioso?

Ante esta pregunta, reflexiona.

—Religioso… Pues no, no era capillita.

La anciana suelta una carcajada de repente al recordarlo:

—Una vez el cura hasta lo echó de la iglesia.

—¿Recuerda por qué?

—Sí, claro que sí. Nos estuvimos riendo de eso mucho tiempo. Miguel le preguntó al cura que por qué no había dinosaurios en el Génesis. Mi Miguel era así.

A Lis también se le escapa una risita. Miguel era un genio tocapelotas: se habrían llevado bien.

—Paquita.

—Dime, hija.

—Verá, me he sentado en la parada de bus, en la que está justo en la esquina del parque. Hay escapatoria.

Entre Paquita y Lis se produce un silencio momentáneo.

—Lo que quiero decir…

—Sé lo que quieres decir, hija, sé lo que quieres decir.

—Quizá le resulte una pregunta extraña, pero ¿cree que Miguel sentía rabia?

La señora exhala, despacio.

—¿Rabia? —pregunta—. ¡Mucha! Le enfadaba cómo estaba España, las injusticias… Era un niño muy sensible.

—Todo le hacía daño, menos el arte.

Paquita asiente.

—Es curioso —añade Lis— cómo las creaciones nos apegan más a la vida que las personas que las crearon.

La anciana se abstrae. Aparta el mantelito de la mesa camilla, se pone en pie sin mediar palabra y se dirige al mueble principal del salón. Frente a él, abre uno de los cajones y saca un paquetito envuelto en un pañuelo. Al retirar el pañuelo, Lis advierte unos dibujos, por los tonos parece que están pintados a carboncillo. Paquita regresa a su asiento y se los entrega.

—Qué tarde hemos empezado a vivir, hija.

18

El comandante de la Guardia Suiza había sido categórico: el papa debía ser trasladado en un coche cerrado, blindado, protegido contra las inclemencias de un mundo que ya había demostrado ser despiadado con sus antecesores. La recomendación no era fruto de un capricho, pero el recién electo se negó.

—Soy un instrumento del pueblo —dijo el papa a Zimmer, firme y convencido. Dispuesto a morir si así fuera necesario.

Y así se encuentran ahora: expuestos, respaldados por su fe y celebrando el Domingo de Ramos. El primero de este pontífice. A veces, Zimmer desearía que fuese el último.

El papa avanza en un coche abierto al mundo, rodeado por ocho guardias suizos, ocho hombres perfectamente inmaculados creando un anillo de seguridad en torno al vehículo, y otros tantos pertenecientes a la Gendarmería vaticana.

El sargento mayor se mantiene junto él y, dedicándole un gesto cómplice, inclina la cabeza en señal de aprobación ante su rebeldía institucional. Esto no ha pasado inadvertido ni para su comandante ni para su capellán. Y Zimmer lo sabe. Al primero debe de descuadrarle la vinculación que rápidamente ha forjado con el anciano argentino, tan distante en pensamiento del sargento mayor, tan poco alineados, tan dicotómicos.

Zimmer, sin embargo, está desarrollando una alta estima por este papa, hasta el punto de que se ha convertido en su confidente:

—Santidad —dijo hará días—, debe tener cuidado al realizar ciertas preguntas. No querrá que el asiento de san Pedro vuelva a quedar vacío a los pocos días de ser ocupado.

Lo que Zimmer expresó fue una advertencia, una nacida en la intimidad de la casa de Santa Marta. Este papa no es ingenuo y sabe bien que su sargento le instaba a mostrarse al pueblo, pero no desde la intransigencia, sino desde una cierta sumisión. Ambos conocen el sedevacantismo, esa corriente que proclama vacante la cátedra de Pedro y que aguarda un sucesor retrógrado, y la fuerza que está tomando este concepto desde su proclamación.

Ambos saben también que miles de almas han abandonado a Dios no por falta de fe, sino por la corruptela humana enquistada en la Iglesia. Esa era la herida más profunda: el mal no residía en lo divino, sino en los hombres que decían representarlo.

Ahora, vestido con la túnica roja —sangre derramada de Cristo, amor al pueblo—, el papa se percibe un testigo mudo de la historia. Zimmer, de negro impoluto, también se percibe de tal forma.

La plaza de San Pedro hierve de voces, palmas agitadas al aire y estandartes. A Zimmer le molesta tal algarabía. Nunca termina de acostumbrarse. Él prefiere la calma suiza.

En el interior del vehículo descapotado, el papa alza la vista hacia aquel balcón; Zimmer le sigue el gesto. Desde ese mismo lugar, desde ese balcón y tres décadas atrás, el penúltimo papa había suplicado por el destino de una joven: la muchacha nacida entre los muros del Vaticano, convertida en moneda de cambio, en cobro

despiadado de la mafia romana, de los señores de La Magliana. El recuerdo le atraviesa los pensamientos.

Zimmer regresa al cortejo por el Domingo de Ramos. Inspira y espira, por supuesto, sin que nadie se percate de su cansancio. Es una palabra que no puede acoger en su vocabulario.

Observa a los sacerdotes caminar en avanzadilla, ondeando estandartes con ramas de olivo. Tuerce la vista hacia el Mercedes blanco, que también avanza, pero más despacio.

El coro entona y la plaza le sigue:

—¡Alegría en el cielo! ¡Alegría por el Hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor!

Los cánticos se elevan entre las columnas de Bernini y el obelisco egipcio, otros testigos inmóviles de persecuciones, martirios y circos de sangre bajo Nerón. El *Pueri Hebraeorum* llena el aire. Una semana antes de la resurrección, la ciudad recuerda que también existe un precio a pagar por el silencio.

Algunos, desde el Concilio Vaticano II, se aferran a la idea de que la silla de san Pedro está vacía. Su discurso es endeble, casi grotesco, sostenido sobre tesis de ciencia ficción, pero logra infiltrarse en redes, repitiéndose que el solio está huérfano. Sin embargo, la maquinaria del cónclave no admite grietas. Es un acto espiritual y jurídico donde nada queda al azar. Cuando un candidato acepta la elección, la validez es absoluta. Incluso existe un margen —los breves minutos en la sala de las Lágrimas— en el que cualquier cardenal podría impugnar el resultado. Pero nunca lo hacen. Y después, en la misa inaugural, el gesto es irrefutable: todos pasan a besar el anillo ante el mundo entero, sellando su obediencia al nuevo pastor.

Algunos, entre susurros, aseguran que la renuncia del Papa anterior es inválida, arrancada bajo presión. Inventan chantajes, amenazas y conspiraciones revestidas de sotana. Lo que callaban era más simple: la renuncia fue meditada, compartida con sus íntimos, incluso acompañada de reformas en la residencia que más tarde habitaría. El papa emérito no gobernaba, no gobierna y no tiene poder.

Por ello Zimmer apostó por los cooperadores de la belleza, de la verdad. Y, aun así, el sargento mayor sabe que las dudas germinan en su papa. También sabe que, si existiera una escala de pecados, el Vaticano albergaría los más atroces. La amalgama de bondad y crimen, de santidad y corrupción, era el verdadero rostro de la Iglesia. La bondad universal era una fantasía; la maldad humana, una certeza.

Comprende que el ser humano nunca había sido más temible que cuando cree escuchar la voz de Dios en su interior. Y esa voz nunca es más peligrosa que cuando amenaza con el silencio y la caída de la institución.

El papa torna de nuevo la vista hacia aquel balcón. El rayo regresa. Las escaleras de Santa Marta susurran sus propios fantasmas. Y uno de ellos, uno de los más vergonzantes, era aquella muchacha. Pero no fue la única desaparecida en Roma y tampoco había sido la primera. Por la chica vaticana se rezó, se presionó. A ella se la convirtió en una mártir pública. La otra, en cambio, quedó reducida a un recuerdo, a un murmullo incómodo. Un trauma colectivo a quien nadie quería ponerle nombre ni apellido.

Roma ha perfeccionado el arte de enterrar sus miserias bajo la liturgia. El imaginario colectivo se endurece entre el caos y la

solemnidad, lo transforma en olvido. Aquí las horas tienen otra cadencia.

19

En una familia disfuncional, la persona sana genera conflicto.

Entre Miguel y su padre se lidiaban batallas de silencio, de miradas sostenidas y de frases que se ahogaban en la garganta. Un pulso callado, corrosivo, que no necesitaba de gritos para hundir al muchacho en un abismo.

Pepe Strachan imponía su ley de ordeno y mando. Anulaba a su mujer e intentaba lo mismo con sus hijos. En la iglesia parecía un santo; en casa, su dureza bastaba para someter. Impecable, escondía la dureza de quien no necesita gritar para oprimir a los demás. Decía proteger a los suyos, pero nunca los protegió de sí mismo.

La devoción de Miguel por su madre y por la vecina basta para descartar una huida voluntaria. Miguel no encaja en el perfil de quien desaparece sin despedirse: estaba gobernado por sus afectos, anclado a ellos.

Las pistas sobre su desaparición son imprecisas y contradictorias, teñidas por una violencia maquillada bajo el eufemismo de «costumbre».

Paquita estaba profundamente comprometida con la familia Strachan Saavedra: trataba a los hijos de Rosa como si fueran suyos y la consolaba mucho antes de que Miguel desapareciera.

El portal de la calle Arango se abre sin necesidad de llamar al timbre. Lis sube las escaleras a la velocidad que sus piernas le permiten. Jensen la aguarda apoyado en el quicio del piso 2.ºA para reprenderla:

—Te he llamado mil veces.

—Han sido solo seis.

—Me cago en la puta, Lis —dice él casi en un susurro.

—Lo siento, Jensen; mi móvil se ha quedado sin batería.

—No puedes salir sin batería.

Jensen la sigue pasillo adelante, casi se sobrepone a sus pasos.

—Joder, Lis —la regaña—. ¡No puedes ir por tu cuenta!

—Pero ¿a ti qué te pasa? Solo he ido a ver el barrio. Relájate.

—¿Tú crees que a nosotros nos pagan por ser idiotas? Has entrado en el portal del chico.

—¿Me has seguido? —pregunta ella.

Jensen señala con la mirada el móvil de Lis.

—Ramón te ha buscado. ARGOS siempre sabe dónde estamos.

La psicóloga se gira hacia Ramón, molesta. No había reparado en que Ramón pudiese rastrear su geolocalización, aunque, en el fondo, no la sorprende. Su verdadero malestar parte de un concepto que conoce a la perfección: lo hacen porque no confían en ella.

A punto está Lis de reprender al hacker cuando Jensen la coge del brazo.

—Lis —insiste el noruego—, no puedes volver a salir sola sin que nos comuniques adónde has ido. ¿Me oyes?

Ella aparta el brazo para quitarse la mano de Jensen de encima.

—Pero ¿qué te pasa?

—¿Que qué me pasa, Lis? Puedes poner en riesgo la operación, que, te recuerdo, es delicada y encubierta.

—Aquí nadie me conoce, Jensen.

El control que su compañero infringe empieza a resultarle asfixiante.

—Mientras Marina esté fuera, respondes ante nosotros, Lis.

La psicóloga suelta una risita, una entremezclada con desesperación y nerviosismo, tal vez producto del cansancio o de reconocer que su colega sí que tiene motivos para amonestarla. Ramón sigue sin pronunciarse y tampoco parece desear hacerlo, aunque las palabras de Lis vayan dirigidas a ambos compañeros.

—Lis —expresa Jensen—, no solo puedes poner en riesgo nuestro trabajo; también a ti.

—Si ponerme en riesgo hubiera sido un problema, no estaría aquí, ¿no? —Ella señala el croquis del salón—. Y, además, mi cabeza funciona así.

—¿Funcionas, Lis? ¿De verdad?

Ramón llama a la calma a su compañero.

—Johannes… —expresa.

—¿Cómo vas a funcionar, Lis? ¡Si ni siquiera comes!

—¡Johannes, ya está!

Los tres se quedan callados durante unos instantes ante el bufido de Ramón.

—Lis, no quería…

—Déjalo, Jensen. Lo que importa es Miguel Strachan.

Lis extiende las láminas sobre la mesa, los dibujos que le ha encomendado la vecina, los dibujos que su Miguel le regaló un día. Y así confirma a sus compañeros lo que ya intuían: sí, ha estado en

el barrio donde nació el adolescente. Lis fue allí para hablar con alguien y ese alguien no era otro que Paquita, la vecina de toda la vida de los Strachan; aquella mujer que, tras la muerte de su marido y de su vecino, apareció en televisión suplicando que nadie olvidara al niño.

—¿Qué es esto?

—Un pedacito de Miguel Strachan —dice la psicóloga.

Siente que ambos aguardan expectantes a lo que tenga que decir.

—Paquita era otra madre para el muchacho. Quizá hasta más importante.

Lis explica que la anciana nunca entregó los dibujos a la policía porque eran lo único que conservaba de él y tampoco creía que sirvieran para encontrarlo.

Ramón se sujeta la barbilla con la mano derecha. Explora los dibujos con la mirada.

—Es el *Moisés* de Miguel Ángel.

—Firmado por Miguel Strachan en febrero de 1982.

—Sí, es de unos meses antes de que el chico desapareciera.

—¿Y qué nos dice, Lis? —pregunta Jensen.

Lis respira antes de responder.

—Que Miguel buscaba símbolos —dice—. El *Moisés* es una obra con una densidad simbólica desbordante. Es la representación de un hombre al borde del cataclismo, un hombre a punto de estallar.

—Continúa —pide Ramón.

Lis indica los detalles que la obsesionan:

—La inspiración neoplatónica está en cada trazo. La pierna cubierta por pliegues que parecen una cueva: la tierra. Las aletas de la nariz abiertas: el aire. La barba, una cascada detenida: el agua.

Y esos cuernos son un artificio para representar la luz: el fuego. Los cuatro elementos en una sola figura. Y aún más: la parte derecha, la diestra de Dios, transmite calma, orden. La izquierda, sin embargo, se muestra en tensión: el mal, el peligro, el peso del pueblo que ha caído en la falsa idolatría —dice ella, y se detiene ante el dibujo—. Miguel Ángel trabajó aquí con la psique como materia prima. Diría que Miguel, al reproducir este dibujo, estaba hablando de sí mismo.

—Bien —expresa Ramón, y mueve el siguiente papel para que aparezca la figura de una joven rubia, apocada, desnuda—. Este dibujo no está fechado —dice.

—No, no lo está. Pero si aceptamos como premisa que se los entregó a la vecina en la misma fecha…

Jensen carraspea.

—¿Tenía novia?

—Bueno, le faltaban días para cumplir catorce años —responde Lis —. No podemos descartarlo. Paquita lo describe como un chico que «sentía hacia dentro».

—Miguel era poco espabilado, sí. Si tenía novia, la familia lo habría sabido, ¿no crees? Y tampoco iba a raptarlo una chavalina de cuarenta kilos.

El dibujo atrapa a la psicóloga. Este boceto no está en blanco y negro, él procuró darle color, o ella le daba color a su vida y él le devolvió el favor.

—La chica está desnuda —indica Lis—: la conocía.

—Pudo ser una fantasía. Este chaval era poco…

—¿Quieres decir poco espabilado o afeminado, Jensen?

—Yo no he dicho eso, Lis.

La psicóloga intenta frenar sus pulsiones.

—Estoy segura de que Miguel conocía a esta chica.

—¿Por qué? —pregunta Jensen.

—Virginia Carrera dijo que ella no era una obra de arte a la altura de Miguel Strachan. Lo dijo con inquina. Pero el dibujo de esta chica…

—Ella sí era una obra de arte —concluye Ramón.

La psicóloga asiente.

—Desde luego, como mínimo, la romantizaba.

El salón se queda en silencio. Los dibujos sobre la mesa parecen cobrar vida.

Jensen se atreve a preguntar.

—¿Qué pasa, Lis?

Lo que sucede es que Lis le entiende, entiende a Miguel, demasiado. Era caótico, dicotómico y vulnerable. Seguro que tenía una mente histriónica, sobrepensante, cargada de sueños y frustraciones a la par. Ella suspira para dar una respuesta a Jensen.

—A ver, por un lado, tengo muy claro que su marcha podría ser voluntaria. Pero por otro, si conocía la mala situación en la que se encontraba su madre, si Miguel se había enamorado, esto para mí descartaría la huida.

Su colega noruego pregunta:

—¿La vecina ha dicho algo más?

—Paquita asegura que vio a Miguel salir por el portal aquel día, a la hora que indica el sumario. El chico llevaba un maletín y el tíquet del bus en la otra mano. Ya sé que hay familiares, amigos y vecinos que sospechan que Miguel jamás subió al autobús, pero desde la parada…

—Desde la parada se ve todo —interrumpe Jensen—. Marina y yo también lo comprobamos.

Él ya la conoce lo suficiente para anticiparse a su ansiedad.

—¿Qué pasa?

—Con esto no basta.

—¿No basta para qué, Lis?

—Para comprender exactamente en qué punto estaba cuando desapareció, en qué estado emocional o de vulnerabilidad. —Hace una pausa—. Necesito estudiar las últimas obras del chico. ¿Dónde demonios están?

Jensen responde, terco:

—¿Y qué crees que hace Ramón tantas horas en la red?

—No he dicho que estéis haciendo mal vuestro trabajo, Jensen.

Ramón interviene tratando de aliviar la tensión.

—Sabemos que algunas están adjuntas al sumario —dice el hacker—, ya sea en físico o en fotografía. En el Museo Picasso no hay registros, en la antigua asociación Las Palomas tampoco.

—Es imposible que la familia no tenga nada —insiste Lis.

Jensen se muestra pensativo.

—Tal vez sí que tengan piezas de Miguel, Lis, pero no quieran alimentar el morbo.

—¿No quieran alimentar el morbo? ¿Qué morbo, Jensen?

Nuestro cerebro es especialista en detectar incoherencias y esta es una de las más evidentes. Lis recuerda a sus compañeros que la madre y la vecina de Miguel salieron en televisión durante la búsqueda del chico, una vez que el padre falleció. Jensen y Ramón captan enseguida lo contradictorio: esconder las obras, pero mostrar el rostro.

—Sí, es posible que la familia culpase a la talla de lo ocurrido a Miguel —añade Lis—, de la fama que ganó el chico y de su posterior rapto. Pero eso no justifica haberse deshecho de sus referentes, de aquello que le daba felicidad.

Deja pasar unos instantes.

—No sé —continúa—, es que me cuesta creer que la vida de Miguel terminase en un basurero a cien metros del portal de su casa.

Ella fija la mirada en los dibujos que le ha facilitado la vecina Paquita. Como un susurro del alma, las obras le cuentan lo que Miguel Strachan experimentó en aquellos últimos meses antes de desaparecer.

—¿Por qué no las expusieron? —expresa a sus colegas—. ¿Por qué no expusieron esto? Las obras son lo único que les quedaba de su hijo.

Jensen abandona su frialdad, a veces antipática, para recordar que Rosa, la madre de Miguel, vive en un eterno duelo desde que se llevaron a su hijo.

—Sí, pero si fuera tu hijo, Jensen, ¿qué habrías hecho?

—Yo no soy padre, Lis.

—Pero eres hijo, ¿no? ¿Qué habrías querido?

El noruego se queda en silencio. Lo obvio se impone: los padres de Miguel jamás lo olvidarían; harían lo posible por conmemorar al hijo que vivió, que sintió.

—¿Qué sugieres, Lis?

Pero es Ramón quien responde a la pregunta.

—Lucas 2:10.

Jensen y Lis intercambian una mirada incrédula.

—«No temáis» —añade el hacker con un extraño tono de certeza.

Ella dirige la vista al croquis de la pared; una vez más, hacia los bocetos de la chica desnuda y del *Moisés*. Sus líneas, sus sombras, parecen susurrar la misma verdad que Ramón acaba de pronunciar.

—Eso es—dice con voz baja—. La familia Strachan Saavedra tenía miedo.

—Pero ¿de quién? —pregunta Jensen.

—Eso es lo que deberíamos investigar.

20

Lunes Santo.

Es la segunda vez que Ramón se persona en los Archivos Municipales de Málaga.

Él espera en la calle, bajo el monumental pórtico de la Alameda Principal, arteria y escenario de una de las semanas grandes de la ciudad. A cada lado, la avenida está llena de sillas, las calles colindantes permanecen cortadas; las cofradías ya habrán vestido a sus santos. Ramón resopla al recordar su pasado, aquel que quedó enterrado en Alsasua sin necesidad de duelo. Renunció a su vocación, como tantos otros. Respira. Inspira la mezcla de incienso y azahar que flota en el aire.

El hacker ha llegado diecisiete minutos antes de la apertura. Aguarda la llegada de la joven archivera: una alumna de Historia en prácticas, carismática y entusiasta, que ha aprendido a moverse con soltura en los archivos y también con Ramón. La confianza entre ellos ya está tejida, y es agradable. Ramón, poco acostumbrado a vincularse con mujeres fuera del trabajo, reconoce la suavidad de esa relación y, al mismo tiempo, esto le hace entender de dónde nacen las fricciones entre Lis y Jensen. Jensen pretende protegerla, pero en ese afán acaba conteniéndola.

—Justo lo que no queremos —susurra el hacker—, justo lo que no debemos.

Jensen es demasiado impulsivo, y Ramón teme que tras esa protección se esconda otra pulsión menos confesable. Aunque Jensen sea reservado, frívolo, hay cosas imposibles de disfrazar ante los ojos de alguien como él: un antiguo sacerdote.

Ramón advirtió a Jensen en cuanto leyeron el perfil de la psicóloga:

—No te enamores de ella.

—¿Qué dices? —replicó Jensen.

—Ni se te ocurra.

—¿Crees que soy tan básico, Ramón? Has leído el perfil: esa chica no está bien.

—¿Y eso importa en el amor?

—Algo importará, ¿no?

—Diría que no, pero tú sabes de antropología más que yo.

Por eso, entre otras razones, Ramón ha insistido a la agente Marina para que regrese a Málaga tan pronto como sus tareas se lo permitan. No es el conflicto interno de la investigación lo que le inquieta, sino un temor muy distinto. Lis no es una compañera más: es un canal hacia un propósito que supera la lógica del caso. Y nadie sabe cuánto tiempo permanecerá en escena. El hacker temía que Jensen se precipitara. De hecho, ya lo hizo al contarle a Lis lo sucedido con Francesca Rossi: un movimiento extraño, impreciso, atípico en personas de su perfil profesional, pero típico, muy típico, en un niño roto.

Ramón recompone sus ideas, ya que ve llegar a la archivera, que lo saluda con gesto cómplice. Ella le inspira una mezcla de ternura y

pena: «Aún no la ha atropellado la vida —piensa él—, pero lo hará».

Tal como Ramón había intuido, la muchacha comenta que estas son sus primeras prácticas: es historiadora y está encantada de conocerse a sí misma.

«Lis le diagnosticaría algún síndrome», piensa él para sus adentros.

Ramón pasa el registro de entrada con naturalidad: identificación y acreditación personal de acceso, control de objetos personales y equipos de lectura. El arco de seguridad emite un pitido breve. El vigilante comprueba que todo está en orden y que, además, el hacker ya cuenta con el beneplácito de la historiadora en prácticas.

—¿Qué busca exactamente? —pregunta ella mientras le coloca al hacker la acreditación provisional—. Es la segunda vez que nos visita en dos semanas.

—Siempre fui de segundas oportunidades.

—Supongo que eso está bien.

—Esta vez busco el material no inventariado.

La muchacha levanta una ceja.

—Uhm, entiendo. ¿Se documenta para una novela?

Ramón ríe.

—Me ha pillado, señorita.

Complacida, lo guía hacia los fondos menos frecuentados, hacia los depósitos de cajas olvidadas. Cajas polvorientas, recuerdos por los que nadie se interesa. «La vida cotidiana ya apesta lo suficiente —piensa Ramón— como para destapar los hedores del pasado».

—¿De qué trata la novela? —insiste ella.

—Usted es muy joven, pero tal vez le suene una agrupación cultural: Las Palomas.

Ella asiente con rapidez.

—Oh, sí. La asociación donde se perdió el niño.

A Ramón le sorprende que alguien de apenas veintidós o veintitrés años maneje ese detalle con tanta soltura.

—¿La casa en la que vive con sus padres queda cerca de la asociación? —pregunta él.

—Ajá.

—¿Y sus abuelos o sus padres hablaban del muchacho?

—Uy, sí. Toda Málaga hablaba de él. En reuniones familiares aún se comenta.

—¿Podría especificar?

La muchacha se recoloca el flequillo.

—Nadie sabe lo que pasó. Pero dicen que sus obras eran muy buenas.

—Eso cuentan.

—El Ayuntamiento quiso exponerlas hace años, pero la familia dijo que no las tenía.

—Vaya —murmura Ramón—. Justo una amiga opina que la madre del muchacho debe de tenerlas guardadas. ¿Qué piensa usted?

—Creo que su amiga tiene razón.

—¿Por qué?

Ella lo mira con una lógica aplastante.

—¿Por qué iba una madre a desprenderse de lo único que le queda de su hijo?

Los ojos de Ramón se quedan fijos en la joven. La conversación que mantienen y la conclusión a la que han llegado es tan sencilla que duele. Las obras del chico no serían un objeto para recordar su

existencia, serían el canal de la familia para mantener el vínculo vivo.

—Ya estamos aquí —dice ella con un entusiasmo que parece fingido.

Abre la puerta del depósito. El aire huele a cartón encapsulado.

—Señorita —la detiene Ramón.

—¿Sí?

—La información que busco es sobre la asociación durante la época que se perdió el chico. Lo que me interesa es el grupo inicial.

—Uhm, bien. ¿De qué época hablamos?

—Años cincuenta.

—Uy, muy atrás. ¿Y ese grupo se llamaba igual?

—Parece que sí.

Ramón explica a la muchacha que, mucho antes de convertirse en una asociación de jubilados, existió un grupo de intelectuales que apoyaba el arte contemporáneo en Málaga: Las Palomas. Se conoce que el grupo estaba conectado con fundaciones europeas y que su rebeldía era cultural y política: un pulso contra el sistema cuaternario de la posguerra y contra la sombra de las ideologías nazis. Se posicionaban abiertamente en contra del régimen y contra la utilización del arte como coartada moral.

—¿Le suena la familia Strachan? —pregunta él.

—Sí, claro. Así se llamaba el niño desaparecido.

—Busco información sobre el abuelo: Alastair Strachan, el arquitecto.

—Comprendo.

La chica hace un gesto extraño: tuerce la boca y enfurruña el entrecejo.

—Mi abuela contaba, como anécdota, que ese hombre construyó el pabellón psiquiátrico del Hospital Civil.

—Sí, así es.

Ramón se percata de que hay algo que a la muchacha la descuadra.

—¿Su abuela contaba algo más?

—Pues sí. A ver, dice usted que el grupo se manifestaba contra los antiguos jerarcas, ¿no?

—Sí. Esa información la saqué de un artículo académico de la Universidad de Málaga. Fue lo poco que encontré en la red.

Ella respira hondo.

—Uhm. Tengo entendido que Alastair Strachan diseñó los palacetes de varios nazis ricachones y franquistas que se instalaron en Málaga. Mi abuela siempre decía que tenían «muy buenos clientes». Es… un poco incongruente.

—Sí —admite Ramón—. Sí que lo es.

La archivera guarda silencio un instante, lo que parece atípico en ella. Luego se inclina sobre una de las cajas etiquetadas como VIAJES. 1954-1958 y rompe el precinto envejecido con la uña. Extrae una carpeta abombada y, con cuidado, despliega un puñado de fotografías en tono sepia.

—Esto no está digitalizado —comenta.

—¿Por qué?

La muchacha se encoge los hombros.

—A quien corresponda no le pareció importante.

Ramón pide permiso para revisar las imágenes, pero es ella quien las desliza: cenas formales, recepciones institucionales, apretones de

manos ante placas conmemorativas. La joven avanza hasta que el hacker la detiene.

—¡Esa! —indica.

En la fotografía se ven los miembros del grupo cultural Las Palomas frente a un edificio. Hay algo, o alguien, que ha captado toda su atención. A Ramón, siempre comedido, se le han dilatado las pupilas. Aun así, mantiene la compostura. Justo al lado del abuelo del chico identifica a una persona de relevancia para la investigación: una mujer. Conecta muchos puntos que habían permanecido aislados.

—¿Puedo? —pregunta a la chica señalando el móvil.

Ella asiente. Ha comprendido que, para su invitado, lo que haya encontrado es relevante.

Ramón saca una foto y se la envía a Marina a través de ARGOS.

La respuesta llega en segundos:

—Estoy en camino —escribe ella—. No hables con Jensen de esto.

21

La noche acuna la melancolía que envuelve a Lis de la Serna.

La nana de fondo que la acompaña proviene de los ventiladores de las torres de ordenador de Ramón y el clic de una cámara que cree confundir con los disparos de las películas del oeste que reproduce una vez tras otra la vecina sorda.

Lis retira el cojín con el que se tapó la cabeza. Le molesta la claridad que se cuela por los recovecos de las persianas.

—¿Qué hora es? —susurra.

Retira también los tapones con los que ha disminuido el ruido exterior. El soniquete de fondo en su mente, sin embargo, se ha mantenido imperturbable.

Contiene la necesidad de acudir al baño y se dirige a la cocina atraída por el café de la mañana. Ramón se asoma a una ventanita que da a un patio trasero. El hombre parece contemplar con quietud los tendederos y lo desquebrajado de las paredes.

—Buenos días.

—Buenos días, Lis.

—¿Cuánto tarda Jensen en ducharse? No aguanto más.

—Puedes pasar. No creo que ponga pegas.

Ella hace una mueca de incomprensión.

—No, gracias —dice a Ramón negando con la cabeza—. No sea que vea algo indeseado.

—Johannes se ha marchado.

Su corazón se acelera. «¿Cómo que Jensen se ha marchado? ¿Cómo que se ha marchado sin decir nada?».

—Ella —añade Ramón— no ha querido despertarte.

Con la taza de café en la mano, Lis se encamina hacia el cuarto de baño, cuyo pomo baja con cautela. En efecto, una figura femenina se adivina tras las cortinas traslúcidas de la bañera. El rostro de la muchacha se gira hacia Lis.

—¡Hombre, buenos días! —dice ella.

La agente Marina Doña, su querida flor gitana, es quien la saluda desde la bañera.

—¿Me pasas la toalla?

Lis obedece y se sienta en la taza del váter con el café entre las dos manos.

—¿Te has quedado muda? —pregunta Marina.

—No sé ni por dónde empezar.

La agente seca su cuerpo de guitarra; la perfección de su figura embelesa a su compañera.

—No había visto el tatuaje —comenta Lis—, el de la espalda.

—Ah, sí, a veces me olvido de que está ahí.

—¿Es un ojo?

—Consecuencia de una mala decisión.

Lis se ríe de forma nerviosa.

—No me hables.

—¿Qué tienes hasta ahora? —pregunta Marina.

—Preadolescente de superdotación intelectual, rasgos de personalidad disfuncionales y apego ansioso evitativo.

—¿Y de los padres?

La psicóloga resopla.

—Negligentes.

—¿El entorno social?

A Lis se le escapa una risita hueca, irónica, ante la pregunta de la agente Marina.

—¿Qué entorno social? —pregunta.

Marina descorre la cortina.

—He echado de menos a la señorita Lis de la Serna.

La psicóloga comparte con Marina su desconcierto ante el trato dado a las obras del chico, a su recuerdo. Plantea la posibilidad de que la familia Strachan Saavedra se deshiciera de ellas por el dolor que pudiera causar su recuerdo o, incluso, el que pudieran llegar a venderlas.

—El caso en sí es una locura, Lis —reconoce la agente—. Me atrevo a decir que la Interpol jamás se ha enfrentado a algo así y, ahora, el CNI tampoco.

Las palabras de Marina sostienen una verdad incómoda. Al principio, el caso cayó en manos de la Policía Local. Luego pasó a la Nacional. Nada nuevo. Cuando la historia empezó a torcerse —demasiadas lagunas, ninguna pista que llevara hasta el chico—, intervinieron los de más arriba: el viejo predecesor del CNI y la Interpol. En 2002, el asunto terminó donde acaban todos los casos incómodos: en los archivos del Centro Nacional de Inteligencia. A este último competen la seguridad de las informaciones políticas del país, aquellas compartidas en relaciones internacionales, la

protección contra atentados y la gestión de los actos de espionaje. Pero Lis se pregunta qué es esto.

Ella bebe café: le sirve para volver a la realidad.

—¿Dónde está Jensen? —pregunta.

—De vuelta a casa.

—¿A Noruega?

Marina afirma con la cabeza.

—Mandaremos tu informe a su inteligencia una vez que lo hayas redactado. Él tiene que continuar allí.

Su breve compañero se ha marchado sin decir adiós. Piensa que tal vez la deteste o, simplemente, que este *modus operandi* sea lo mejor: irse sin florituras, sin la tentación de crear un vínculo. Los vínculos, Lis lo sabe bien, suelen conducir a desastres de los que rara vez las personas salimos ilesas. Eso lo aprendió durante sus años como psicóloga ejerciente: «Somos vomitorios», piensa. Una vez expulsado el demonio, el exorcista deja de ser necesario para el exorcizado. «Y está bien que sea así», se dice.

—El domingo discutimos.

—Lo sé —dice Marina—. A Jensen le preocupaba tu seguridad. No te conoce.

—¿Mi seguridad?

—Es por precaución.

—¿Por precaución o por control?

La agente Marina no responde de inmediato, así que Lis se adelanta a ella.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Solo una? —replica, con un leve amago de sonrisa.

No, no es solo una. Son demasiadas las incógnitas que acosan a la psicóloga. Una de ellas, cuál ha sido la verdadera función de Johannes Jensen en Málaga, aparte de vigilarla como lo habría hecho una niñera. Marina promete mantener una charla extensa, aunque Lis presiente que en ese intercambio esconderá más de lo que dirá. Conoce los protocolos de confidencialidad; romperlos sería poco ético, poco estético.

Lis la observa y apenas consigue verla, apenas consigue ver a Marina. En su interior todavía habita el espejismo de aquella figura que conoció en el pasado. La mujer que ahora tiene enfrente no es ya la gitanilla que se infiltró como paciente en la residencia Santa Teresa. Esa era otra. La chiquilla de mechas californianas parece haber desaparecido.

Llegados a La Cala del Moral, Ramón, Marina y Lis aparcan en las inmediaciones del paseo marítimo. El punto de encuentro es un restaurante en primera línea de playa para hablar con el inspector Cisneros, quien dirigió la búsqueda de Miguel Strachan cuando desapareció y en los años posteriores.

—Jensen dijo que era un personaje —expresa Lis.

—¡Y lo es! —dice Marina—. Bueno, tú lo llamarías un narcisista. Por eso quería que lo interrogases cuando estuviera de vuelta.

—¿Lo dices por mí?

Marina niega.

—Por Jensen. No se llevarían bien. Cisneros solo responde ante sus iguales. Tú ahora eres policía, recuérdalo.

—¿Cisneros sabe lo de la foto?

—Vas a enseñársela hoy.

Lis arquea las cejas.

—¿Voy?

—Lis, yo nací aquí, en La Cala. Lo sabes.

—Lo sé, sí.

—Quiero que lo interrogues sola. ¿Te parece bien?

La psicóloga mueve la cabeza en señal de afirmación. Marina sabe que ella no requiere de demasiados preámbulos para entrevistarse con nadie. Lis le enseñó que la terapia psicológica es el más efectivo de los interrogatorios.

—¿Qué quieres que le saque? —pregunta.

—Quiero que lo saques de quicio. Que lo saques de quicio solo como tú sabes hacerlo.

Desde las inmediaciones del chiringuito, el ego del exinspector se deja ver a kilómetros de distancia. El hombre está perfectamente afeitado, los extremos de su bigote acaracolados y el aroma que desprende despunta el mimo con que engalana sus derrotas.

—Buenas tardes, señorita.

—Buenas tardes, señor Cisneros —responde Lis.

Ella piensa que tratarlo de señor es una buena entradilla para alimentar sus ínfulas, pero solo antes de devorarlas.

—Usted debe de ser la señorita Bernat.

—La agente Natalia Bernat, sí.

El hombre parece encandilado por el rostro palidecido de la psicóloga. El camarero del chiringuito se acerca a ellos, pasa una bayeta mojada por encima de la mesa y les toma la comanda. El

exinspector Cisneros ha pedido un vermú. Lis piensa que este hombre es un cliché de los malos, de película de los domingos para acompañar la sobremesa. «A Jensen le habría encantado conocerlo», se dice.

—Bien —expresa el exinspector—, ¿qué quiere saber, señorita?

—Agente —corrige, áspera—. Todo lo que pueda contarme.

—Todo lo que pueda contarle está en el sumario. Entiendo que usted y su equipo tendrán acceso a la investigación.

—Entiende bien, pero ya sabe que eso no basta.

El hombre acaricia uno de los extremos del acaracolado bigote.

—La Comisión Europea recomienda que, por humanidad y por si se obrara un milagro, nunca se deje de buscar a un desaparecido. Pero los milagros hay que pedírselos a la Virgen de Lourdes, no a la policía. Nosotros nos debemos a los hechos y aquí no había hechos, solo indicios y ninguno evidente.

—Cuénteme entonces qué se cocinó fuera de carta.

—¿Disculpe?

—Lo que hicieron fuera de protocolos, inspector.

Cisneros descruza las piernas.

—Seguimos cada pista. Videntes, futurólogos y adivinos llamaron a la vecina de los Strachan Saavedra. Como imaginará, hicimos varias búsquedas sin éxito.

Las excusas del antiguo inspector siguen sin convencer a Lis.

—¿Y las obras de Miguel Strachan? ¿Dónde están?

—Esa pregunta debería responderla la familia, ¿no cree?

—Pues la verdad es que no, inspector.

Cisneros tuerce la boca.

—Eran otros tiempos. Teníamos un coche patrulla, un par de teléfonos y nuestra voluntad. No pudimos hacer más.

—Ya, eso es lo que se dice para dormir por las noches.

El hombre observa a la joven y sonríe. En 1982, la policía también atravesaba su propia transición; muchas de sus estructuras aún estaban en formación.

—Me habría gustado tener a alguien como usted en mi equipo, señorita Bernat.

—¿Qué más se cocinó fuera de carta? —insiste Lis.

—Todo está en el sumario y en el informe de diligencia.

—Por favor, señor Cisneros, no me haga recordarle los valores que representa, aunque sea de cara a las tertulias televisivas.

Ella hace ahínco en la necesidad de colaboración por parte del inspector Cisneros, el cual, además de haber sido un alto cargo de la policía, se encuentra bajo juramento. Su negativa a ofrecer colaboración podría entenderse como obstrucción a la autoridad.

—El caso de Miguel Strachan fue una cadena infinita de mala suerte —dice el hombre—. Nadie vio al chico aquel día, nadie sabía si Miguel quería fugarse, no dimos con una nota, con un mínimo indicio. ¿Sabe lo que es buscar a un fantasma, señorita Bernat?

—Sí, y también sé que usted lleva alguno a cuestas.

El hombre suelta un resoplido ahogado.

—Todo indicaba, señorita Bernat, que Miguel Strachan había muerto.

—¿Qué lo indicaba?

—A las veinticuatro horas de una desaparición, la probabilidad de encontrar a la persona con vida se reduce al 60 por ciento, a las cuarenta y ocho horas, al 35, señorita. En este caso, hablamos de

que estuvimos trabajando durante meses sin una maldita pista. ¿Lo entiende, señorita Bernat? A Miguel Strachan se lo llevó el viento.

—Lo entiendo, inspector.

Ella entiende que es ahora o nunca: el pródromo perfecto. Con calma medida, deposita ante el inspector el sobre con la fotografía recuperada del interior del cráneo de Björn Nielsen. En la imagen, el mecánico de helicópteros posa, sonriente, entre un grupo de adolescentes. El exinspector no dice una palabra, pero el leve temblor en sus pupilas delata lo que el timbre roto de su voz concluye.

—¡¿Qué cojones es esto?!

—El motivo por el que el CNI está aquí.

Cisneros deja caer la espalda sobre el respaldo de la silla.

—¿De dónde ha salido?

—Sabe que no puedo darle esa información.

El hombre parece genuinamente compungido. Que no supiera de la existencia de la fotografía podría ser una buena señal. Tal vez no esté implicado. Pero ¿y si sí lo está? ¿Y si lo que lo descoloca es que hayan dado con ella antes de tiempo? La mente de Lis no se detiene. Las ideas chocan entre sí, se arrollan, se desgarran en su desesperación por abrirse paso. Un zumbido constante que le atraviesa el cráneo.

—¿Dieron por hecho que Miguel Strachan había muerto?

—Ya se lo he dicho, señorita Bernat —responde el inspector—, no había indicios de lo contrario.

—Los hermanos de Miguel consideran que la investigación fue deficiente.

—Lo normal, ¿no? A la policía siempre la toman por incompetente.

—Bueno —dice Lis—, la incompetencia llega hasta cierto punto, inspector. A partir de ese punto la incompetencia es intencionalidad.

—¿Está insinuando que no hicimos bien nuestro trabajo, señorita?

La psicóloga acerca la fotografía al hombre.

—No necesita que yo se lo diga. Usted ya lo sabe.

El silencio de Cisneros esconde el dolor de una bofetada de realidad. Él se dispone a hablar cuando, justo entonces, una mujer pasa cerca de ellos y le dirige al exinspector una mirada desdeñosa. El hombre se la sostiene unos segundos, pero baja el tono de voz.

—Señorita Bernat —expresa el exinspector—, como bien ha dicho, llevo mis fantasmas a cuestas. Miguel Strachan es uno de ellos. Juro que no pudimos hacer más.

—Comprendo su dolor, inspector. Pero cuesta creer que no pudiesen hacer más.

Él traga saliva.

—El mal existe, usted debería saberlo —añade—. Es altruista. No siempre tiene una finalidad concreta, a veces solo quiere hacer daño.

—Somos depredadores. Y la reacción ante los depredadores es la de atacar o la de protegerse. ¿A qué le temía usted?

En el rostro del Cisneros se dibuja una amplia sonrisa.

—Sí que me hubiera gustado haber tenido a alguien como usted en mi equipo, agente Bernat, sí. Aunque me hubiese costado muchos disgustos, eso se lo aseguro.

—Estoy en su equipo ahora, Cisneros.

Tras la incomodidad del inspector surge un acto involuntario: una confesión.

—Estábamos convencidos de que Miguel Strachan sí llegó a la asociación, pero nunca pudimos demostrarlo. La familia del crío no ayudó. Ellos aseguraban que el niño nunca subió al autobús.

—Según el sumario, un socio, uno de los jubilados, dijo haberlo visto allí.

—Sí, pero su testimonio se desestimó.

—¿Por qué?

El exinspector toma aire y explica:

—Aquel día los vecinos de Málaga salieron en masa para ver a los reyes. Vinieron por la reinauguración del Palacio Episcopal. Desde los saqueos de 1923 no había sido el mismo.

Lis siente náuseas. «¿Los reyes de España?», se pregunta. Una fuerte impotencia la invade. Es la tercera información de relieve de la que se entera por boca de otras personas que no son la agente Marina Doña. «¿Por qué demonios nadie me informó de esto?».

—El caso, señorita Bernat, es que el itinerario que Miguel debía recorrer se fusionaba con la ruta planteada para la Casa Real. ¡Imagínese la comitiva que acompañaba a los reyes! ¡Imagínese cómo estaba de caldeada España!

Cierto: España era un hervidero.

—En el centro de Málaga había una rigurosa vigilancia —prosigue el inspector—. Pero nadie escuchó gritos ni voces de auxilio.

—Descartaron que se llevasen al niño a la fuerza.

Él asiente.

—Quiere saber qué hicimos, bien: hicimos todo lo humanamente posible con los recursos que teníamos.

—¿Con los recursos que tenían o con los que les dieron?

—La madre me partía el alma, porque tenía esperanza —expresa Cisneros en un hilo de voz—. Le prometo que hicimos todo lo posible. Esta tierra parecía ciega y sorda ante la desaparición de Miguel Strachan. Y, por lo visto, España también.

—¿Lo dice por la visita de los reyes? ¿Por qué?

—Pregúntese usted, que pertenece al CNI, por qué. ¿O ya lo sabe y no me lo puede decir?

El hombre señala la fotografía.

—Málaga nunca ha sido de los malagueños, señorita Bernat.

La idea de «quiero regresar a casa» retumba con fuerza dentro de Lis. Y ahora late con más fuerza que hace unos días, como si algo —o alguien— la estuviera empujando hacia la salida con mucha fuerza, mucha más que hace unos días.

Camina por el paseo marítimo. Deja atrás el chiringuito, el barullo, el olor a fritura y también al exinspector Cisneros mientras interpela a Marina.

Ellos la escuchan por el pinganillo.

—¿Los reyes de España?

Se hace un silencio breve, pero se hace, al otro lado.

—Ven al coche, Lis. Ahora hablamos —dice al fin Marina.

—¿Vamos a hablar? ¿Ahora?

—Sí, ahora.

Lis sigue caminando, no se detiene.

—¿En qué momento os pareció buena idea ocultarme esto?

Marina suelta un resoplido que suena a lamento.

—Tenemos unos procedimientos que cumplir.

—Yo no puedo hacer mi trabajo si los procedimientos son injustos para la víctima. ¿Vosotros sí?

Al otro lado se hace un silencio más prolongado que el anterior. Ramón está ahí. Lis sabe que está ahí, aunque no haya hablado.

—Lis —interviene Marina—, siento que te hayas enterado de la visita de los reyes por Cisneros, pero no existe ni un mínimo indicio que vincule a la Casa Real con lo ocurrido.

—Me preguntaste por el contexto social del chico. ¿Esto no te parece contexto?

—Pues no. Me parece circunstancial.

Lis aprieta los dientes. Asumió desde el principio que no le contarían todo, pero que le oculten esto le parece vergonzante.

—¿Estoy aquí para hacer un informe del chico —pregunta la psicóloga— o para hacer tu trabajo?

Al otro lado de la línea no responde nadie. Lis ha tocado directamente el talón de Aquiles de la agente: la ha hecho sentir inútil.

—¿Marina? Oye…

La voz de la agente es firme, profesional, blindada. Marina ha cambiado.

—Te escucho, Lis. Te escuchamos.

—Lo siento —murmura, sin saber demasiado bien por qué.

La agente parece pasar página rápido.

—¿De Cisneros qué? ¿Qué piensas?

Lis mira al mar; está en calma. Reflexiona: ni que decir tiene que el exinspector de policía ha aprovechado la coyuntura para redimirse, aunque torpemente, de la pesada carga que llevaba a cuestas.

—Tiene dudas —responde Lis.

—¿Sobre qué?

—No afirma que fuera una fuga voluntaria, pero tampoco habla de violencia.

—Ya —dice Marina—. Si fue un secuestro, no fue agresivo.

Los tres dejan espacio a sus cavilaciones. No es un vacío incómodo, sino uno cargado de hipótesis que aún no comprenden.

La investigación inicial estrechó el foco hasta asfixiarlo: familia, amigos, profesores y algún que otro jubilado de la asociación. El perímetro habitual, pero este nunca fue un caso habitual. Pero, aquel día en el que se perdió la pista a Miguel Strachan, la ciudad estaba abarrotada. El ambiente parecía estar orquestado para que el muchacho o fuese raptado sin dificultades o se marchase con facilidad.

La voz de Ramón rompe el silencio:

—El escenario perfecto.

Lis respira, profundamente. Deja que el aire raspe antes de hablar.

—A los trece años —dice—, el cerebro todavía está en pañales. Un menor de esa edad, por muy inteligente que fuese…

—Necesitó ayuda para marcharse —termina Marina.

—Exacto. Incluso si fue una huida voluntaria, necesitó ayuda para escaparse.

Marina parece sopesar los daños, midiendo las consecuencias de sus siguientes palabras.

—¿Qué necesitas? —pregunta.

—Acceso a todo lo que tenéis.

—No podemos darte acceso a todo, Lis, lo sabes.

Esta intenta contenerse, de verdad que lo intenta, pero algo dentro de ella se ha desbordado.

—¿Querías hablar? Bien. ¿Me escuchas, Ramón?

—Lis —interviene Marina, tensa—, relájate y vuelve al coche.

—Sí, Lis —secunda Ramón en un tono más bajo, pero desafiando a la agente.

—¿Por qué no se me informó de Francesca Rossi?

Un silencio abrupto, cortante, se cierne entre los tres.

—¿Cuándo ibas a decirme que la chica de la foto era esa chica italiana? —insisto.

—Mierda —masculla Marina—. ¡Voy a matar a Jensen!

—Ni Ramón ni Jensen tienen la culpa, Marina. Ellos han sido bastante más transparentes y justos conmigo de lo que lo estás siendo tú.

La agente Marina cavila. Lis la conoce bien, muy bien, sabe que la agente no es una joven de ego inflado, sus cavilaciones vienen de otra necesidad.

—Lis…

—No tienes que protegerme —dice la psicóloga.

—Claro que tengo que hacerlo: es mi trabajo.

Están a un paso del precipicio, así que Lis decide bajar el tono.

—Marina.

—¿Qué?

—¿Esa línea se investigó? La de los reyes.

—¿Qué línea, Lis? ¿Si los reyes de España raptaron a un adolescente malagueño?

—¿Se investigó o no?

La psicóloga advierte la exasperación de Marina. Ha avanzado más rápido de lo que la agente habría querido permitir.

—Pero ¿tú te escuchas, Lis?

La frase repiquetea en su cabeza. La agente utiliza el mismo descrédito que habitúa Palacios, su pareja. Como si pensar en voz alta fuera sinónimo de delirio.

—Marina, eres guardia civil. Analista del CNI. La pregunta no es si yo me escucho, es si tú estás viendo lo que tenemos delante.

La agente ríe sin ganas.

—¡Claro que lo veo! Pero tenemos limitaciones en recursos y en jurisprudencia. No podemos hacer lo que nos dé la gana. ¿Lo entiendes? Dependemos del Ministerio de Defensa y, de una forma u otra, Lis, dependemos de la Casa Real.

El mar rompe contra el espigón. De repente, a Lis la vida le parece frágil.

—¿Crees que puedo hacer este trabajo? —pregunta.

—Joder, claro que sí. ¿Qué tontería es esa?

—No me estás dejando hacerlo.

—Lis, he sido tu paciente. Sé que eres la mejor para meterte en la cabeza del chico. Eso fue lo que defendí ante mis superiores y es por lo que estás aquí.

La psicóloga inspira, intentando serenarse.

—Entonces escúchame.

Marina responde profundamente.

—Vale —cede—. Te escucho. ¿Qué hacemos? ¿Le pedimos más presupuesto al rey para investigar si sus padres estuvieron implicados en el secuestro de un chaval?

—Pues si fuera necesario sí.

—Lis, no. Por ahí no. Céntrate en Miguel. Solo en Miguel Strachan, en su perfil. Termínalo y te prometo que podrás volver a casa.

Las gaviotas graznan sobre el paseo. También hay palomas. Estas trasladan a Lis a la insignia del grupo cultural, también al cementerio de Verano de Roma. «Lo hermoso de la tumba no son las flores; lo hermoso de la tumba es el recuerdo», piensa.

—¿Por qué necesitáis su perfil? —pregunta Lis en un susurro.

—¿Cómo que por qué?

—El año pasado lo dieron por muerto. Y sí, sé que la foto ha aparecido ahora, pero aun así…

Marina y Ramón enmudecen al otro lado.

Lis sabe que esta es otra de las partes de la investigación a la que ella no tiene acceso.

—¿Creéis que está vivo? —insiste Lis.

—No —responde ella—. No creemos que esté vivo.

—Entonces ¿por qué ahora? ¿Hay más chicos? ¿Está pasando otra vez?

—Lis, limítate a hacer tu trabajo.

Pero la psicóloga no escucha a Marina.

—Creo que les impidieron investigar —dice Lis—. A Cisneros y a los suyos. Creo que les cerraron la puerta.

—Lo que pasara o no ya no lo podemos demostrar.

—Pero ¿lo crees posible? —insiste Lis—. ¿Crees posible que les impidieran investigar?

Marina hace una pausa.

—Lis. —Y pregunta—: ¿Te sientes fuerte para seguir?

—¿Fuerte? ¿A qué viene esto?

—Te lo pregunto en serio. ¿Puedes seguir?

—No me estás escuchando.

—Escúchame tú a mí —reclama Marina—. Solo han pasado seis días desde que llegaste. Pero este caso es un disparate. No quiero que te arrastre.

—Tarde —dice.

Se hace un silencio que Marina rompe con una fingida preocupación:

—¿Te sientes capaz?

—Soy capaz.

Ella hace otra pausa. Evalúa si creerla.

—Bien, pues vuelve al coche.

—No. Necesito caminar.

—Lis…

—Necesito caminar.

La agente Marina concede a Lis un espacio a regañadientes. La psicóloga intuye que tampoco a ella le parece descabellada la hipótesis de que a la policía se le impidiera investigar. La conoce bien, demasiado bien: antes de ser su amiga, fue su paciente. Y quizá por eso a Marina le preocupa su mirada. No porque crea que está perdiendo la razón, sino porque sabe hasta dónde puede llegar Lis con tal de hacer justicia a la verdad. Conoce su impulso, su tendencia a la obsesión, y eso la inquieta más que cualquier prueba del sumario. La psicóloga sospecha que una parte de Marina ya se ha arrepentido de arrastrarla hasta Málaga. Lis ya lo hizo, ya se arrepintió hace varios días, aunque insiste en avanzar. Es incapaz de detenerse.

La psicóloga repasa en su mente la conversación mantenida con el inspector Cisneros. Málaga quedó ciega y sorda ante la desaparición

de Miguel Strachan, ha dicho el inspector.

—Ciega y sorda —dice, y se le escapa una risita.

«¿Qué hay más poderoso que el silencio?», se pregunta.

El paseo marítimo conecta La Cala del Moral con el pueblo Rincón de la Victoria gracias a los túneles de piedra que una vez fueron bombardeados por la navegación italiana de Mussolini. En las rocas aún se pueden adivinar los huecos que dejaron aquellas bombas.

Su abuela Victoria, la abuela de Lis, fue una de tantas niñas obligadas a refugiarse entre cañas de azúcar. En sus retinas quedaron clavadas las escenas más dantescas, como las de bebés amamantados por madres fallecidas en la carretera. El terror y la miseria.

Al salir de los túneles, los ojos de Lis van directos hacia las jábegas malagueñas, esas barcas de pescadores con ojos grabados en los extremos. Parecen ojos de Horus; pocos saben que tienen origen sumerio, una civilización que floreció mucho antes de que la historia la olvidara. Sobre esas barcas podrían haber paseado a la virgen que Miguel Strachan talló un día en madera; esa obra en la que el muchacho depositó amor, tiempo y sacrificio. Esa obra que lo condenó al ostracismo.

«Nuestra naturaleza es feroz», piensa la psicóloga.

La historia se repite porque nosotros somos los mismos, somos las mismas heridas, pero viviéndolas a través de otros ojos. Aunque ella no sabría afirmar si las personas, como sociedad, somos las mismas que fuimos, aquella mujer que hace un momento ha pasado frente al exinspector Cisneros —y ante Lis— sí parecía la misma. La misma que conoce sus secretos.

En su mirada no había rastro del paso del tiempo, pero sí una huella más profunda: sentía rechazo por el exinspector. Y en sus gestos, mientras lo observaba hablar con Lis, se percibía con claridad el peso intacto del desprecio.

La psicóloga avanza hacia la zona de las casas bajas, antiguos aperos de pescadores en primera línea del paseo marítimo y de la playa. Pregunta a unas señoras, sentadas en unas sillas de plástico, por la mujer a la que ha visto. La describe con bastante detalle y ellas la reconocen de inmediato. Le indican entonces una pequeña casa en segunda línea, con conchas superpuestas en la pared y una fachada cubierta de insignias de distintas vírgenes.

AQUÍ RESIDE UN PESCADOR, dice un cartel en la entrada.

La puerta de la casa está abierta. Lis toca con los nudillos en el risco y alguien responde a la llamada con un grito, dándole permiso para entrar. Entiende que ese alguien es la señora a la que busca. Lis entra en el minúsculo salón de la vivienda. La televisión está encendida; retransmiten los pasos de Semana Santa, hoy es Miércoles Santo.

—A ver, ¿qué pasa? —dice la mujer, quien por fin se asoma al salón con una bayeta entre las manos. Se para en seco al ver a Lis: no es una persona a la que esperara.

—Perdone que me haya acercado así —dice Lis—. Usted no me conoce.

—Eres la chiquilla que estaba largando con el gaznápiro ese, con el Cisneros. Guárdate de esas junteras. Vaya, haz lo que quieras, pero yo que tú lo largaba.

—Le agradezco el consejo, señora…

La mujer suelta una carcajada.

—Ay, chiquilla. Menos señora y ponme dos ceros más en la cuenta.

—Ya, bueno. Veo que el inspector Cisneros no es santo de su devoción.

—¿De mi devoción?

—Que no le cae muy bien.

—A ese lo único que le interesa son las perras —dice frotando los dedos—. Las perras de toas clases.

Ella ha decidido que Lis no es una amenaza.

—¿Podría hacerle alguna pregunta?

—¿A mí? Sí, a ver.

—Mi abuela era de aquí, de La Cala.

La mujer entorna los ojos.

—¿Ah, sí? ¿De quién eres?

—No creo que la conociese. Se mudó al norte hace muchos años. Pero me contaba historias del pueblo y, bueno, quería saber si usted las recuerda.

Ella acepta el halago.

—¿Historias? —se anima—. Bueno, a ver si te puedo ayudar.

—Decía que cuando los reyes vinieron a Málaga…

—¡Una pechá de veces han venido!

—Sí, pero yo hablo de una visita en el 82. La reinauguración del Palacio Episcopal.

—¡Claro, claro! De eso sí me acuerdo. Yo los vi por la tele. En la mía no, que yo no tenía, pero en el bar de la parada del bus sí había. Ay, la reina tenía un porte que quitaba el sentío.

—¿Le caía bien?

—Pues sí. Esa mujer es de bandera. No como él. Sin ella, él no vale na.

Lis duda un instante antes de avanzar.

—Quizá la pregunta le parezca un poco rara…, pero ¿recuerda si avisaron con tiempo de aquella visita?

—¿Con tiempo?

—Sí, si lo anunciaron en las noticias, en la radio…

La mujer me mira como si la respuesta fuera obvia.

—¡Claro que sí! Eso se sabía. Estábamos prevelicaos por verlos.

22

El aire vibra con el batir de los rotores.

Varios helicópteros han llegado a Isola Bella levantando remolinos de agua sobre la superficie. Algunos de los invitados más ilustres al evento viajan dentro. Otros, no menos importantes, llegan en lanchas privadas, tampoco menos hilarantes que los helicópteros.

El profesor Julius Schneider se tapa los oídos ante el estruendo; cualquier sonido carente de melodía le resulta insoportable. A decir verdad, toda la pompa de la que esta noche se rodea le resulta insoportable. Se siente en una total incapacidad de relacionarse con personas a las que considera de moral diluida. A decir verdad, desde hace un tiempo, él mismo se resulta molesto, más de lo habitual si cabe.

Piensa que, si pudiera, si se le permitiese tomar una sola decisión, en este momento habría elegido disfrutar del lugar despacio, saborearlo sin la multitud de desconocidos enmascarados que invaden los jardines parloteando con socarronería. Pero el protocolo de esta noche es inapelable; el de esta noche y el de siempre.

El profesor cierra los ojos, respira y así regresa a su centro; regresa a su papel.

«El control es la mejor manera de no perderte», se dice.

Sabe que no puede perderse. Esta noche no puede permitirse ni un solo instante de disociación. La fiesta organizada en el Palazzo Borromeo es mucho más que un evento social: es el escaparate anual con el que la Fundación Julius Schneider capta a instituciones de calado en el mecenazgo del ámbito artístico, pero también científico y, cómo no, económico y político. En los jardines difuminados por las máscaras venecianas se mezclan ministros, filántropos, diplomáticos y magnates del sector biomédico. Todos sonríen, todos brindan, todos fingen entusiasmo ante el mismo argumento oficial: cerrar colaboraciones de cara al Congreso Mundial de Neurología en Viena previsto para octubre.

Julius, sin embargo, no se engaña. Sabe que ninguno de ellos, de los magnates, los políticos o los mecenas presentes, han acudido por amor al arte, y mucho menos por amor a la ciencia. Han venido por el espectáculo: para exhibirse, para medir su poder, para recordarse que lo tienen y que están por encima del bien y del mal. Se perciben enormes, semidioses, con solo imaginar lo lejos que quedan del entendimiento social los hilos que, tras bambalinas, agitan el avispero. «Quizá sea lo mejor», se dice el profesor.

Y es que, cuando pronuncie su discurso, los invitados también ratificarán otro motivo para haber asistido al evento: guardarle pleitesía, estar al son de sus deseos, sean conscientes o no.

—Ineptos —se le escapa a Julius.

Ellos no comprenden el alcance de las investigaciones que hoy aquí van a presentarse, no comprenden la magnitud que puede alcanzar y la repercusión social de la investigación que lidera su mujer. Ellos, los estúpidos invitados, requieren de un símbolo con el que justificar sus inversiones: un dios al que rezarle y con el que

lavar su dinero negro. Tampoco contemplan el peligro que podría entrañar el conocimiento al que ha llegado Lova si cayese en malas manos, pero esto, a los magnates, no les importa en absoluto.

Julius diría que ha aprendido a convivir con la hipocresía del sistema, pero no es cierto. Esta es solo una más de las mentiras que acostumbra a contarse.

Revisa su teléfono. Un WhatsApp de su mujer parpadea en la pantalla:

Cinco minutos, Juls!

Cierra los ojos, alza el mentón y vuelve a abrirlos. Antes de adentrarse en Las Grutas, se concede un instante de soledad. Esa soledad elegida, no padecida, frente al sencillo Atrio de Diana. Quizá lo esperable habría sido recorrer el imponente Teatro Massimo —apoteosis escultórica coronada por el unicornio Borromeo—, que domina los jardines y encarna un barroco saturado de simbolismo pagano. Allí la mujer idealizada es protagonista; no en vano toda la isla fue concebida como un navío cuyo centro ocupa el teatro, elevado como el trono de una reina. Sin embargo, pese a que nada de eso le pasa inadvertido, Julius ha preferido entregarse a Diana. Un pensamiento sardónico lo asalta: «Ella, siempre ella». El terror no proviene de la diosa, sino de la hondura de sus propias reflexiones, de esa sospecha atroz de que tal vez solo ella —y nada más que ella— es lo único que consigue apartarlo de la muerte interior que lo consume.

El teléfono vibra de nuevo:

Ya!

Julius desciende por la escalera de caracol que conduce al subsuelo del Palazzo Borromeo. El profesor camina con una calma medida, meditada. Se sabe el epicentro de la atención mediática, se ha acostumbrado a ello. No, en realidad no se ha acostumbrado, pero no se le permite mostrar ni un ápice de debilidad. El proyecto no le permite mostrar ni un ápice de debilidad.

Ya en el subsuelo, avanza erguido, atraviesa Las Grutas: espectaculares túneles y salas artificiales revestidas de conchas, caracolas y guijarros se abren ante el profesor como la garganta de un enorme depredador marino. La sensación que le invade es claustrofóbica. Entonces, el bullicio lo atrapa: Julius ha llegado al punto exacto en el que se le esperaba en el momento exacto en el que se aguardan sus delirios.

Él reflexiona sobre sus invitados: máscaras de las que puede tirar del hilo con facilidad; y no se refiere a las de pluma y pedrería.

«Todos están rotos», dice para sus adentros.

Esta cantinela lo protege de saberse vulnerable. Nadie atisba cuánto puede llegar a serlo. Él no viste ninguna máscara: la que lleva la tiene adherida al rosto y al alma.

Lova lo busca con la mirada y con una media sonrisa cómplice, pero él, sin corresponderle, dirige la mirada a la estatua femenina de mármol blanco y de estilo clásico que resalta a su izquierda, sobre el fondo de solemne negrura. Ha soltado a Diana para aferrarse a Artemisa: dos caras de la misma moneda. Dos caras que le recuerdan a ella.

Los invitados murmuran, expectantes. En cuanto el profesor levanta la copa, el murmuro se acalla.

—¿Se han preguntado alguna vez por la relación entre el neurótico y el artista? —pregunta a su público—. Yo sí. Cómo no iba a hacerlo, si rezumo «rarito» por los poros, ¿verdad?

Las máscaras ríen.

—Y he llegado a la conclusión de que ambos viven en las profundidades subconscientes de su tiempo, sumergidos en lo que su sociedad niega o no puede articular. El artista convierte su visión en un regalo para el resto. El neurótico, en cambio, vive lo mismo, ve lo mismo, pero no tiene la capacidad de traducirlo: su lenguaje se rompe antes de alcanzar sentido. Ambos, en cambio, y de algún modo que no puedo explicar, predicen lo que está por venir. ¿No creen?

El murmullo retorna. Con su enrevesada dialéctica, el profesor ha iniciado una partida de ajedrez intelectual. A los invitados les excita que los lleve al extremo. Julius es el único a quien permiten tomarlos por estúpidos.

—Sir Herbert Read —continúa el profesor— decía que el arte anticipa el futuro de la humanidad, que el artista abre caminos donde la ciencia aún no ha llegado. Las artes son profecía. Son ensayo, pero ¿y si también son advertencia?

Julius los tiene en la palma de la mano.

—Los políticos, los tecnócratas o los sociólogos anticipan un cambio superficial de piel cuando el neurótico y el artista predicen una mutación profunda, el cambio de una época, señores, señoras y señoritas.

Hace una pausa, deja que las ideas invadan la sala.

—Una mutación en las matemáticas, en la física e incluso en los dogmas de fe.

El profesor no solo tiene a su público comiendo migajas en la palma de la mano; también los mantiene extraviados, y él es el único que puede traerlos de regreso.

Los presentes apenas conocen alguna pincelada sobre el Icarus Project, liderado por Lova y su equipo, pero desconocen lo que sostiene el conjunto. Esta noche conocerán un poco más. Se convertirán en espectadores conscientes de la oscuridad. Julius concibe la escena como *El jardín de las delicias*. Todos han quedado embelesados ante las pinturas del tríptico. Solo él conoce que lo esencial no está en el anverso, sino en el reverso: la creación del mundo en su estado primero, la esfera perfecta, aún sin cuerpos, sin pecado ni deseo. Solo Dios observa. Lo demás es espectáculo.

—Y, mientras tanto, tenemos a los cuerdos dirigiendo los hilos del destino, tenemos a esos cuerdos tomando el poder. Que quiénes son. Bien, las farmacéuticas y los laboratorios clásicos siguen entretenidos en la nada más absoluta, siguen adorando el espejismo de la inmortalidad. —El profesor parece perder la vista y la atención en su copa de vino—. Pero yo os pregunto: ¿para qué preocuparse por la muerte si, cuando llega, ya no estamos? ¡Piénsenlo! —añade elevando el tono—. Que la muerte tenga una cura es el oxímoron supremo del capitalismo: el verdadero neuroticismo.

El público guarda silencio, absorbido por la complejidad de lo que Julius comparte.

—No queremos una cura para la muerte —dice él—, queremos una cura para los recuerdos, para la vida. *Amor fati*: amor al destino.

El profesor se dirige a su mujer. Ella le aplaude con la mirada: asiente a la potencia del espectáculo de su marido.

Lova Schneider y su equipo estudian la función predictiva de los sueños. Y lo cierto es que están a punto de demostrar que estos son una especie de simulaciones probabilísticas: un entrenamiento evolutivo para analizar vínculos, gestionar situaciones de crisis y anticipar amenazas. A Julius le aterra lo que ciertas instituciones puedan hacer con eso. ¿Cuántas probabilidades hay, por tanto, de que se pueda entrenar a militares para prever riesgos nacionales o mundiales? ¿Y para confrontarlos? Quien se anticipe, quien albergue la visión más amplia o lejana, puede atacar primero.

Él suspira y prosigue, luchando contra sus propios pensamientos.

—Si pudiéramos enmarcar nuestros sueños —expresa Julius—, la información que contienen… ¿Tendría sentido seguir buscando el sentido?

Sabe que, sobre la mesa, ha puesto unas cartas difíciles de descifrar: cuando nuestro yo está dormido, pero no nuestro cerebro, hay datos que viajan dentro de nosotros como luciérnagas revoltosas. Vuelan sin el rumbo que le ofrece nuestro ego.

—Yo digo que sí —dice el profesor—. Sí tendría sentido. Porque entonces el sentido ya no sería individual: sería universal.

Julius dirige la barbilla hacia las máscaras.

—Dentro de poco —prosigue— comenzará una nueva forma de censura. Algunos intentarán detener el progreso natural de la especie. Dirán que el pensamiento disidente es peligroso, que cuestionar es una amenaza. Catalogarán la lucidez como terrorismo. Pero esa gente no comprende, están ciegos. No están llamados a comprender que el pensamiento disidente es la semilla de lo divino, el hilo con que Dios remienda la mente de quienes se atreven a mirar más allá.

Se humedece los labios con el vino.

—Mi esposa, la doctora Lova Schneider, no es solo una de esas mentes privilegiadas. Ella es la semilla —dice, y hace un pequeño paréntesis—. Ella y su equipo evocan la permanencia, evocan el legado. Son el eco de lo que seremos cuando hayamos superado el miedo a morir.

Julius mira al frente.

—¿Quieren trascender? —pregunta a la multitud—. ¿Quieren trascender? —repite con una sonrisa.

El público asiente, las máscaras asienten.

—Cooperen con la verdad.

23

Nuestro cerebro ha tejido una red de mecanismos automáticos, invisibles, que actúan en un segundo plano para protegernos de las sombras que nos acechan. Uno de esos mecanismos es la sumisión; el otro, la lucha. Cuando estos patrones se cronifican, pueden dejar huellas profundas en nuestro cuerpo y en nuestra mente, contribuyendo a estados de tristeza intensa o desconexión emocional que pueden simular una depresión.

Lis piensa ahora en el equipo —en la agente Marina, en Ramón y hasta en Jensen, que ya se ha marchado—. También en la ingenuidad con la que los trasladaron a Málaga. Llegaron con la intención de comprender a Miguel Strachan, o eso creyó Lis. Llegaron para reconstruir qué pudo ocurrirle mediante el estudio exhaustivo del contexto: la ciudad, la familia, los amigos, los lugares que frecuentaba. Creían que, si ordenaban las piezas, el rastro del muchacho aparecería en el fondo del mar. Y, sin embargo, de manera inevitable, el dolor con el que se encontrarían sería distinto, ajeno a todo lo que habían anticipado. ¿Y si Miguel Strachan no fue raptado? ¿Y si simuló su propia muerte? Si fuese así, si eligió desaparecer, ¿a quién quiso salvar de sí mismo? ¿O de quién quiso salvarse él?

Ayer, cuando regresaron al piso desde La Cala del Moral, y después de hablar con el exinspector Cisneros, Marina preguntó:

—¿Qué quieres saber, Lis?

La psicóloga no dudó.

—Todo lo que me puedas decir sin perder tu puesto.

Y esa, justo esa, fue la condición única e intransferible que Lis puso a la agente, a su amiga, tras el encuentro que la psicóloga mantuvo por la tarde con el inspector Cisneros. Esa fue la condición única e intransferible que puso para continuar en la casa de locos a la que han llamado investigación. Lis asume, por supuesto, que la verdad que Marina comparta con ella será una verdad contaminada por su lealtad al servicio. A la agente el sistema la había engullido tiempo atrás.

Hará una media hora, y aprovechando que Ramón preparaba el café, la psicóloga retiró el croquis que días antes ella misma había hilvanado en la pared del salón para empezar desde cero. Y, de nuevo, el ciervo agónico del cuadro le devuelve la mirada. El desgarro de sus ojos es una súplica a los perros que lo devoran. El ciervo ha abandonado la ilusión de control que nos mantiene atrapados en una lucha interminable contra lo inevitable. Se entrega al descanso, aunque la muerte ya lo haya alcanzado, rugiendo su presencia con violencia.

Sobre el cuadro y con una chincheta, clavó una copia de la imagen hallada en el cerebro del mecánico de helicópteros noruego. Una copia rehabilitada por la inteligencia artificial; no es fiel a la realidad, pero qué lo es.

El rostro de Björn Nielsen le devuelve ahora la mirada.

—¿Quién eres? —susurra Lis.

De él no saben más que su profesión y su lugar de empadronamiento: el municipio de Ullensaker, en el condado de Viken, donde se encuentra el aeropuerto de Oslo Gardermoen. De Nielsen no se conocen excentricidades ni fuegos artificiales. Justo lo que no se conoce de él, cavila Lis, es lo que más les interesa.

A su espalda, la puerta del dormitorio que comparte, entre muchas comillas, con la agente Marina se abre. Ella encuentra a Lis de cara al nuevo croquis.

—¿Empezamos? —pregunta la agente.

—Empezamos.

Ramón, quien ha salido de su escondrijo —de su habitación— y está sentado frente a las pantallas de ordenador, toma la palabra y reconduce al grupo:

—La asociación cultural no fue el origen —asegura—. Antes de convertirse en lo que conocemos, fue la sede de un grupo reivindicativo.

El hacker muestra en la pantalla la escasa información que ha recabado.

—La insignia que Jensen y tú encontrasteis en la taberna —añade Ramón— no pertenece a la asociación de bellas artes de Miguel Strachan. Es el emblema del grupo original.

Se hace un breve silencio, denso.

—El grupo original de Las Palomas —precisa Ramón.

El hacker continúa explicando que, en sus visitas a los Archivos Municipales, confirmó la existencia del grupo, pero apenas hay rastro

documental: un boletín de la universidad, algunas fotos tomadas en las conferencias, menciones dispersas en la prensa local, poco más.

—Parece que se convirtieron en un sarpullido para el Ayuntamiento —interviene Marina—. Al principio eran solo un puñado de excéntricos. Enamorados del arte contemporáneo y un poquito puñeteros: visitaron a Picasso en su exilio en París.

—En sus inicios —añade Ramón—, el objetivo era acercar el arte contemporáneo a Málaga mediante exposiciones y conferencias. Pero aquellas charlas no eran inocuas. Reclamaban un arte con contenido social, eran críticos con el mundo religioso. Además, ofrecían apoyo a jóvenes artistas que no tenían cabida en los circuitos oficiales.

—¿Por jóvenes o por su condición política? —pregunta Lis a sabiendas de la respuesta.

Marina pide a Ramón que traiga a la pantalla el mapa de la ciudad.

—La ubicación de la sede no fue casual —dice ella.

Ramón asiente y explica que los dueños del casoplón de la calle San José, donde actualmente se ubica el bar del que Jensen y Lis fueron expulsados, perteneció a una familia de reconocidos alienistas de la ciudad.

—Lo que ahora conocemos como psiquiatras —dice la psicóloga.

—¡Premio! —añade Marina—. ¿A qué no adivinas quién diseñó varias propiedades vinculadas a esos alienistas?

Lis resopla ante lo evidente:

—Los Strachan.

—El bisabuelo, para ser exactos —dice Ramón—. Y el abuelo de Miguel después.

—¿Y qué tiene que ver eso con Miguel?

—Alastair Strachan —responde el hacker—, el abuelo, fue el precursor del grupo reivindicativo. Un hombre incómodo. Molestó a políticos, a religiosos y a empresarios de la época. Lo que podría considerarse un delito grave.

—¿Creéis que eso quebró a la familia? —pregunta Lis.

—Es posible que el padre de Miguel, Pepe Strachan, evitara cualquier contacto con el abuelo por el bien de sus hijos —responde Marina—. Aunque Miguel apenas llegó a conocerlo. El abuelo murió cuando al chaval no le habían salido los dientes.

—Motivo suficiente para no investigar al grupo —añade Ramón.

—Ya —dice la psicóloga—. Pero el haber removido ciertos avisperos no se olvida. O no se perdona.

Marina y Ramón asienten.

—Había que descartar líneas —continúa Marina—. Lo habitual es que…

Ella se anticipa a la agente:

—Sí, lo habitual es que se lo llevara alguien cercano.

Pero el caso de Miguel Strachan se aleja de ser habitual. Nunca lo fue y, desde luego, mucho menos desde que apareció la fotografía que demuestra que no murió el día de su desaparición.

Lis se pone en pie y deambula frente al croquis unos segundos.

—¿En qué fechas estuvo activo el grupo? —pregunta.

Ramón se recoloca las gafas y consulta el archivo en el ordenador.

—Entre los años 1957 y 1964.

—¿Quiénes asistían a las conferencias?

—Sobre todo universitarios.

—El grupo terminó en un cajón —resume Marina—. No encajaba ni con la mirada crítica hacia las políticas del momento ni con los vínculos que los políticos establecían.

—¿De qué vínculos hablamos? —insiste Lis.

El hacker interviene:

—Los miembros de Las Palomas se pronunciaron contra el acogimiento de determinados personajes de dudosa moral en la Costa del Sol. El gobernador civil ordenó su disolución.

—¿Qué edad tenía el abuelo de Miguel?

—Unos sesenta.

—¿Por qué? —pregunta Marina.

—Ya no era un crío.

—No, no lo era.

La agente cambia de tercio:

—Ahora tú, Lis. ¿Qué te contó la mujer?

Marina pregunta por la conversación que Lis mantuvo con la señora de La Cala del Moral. Aquella con la que habló tras la reunión con el exinspector Cisneros. En aquel momento, Lis ya había tirado el nanopinganillo a una papelera, así que no pudieron escuchar nada.

—La mujer recordaba perfectamente el anuncio de la visita de los reyes en el 82 —dice—. Y no, no creo que la Casa Real esté detrás del secuestro. Pero esa línea debió investigarse.

Marina se frota la cara.

—Lis…

—Lo que intento decir —comienza Lis— es que hablamos de 1982. España estaba en reconstrucción. La Costa del Sol se vendía como

escaparate del progreso. Málaga la Roja necesitaba mostrarse impecable ante la visita real.

Sus compañeros la escuchan. O, al menos, ella considera que lo hacen.

—Los reyes venían a inaugurar el Palacio Episcopal, recién reformado y convertido en centro de exposiciones. Las obras se aceleraron. Y, aun así, ese mismo día se inauguró otra exposición: la del Museo de Bellas Artes en la que participó Miguel.

Lis los mira.

—Un evento así no se solapa con una visita real. ¡Joder, soy galerista! Estas cosas se planifican con meses de antelación, años, me atrevo a decir.

—Utilizaron la visita como trampolín para el secuestro.

— Si fue un secuestro —indica la psicóloga—, cuando se llevaron al chico…

—No se escucharían los gritos.

—Eso mismo dijo Cisneros.

Aquellas personas conocían cada detalle: el barrio, los movimientos del chico, los hábitos de sus padres, los protocolos de seguridad. Nunca fue improvisado. Todo apunta a una planificación meticulosa. La visita de los reyes a la ciudad suponía el escenario perfecto para llevarse al chico.

Como un destello cegador, una idea irrumpe entre el caos de los pensamientos de Lis.

—Ramón.

—¿Qué buscamos, Lis?

La psicóloga fija su rostro en el suyo.

—Qué ocurrió en Roma el día que desapareció Francesca Rossi.

Si todo pueblo tiene una herida, Roma es un campo de batalla.

Aquel día que desapareció Francesca, el 4 de abril de 1981, Mario Moretti, uno de los fundadores de las Brigadas Rojas en Italia —grupo terrorista activo en decenas de operaciones entre los sesenta y los setenta—, fue capturado por la policía después de casi tres años de búsqueda. Pero no quedó ahí la cosa.

Dos meses después de la desaparición de Francesca Rossi, se notificó a las autoridades la pérdida de otra menor: la hija de un empleado del Banco Vaticano.

Vivía con sus padres y cuatro hermanos dentro de los muros de la Santa Sede, bajo la vigilancia de la Guardia Suiza Pontificia, responsable de custodiar cada acceso, cada salida. En teoría, ningún resquicio escapaba a sus ojos ni a sus alabardas. En teoría. Cuando aquella niña desapareció, todas las fuerzas se concentraron en ella, todos los recursos, toda la atención mediática. Había nacido en el Vaticano; su desaparición se convirtió en un asunto de Estado. El SISDE, Servizio per le Informazioni e la Sicurezza Democratica, entró en escena. Se habló de islamistas radicales, incluso de la URSS.

—¡Qué locura! —musita Lis al escuchar la información que describe el hacker.

Y, como ocurre siempre, la chica vaticana eclipsó a Francesca Rossi, relegándola a un segundo plano, luego a un tercero, y finalmente a un cuarto. Solo un periodista apellidado Salvatori, un intransigente de verso suelto, fue quien hizo de hermano mayor de Francesca. El único que se apiadó de la humilde familia del Trastevere y abrió la posible línea de investigación que vinculase el rapto de las dos chicas. Pero lo cierto es que no surgieron elementos concretos que pudieran apoyar un nexo entre las desapariciones. Las

chicas tenían edades semejantes, sí, pero no tenían amigos en común ni estudiaban en los mismos centros educativos. Tampoco disfrutaban del mismo estatus social. Una era la hija de un pobre gerente de bar y de una costurera de barrio que rara vez llegaban a final de mes sin la soga al cuello, y la otra muchacha era la hija de un trabajador del Banco Vaticano.

Unas semanas más tarde de la desaparición de la chica vaticana, el papa vigente salió al balcón de Santa Marta a pedir en el ángelus por la joven. Francesca Rossi, sin embargo, no parecía ser digna de plegaria.

Bajo la presión mediática y política, la reivindicación del crimen no tardó en llegar: los señores de la Magliana se atribuyeron el secuestro de la muchacha vaticana. Su cuerpo apareció en una tumba anónima, acompañado de restos que no eran suyos: huesos de un hombre, demasiado antiguos para corresponder a una desaparición reciente. Ese detalle bastó para cortar en seco cualquier conexión con el caso de Francesca Rossi. Aun así, no fue algo menor. La propia mafia emitió un comunicado oficial en el que se desmarcaba del asunto, afirmando que no tenían nada que ver con Francesca. Y, por supuesto, ¿qué iba a tener que ver un islamista aislado, radicalizado en un sótano, con la desaparición de una adolescente que quizá solo quería vivir aventuras lejos de su entorno familiar? El expediente de la joven vaticana se cerró con la frialdad de una nota al pie: una deuda saldada, un ajuste de cuentas entre la mafia y el Vaticano.

La detención de Moretti y la desaparición de la chica vaticana compuso otro escenario idóneo para que, en este caso, el secuestro de Francesca Rossi pasara de suponer una elevada preocupación

para la policía romana a una mera anécdota. Quién iba a preocuparse por una chica de quince años que podría haberse quedado embarazada de un cura durante un torpe idilio. No, el foco de las atenciones, por supuesto, estaba dirigido a la integridad de la chica vaticana. Todo lo acontecido en torno a la desaparición de Francesca eran conjeturas, conjeturas sin ningún sostén. Al igual que en el caso de Miguel Strachan, nadie pidió un rescate por la joven, ni chantajeó a la familia con asesinarla, ni tampoco parecía que nadie la había capturado. Es como si la vida de Francesca no tuviera valor, ni siquiera para sus propios secuestradores.

Algunos llegaron a preguntarse si la desaparición de aquellas muchachas romanas guardaban relación entre sí, pero pronto lo descartaron: los acontecimientos parecían seguir derroteros distintos. Lo que nunca nadie se planteó fue si la desaparición de Francesca Rossi en 1981 podía estar conectada con el rapto de Miguel Strachan al año siguiente. «¿Cómo iban a estarlo?», se pregunta Lis.

Hasta ahora, hasta que, en febrero, apareció aquella fotografía incrustada en el cráneo del mecánico de helicópteros noruego.

El caso se torna a cada mínimo avance menos reparable, más denso, más irreversible.

—No podemos entender qué ocurrió con uno sin comprender qué le pasó al otro —dice Lis casi para mí misma.

La agente Marina, pragmática, toma aire y afina:

—Recapitulemos. Qué tenemos. Qué los une.

—Las edades, las fechas de la desaparición… —enumera la psicóloga.

—La fotografía —aporta Ramón sin levantar la vista del monitor.

—Sí —asiente Lis—. Y la vulnerabilidad adolescente.

No debe olvidarse aquella fragilidad compartida, esa exposición al mundo sin defensa posible. Eso los une más allá del tiempo y del escenario. Son dos relatos que se reflejan como en un espejo, dos heridas que no dejan de sangrar.

Otro de los paralelismos entre ambas desapariciones es la desidia con la que las autoridades atendieron ambos casos. Las quejas de las familias, al menos, iban dirigidas en esta línea.

Después de una breve reflexión, la agente Marina se expresa:

—Vale, vamos a buscar a ricachones que estuvieran en la visita de los reyes.

—Las cabezas de león —dice Ramón, y afina el tiro—: esas nunca se dejan ver.

En su día, nadie se atrevió a plantear si la desaparición del joven malagueño guardaba relación con la visita de los reyes a la ciudad por la inauguración del Palacio Apostólico. Del mismo modo, ante la desaparición —presumiblemente forzosa— de Francesca Rossi, tampoco surgió la duda de si la Iglesia pudo haber estado implicada en su rapto.

Las autoridades se limitaron a comprobar que las dos muchachas desaparecidas, la chica vaticana y Francesca, no mantuvieran vínculos tangibles entre sí. Solo compartían el haber desaparecido con unos meses de diferencia.

Sin embargo, al introducir en la ecuación a Miguel, el patrón empieza a perfilarse con mayor claridad. Las edades de los adolescentes son bastante equitativas, y existe un detalle evidente que ya no puede ignorarse: Miguel y Francesca fueron raptados en abril.

—En abril y en torno a Semana Santa —precisa Ramón.

Recuerda que Jensen también mencionó ese detalle. Pero eso no implica, no al menos de forma directa, la intervención de eclesiásticos. Aunque tampoco lo descarta. A estas alturas, descartar una vía es un lujo que no pueden permitirse.

El día que desapareció Miguel Strachan, gran parte del clero se concentraba en el Palacio Episcopal por la visita de sus majestades. Calles cortadas, seguridad reforzada, multitudes en el perímetro…

—Miguel no era un perfil atractivo para la Iglesia —señala Lis.

Sus obras no revivían pasajes complacientes. Muy por el contrario, destilaban tensión.

Ramón levanta la vista de las pantallas.

—Si hay un patrón litúrgico, no es teológico, es estratégico.

Marina sostiene la mirada y pregunta:

—¿Dónde ponemos el foco, Lis?

—¿Sabes cómo aprenden las ratas de laboratorio a elegir el agua sin azúcar?

—Lis…

—¿Lo sabes? —insiste la psicóloga—. Ensayo y error. Ya está.

Marina frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que el secuestro de Francesca Rossi fue torpe. Por eso tuvieron que secuestrar posteriormente a la chica del Vaticano.

—Eso no…

—Marina, ensayo y error. Con Miguel ajustaron el método. Lo que sucedió en Roma fue atropellado. La Iglesia sabe gestionar atrocidades, cuentan con siglos de práctica. Lo de Francesca Rossi hizo demasiado ruido. Necesitaron una coartada y esa cortada fue la

otra adolescente. Eso levantó mucho polvo: titulares y presiones internacionales. Así Francesca quedó en un segundo plano.

—Con Miguel no fue necesario esto —dice Lis—. Málaga quedó ciega y sorda ante su desaparición. Fue lo que dijo Cisneros.

—Málaga y Roma —añade Ramón en voz baja.

Lis lo mira y afirma:

—Sí, pero las ciudades no son ciudades sin sus ciudadanos.

Granos en el culo.

En el negocio del arte, los comisarios de las exposiciones no son más que eso: granos en el culo. Seres pululantes, inflamados, que se inmiscuyen en cada conversación, que fingen importancia, aun sabiéndose piezas intercambiables.

Los directores de museo tampoco salvan la papeleta. La mayoría de los que ha conocido Lis —y en Roma ha conocido a unos cuantos — tienden a pasearse por las salas cual pavos reales intoxicados de pedantería. Y después, tras las bambalinas, están los marchantes.

—Son los que mueven los hilos —dice Lis a sus colegas.

Esos no hablan. No se exhiben: no lo necesitan. Los marchantes son esas sombras que se mueven por los recovecos, donde nadie puede verlos. Huelen la desesperación por vender como sabuesos, pero, sobre todo, huelen el dinero. Ellos hacen y deshacen las fortunas. Son los que dictaminan quién entra en la historia y quién se pudre en los fondos del museo. Nadie los aplaude, nadie los señala, pero ellos son el arte. Su poder es tan invisible como absoluto.

Ramón está cazando. Rastrea a los posibles marchantes que asistieron a la exposición de Miguel Strachan. En el sumario, como era de esperar, no hay rastro de ellos: las figuras iconoclastas nunca dejan huella en los documentos oficiales. El hacker caza; desde que el mundo es mundo, es lo que hace el hombre, y él ha aprendido a hacerlo muy bien una vez que se le indica la presa. Revisa en la hemeroteca digital de los periódicos de Málaga, en la biblioteca virtual de la prensa histórica y en el catálogo de prensa de la Facultad de Periodismo.

En el periódico *Diario Sur* recoge un artículo que data del 2 de abril de 1982 en el que se vislumbra, con notable calidad fotográfica, una imagen en blanco y negro de SS. MM. los reyes de España acompañados por el alcalde de la ciudad y el director de infraestructuras y proyectos del Ayuntamiento. Todos ellos seguidos por una comitiva de, al menos, unos diez hombres.

El mismo periódico recoge un artículo que señala la visita de los reyes a la ciudad de Málaga como una cita tan deseada como esperada.

—Tan deseada como esperada —musita Lis.

Y sus compañeros le devuelven la mirada.

El alcalde de la villa reconocía el evento como uno de los más importantes en su trayectoria. La orquesta sinfónica de la ciudad tocó varias piezas en la plaza del Obispo. La visita de sus majestades, la reinauguración del Palacio Episcopal tras los destrozos del año 1931 y el mencionado concierto suponían un evento más que propicio para anunciar la llegada de la Semana Santa. Incluso se destaca que algunos de los asistentes tendrían la

oportunidad de conversar con los reyes, en especial, con la reina, que siempre se mostró cercana al pueblo.

Bajo la imagen, se consignan los nombres de pila y apellidos de algunos de los hombres que componían aquella comitiva, dispuestos estratégicamente tras las figuras principales. Uno de los reconocidos era El Cordobés.

Al investigar, Ramón descubre que aquel «cordobés» era León Degrelle: un conocido exnazi vinculado al mundo del arte y residente en la Costa del Sol tras el final la Segunda Guerra Mundial.

—Ramón.

—¿Sí, Lis?

—¿Alguien que perteneciese al grupo? ¿A Las Palomas?

—No —sentencia el hacker—. A simple vista no.

Ramón despliega más fotografías de la galería de *Diario Sur*. Le resulta curioso, y lo menciona, que fuese el mismo periodista, el director cultural del periódico, el que escribiese dicho artículo, ya que debía acudir también, acompañado de su fotógrafo, a la exposición de Miguel Strachan y demás artistas malagueños que se celebraba ese mismo día en el Museo Provincial de Bellas Artes.

—Eso hace que tenga coartada —dice Marina.

—Sí, ese sí —responde Ramón—. Pero vamos uno por uno.

En una discreta cuarta fila, un alto rubio se impone al resto de los fotografiados.

—¿Ese quién es?

—¿Quién? —pregunta el hacker.

—Ese de ahí.

Se veía a un hombre alto, más alto que el rey, si no fuera porque está encorvado hacia delante: se sostiene con la ayuda de un

bastón. Su figura era alta, esbelta. Podía adivinarse en el hombre un andar firme y, sin embargo, se ayudaba de un bastón para avanzar por los empedrados. El cabello rubio, cuidadosamente peinado hacia atrás. Un aire de disciplina militar enmarcaba un rostro duro pero elegante, de mandíbula cuadrada y barbilla fina. Sus ojos, claros y fríos, de esos que te perforan. Destilaba altivez, quizá un tanto obstinada, pero todo apunta a que parecía poder permitírselo.

Ramón hace un gesto con la cabeza: asiente.

—Vamos a ver.

ARGOS coteja la morfología del rosto con otras imágenes de internet y comprueba, a su vez, que la persona en la que se han fijado no esté fichada por la Policía Nacional o la Interpol.

—Tienes vista para lo caro —dice Ramón a Lis con un recochineo impropio de su carácter.

En la esquina inferior de la fotografía se identifica al hombre como Federico Ramírez. El hacker lo corrobora tras unos segundos de tecleo:

—Federico Ramírez de Álvarez, de 89 años y residente en Málaga. Galerista, marchante —prosigue Ramón—. *Diario Sur* le hizo una entrevista hace tres años. Según la pieza, el anciano custodia una importante colección privada en su residencia.

Ramón amplía la ventana y continúa leyendo en voz alta:

—El texto también apunta que, al no tener descendencia, Ramírez ha manifestado su intención de convertirse en benefactor de varios museos de relevancia internacional cuando fallezca.

No hay evidencias, sin embargo, de que el hombre conociese la obra de Miguel Strachan ni tampoco al chico. De hecho, el marchante acompañaba solemne al resto de la comitiva que rodeaba

a los monarcas. Era una cabeza visible, una cabeza de león. Y ya saben que esas cabezas jamás se mojan.

Marina pregunta:

—¿Qué posibilidades hay de que tratase con la talla de Miguel?

Lis resopla.

—Sería muy arriesgado. Estúpido, diría yo —responde—. Este hombre parece, o parecía, demasiado importante para mancharse las manos. Pero puede ser un intermediario; eso no podemos descartarlo.

—Entonces sí pudo estar involucrado en los trámites de compraventa de la talla.

—Sí, es posible.

La agente cavila.

—Debemos tener algo sólido para molestar a un viejo, Lis.

—Las personas como Federico Ramírez, Marina… Bueno, a esos niveles no se compra arte: se compra al artista.

—¿Estás sugiriendo que tal vez estaba implicado en una trama de tráfico de menores?

—No, no lo creo —dice Lis—. Pero, si estaba encandilado con el chico, pudo apostar por él, apostar por su talento.

—O ayudarlo a escapar.

Las últimas palabras de Marina quedan suspendidas en el aire. El teléfono móvil suena. Ramón les ha hecho llegar un mensaje vía ARGOS.

—Esa es la dirección del marchante.

Mira la pantalla y sufre un repentino pellizco seco. La ubicación donde reside el marchante le es más que familiar.

—¿Todo bien? —pregunta Marina, que observa cómo ha torcido el rostro.

La psicóloga traga saliva.

—Hablemos con él —termina diciendo—. Tiene noventa y ocho años y una enfermedad degenerativa. A esa edad uno ya no se aferra a la vida ni a su reputación.

24

La agente Marina conduce hacia el chalet de Los Pinares de San Antón, la urbanización donde reside el anciano marchante de arte al que planean pillar por sorpresa. Lis y Marina confían en que les abran la puerta.

La agente observa a Lis de reojo. Ha notado su gesto: la turbación que la recorrió al leer la dirección del marchante.

—¿Qué pasa? —pregunta, sin apartar la vista de la carretera—. Te has quedado emblanquiñá. Más de lo normal.

Su comentario saca a Lis una sonrisa leve. Inesperada pero real.

—Yo entrenaba y competía aquí.

—Tenis, ¿no?

—Lo recuerdas.

—Todo —sentencia ella.

Y, de pronto, es Lis quien revive el detalle. Compartió aquellos datos con Marina y con las chicas del área de salud mental de la residencia Santa Teresa.

—Os hablé demasiado de mí —admite—. Lo siento. No fue profesional.

—Eres humana, Lis.

—No debí serlo tanto.

Marina decide no seguir por ese camino. No quiere abrir el cajón de mierda que dejaron en Cantabria. Aparca frente a las pistas del club, hecho que la psicóloga aprovecha para reconducir la conversación.

«En terapia —piensa Lis—, la contratransferencia se mide al milímetro. Nunca se sabe si actuará como impulso o como lastre. Lo que sí es indiscutible es su capacidad de humanizar». Y la psicóloga sabe que las personas suelen encontrarse en el dolor, reconocerse en él.

—Mi abuela Victoria venía a verme jugar —expresa Lis—. De hecho, era la única que venía.

—Era de La Cala, ¿no?

—Sí que lo recuerdas todo —dice Lis—. Nació en La Cala del Moral, como tú.

Marina ríe.

—Bueno, como yo no… Siempre hubo clases, señorita.

—No me llames así.

—Es la costumbre.

—Una horrible —replica la psicóloga—. No lo hagas más.

Al bajar del coche, Lis observa la retaguardia de Marina. Va armada. Lis no entiende por qué: van a ver a un viejo. Intuye que será el protocolo, así que no pregunta.

Juntas se detienen frente a la cancela de hierro macizo del chalet, residencia del anciano marchante de arte. Los ojos de Lis bajan al empedrado: hay un periódico cuidadosamente colocado sobre el suelo. Lo señala sin decir nada. La agente Marina la imita, clavada en el mismo silencio.

—Quedan pocos a los que entreguen el periódico en la puerta —musita la psicóloga.

La agente afirma con un movimiento de cabeza. El señor Federico Martínez aún conserva cierto peso —o al menos fortuna— dentro del elitismo malagueño. Gente como él suele estar envuelta en una soberbia bien planchada que solo se arruga ante alguien capaz de reflejarle su propia arrogancia, ante alguien como Lis de la Serna.

—Lis.

—Sí, lo sé —dice ella—. Hablo yo.

Sabe a la perfección que este es su territorio. Es el territorio en el que sisea desde niña, con sigilo: una serpiente entre las ramas de un árbol repleto de manzanas podridas.

—Tiene cámaras —dice la agente, y toca al timbre mientras Lis se agacha para recoger el periódico.

Alguien les abre la puerta sin hacer preguntas por el telefonillo. Marina y Lis acceden a la entrada de la casona por un caminito de piedras bordeado por arbustos.

—El césped necesita un buen podado —añade.

La casa está en un estado de semiabandono, con ventanas ciegas y muros que parecen supurar humedad. Al final del sendero de piedra se perfila una mujer caucásica de mediana edad. Su presencia, quieta e inexplicable, resulta más inquietante que la propia ruina que la rodea.

—Buenas tardes —dice la mujer—. ¿En qué las puedo ayudar? Pensé que era el jardinero.

—Buenas tardes —responde Lis, y le ofrece el periódico a la mujer.

—Gracias. ¿En qué puedo ayudarlas? —repite.

—Buscamos al señor Federico Ramírez. Venimos en nombre del Museo Reina Sofía.

Lis muestra las acreditaciones. La mujer las ojea muy por encima, y la psicóloga insiste:

—Cuentan que el señor Ramírez tiene una colección exquisita.

—Sí, la tiene. Pero don Federico no las esperaba.

—No —dice Lis—, y lamentamos no haber avisado con antelación. Como verá, venimos desde Madrid y vamos a estar aquí solo un par de días. Hemos oído hablar tanto de su colección que confiábamos en que el señor tuviera la amabilidad de hacernos un hueco en su agenda.

La mujer parece dudar de la naturaleza de la visita. Un hombre de noventa y dos años no debe de recibir demasiadas.

Una voz robótica, semejante a la de Nosferatu, proviene ahora desde el interior de la vivienda. La voz exige saber quién ha llamado a la puerta.

La remilgada mujer les pide que esperen un segundo, con sus acreditaciones en mano, y entra al chalet para dar explicaciones a la voz.

La agente Marina aprovecha para preguntar:

—¿Habías escuchado algo así?

—Sí, en el hospital de neurorrehabilitación donde trabajé en Madrid. Es un sistema diseñado para facilitar el habla, tal vez padezca disartria o fatiga vocal.

—Vale.

—El caso es que es una tecnología bastante avanzada, muy avanzada para un particular.

La mujer regresa y les devuelve las acreditaciones.

—Don Federico quiere que pasen al salón.

—Gracias.

Ella hace un gesto complaciente con la cabeza y les pide que la sigan por el caminito de piedras: no ha tenido más elección que dejarlas pasar. El ego del viejo aún es un valor en alza.

El sendero de piedra las conduce ante un espectáculo inesperado: en el patio, el anciano exhibe una colección digna de la corte renacentista del Palazzo Grimani. Al llegar a la puerta, la mujer abre la palma de la mano y las invita a entrar.

—Don Federico —anuncia—, aquí están las señoritas…

—Ya lo sé —interrumpe él sin mirarlas si quiera—. Déjalas que hablen ellas.

En efecto, la voz de ultratumba provenía del decrépito señor. El anciano se mueve en una silla de ruedas eléctrica y se comunica a través de lo que parece un sistema de seguimiento ocular. Don Federico teclea las palabras a través de las pupilas. Algunas frases ya están registradas en la pantalla, como si fuera una agenda de comunicación. Es muy difícil, mucho, que alguien pueda tener un servicio así en el ámbito doméstico.

—Buenos días, don Federico. Soy Natalia Bernat —se adelanta Lis —. Venimos en representación del Museo Reina Sofía.

El anciano muestra un amago de sonrisa.

—Café, Ania —ordena la voz filtrada a través del altavoz de la máquina.

—Señor…

—¡Café!

A la mujer no le queda más remedio que obedecer. Llamarlo servidumbre sería un eufemismo; esclavitud, quizá, es más preciso.

Y él nos exige:

—Síganme.

Siguen al anciano marchante, a su silla de ruedas. Por los síntomas que presenta, Lis diría que tiene un trastorno neurodegenerativo de tipo esclerosis lateral amiotrófica; sin embargo, por la foto del 82, supone que sufre una compleja afección en las motoneuronas, lo cual es una auténtica putada. Debilidad progresiva, evolución lenta. Sumado a que la principal función de la medicina es hacer que los pacientes lleguen lo más sanos posibles a su encuentro con la muerte, el resultado es que este hombre transita un verdadero infierno en vida.

Él las conduce al salón de su vivienda, al salón o a la sala de estar. Por la magnitud del chalet, a saber.

Lis se queda anonadada nada más cruzar el umbral de la puerta: el lugar es una auténtica pinacoteca.

—Siéntense —ordena la voz.

La agente Marina obedece.

Él la sigue con ojos inquisitivos. La pérdida de musculatura cervical le impide virar hacia ella como querría. Aun así, mantiene la suficiente espasticidad para evidenciar su desagrado hacia ella.

Lis permanece en pie; recorre el salón con la mirada. El síndrome de Stendhal la ha gobernado.

—Su hogar es una joya —dice Lis a don Federico.

—El arte es la-la mejor vía para llegar a Dios.

Asiente al anciano mientras escudriña el salón. Encima de la chimenea encuentra una pieza que identifica de un altísimo valor artístico y económico:

—¿Es un Matisse? —pregunta Lis.

El hombre hace un ademán de sonrisa.

—Tiene buen ojo, señorita —expresa él, expresa la máquina.

—Precisamente, don Federico, hemos venido a visitarle por recomendación —dice la agente Marina—. Tenemos entendido que fue usted un importante marchante de arte en Málaga.

—Sí —responde él a desgana—. Lo era cuando no me cagaba encima.

La forma en la que trata a la agente, lo hiriente, era, por desgracia y para nula sorpresa de Lis, de esperar. El anciano considera a Marina y a su cuidadora mujeres de segunda: una por gitana, la otra por sumisa. El viejo es insoportable. Sin embargo, para la psicóloga es fácil acceder a él. Su ego se infla al recibir atenciones de alguien que considera a su altura social.

En uno de los muebles, Lis contempla una imagen del hombre con los reyes de España en su visita al Palacio Episcopal el día que desapareció Miguel Strachan.

—Este —indica Lis— tuvo que ser un día memorable.

—Un buen día para el arte.

—Lo recuerda con cariño.

—Se recuerda con cariño lo que no-no-no se tiene, señorita.

Lis asiente.

—Aquel día también hubo otro evento, ¿no? —pregunta—. Otra exposición, menos relevante que la visita de los reyes, claro, pero importante. O eso tengo entendido.

—Sí, una exposición en el pa-palacio de Buenavista: autores de la tierra.

—Una pena.

—¿El qué?

—Una pena que aquel día se emborronara por la desaparición de ese chico —dice Lis, y mira a Marina, que finge aturdimiento—. ¿Cómo se llamaba? ¿Manuel?

—Strachan —responde seguro el marchante—. Miguel Strachan.

—Eso es. Disculpe, soy muy mala para los nombres de gente no consolidada.

El anciano vuelve a hacer un gesto con la boca, otro amago de sonrisa.

—¿Usted vio su obra? —pregunta Lis.

—¿Cuál de ellas?

—La talla que expuso aquel día. Dicen que fue todo un logro para un chico tan joven.

—La vi, sí. Antes-antes…

—¿Antes de la inauguración?

—Sí.

—¿Y qué impresión le merecía? Perdone que le pregunte, es que me llama la atención que se diera importancia al trabajo de alguien tan joven.

—Era prometedora, pero la juventud es impru-impru…

—Imprudente, sí —responde ella por él.

Se quedan en silencio.

—Sé que la talla generó bastante revuelo.

—¿La ha visto? —pregunta.

—No, no he tenido el placer.

El hombre suspira desde lo más profundo de su ser, como si dejara un último aliento de vida en cada exhalación. Lis le devuelve la pregunta.

—¿Podría enseñarme el patio? Tiene usted una colección digna de Grimaldi.

—¡No! —sentencia él—. Pero venga conmigo. ¡Venga!

La psicóloga obedece a su exigencia; ella intuye que tiene algo mejor que mostrarle. Lis cruza una mirada con Marina: sin necesidad de palabras, los ojos de esta la autorizan a seguir al anciano.

Lis camina tras la silla de ruedas que, aunque avanza con paso renqueante, la conduce hasta un despacho donde las estanterías rebosan libros y las paredes exhiben obras de arte de todo género. El hombre las señala con un orgullo apenas disimulado.

—Coja lo que quiera —dice él—. Le diré a Ania que lo-lo prepare.

—Es muy amable, don Federico. Pero no hemos venido a que nos regale su arte. Se lo abonaremos.

—¡No!

El hombre grita a través de la máquina.

—Yo ya estoy muerto. Usted tiene más vida. Haga lo que quiera.

—Así es, don Federico. Y ¿sabe qué?, que la muerte democratiza a las personas, les hace justicia. Los que están al borde de ella, como usted, no precisan aferrarse a la vida, ni tampoco a su reputación.

El anciano no responde, la máquina no responde.

—¿Usted conocía la existencia de aquel grupo de arte? —le pregunta—. Aquel grupo en el que participaba Alastair Strachan.

—Sí. Como todos en Málaga. Fui a alguna charla…

—¿Y Alastair? ¿Cómo era?

El viejo ríe.

—Señorita, todos los Strachan fueron unos vi-visio…

—Visionarios.

—Sí.

—Entonces usted también le admiraba. No es la primera persona a la que conozco que tiene esa opinión.

—Alastair era raro de narices, pero la gente así es la que hace que el sis-sistema…

—Que el sistema ruede.

Lis ha terminado la frase por Federico otra vez. Ella tiene la sensación de que su pantalla empieza a fallar. Teme que deje de comunicarse con cierto brío.

—Federico —dice, y le mira fijamente a los ojos—. ¿Cuál fue la mejor obra de la familia Strachan? De todos los Strachan.

El anciano deja escapar una exhalación que a Lis se le antoja una intención de risotada.

—La mejor obra de los Strachan fue Miguel.

El marchante acaba de confirmar lo que Lis ya intuía. Y ahí está la clave: quienes se llevaron a Miguel Strachan no lo hicieron por lo que pudiera crear o las obras que pudiese replicar, se lo llevaron por lo que era él.

—La talla no era lo impor-importante —dice la máquina—. Lo importante era el jovencito.

En los ojos alicaídos del marchante hay certeza. Sabe muy bien qué dice, sabe muy bien por qué lo dice.

—Usted los conocía, ¿verdad? —pregunta Lis al hombre—. ¿Usted conocía a las personas que estaban interesadas en Miguel?

—Todo el mundo estaba interesado en el niño.

—Padece usted un trastorno neurológico, pero eso no le hace estúpido.

Ella se pone de cuclillas ante él, ante sus ojos. Le hace de espejo, le ofrece redención.

—Usted no es estúpido, Federico —repite Lis—. Sabe a qué me refiero, lo sabe. ¿Conoció a las personas que lo secuestraron?

El anciano cambia el gesto, parece que se ha tornado solemne.

—Eres tan hermosa como ella.

—¿Cómo dice?

—Eres tan-tan hermosa como ella.

El anciano está agotado y el sistema de seguimiento ocular parece estar fallando. Federico tartamudea, tartamudea con los ojos, con el alma.

—¿Quién era ella, don Federico? —insiste Lis—. Le pido que haga un último esfuerzo y me marcho.

—Ella-ella…

El tablero comienza a pitar: ha colapsado.

—¡Joder, ahora no!

La psicóloga oye unos pasos acelerados que se acercan a la habitación. El parquet es un chivato, uno muy indiscreto.

—No me lo puedo creer —musita Lis, cargada de frustración.

Se agacha más, se pone a la altura del hombre y lo agarra para acercarlo a la pantalla. Lis intenta que sus pupilas se orienten hacia las letras. Pero el anciano no reacciona y el maldito sistema no deja de pitar. Toca la pantalla para ver si el hombre hace el ademán de responder y así puede intuir a qué letras se dirigen sus ojos.

—¡Haga un esfuerzo! —le suplica Lis zarandeándolo—. ¿Quiénes eran? ¿Quiénes querían al chico? ¡Maldita sea, venga!

—Tú, tú, tú —responde el sistema.

Forzar al marchante para que fijase los ojos en la pantalla ha sido una pésima decisión de Lis. No, más que pésima, temeraria. Una imprudencia que podría terminar en denuncia.

—He avisado a los jefes —dice Marina, ya al volante y de camino al piso franco—. Pero tranquila —añade sin mirarla—. Si cae una denuncia, irá a nombre de Natalia Bernat. Recuerda que no existes.

La psicóloga se toca la frente.

—No sé por qué he perdido los nervios.

A la agente le divierte su comentario.

—¿Qué? —pregunta Lis.

—Lis, tú eres así: intensa.

—¿Esto no sería una falta grave?

—¿Tú estás bien para continuar?

Lis tuerce la cabeza hacia la ventanilla.

—No vuelvas a preguntarme eso.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —insiste ella—. Estás distinta.

—¿Distinta en qué?

—A la defensiva.

La psicóloga aprieta los labios y niega con la cabeza.

—El viejo lo sabe —dice.

—No lo sabemos.

—¡Lo sabe, joder! —repite a Marina —. Lo sabe.

—¿Qué crees que sabe, Lis?

—Sabe algo.

A ella se le escapa una risita.

—Está demenciado —dice—. A saber qué sabe o qué recuerda. Su testimonio no tendría recorrido: ningún juez lo aceptaría para abrir

una línea de investigación. Tú lo sabes. Sabes cómo funciona el sistema con estas personas: las protege.

Lis sabe que Marina tiene razón. Hasta hace pocos años, Lis redactaba informes para solicitar la dependencia y minusvalía de pacientes como el señor Federico Ramírez.

—¿La talla? —pregunta la agente.

—No. Ni la tiene ni habría comprado la pieza.

—¿Por qué?

—Dijo que lo importante no era la talla, sino el chico. No habría gastado dinero en aquella madera.

—¿Le interesaba el chico?

—A estas personas lo que les interesa es potenciar al artista. Es una forma de ganar dinero: lo captan y le chupan la sangre.

—¿Por eso crees que lo sabe?

—Estoy segura de que sabe algo, pero no me preguntes cómo podemos demostrarlo. ¿Tú tienes algo?

—Coge mi chaqueta. Está atrás.

Lis se gira y alcanza la prenda del asiento trasero.

—En el bolsillo —indica Marina.

Ella aprovechó el tiempo que Lis pasó a solas con el anciano para recorrer la casa. No sin que la empleada finalmente notase su ausencia y la persiguiera hasta dar con ella, exigiendo que la visita terminase. Marina confiesa que estuvo tentada de enseñar la placa al encontrar a Lis zarandeando al viejo, pero esto habría puesto en riesgo lo mucho o lo poco que se han acercado a Miguel Strachan. Deben recordar que no son nadie. Deben recordarlo: no tienen rostro ni nombre ni derecho a exhibir sentimientos.

Lis saca del bolsillo de la chaqueta de Marina unos panfletos. En ellos se puede ver una villa de superlujo en Benahavís.

—¿Un hotel?

—Mira el logo —dice Marina—. ¿A qué te recuerda?

—A Las Palomas.

—Sí.

Eden Palace: un refugio exquisito, un santuario donde el lujo y la cultura se entrelazan en un balneario de ensueño, un imponente anfiteatro romano y una colección inigualable de más de dos mil quinientas obras de arte originales. Más de dos mil quinientas piezas. Y el logotipo con el que se anuncia este edén en la tierra no puede guardar más semejanzas con la insignia de la asociación cultural Las Palomas.

El hallazgo abre una posibilidad inquietante: ¿estuvo el abuelo de Miguel Strachan implicado en la construcción del complejo?

Fue esa llamada, ese impulso irrefrenable, lo que llevó a Marina a gestionar con sus superiores que Lis pudiera hospedarse allí. Lo resolvió incluso antes de enseñarle los panfletos. Ella, por supuesto, aceptó sin reservas.

—Vas a ir sola —afirma la agente—. He escrito a Ramón: ya ha reservado dos noches.

Ramón pasa la tarde recopilando información sobre la villa y rellenando con el perfil falso de Lis, esta vez como galerista convertida en huésped-paciente, los datos requeridos para pasar el fin de semana en el hospedaje.

El imponente Eden Palace se levanta sobre un paraíso terrenal de setenta mil hectáreas adquirido en 1953 por el hijo del príncipe austriaco Maximiliano von Hohenlohe: el joven y ambicioso Alfonsito. Experto en el arte de la especulación, transformó aquella franja de costa en un escenario de villas privadas y clubes elitistas.

Años después, con la colaboración de un arquitecto austriaco de renombre, el lugar fue remodelado hasta convertirse en lo que hoy conocemos. El arquitecto —fallecido en 2009— dejó tras de sí una estela de proyectos: puertos deportivos, residencias y estructuras de hormigón blanco diseminadas por toda la Costa del Sol. También fue pintor, un innovador reconocido en los círculos de Bellas Artes, un hombre adelantado a su tiempo; su perfil, curiosamente, recuerda al del abuelo de Miguel Strachan y, de algún modo, al del propio chico.

Sin embargo, Ramón no encuentra una sola conexión entre ellos. Ningún registro, ninguna coincidencia, ni un evento que los sitúe en el mismo lugar o bajo la misma luz.

—No de forma oficial —deja claro.

Lis busca en internet, desde su móvil, el catálogo completo de las obras: las más de dos mil quinientas piezas que conforman la colección del hotel. Pero, para su sorpresa, ese catálogo no existe. Ni rastro. Ni siquiera una mención.

—Aquí pasa algo —murmura a sus compañeros.

—¿El qué? —pregunta la agente.

—Cualquier museo del mundo —responde Lis—, incluso los más prestigiosos, tiene un catálogo digital gratuito. Que un hotel no quiera compartir sus obras (lo que, en teoría, es su mayor reclamo) es…

—Una ocultación deliberada —interrumpe la agente.

—Exacto —asiente Lis—. Ya sea por estrategia o porque prefieran mantener algunas piezas lejos del foco público.

Podría entenderse como un tinte de exclusividad. Hay personas que son las del dinero y otras son las del poder. La psicóloga infiere que los huéspedes de Eden Palace son los segundos. Ellos no buscan sentirse especiales: lo son, sin más.

Ramón alza la voz:

—El hotel es miembro de The Leading Hotels of the World —dice.

La frase, que suelta como quien cita un pasaporte de élite, significa que Eden Palace forma parte de la colección más exquisita de hoteles de superlujo independientes del planeta.

Marina revisa su teléfono: los jefes han dado luz verde a la inmersión de Lis.

—Esto va a salir caro.

Ramón ya lo había dado por hecho desde hacía horas, así que tenía los trámites en marcha. El plan es claro: Lis ingresará el viernes y permanecerá allí hasta el domingo. Tiempo suficiente para vivir la experiencia completa, para recorrer la zona, conocer los tratamientos, los espacios y a quienes la habitan. El diagnóstico oficial que le van a asociar será insomnio crónico con desregulación alimentaria: una coartada perfecta, clínica y creíble debido a su aspecto.

Marina se inclina hacia ella, hacia la psicóloga. Su tono no es de advertencia, sino de mandato:

—Lis, no hagas preguntas incómodas. Observa, escucha, rebusca si hace falta, pero no interrogues.

—Bien.

—No estás sola, pero estamos lejos. ¿Entiendes?

Lis asiente. Será un ingreso disfrazado de privilegio. No puede saltar la liebre.

Finalmente, la inscriben en todas las actividades posibles: tratamientos, dietas personalizadas. La misma rutina que siguen los millonarios que intentan domar su miedo a la vejez entre masajes, caviar y batidos de alcachofa.

La agente mira a Lis una vez más.

—Vamos a prepararte —dice.

Y en su voz hay algo que suena a despedida.

25

«¿Cómo vive la vida que le ha sido regalada?».

Con esta incógnita abre el dosier que el recepcionista ha entregado a Lis en la recepción de Eden Palace. Dosier de normas estrictas bien acompañado de un bombón de chocolate negro y una copa de cava como saludo un pelín más cordial.

El recepcionista se dirige a ella con una simpatía que resulta impostada.

—Le rogamos que deposite aquí su móvil, tableta o cualquier otro dispositivo electrónico —dice, y le arrima un cestito de mimbre.

Lis le asegura que no lleva nada más encima. No es cierto.

—Lamento los inconvenientes —expresa él—. De esta forma preservamos su bienestar y evitamos que los campos electromagnéticos interfieran en el aura del lugar y de nuestros clientes.

—No es ningún inconveniente.

El recepcionista parece satisfecho con su respuesta. Teclea con soltura, revisando algunos datos en el ordenador.

—Le encantará su estancia —dice finalmente—. Este lugar es perfecto para la desconexión de alguien como usted.

—¿Cómo yo?

—Es usted galerista, ¿no?

—Sí, exacto.

—Estoy seguro —insiste el recepcionista— de que repetirá una vez que haya terminado su tratamiento.

Ella le devuelve una sonrisa cautelosa mientras el recepcionista parece terminar de rellenar más y más datos. Lis ojea el vestíbulo de entrada: una imponente mesa con cientos de tulipanes holandeses de distintas tonalidades decora la entrada a un paraíso terrenal con más de dos mil quinientas obras de arte, de las cuales prometen que mil doscientas son piezas originales.

Un aroma a miel embarga a la psicóloga, casi la abruma. Comprueba que proviene de unas velas que una señora de blanco impoluto enciende con un candil.

—Le ruego que revise que sus datos sean correctos y firme por última vez aquí —dice el recepcionista.

Lis lee la documentación en diagonal, con la urgencia de quien ya ha firmado demasiado. Él insiste en que estos serán los últimos trámites, aunque cuesta creerlo después de las innumerables gestiones realizadas en apenas veinticuatro horas para acceder a esta urbanización blindada, privada, custodiada como si se tratara de una fortaleza. Todo, por supuesto, ya ha sido pagado por adelantado. Nada se deja al azar en este lugar.

Cada hoja lleva el sello de la villa: un logotipo en relieve que recuerda al del grupo de arte, elegante y perturbador a partes iguales. Ella lo acaricia con la mirada mientras sus pensamientos se deslizan hacia el abuelo de Miguel Strachan. El hombre al que la vecina Paquita y la encargada de los archivos en Málaga describieron como peculiar y radicalizado.

Radicalizado. Esa palabra no ha dejado de resonar en la cabeza de la psicóloga desde que la escuchó. ¿En qué sentido? ¿Religioso, ideológico, algo que escapa a la lógica popular? Esa incógnita pesa, cada vez más, como una sombra que amenaza con desbordarlo todo.

—Agradecemos su paciencia, señorita Bernat. Atendemos a una población muy exclusiva y precisamos ofrecer el mejor servicio.

—Sin problema.

—Tenga, el dosier es para usted: es su hoja de ruta. Debe seguirlo para completar su tratamiento.

—Gracias.

A la izquierda de Lis aparece una chica, preciosa, con una sonrisa que da grima por lo grueso de sus labios, también vestida de un blanco impoluto. La joven ruega que la psicóloga —en estos momentos galerista— la acompañe mientras un botones se lleva su maleta sin preguntar ni decir buenos días.

Lis obedece a la muchacha, quien la conduce hacia el centro del vestíbulo para mostrarle algunos espacios comunes de la villa. Su conducta se le antoja tan servicial que la incomoda.

Al pasar por unas cristaleras, Lis se observa y se siente estúpida. La han engalanado de tal forma que no solo se ha perdido a sí misma, ni siquiera diría que se ha difuminado: se ha convertido en ¡su madre! Es la viva imagen de la letrada, de la que Lis lleva toda la vida intentando escapar. Al cuello lleva unas perlas de Majorica. Lo siente como si ese collar fuera el de un perro, uno del que alguien va tirando al otro extremo de la cuerda; al antebrazo derecho, un bolso de Yves Saint Laurent de charol burdeos de más de mil euros.

Lis respira; no desea desregularse. «Marina y Ramón están al otro lado», se recuerda. Desde el piso franco escuchan las conversaciones que pueda mantener con las personas hospedadas en la villa. Marina recomendó gastar cuidado para que no la escucharan hablar sola. Las normas son estrictas y Lis ha accedido aquí con un diagnóstico de insomnio y ansiedad, no con un trastorno maníaco de la personalidad por el que puedan considerarle una verdadera demente que pueda destrozar el mobiliario.

Ramón comprobó que el emplazamiento cuenta con cámaras de seguridad a la entrada a la urbanización y en la recepción. Pasada esta, la intimidad es el oxímoron de la entidad. Cosa que se indicaba en los archivos que ha firmado. Lo hicieron así para asegurar la confidencialidad de las personas que aquí se hospedan.

Eden Palace no es un simple hotel. Lis intuye que, bajo la pompa del lujo, están frente a un centro de recuperación de salud mental. Federico Ramírez habrá acudido aquí en más de una ocasión, y tal vez no solo para tratarse la enfermedad de Kennedy que lo devora desde hará más de tres décadas. Lis intuye que el anciano marchante estuvo aquí por y para algo más.

La magnificencia del lugar haría sentir a cualquiera abrumado, y, sin embargo, debido a la infancia y juventud cargadas de ostentosidad que ha experimentado Lis, este espacio la hace sentir de regreso al hogar. Eso sí, un hogar incendiado.

A la psicóloga la invade una irreal sensación de familiaridad: «¿He estado antes aquí?», se pregunta.

La joven de sonrisa distorsionada la guía ahora hacia una terraza que finaliza en uno de los campos de golf con vistas al mar.

—En La Loggia puede disfrutar de la calidez del sol hasta las ocho de la tarde, señora.

—Es un emplazamiento idílico. Gracias.

—Todo consumo que desee está incluido en su intervención.

La palabra «intervención» vuelve a resonar. El término chirría a Lis, casi tanto o más que referirse a ella como «señora». Pero es así, ambas cosas lo son. A los ojos de la chica de gran sonrisa, Lis es una señora adinerada y caprichosa que requiere de unos masajes extra para mantener el equilibrio mental y para no mandar a un kazajo a ajustar cuentas con quien le haya roto una uña.

La muchacha señala el dosier.

—Se le está permitido conversar con el resto de los clientes —indica a Lis—, siempre que guarde la confidencialidad de las personas que aquí se hospedan.

—Naturalmente.

—Le recomiendo leer con detenimiento su dosier personalizado.

Lis abre el dosier y, en efecto, basándose en sus supuestas necesidades específicas, han determinado que requiere de duchas intercaladas entre el frío y el calor extremo, de masajes craneosacrales y de horribles jugos verdes de acelgas y alcachofas.

—En él —prosigue la chica de amplia sonrisa— se indican las actividades que ha contratado, los horarios a los que tiene que acudir y, también, las villas a las que ningún cliente puede acceder: ciertas villas privadas son de acceso restringido cuando nuestros clientes las ocupan.

—Por supuesto.

—Debe disculparnos por las molestias que esto pueda ocasionarle.

«¿Molestias?», se pregunta Lis. Se encuentran en un terreno de setenta mil hectáreas. Está segura de que podrá sobrevivir sin necesidad de acceder a una de las casas.

—Su habitación es la número treinta. Cuenta con terraza privada, por supuesto, y con unas espléndidas vistas al lago.

—Bien, gracias. Son ustedes muy eficientes.

A Lis le habría gustado decir «robóticos».

—Puede disfrutar de la biblioteca, de los espacios del *lobby* y de las salas de reuniones siempre y cuando lo haga en los horarios indicados…

—En mi dosier personalizado.

—Eso es, señorita Bernat.

La psicóloga hojea el dosier: cada sala, piscina, terma, restaurante y villa parecen tener nombre; como si los espacios fueran personas, como si los espacios tuviesen identidad. Pasa las páginas sin demasiado interés hasta que un nombre femenino, inconfundible, detiene su mirada.

—¿La primera dama de Estados Unidos se ha hospedado aquí? —pregunta Lis.

La chica sonríe con una sonrisa ensayada, diplomática.

—Esa es una de las villas a las que no tiene acceso.

No hace falta que la chica lo diga: se trata de una de las residencias con piscina privada y vistas al anfiteatro. Allí se alojaron el presidente y la primera dama de Estados Unidos, de ahí que le pusieran el nombre de la señora.

—Es importante que esté preparada después de la cena —dice la muchacha.

—¿Preparada para qué?

—Usted duerme fuera de su habitación.

La chica de gran sonrisa señala el dosier que han entregado a Lis. Ella lo coteja de nuevo y, en efecto, debe estar preparada a las diez y media de la noche para dirigirse a la zona de las termas.

—Este tratamiento va a cambiarle la vida: un antes y un después.

—¿En qué consiste?

—Se lo explicará el médico a su cargo.

—¿El médico?

—Sí, y no uno cualquiera: solo hay tres huéspedes que vayan a hacer el tratamiento completo y usted es una de ellos; se ha inscrito.

—Sí, disculpa. El insomnio me tiene aturdida.

—Un antes y un después.

Lis baja la mirada hacia el dosier, lee y regresa a la chica:

—¿Qué son las peceras?

26

Silencio y reflexión.

Giovanni Zimmer guarda silencio y reflexiona inmóvil, detenido frente a la estatua de san Bartolomé despellejado. El mármol parece carne viva. El santo sostiene su propia piel como un manto, un paño que cuelga de sus hombros flácido y retorcido. La crudeza de la escultura es insoportable para algunos, pero no para él. Para Zimmer, la escultura resulta un espejo en el que se refleja nítido: el sacrificio como destino; el cuerpo convertido en ofrenda.

Desde que, años atrás, el capellán de la Guardia Suiza fijó sus ojos en el ahora sargento mayor, supo que cuanto hacía no le pertenecía del todo. Su destino le había sido concedido por una fuerza que excedía a su voluntad. Como Bartolomé, Zimmer aprendería a sostener su propio cuerpo, a habitar el dolor sin delatarlo.

La solemnidad de este Sábado Santo amplifica la devoción que el sargento guarda a la causa. Es el único día del calendario en que la Iglesia suspende sus celebraciones litúrgicas, con excepción de la misa de vigilia nocturna. Este sábado supone un día de espera, de fe. Pero la espera no ha sido inocente.

Giovani Zimmer ha escoltado al arzobispo de Milán desde Isola Bella hasta Il Duommo: treinta minutos de trayecto en helicóptero,

viento en contra, desde la isla hasta la plataforma de helicópteros de Linate. Luego unos minutos en coche hasta la catedral.

El prelado fue el claro favorito que nunca llegó a ser papa: su nombre resonó en cada papeleta del cónclave. Pero Dios, o la curia, habían dictado otro destino. El arzobispo aceptó con obediencia lo que para él estaba escrito. El hombre y Zimmer son, a su manera, estrechos semejantes: obligados a cumplir por encima de sí mismos, a vivir como piezas de un engranaje.

Durante el viaje en helicóptero y en coche, el sargento se ha mantenido en un estado de aletargamiento. Ha reflexionado sobre las palabras de aquel hombre, el excéntrico filósofo al que todos aclamaban en la fiesta. Zimmer no es de aplaudir ni de venerar a dioses de carne y hueso, pero reconoce que aquel hombre, que Julius Schneider, hilvana ideas con una facilidad pasmosa y una impronta que tiende a despertar el espíritu de los presentes. Como poco, a reflexionar sobre la existencia y el para qué de la misma.

La presentación del trabajo científico de su mujer, de la señora Schneider, también ha cautivado al sargento. Su visión del futuro le recordó la grandiosidad y la generosidad de lo divino.

Zimmer, frente a la escultura del santo, porta ahora el maletín que le confiaron en su breve estancia en Isola Bella. En su interior reposa un secreto guardado desde 1981. Durante décadas, aquellos huesos habían permanecido ocultos en otro paradero. Pero tras el asesinato brutal de Björn Nielsen, la liebre había saltado: había que moverlos, había que borrar el rastro.

El sargento de la Guardia Suiza y el arzobispo de Milán descienden al Scurolo di San Carlo, la cripta que alberga los restos de san Carlos Borromeo, patrón de la ciudad. Los sarcófagos de los arzobispos,

alineados en penumbra, parecen custodiar tantos secretos como reliquias.

Zimmer sabe que en estos espacios se ocultan más que cuerpos: documentos, cartas, correspondencias jamás registradas oficialmente. Los archivos más importantes del Vaticano no están en el Vaticano. Se esconden en criptas como esta, en sacristías olvidadas, en cofres bajo las losas que pisan millones de turistas cada año.

El arzobispo se arrodilla en silencio. Zimmer comprende el gesto: Francesca Rossi reposará allí, junto a Borromeo. Un trueque sacrílego y perfecto, la pureza de un santo como tapadera de una víctima olvidada.

Mientras el arzobispo murmura unas palabras en rezo, el sargento recupera en su mente la imagen de Bartolomé despellejado. Al hombre que cargaba su piel como un manto. Él ha cargado un maletín con los huesos de una adolescente asesinada. El sacrificio se repite, de otra forma y con otro fin, pero se repite. Todos han entregado algo: unos por fe, otros por poder, otros por amor. Zimmer entiende que él mismo ha sacrificado su ser por obediencia a una idea más grande que la propia humanidad.

27

«Cualquiera que despierto se comportase como lo hiciera en sueños sería tomado por loco», decía Sigmund Freud.

—¿De verdad decía esta mierda enrevesada? —se pregunta Lis ahora, por la mañana y notablemente aturdida.

Anoche, tras la cena, siguió las indicaciones dispuestas en el dosier que prepararon especialmente para ella o, mejor dicho, para intervenir las necesidades específicas de su alter ego: Natalia Bernat. Finge padecer un insomnio cronificado, por lo que el CNI ha adquirido el pack completo de la clínica, aquel para el estudio y el tratamiento del sueño. Esto conlleva dormir en una ubicación especial, fuera de la habitación número treinta, aunque esta habitación por la que inteligencia ha pagado una millonada no es más que una mera anécdota en la que descansar entre tratamientos.

Allí, en la habitación y tras la lujosa pero escasa cena, encontró su maleta cerrada y sin sus pertenencias. Estas estaban ordenadas en el armario, en el zapatero y en el baño. «Jamás mi piso tuvo tanto orden», pensó Lis.

Sobre la cama habían preparado un pijama en tonos azules cálidos: le quedaba perfecto, tanto que parecía hecho a medida. Hasta el bajo era el adecuado. El pijama va a conjunto con unas sandalias de andar por casa y ropa interior: unas braguitas sin

costuras, nuevamente acordes a su talla. Lo que hizo que un escalofrío le recorriese la espalda.

Se vistió y se percató automáticamente de que la parte de arriba llevaba el logo de Eden Palace bordado en el pecho izquierdo. Intentó acomodarse el nanopinganillo en la oreja, pero temió que en el lugar al que iba la descubrieran. Así que lo dejó en la habitación, justo entre el resto de la ropa.

La tentación de hablar con Marina y el hacker estuvo presente. Lis reconoce que, muchas veces, sufre ataques de soledad, golpes que no sabe ni por dónde llegan, pero llegan. Y en ese instante recuperó la conversación mantenida con aquella mujer del CNI con la que charló en Roma, con la señora que la reclutó.

—¿Se ve capaz de realizar este trabajo? —le preguntó ella.

Lis resopló con sorna: «La eterna meritocracia encima de la mesa», pensó. Y entonces respondió con una pregunta indiscreta, por así decir.

—Si no fuese capaz no habrían contado conmigo, ¿no? —preguntó Lis.

Aquella señora quiso hacer hincapié en que colaborar con inteligencia conllevaba una preparación exhaustiva y cursos selectivos, cosa que ella se había saltado. En el caso de Lis, el servicio de inteligencia llamó a su puerta, por lo que no tenía que pasar por ningún estúpido cribado. Esto indicaba que ellos sí tenían claro que ella contaba y cuenta con las cualidades necesarias para ser una colaboradora, una analista, aunque fuese de manera específica, esporádica y temporal.

Esas cualidades, en cambio, nunca han sido experimentadas por Lis como una virtud. Más bien siempre ha considerado un defecto, o

un castigo, el tener una mente hiperactiva que la lleva a cuestionarse constantemente la existencia. La señora, sin embargo, comentó que valoraron positivamente la capacidad de la psicóloga, que se supone que la llevan implícita los de su profesión, para gestionar las emociones y mostrar resiliencia. Lis ya advirtió que tendría que llevar esta capacidad a la máxima potencia para representar a alguien más, a una, dos o tres personalidades ajenas.

—Se exige eliminar todo rastro de quién eres —dijo la señora.

Ahora, Lis, en Eden Palace y tras una noche en las peceras, se pregunta quién es. Aunque es una pregunta que se hace de manera recurrente.

Lo que es nuevo para ella es preguntarse qué ha sido esto que le han hecho. No sabe por qué está reproduciendo estos recuerdos ni manteniendo esta peculiar conversación consigo ahora. ¿Ahora?

—¿Dónde estoy ahora?

Lis está en La Loggia, en ese símil de museo cafetería en el que desayuna frente a un ventanal abierto. El sol que llega supone un abrazo para la psicóloga: tiene sueño, quiere dormir. Recuerda haber soñado, haber tenido pesadillas. Tres cerdos paseaban por el filo de una piscina. Ella estaba en un chalet, al borde de un acantilado, pero no era su casa familiar en Cantabria, no era un lugar en el que hubiese estado nunca. ¿Por qué había tres cerdos?

Pasea la mirada de un lado a otro de la sala. En ella encuentra a personas pudientes que se hacen las interesantes mientras leen el periódico o el libro de turno sobre claves para mejorar la autoestima. En el mejor de los casos, cierran los ojos para concentrarse en sus respiraciones entre sorbo y sorbo de té.

—Lis, vuelve —se ordena.

En medio de un evidente estado de disociación, Lis vuelve a lo que la ocupa: a poner en orden lo que vivió anoche. Antes de las diez y media, hora indicada en el dosier para dirigirse al lugar en el que dormiría, dejó el nanopinganillo entre su ropa.

Al abrir la puerta del dormitorio se topó de bruces con una sonrisa desfigurada por el exceso de ácido hialurónico y, con ella, a la chica rubia, imperturbable. Esperaba a Lis para conducirla a una ubicación que creyó desconocida. Que todo en ese lugar huela a miel le provocaba náuseas.

La muchacha llevó a Lis hasta la zona de spa, donde tendría su primera sesión de intervención con agua. El uso del agua para preservar la salud ha sido siempre una constante en la historia de Andalucía. El spa de Eden Palace, considerado el mejor del mundo, se vende como una oda moderna a esa antigua cultura del agua: un santuario donde restaurar cuerpo y mente, donde dejarse envolver por la promesa de pureza y silencio. Lis y la jovencita rubia cruzaron el recinto hasta el extremo, donde una Venus de mármol, a tamaño real, se agarra el pecho derecho con un gesto ambiguo —entre el pudor y el dolor—. A su lado, una puerta contundente separa la piscina principal de una sala restringida. La chica apoyó su huella en el lector y el mecanismo emitió un sonido seco, similar al clic de la cámara que se ha instalado en la cabeza de Lis y que, debe reconocer, en ese momento no escuchaba.

Dentro de la sala a la que accedieron, en la penumbra, había cinco cápsulas translúcidas que reposaban alineadas. A Lis le recordaron a los hoteles cápsula japoneses, donde los cuerpos se apilan en silencio, ordenados y prescindibles. Sintió náuseas intensas de nuevo. Ella detesta los espacios enjaulados y, por imposición, allí

debía pasar dos noches. Lo había pagado —bueno, lo había pagado el CNI—, así que la psicóloga debía fingir indiferencia.

Nada más entrar vio a un hombre al lado de las cápsulas.

—Estas son las peceras —dijo el médico a cargo de la intervención del sueño con voz neutra—. El tratamiento más eficaz de Europa para la monitorización completa del sueño. Le permitirá descansar como no lo ha hecho desde niña.

El hombre explicó que la polisomnografía no era solo una prueba empleada para diagnosticar trastornos del sueño.

—Registra las ondas cerebrales, los niveles de oxígeno en sangre, la frecuencia cardíaca y respiratoria —añadió—. Durante la fase REM, el movimiento ocular es uno de los indicadores más relevantes. Ahí es donde se ocultan los sueños, los verdaderos.

Lis asintió. Ella no le podía comentar al médico que sabía exactamente lo que le estaba contando, que no le era extraño. No podía decir nada. Solo podía asombrarse como una inepta.

Las peceras eran polígrafos del sueño, instrumentos que diseccionaban cada latido en la noche. Una herramienta esencial para los insomnes crónicos. Lo cierto es que la maquinaria sí que dejó a Lis estupefacta. Por supuesto, tampoco aparecen en la web de Eden Palace. Aunque en este caso comprende que deseen dar la mayor exclusividad a los huéspedes. Las peceras cuentan con una tecnología muy avanzada, impensable en otros contextos sanitarios.

Lis, ya en el presente, cavila. Cree haber preguntado al médico por qué debía pasar toda la noche dentro de la pecera y ambos días de hospedaje. Él no respondió directamente. Al menos Lis no lo recuerda. El médico se limitó a ajustar un sensor del aparato y, al final, se expresó:

—El verdadero tratamiento empieza después de la monitorización, durante las terapias diurnas. Hay personas que permanecen aquí semanas, señorita.

«Siento que estoy despertando —piensa ahora—, pero no estoy segura de estar haciéndolo».

—¿Dónde estoy? —musita Lis ahora y, de nuevo, con la voz temblorosa—. ¿Y qué ha sido esto?

28

La agente Marina Doña repiquetea con las uñas contra el cristal del piso franco que da a la balconada.

Ella ocupa el lugar que suele ocupar su compañera y amiga Lis de la Serna. Marina piensa en la capacidad de la psicóloga para buscar las salidas en caso de necesitarlo, incluso en los lugares más austeros, en los laberintos más oscuros fuera y dentro de ella.

—Maldita paya —dice, y se le escapa una risa leve.

Pero esa mente deslumbrante acarrea un precio: la fragilidad de una tendencia maniacodepresiva que acecha como un filo dispuesto a volverse en su contra. Y eso es justo lo que Marina teme.

El sonido del repiqueteo se clava, seco, en la sala cargada de espera.

—No le va a pasar nada —dice Ramón—. Lis es un perfil de clienta perfecta para Eden Palace: pasará inadvertida.

—Ya —susurra Marina sin demasiada convicción.

—Mujeres como ella son su público estrella: bellas, con la autoestima fracturada, delgadas que aún quieren adelgazar más.

El hacker levanta la vista de las pantallas de ordenador y hace un gesto con la cabeza para que Marina se siente a su lado. Ramón, que ha hackeado las cámaras de entrada y salida de la urbanización benahavileña, comparte sus hallazgos:

—El hotel limita con Los Belvederes y el Nordic Royal Club. Todo indica que la mayoría de los huéspedes pueden ser nórdicos.

—Lo que ya intuíamos por el pinganillo.

—Sí —asiente Ramón en automático.

Una voz familiar irrumpe en los altavoces:

—*God morgen!* —es Johannes Jensen. Su voz sale de los altavoces de los ordenadores de Ramón—. ¿Estamos?

Ramón y Marina aguardan esa conexión con el noruego.

—Estamos —responde Marina.

—¿Cómo está? —pregunta Jensen—, ¿cómo está Lis?

—Bien —dice Ramón, y omite que le han echado el nanopinganillo a la lavadora.

Marina se inclina hacia la pantalla.

—¿Lo tienes, Jensen?

—Sí, tenemos al pájaro.

La agente Marina resopla. Tal vez de alivio, tal vez de angustia.

—No ha sido fácil —prosigue Jensen—. La Iglesia le ayudó con una nueva acta de bautismo, pero lo tenemos.

Johannes Jensen comparte en pantalla las imágenes de frente y de costado de un hombre joven, atractivo, impecable en el uniforme del Nasjonal Samling, el partido nazi noruego de Quisling. Aquel muchacho no era cualquier soldado. Ni mucho menos. Aquel poseía el certificado ario.

—Ødegård —indica Jensen—. El viejo marchante al que hicisteis una visita es Fredrick Ødegård.

Los componentes del grupo, desde Málaga, asienten con sorpresa contenida a la información de su compañero noruego. Él, a través de

la pantalla, comienza a desgranar lo conseguido por la Interpol y la inteligencia de su país:

—Federico Ramírez nació como Fredrick Ødegård en Christiana, actual Oslo. Se unió al partido Nasjonal Samling tras la ocupación alemana y se alistó voluntario en la Waffen-SS. —Jensen hace un pequeño parón y continúa—: En su ficha de extradición figuran varios domicilios en España, alguno en el norte, pero casi todos en la Costa del Sol.

—¿Dónde en el norte? —pregunta Marina.

El noruego suelta una carcajada ahogada.

—¿Qué? —pregunta Marina.

—Nada —dice él—, me ha parecido raro. El domicilio que aparece en Cantabria está en Comillas.

La agente Marina y Ramón cruzan miradas.

—¿No fue allí donde estuvisteis encerradas? —culmina Jensen, pero la agente Marina no responde a esto último.

—¿Qué más tenemos? —pregunta ella.

—Bueno —responde Jensen—, lo que tenemos es que este tipo tiene muy buenos amigos.

Jensen comparte que el anciano marchante de arte mantenía amistad con el ministro de Trabajo de Francisco Franco, quien facilitó negocios inmobiliarios en la Costa del Sol a los repatriados nazis. También intervino en la gestión de colegios, centros culturales e incluso museos en Málaga.

—Tiene mejores amigos que los míos —se jacta él.

—Es un disparate —dice Marina.

Jensen ríe. En la pantalla, la imagen se divide en dos, y el noruego continúa, con el tono entre irónico y meticuloso que adopta cuando

está a punto de revelar algo importante.

—El pájaro este estuvo convaleciente en Viena, alrededor de 1945, tras una herida de bala. En los setenta se mudó a Marbella. Lo describen como un tipo inteligente, discreto. De esos que sobreviven a todas las tormentas manteniéndose siempre en un segundo plano, incluso en un tercero.

—Vive en una discreta cuarta fila —interviene Ramón, aludiendo a la fotografía en la que aparecía detrás de los reyes de España.

Jensen asiente y prosigue:

—Desde que se hizo llamar Federico se apartó oficialmente del partido nazi. Bueno, por eso y por su enfermedad. Debutó demasiado pronto y le retiraron el certificado ario. Tenía buenos amigos, pero también buenos enemigos.

El hacker parece buscar algo en la pantalla. Quizá entre los ficheros. Jensen puede ver cómo unos escritos se reflejan en sus gafas.

—Bien —pide Ramón—. Continúa.

—A Fredrick Ødegård se le conocían rencillas con un tipo bastante importante para el movimiento nacionalsocialista alemán: el doctor Tod.

—¿Tod? —pregunta Marina.

Jensen asiente.

—«Muerte» en alemán —responde—. Un enfermo al servicio de Himmler; ambos reconocidos fanáticos del oscurantismo. El caso es que Frederick se negó a encubrirlo cuando le dieron caza en Marbella.

Marina traza mentalmente el recorrido del marchante desde que llegó a España y llega a la conclusión de que supone un vínculo con

los Strachan.

—¿Crees que el grupo cultural le dio cobertura para hacer esa jugada? —pregunta Marina—. Los miembros del grupo eran contrarios al movimiento nazi, ¿no?

—Hombre, podría ser. Si el tipo se negó a encubrir al doctor, o tenía dos cojones muy grandes o tenía apoyos por otras vías.

Ramón cruza los brazos. Parece sopesar y recopilar la información, en silencio, en el ordenador que tiene por cabeza.

—¿Quiénes eran sus amigos?

—El viejo mantenía buenas relaciones con León Degrelle, el coleccionista… —responde Jensen.

—El Cordobés —añade Marina mientras ojea a Ramón.

Jensen prosigue:

—La tarde, Ramón, en la que me hablaron del grupo cultural…

—Sí…

—Aquella tarde estuve bebiendo con los nietos de este gañán —termina Jensen.

Marina asiente, reflexiva:

—Los nazis tenían valores contrarios al grupo de arte que lideraba el abuelo de Miguel Strachan, pero se movían en los mismos círculos.

—Eso parece —indica Jensen—. Se mataban y se acostaban entre ellos, para que me entendáis.

Basándose en las últimas averiguaciones de la inteligencia noruega, los tres compañeros pueden afirmar que Fredrick Ødegård —el anciano marchante de arte— pasó de un extremo a otro. Pero nadie tiene una revolución así en su vida y sale indemne del huracán.

Además, según las investigaciones que Ramón y Marina han llevado a cabo en los últimos días, la relación entre los príncipes austriacos, propietarios de los terrenos sobre los que se levantó el Eden Palace, y el régimen nazi no fue precisamente un secreto.

—Con los miembros del partido nazi se puede romper relación —añade Jensen—, pero con el partido…, eso ya es otra cosa.

Marina y Ramón saben por qué Jensen habla con tamaña seguridad, y ambos —aunque no lo digan— lo lamentan.

—¿Qué relación pudo haber entre el marchante y Eden Palace? —pregunta Ramón.

—Tratamientos, tal vez —responde Jensen—. No hemos encontrado una vinculación directa entre la construcción del lugar y Ødegård.

Ramón lanza una pregunta incisiva:

—Johannes, ¿este pudo ayudar a expoliar arte?

—Eso seguro —responde Jensen—. Ya os he dicho que es un pájaro de los buenos. Para que la Iglesia le cambiara el certificado de nacimiento, tuvo que arrodillarse bastante.

—¿Y a expoliar al niño? —pregunta Marina—. ¿A Miguel?

—Ser nazi no es una afiliación a un partido —dice Jensen—: es una condición, y no tienen escrúpulos.

Ramón irrumpe, decidido a ser sincero con su compañero.

—Nosotros también tenemos algo, Johannes.

—¿Qué?

—Eden Palace, el hotel al que mandamos a Lis, pertenece a una cadena de hospitales y clínicas con presencia en toda Europa —dice Ramón—. Justo cerca de donde fue encontrado el cadáver de Nielsen…

Jensen ata cabos a velocidad vertiginosa.

—Venga —dice, incrédulo—. ¡No me jodáis!

—Sí te jodemos, Jensen —dice ahora Marina—. La clínica junto al lago de Jessheim pertenece a los mismos socios capitalistas que controlan Eden Palace.

29

Lis desliza la pulsera por el lector, a la derecha del pomo, de la habitación número treinta.

Al entrar se topa con una mujer, impecablemente vestida de blanco, que arregla la estancia con una precisión innecesaria.

—Aquí todos los días son un bautismo —susurra la mujer.

—Buenos días —le dice Lis—. No la esperaba. Le agradezco que arregle la habitación, pero no lo he pedido.

—Nadie lo pide, señorita Bernat. Es la política de la empresa. Nosotros nos adelantamos a los deseos de nuestros hospedados.

Una risa estúpida se le escapa a la psicóloga.

—¿Eso puede hacerse?

—¿Limpiar la habitación?

—No. Adelantarse a los deseos de los clientes.

La mujer, la limpiadora, sonríe en respuesta. Los empleados están bien adoctrinados para proceder exactamente de la misma manera. El silencio institucional está dentro de los presupuestos generales del Estado, de este Estado, al menos. Otra risa estúpida se le escapa a Lis. Le alegra descubrir que, pese a su aturdimiento, no ha perdido su sentido del humor rancio.

La psicóloga coge la ropa y se encierra en el baño mientras la limpiadora prosigue con sus tareas: relimpiar lo ya inmaculado. Lis

descubre que en su brazo izquierdo le han hecho una escabechina: un moratón del tamaño de una pelota de tenis. Se cambia de ropa y sale del baño, esperando que la señora ya se hubiera marchado, pero ahí sigue, acomodando los cojines de una cama en la que Lis no ha dormido ni dormirá.

—Aquí todos los días son un bautismo —susurra la limpiadora de nuevo.

—Ya, ya me lo ha comentado antes.

La mujer se gira hacia ella y sonríe.

—¿Necesita algo, señorita Bernat?

—Usted acaba de hablarme.

—No, señorita.

—Acaba de decirme que aquí todos los días son un bautismo.

—No he hablado, señorita Bernat —responde, inmutable—. Pero, si lo necesita, contamos con un buen equipo de psicología. Puedo avisar a su responsable de tratamiento…

—¡No! —Lis la para en seco—. No, gracias. Estoy bien.

La limpiadora la observa. La juzga en silencio. Lis siente cómo ella entra dentro de sí sin que le haya dado permiso para hacerlo.

—¿Ha desayunado, señorita Bernat? Debería hacerlo y seguir con su protocolo establecido.

—Sí, gracias.

Tiene razón. Quizá Lis esté sufriendo una bajada de tensión como efecto secundario de la pecera. «No, espera —se dice—, ya he desayunado». Ya ha estado en La Loggia, ya ha estado rodeada de todas esas personas que se hacen las interesantes mientras toman un *macchiato* o leen en diagonal el periódico en noruego.

—En noruego —musita la psicóloga, que cae en la cuenta.

—¿Necesita algo, señorita Bernat?

Lis, bajo la mirada atenta de la limpiadora, busca rápidamente la libreta que trajo al hotel. «¿Dónde está?», se pregunta.

—¿Dónde está la libreta?

—¿Qué libreta, señorita Bernat?

—Mi cuaderno de notas. Estaba dentro de mi maleta.

—Ah, sí —reconoce ella—. Lo deposité en el primer cajón de la mesita de noche, a la derecha de la cama, señorita.

—Bien. Gracias.

Lis comprueba que está ahí, donde indica la limpiadora. Justo bajo un Nuevo Testamento que debe de ser de la casa: de alguna forma se queda impactada al verlo. La situación le ha recordado, por un instante, a los días vividos en la residencia Santa Teresa.

—¿La ha abierto?

—No, señorita —responde ella.

—Bien.

Agarra la libreta y el bolígrafo y, sin pensarlo más, se encamina hacia el restaurante La Loggia. Siente los ojos de la limpiadora clavados en la nuca; está segura de que la sigue con la mirada, es un peso muerto que se ha enganchado a sus pasos.

De camino al restaurante, se repite una y otra vez que está sola. Necesita convencerse de que sus palabras se quedan dentro y no se derraman en voz alta ante cualquiera que se cruce en su camino. La mente de Lis siempre ha trabajado mejor bajo presión; aun así, no sabe si lo que siente ahora es fruto de una bajada de tensión tras las interminables sesiones de spa o por la noche en la cápsula. El aturdimiento se parece demasiado a aquellos días adolescentes, cuando perdía la noción de las horas y del tiempo mismo.

Lis avanza torpe por los pasillos del hotel, preguntándose si esa sensación —la de estar semidrogada— la comparten otros clientes o si solo le ha tocado a ella experimentarla. Deja atrás la recepción; algún empleado le dedica una sonrisa que más que amable resulta maquiavélica. Sigue por el pasillo que conduce a la piscina exterior y al spa con vistas. Sus pies esquivan ahora pequeños riachuelos de agua que serpentean hasta perderse en la piscina.

—Ahí está —dice.

Su fragilidad física no ha fallado a su capacidad mental: frente a los ventanales del spa y al lado de una vasija, reposan unos libros al amparo de un olivo. El autor es Milton Mayer y el ejemplar data de 1955. Resulta peculiar la cantidad de personas de origen nórdico que hay hospedadas en Eden Palace, tantas como para que les hagan llegar la prensa en su idioma.

Abre las páginas del libro. No comprende ni una sola palabra; sin embargo, las imágenes no necesitan traducción: muestran a personas ataviadas con el uniforme militar de los colaboradores del genocidio judío. Una lectura nada ligera para un centro que promete despertar en los huéspedes una sensación de paz y bienestar abrumadora.

—Aquí está, señorita Bernat —dice una voz.

Lis se gira. Es la responsable de su tratamiento, la chica de la sonrisa enorme. Sujeta una bandejita con lo que parecen unos medicamentos.

—¿Qué es eso? —pregunta Lis.

—Vitaminas. Su *smoothie* y sus vitaminas.

—¿Qué son?

—Vitaminas —insiste ella—. Es media mañana, es hora de sus vitaminas.

—¿Media mañana? ¿Ya es media mañana?

—Las 11:57, señorita Bernat.

La psicóloga entiende que debe aceptar el ofrecimiento de la muchacha si quiere que la deje marchar en relativa paz.

«Estoy aquí por Miguel Strachan —se dice Lis—, por Miguel Strachan». Lo repite como un dogma de fe.

Lis debe seguir, y cumplir, el plan previsto, que en realidad es inexistente: revisar cada cuadro, cada escultura, cada talla del hotel. Así que accede a beber la mezcla apoteósica, ese batido verde y las vitaminas de origen incierto. La muchacha sonríe satisfecha y se aleja.

Las náuseas le suben a Lis desde el estómago hacia la garganta como un oleaje. Coge el libro en noruego con la mano contraria con la que sostiene la libreta y el bolígrafo y atraviesa una de las puertas del hotel adentrándose en uno de los pesillos. Busca el baño más cercano: va a vomitar.

Lis de la Serna, otra vez, se ha encontrado en el espejo y, otra vez, se ha sentido estúpida.

«Soy mi madre», se dice.

La necesidad de construir un relato coherente empieza a parecerse a una tragicomedia: una de esas farsas en las que el público ríe sin saber si lo hace por compasión, desesperación o miedo.

Se halla envuelta en un aturdimiento espeso, casi viscoso, y no solo por haber vomitado el batido verde hace unas horas. Sus pensamientos se entrelazan con lentitud.

Al regresar a la habitación, algo la detuvo en seco: el orden había cambiado. El orden de las cosas había cambiado otra vez. Y no solo el de las prendas o el de los efectos personales. También tuvo la sensación de que habían cambiado las cortinas, el ángulo de la lámpara, incluso el modo en que su abrigo colgaba del perchero.

—No debe alarmarse, señorita —dijo el recepcionista—. Solo hemos enviado su ropa a la lavandería. Es nuestro procedimiento habitual, nada más.

Pero ha bastado para encender en su neurosis una sospecha.

«¿Cuánto tiempo he estado dando vueltas para que lo cambien todo?».

Aunque sí es cierto que Lis cree haber recorrido todos los pasillos del hospedaje, pasado por cada una de las piscinas y los restaurantes, analizado cada uno de los motivos grabados en las vasijas y aspirado hasta una de las velas de miel. Nunca ha tomado drogas, pero la sensación posterior debe de ser algo así.

«¿Qué es Nisaba?», se pregunta.

No sabe qué es y no cuenta con acceso a internet para informarse, pero sí sabe que, cuando ha pasado la pulserita por el lector de la sala, le han negado el acceso.

—¿Qué es Nisaba? —musita de nuevo.

Lis esperó en la puerta de la sala. Esperó durante horas —o eso cree— y siguió esperando en vano. Ya había anotado en su libreta cada detalle que le había resultado llamativo: nombres con los que han llamado a las obras, fechas, fragmentos de inscripciones que

apenas podían leerse. Pero en ninguno encontró resquicio de Miguel Strachan.

Esperó y esperó en la puerta de la sala Nisaba, sin éxito. Desesperada, interrogó a uno de los trabajadores que cruzó con un carrito de bebidas aquella puerta.

—¿Cuánto tiempo puede estar la gente reunida? —preguntó ella, imperativa—. ¿No se supone que es un lugar de descanso?

—Para usted sí, señorita Bernat.

—*Touché* —murmuró Lis.

Ahora, habiéndose dado por vencida, se dirige a la cita de esta noche. La cita establecida en su rutina, por supuesto. No sabe bien qué hora es, pero ya está para eso la responsable de su tratamiento: la chica de la sonrisa descompensada se lo recuerda todo. Ella le recuerda y le marca los tiempos. Lis siente que la persigue; está segura de que la persigue.

La cita ineludible de esta noche es un evento musical en el anfiteatro romano artificial del hospedaje. Lo que hoy pesa a la psicóloga como una obligación, en otras condiciones habría supuesto su mejor plan de la semana o del mes. A su pareja, a Francisco Palacios, no le agrada asistir a ese tipo de actividades. No disfruta la belleza de la música clásica. «No disfruta la belleza», piensa ella. A él solo le agrada ver a veintidós hombres corriendo en calzoncillos tras un balón.

Ahora, al caer la noche, y nuevamente con el sentimiento de estar disfrazada de su madre, Lis se encamina hacia el anfiteatro romano, donde tendrá lugar el concierto de cuerda prometido. Cientos de velas titilan sobre los escalones de piedra. Generan la ilusión de un resplandor ámbar sobre los rostros de los espectadores.

El cuarteto de cuerda preside el centro del anfiteatro. Todos son muy jóvenes, jovencísimos estudiantes recién salidos del conservatorio. Ellos también visten una sonrisa de oreja a oreja. Ella se pregunta por qué todo el mundo parece anestesiado de felicidad y, sin embargo, ella parece anestesiada de ansiolíticos.

Las primeras notas de *El invierno* se deslizan entre las cuerdas de los dos violines, la viola y el violonchelo. El primer violín quiebra las aguas heladas del lago. El mecánico de helicópteros viene a su cabeza como una ráfaga helada. El ritmo de la música le resulta irregular, pero no es la descompensación del cuarteto. Es la que ella alberga en sus pensamientos.

Observa a los asistentes al evento. Considera que es la única con aspecto de paciente pese a los esfuerzos por mantenerse erguida y evitar que el vino blanco no se lleve consigo el maquillaje de los labios.

El sonido de las cuerdas le hace rechinar los dientes. Las notas se le antojan especialmente agudas. El cráneo de Nielsen se abre ante ella, de repente, iluminado por las velas impostadas de tono anaranjado.

Los chicos de la fotografía la miran. El ciervo agónico la mira. Cree que quieren decirle algo: los chicos raptados al fin mantienen una sensación de permanencia. Tienes amigos. «Pero permanencia a qué», se pregunta.

Cada movimiento de la sonata es una punzada entre los sesos. La nieve cae sobre Lis, cada nota le provoca un derrumbe interno.

30

La psicóloga ha pasado su segunda noche en la pecera: su intervención ha finalizado y su tiempo en Eden Palace también.

«¿Ya es lunes?», se pregunta Lis, y cavila: entre el sueño y la vigilia, las experiencias vitales la sacuden, la agitan, la escupen, para acabar remolcándola al lugar al que pertenece.

—El lugar al que perteneces —musita.

Cuando eres niño, la atroz, casi agresiva, necesidad de pertenecer a tus padres condiciona cada minuto de tu existencia. Durante la adolescencia, por el contrario, un fervor intenso te empuja a experimentar aquella supuesta naturaleza salvaje. Esta etapa te desvincula de lo conocido para iniciar el trayecto hacia lo que consideras que eres o que podrías llegar a ser. Pero esta no es más que una interpretación edulcorada de la biología, diseñada para guiarte en la construcción de una personalidad que, en última instancia, siempre estará desordenada. La realidad es que, desde el momento en que nacemos hasta el final de nuestros días, pertenecemos a los otros, a la crianza que nos han proporcionado, al lugar metafórico en el que esperamos ser amados, genuinamente, por ser quienes somos, muy a expensas de que lo merezcamos o no.

Piensa ahora en si a Miguel Strachan o a Francesca Rossi los amarían por quienes eran, por quienes eran de verdad. Recuerda

haber hecho esta pregunta a Jensen, en Málaga, cuando caminaban en dirección a la asociación en la que Miguel recibía clases de bellas artes. Si el exinspector Cisneros estaba en lo cierto, si el chico llegó al centro de Málaga aquel día en el que desapareció, y si aquel jubilado de veras lo vio en las escaleras de la asociación, Miguel, el adolescente, se entregó a los brazos del arte —a los que pertenecía —. Hace tiempo que dejó de ser parte de sus padres; mucho antes de que se le perdiera la pista.

Uno de los amabilísimos camareros de La Loggia se acerca a ella con excesiva complacencia.

—Su *smoothie* de espinacas y naranja, señorita Bernat.

—Gracias.

—Que lo disfrute.

Lis le sonríe con desgana: él no tiene la culpa de que hayan planificado que, debido a su falta de ferritina, deba tomar ese jugo del infierno.

Siente una picazón intensa en el brazo izquierdo; se rasca y se rasca sin alivio. Levanta la blusa: la erupción cutánea se extiende a medio brazo y también tiene una especie de dermatitis por contacto en la muñeca. La actigrafía le ha jugado una mala pasada. Ese aparatito del demonio recubierto de níquel, al que Lis es alérgica, le ha dejado el recuerdo de unas ronchas que parecen quemar desde el interior a la piel.

De repente siente aquella alarmante sensación. Vuelve a acecharle la idea de que es una paciente; es una enferma. Una enferma como lo estaban sus abuelas, las mujeres que la criaron. En especial, como lo estaba su abuela Victoria, a quien diagnosticaron de

esquizofrenia en los últimos años de su vida: un título más a su ya largo linaje de trastornos de la personalidad y del estado de ánimo.

Lis cierra los ojos para recuperar la sonrisa de su abuela, esa que la traslada a un estado calmo, pero, en este caso, el estado calmo ha durado lo que dura la fugacidad de la alegría: la sonrisa triste de Miguel Strachan se ha superpuesto a la de su abuela Victoria.

La psicóloga da un trago al *smoothie* haciendo un esfuerzo titánico por no vomitarlo sobre la mesa.

Comprueba que lleva consigo, en su bolso, la libreta de anotaciones y el bolígrafo. Y se dirige a la sala de reuniones a la que ayer se le negó el acceso.

—¿Qué tipo de gente trabaja en un fin de semana de Semana Santa? —musita.

Se pone en marcha. Cruza el magnificente *hall* central y avanza hacia los pasillos que preceden a la piscina y al spa. De nuevo se detiene frente a la sala Nisaba.

—Nisaba —repite; sigue sin saber qué significa el concepto.

Jamás lo había escuchado; incluso le costó memorizarlo.

Pasa la pulserita por el lector, por si se obrara un milagro. Y se detiene, incrédula.

—Se ha abierto —musita.

Lis vuelve el cuerpo a uno y otro lado del pasillo. Nadie está alrededor. Nadie la mira. Y, sin embargo, juraría que la están observando. Curiosamente, el clic de la cámara que la perseguía ha aminorado desde que se encuentra en Eden Palace, aislada.

—Se ha abierto —repite, aún incrédula.

Ayer no podía acceder a la sala, hoy sí. «¿Qué ha cambiado?», se pregunta. Pero sin más, y antes de que alguien la vea o le reproche

algo, entra en la sala y cierra la puerta tras ella.

La luz, que parece tamizada por las cortinas de lino de color marfil, dibuja en el suelo un mosaico dorado sobre las losas que fingen ser antiguas. Todo resulta demasiado perfecto, demasiado preparado. La mesa del centro se viste con un mantel de color hueso y se presenta flanqueada por sillas de terciopelo azul. Sobre ella, ve dos centros de flores pajizas.

—A juego conmigo —bromea.

Camina despacio, conteniendo el impulso de asomarse por las ventanas: no desea que nadie sospeche que ha entrado aquí. El aire huele a velas de miel. El olor es más intenso si cabe que el del resto del hospedaje. Entre dos butacas, también de color hueso, y con una exactitud que parece medida, se ubica una mesa de cristal que sostiene un jarrón de hortensias que han empezado a marchitarse.

Le resulta curioso ese detalle: que permitan flores marchitas, flores envejecidas. Un ápice de mundanidad se ha infiltrado en el paraíso.

Lis abandona la sala con cierta tensión en el cuello. A su marcha, la puerta estaba entreabierta. Ella recuerda haberla cerrado cuando pasó.

«La cerré, ¿no?», se pregunta.

Al abandonar la sala Nisaba, varios clientes la observan y le sonríen, complacidos. Dan por hecho que pertenece a su misma escala social por permitirse pagar el hospedaje. Y tal vez sea así: una privilegiada. Aunque, desde luego, lo que no siente es que ostente el poder depredador de quienes amasan sus fortunas a costa de la carencia ajena.

Tan puntual como puede serlo un reloj de arena, el taxi enviado por sus compañeros, por Marina y Ramón, la recoge en la entrada principal de Eden Palace. El taxista le abre la puerta y la cierra con suavidad a su paso.

Unas horas después —«No, unas horas no puede ser», piensa—, el taxi la deja frente a una de las puertas de acceso del centro comercial, en pleno centro de Málaga. El mismo procedimiento de hace dos días, solo que esta vez el trayecto se ha recorrido a la inversa. Una coreografía discreta y bien calculada.

—No pega que te recojan ni que te traigan a este cuchitril —dijo Marina el día en que se marchó al hotel.

Y en ese cuchitril que llaman piso franco se encuentran juntos ahora. Pero Lis no recuerda cómo ha llegado hasta este punto.

—¿Cuándo me he bajado del taxi? —pregunta en un susurro.

Los ventiladores de las dos torres de ordenador de Ramón truenan: se están refrescando, o eso dice él. Lis siente que le están absorbiendo el cerebro.

—Lis. —Oye ella decir—. Lis —insiste la voz, y entonces alguien le sacude el hombro izquierdo.

—¡Lis!

Es Marina, quien sube el tono.

—Sí, sí. Estoy, estoy aquí.

—¿Estás aquí?

—No he dormido bien.

Lo cierto es que la psicóloga no sabría decir si le han tratado el sueño o si la han privado de él. Está más cansada de lo habitual, que ya es decir. El tratamiento al que se ha sometido debe

asemejarse a un viaje astral por consumo de ayahuasca. Una caída hacia dentro y sin regreso.

Ella alza la vista por encima de las pantallas de ordenador para contemplar el croquis del salón. Los ventiladores siguen tronando. Tiende a repetirse directrices: se siente una anciana que ha olvidado dónde acaba de soltar las llaves. Sus pensamientos se han ralentizado.

—¿Qué es esto? —pregunta Marina sosteniendo en la mano un libro deshilachado.

—*Del morbo sacro* —musita Lis sin pensarlo.

«Es curioso», se dice. Porque no recuerda el libro, aunque sepa de qué ejemplar se trata.

—¿Qué es esto, Lis? —insiste Marina—. Lo traías en la mano.

—El libro de aforismos —insiste ahora Lis—. ¡*Del morbo sacro*!

Del morbo sacro es uno de los tomos que componen el *Corpus Hippocraticum*. En esta composición no se habla del alma en un sentido metafísico, sino en términos médicos y fisiológicos. Analiza la epilepsia, considerada con anterioridad a Hipócrates como una enfermedad divina, sagrada, hasta que el autor lo desmintió.

—*Del morbo sacro* —repite Lis en un murmullo mientras sus compañeros la observan, perplejos.

—Está firmado por Miguel Strachan, Lis —dice Marina intentando mantener la calma.

—¡Es lo que te acabo de decir! —repite Lis—. Es el libro de aforismos.

—No es lo que me acabas de decir.

—Es su libro de aforismos, ¡joder!

Entonces el hacker despega el trasero de su asiento. «¡Qué extraño! —piensa Lis—. Lo que haya llevado Ramón a levantar su trasero de la silla ergonómica —cavila ella— no debe de ser *peccata minuta*».

Marina continúa con la mirada fija en la psicóloga.

—¿Cómo lo sabías? —pregunta la agente.

—¿El qué?

—¿Sabías que Miguel tenía un libro de afo… algo?

—Aforismos, sí. Virginia me lo dijo. Virginia, la compañera…

—Sí, sí. Sé quién es.

Marina revisa el librito; pasa sus páginas como si fueran a descomponerse, o quizá sea Lis la que se está descomponiendo.

—«No hay nada de divino en lo que puede explicarse por la naturaleza».

—¿Qué has dicho, Lis? —pregunta la agente.

—«No hay nada de divino en lo que puede explicarse por la naturaleza» —repite, y explica—: Es una de las frases que Miguel subrayó.

Siente la cabeza crujir. Se lleva la mano a la frente; pretende frenar así el rayo que la atraviesa. A los pocos segundos, Ramón regresa con una taza de café con leche que desprende un humito embriagador.

—Bebe —dice a Lis.

Y ella obedece como una niña pequeña sola en medio del Retiro.

La escena traslada a Lis a aquellas noches en las que regresaba a casa de sus padres tras haberse bebido hasta el agua de los floreros. Su padre, en la sobriedad que le reviste, le ofrecía un vaso de agua con sal para que se le embotase el estómago y vomitara lo

consumido. Su madre ni siquiera abandonaba la cama para comprobar si estaba viva o muerta. «¡Qué tiempos aquellos!», recuerda con cierta añoranza.

La voz de la agente Marina la saca de la nostalgia.

—Lis, ¿qué sabes de esto? —dice al levantar el libro.

—Virginia Carrera —añade Lis—, la amiga de Miguel.

—Sí, ya lo has dicho.

—Ramón me citó con ella. ¿Sabes que estuve en misa?

Marina parece exasperada.

—Lis, abrevia.

—Sí, bueno. El tema es que le pregunté a Virginia Carrera por peculiaridades de Miguel.

—Sí, ¿y?

—Y me dijo que Miguel siempre andaba con un librito deshilachado, uno de frases cortas y sin ilustraciones. Pensé que sería un libro de aforismos, pero no sabía sobre qué tema, quién sería el autor, nada. Pero sí, era un libro de aforismos.

—¿Qué son aforismos? —pregunta Marina.

—Pensamientos o ideas sueltas. Bueno, sueltas no. Pensamientos muy trabajados. En este caso de Hipócrates.

—¿De dónde lo has sacado?

—No lo recuerdo.

—No sabes dónde estaba.

—Había muchas estanterías, creo.

—Bueno, bien, Lis —expresa Marina con ímpetu, y le toca el hombro—. ¡Muy bien!

Aunque a Lis la euforia de la agente le resulte molesta, comprende su alegría. El pequeño libro constituye una prueba de valor

incalculable: ¡la primera que se encuentra del chico en casi treinta y un años desde su desaparición!

—Hay que mandarlo a la científica —indica Ramón—. En algunas superficies porosas, como en el papel, las huellas dactilares perduran siglos.

—¡No! —clama Lis.

Sus dos compañeros se estremecen ante su bufido. Lis debe de haber gritado más de lo que ella misma se ha oído. Marina se sienta a su lado, denotando cierta preocupación por su estado.

—¿Qué pasa, Lis?

—Unas fotos, Marina. ¡Unas fotos!

—Sí, haremos unas fotos.

—¿Cuánto tardaremos? ¡Joder!

Lis escucha cómo Ramón inspira de una forma más fuerte de lo habitual.

—Lis, he dicho que sí —dice Marina—. Claro que vamos a hacerle fotos.

Ella toma aire e intenta relajarse. Lo intenta, al menos. Da un sorbo largo al café que le ha preparado Ramón. Aunque este no sabe si ha hecho bien. Lis pasa de la desidia a la euforia en cuestión de segundos.

—Ábrelo, por favor —pide ahora Lis a Marina—. Abre el libro y lee lo que Miguel subrayó.

La agente ejecuta y lee en voz alta algunas de las frases que, con toda seguridad, el chico subrayó en aquellos meses antes de desaparecer.

—«La vida es breve, el arte es eterno». —Con sumo cuidado, la agente pasa unas páginas—. «El alma humana se desarrolla hasta el

momento de la muerte».

—Página ciento treinta y siete —indica Lis.

La agente la mira. No comprende cómo puede recordar el número de la página cuando Lis no parece saber siquiera dónde está en estos momentos.

—¡Página ciento treinta y siete! —insiste la psicóloga.

—Voy, Lis, voy —responde Marina en una eterna paciencia.

—Lee.

—«Los hombres deberían saber que, del cerebro, y solo del cerebro, surgen nuestros placeres, alegrías y bromas, así como nuestras tristezas, dolores y lágrimas. Es lo mismo que nos vuelve locos o delirantes, que nos inspira temor y miedo, ya sea de noche o de día».

—¿Lo ves? —pregunta Lis, a sabiendas de que la respuesta es negativa—. ¿Lo veis o no?

—¿Si vemos qué, Lis?

La psicóloga se pone en pie; siente que el suelo se ha movido, pero se calibra.

—¡Ese es Miguel Strachan!

Coge un rotulador y escribe en la pizarra blanca con ruedas, a la derecha del croquis, sobre el cuadro del ciervo agonizante.

—Feminidad, muerte y sentimiento. Este es Miguel Strachan —dice ella, y señala con el boli las palabras—, este es Miguel sin la máscara.

Ramón y Marina la observan. Lis piensa que sus compañeros la perciben como a un mono de feria al que poco le queda para empezar a tocar los platillos.

—Vale —expresa Marina—. Ordena las ideas, Lis: es importante que te calmes y ordenes las ideas.

Lis vuelve a dar un sorbo al café que ha preparado Ramón y se descalza. Siente náuseas. La falta de sueño suele producir en ella una elevada sensación de cansancio, pero esto es otra cosa.

—Bien —dice Lis, al fin—. Juraría que el chico no tenía miedo a la muerte, que no escapaba de la muerte a través del arte. No creo que su idea fuera la de trascender.

—¿Qué quería?

—Juraría que a lo que tenía miedo era a la vida.

—¿Traducido?

—Si sumamos esta hipótesis a lo que dijo Cisneros, si sumamos esto a sus gestos faciales en la foto, si sumamos esto…

—Lis…

—Si lo sumamos a sus rasgos de personalidad, a esos sentimientos de vacío… Vale, que sí, que tenemos el dibujo de la chica rubia, su madre… Pero si sumamos…

—Lis —dice Marina con un tono elevado pero sin gritarle—. Ya, lo hemos entendido.

Ramón, que se sujeta la barbilla con la mano, asiente con un suave movimiento de cabeza y cambia de tercio.

—El chico se fue.

—Eso es —dice Lis—. Miguel se fue: buscaba huir del miedo a la vida.

—Enséñasela.

Y en la pantalla principal, Ramón muestra la imagen de un apuesto joven rubio engalanado con un uniforme de la SS.

—Es Fredrick Ødegård —aclara—. O Federico Ramírez, como prefieras.

—¡¿Qué!? —exclama Lis, y mira a Marina, indignada—. ¿Tú sabías…?

—No, Lis. Lo juro.

Mira ahora a Ramón y él asiente con la cabeza.

—Jensen nos informó de esto cuando estabas en Eden Palace —añade ella—. Te lo quisimos decir, pero tiraron tu pinganillo…

—No te creo —expresa la psicóloga, tajante, a la agente—. No te creo, Marina.

Torna la vista de nuevo a Ramón.

—Ni a ti tampoco.

—Te decimos la verdad, Lis —dice él.

—¿Este tío era nazi?

—Un nazi noruego.

—¿Noruego? —pregunta Lis con un evidente retintín—. Noruego como Nielsen.

Ramón prosigue; pretende dejar de lado lo que él considerará su histrionismo:

—Era difícil, muy difícil, conocer la identidad real del marchante —dice el hacker—. A estas personas las protegía la Iglesia: les hacían nuevas actas bautismales. Si no fuese por la colaboración entre inteligencias, no tendríamos estos datos. Avanzamos sobre la marcha, como tú.

La agente Marina levanta la cabeza.

—No tiene vínculo directo con Miguel Strachan —dice ella—. Lo hemos comprobado. Ni asistía a la asociación a la que acudía el

chico ni a las exposiciones en las que colaboró. Tampoco hemos encontrado vínculo con familiares o amigos cercanos.

Esto no convence a Lis, no la convence en absoluto.

—Ya —dice ella—, no hay vínculos directos con Miguel, pero conocía su obra, su valor, y estaba junto con los reyes de España el día de su desaparición.

—Olvida eso. No vamos a estudiar a sus majestades. Olvídalo.

—Ramón… —ruega Lis.

El hacker cruza los brazos.

—No tiene sentido, Lis. Desde luego, ahora no.

—Nada de esto lo tiene.

—Sabemos que no tiene sentido —dice Marina, y añade—: pero tenemos otros datos objetivos.

—Ilumíname, por favor.

Ramón y Marina se observan entre ellos, como si aquello que fueran a decir a Lis pudiese desconcertarla aún más, o si aquella información pudiera condicionar su estatus en la investigación.

—Vamos a decirte lo mismo que le hemos dicho a Jensen: lo que sabemos hasta ahora.

—Que es qué.

—Eden Palace y la clínica cerca del lago donde inmolaron a Nielsen…

Lis no requiere que Marina termine la frase para anticiparse a lo que la agente va a decir. Lis no necesita que Marina termine la frase para comprender la gravedad que tiene que la única pista —además de la fotografía— con la que cuentan sobre Miguel Strachan la hayan encontrado en un hotel benahavileño.

—Habla con tus jefes, Marina —pide Lis.

La agente Marina sabe lo que pretende su compañera.
—¿Estás segura?
—Quiero ir a Noruega —solicita Lis.

31

Miércoles, 3 de abril de 2013

Anoche, un pensamiento a machamartillo desveló a Lis.

Golpeaba dentro de su cabeza hasta que, sin darse cuenta, se arrancó los padrastros de tres dedos. Se preguntaba quién dejó el libro de Miguel Strachan en una de las librerías de Eden Palace.

Son muchas las incógnitas que se abren ante el equipo de investigadores: ¿fue el propio chico? ¿Quienes lo secuestraron?

Estas ideas, como una punzada, lograron sacar a Lis de otro caos que ayer se desató en su vida. El que se produjo al teléfono cuando, por la tarde, tuvo que comunicar a su pareja que su regreso a Roma se pospondría un poco más.

—No sabes dónde te estás metiendo —dijo Francisco Palacios una vez que Lis le dio el aviso—. Si fueras lista, lista de verdad, lo dejarías.

La psicóloga considera que Palacios solo ve el riesgo: una temeridad o hasta una irresponsabilidad. Los gritos del inspector, incluso descréditos acompañados de insultos, han desquebrajado aún más el afecto que un día Lis sintió por el hombre con el que lleva compartiendo cuatro años de su vida.

Lis mira ahora hacia la derecha, al pasillo del avión. Finge que Brisa, su fiel soporte emocional, está acurrucada a su lado, en la cabina, y por ella intenta mantener la calma. Jamás entenderá el patológico antropocentrismo que supone tratar a los animales como una simple carga.

Unas turbulencias la sacuden, sus manos sudan. Esa sensación de encierro le provoca una repulsión profunda. El metal, los cinturones, el aire viciado, las salidas de emergencia que parecen puro decorado. Y entonces lo siente: los muros del avión son los mismos que levanta su mente cuando colapsa. No hay escapatoria. Respirar deja de ser un derecho para convertirse en una lucha.

—No hay salida —musita Lis.

Miguel Strachan y Francesca Rossi cruzan su mente. «¿Y si ellos tampoco tuvieron salida? ¿Y si nunca la hubo?», se pregunta.

Al bajar del avión, Lis se dirige hacia el área de llegadas, donde se encuentra al fin con una cara conocida: Johannes Jensen. Se alegra de verlo, se alegra con sinceridad. Desde que Jensen se marchó del piso franco sin una despedida, los compañeros no habían hablado. Lis reconoce que se ha sentido muy tentada de hacerlo, de escribirle a través de ARGOS, pero consideró que hablarle podría suponerle una molestia.

—Otra vez me toca hacer de niñera… —dice Jensen.

—Eres insoportable.

—Pero me echabas de menos.

Y sí: Lis le echaba de menos. Su compañero la estruja en un abrazo que suena a disculpa y también a tregua. Es la primera vez

que Jensen hace algo así, que demuestra un afecto genuino no solo a Lis, sino a alguien del equipo.

La psicóloga piensa que ese abrazo es una tregua, sí, pero puede que sea tan efímera como todo lo que el caso que les ocupa les ha concedido hasta ahora. Treinta años de silencio han sido, ya en sí, una pausa más que suficiente para los culpables.

Lis pasa por una serie de estrictos controles de seguridad para ratificar que no lleva un cadáver en la maleta. Un formalismo absurdo frente al muerto que las personas ya portamos en nuestra propia mochila existencial.

Jensen, mientras tanto, se desliza entre los agentes de aduanas y el personal de vigilancia del aeropuerto como un civil más.

Al salir de la terminal, los reciben unos cuervos negros y un Volvo que a Lis se le antoja caro.

—Adelante —dice Jensen.

—Vaya, ¡qué nivel!

—No tengo hijos a los que pagar la universidad.

Lis sube al coche de su colega. Y entonces su cuerpo reacciona antes que su mente: gira la cabeza hacia los asientos traseros. Lo hace en un gesto automático: Brisa suele ocupar ese lugar. Jensen nota que algo sucede en el interior de su compañera, pero guarda silencio.

Mientras, Lis se abrocha el cinturón y Jensen, sin mirarla, selecciona en el GPS la ruta hacia Maura.

—Vamos a pasar por delante de los hangares de Pegasus —dice él —. Mañana iremos al que ocupaba Nielsen. Sus cosas siguen allí.

—¿Tenemos permiso para entrar?

—Sí, pero…

—Entonces vamos.

—¿No quieres descansar?

Ella devuelve la mirada a Jensen.

—No —concluye él—. No quieres descansar.

Este activa el sistema de manos libres del coche y solicita que marque a un tal Klaus. La llamada suena, y al segundo toque alguien responde. La voz al otro lado mantiene una escueta conversación con Jensen y cuelga, Lis diría que sin despedirse de su colega.

—Vendrán a abrirnos la puerta —la informa Jensen.

Y cambia el rumbo del GPS para dirigirse hacia los hangares.

Dentro del coche, ambos aguardan a que el tal Klaus llegue a abrirles la puerta del hangar.

—¿Quién se encarga de la investigación aquí en Noruega? —pregunta Lis.

—Principalmente la inteligencia.

—¿Klaus es de la inteligencia?

—De la Interpol.

—¿Y ellos de qué se ocupan?

Jensen arquea las cejas.

—Buscan familiares de Nielsen a través de un sistema de genealogía forense —dice—. Funciona mediante el estudio del ADN.

—¿Es efectivo?

—Sí, pero puede tardar meses en dar resultados concluyentes.

Él fija la mirada en el horizonte.

—Vamos —indica al ver al hombre al frente al hangar.

Un señor lánguido y de aspecto huraño devuelve la mirada a Jensen. Es la señal para que la dupla baje del coche mientras él abre el hangar que correspondía a Nielsen.

Lis da por sentado que ese hombre lánguido es el tal Klaus.

Al bajar del coche, él y Jensen comparten unas pocas palabras en noruego. El policía ni siquiera repara en Lis. Pareciese que su vista no alcanza el escaso metro y sesenta centímetros de la estatura de la psicóloga.

Cuando abre las puertas del hangar, les permite acceder dentro. Él se queda fuera.

—¿Qué es eso? —pregunta Lis.

—Una plataforma para helicópteros.

—¿Una plataforma?

—Sí, Nielsen pilotaba.

—Creía que solo era mecánico.

Jensen hace una mueca.

—También aprendió a pilotar.

—¿Y para qué sirve la plataforma?

Él dirige la vista hacia Klaus y le pregunta. Después regresa a ella.

—Dice que la utilizaba para aparcar el helicóptero al volver del aire.

—¿La hizo él?

A Jensen la pregunta le resulta curiosa:

—¿Por qué?

—¿La construyó Nielsen o no?

Él regresa a Klaus de nuevo, ya acostumbrado a las interrogantes que lanza Lis.

—Sí, Lis. Dice que la fabricó Nielsen.

—No era un hombre cualquiera —musita ella.

—Que los chicos estuvieran aquí está descartado —dice Jensen, y añade—: Nielsen empezó a vivir en el hangar en el 99. Y además no han encontrado nada que pueda pertenecer a los chicos.

—¿Dónde vivió antes?

—Estuvo empadronado en Jessheim.

—Eso no es lo mismo que residir allí.

—Pero es lo que tenemos.

La psicóloga analiza el entorno, buscando huellas invisibles a los ojos de cualquiera ajeno al estudio de la conducta humana y de los traumas que portamos. Busca cualquier resquicio que aún le permita reconstruir lo que fue el lugar, pero, sobre todo, la persona que fue Björn Nielsen.

—¿Se llamaba así?

—¿Así cómo? ¿Nielsen?

—Sí.

—En el censo aparecía con ese nombre. Tenemos que asumir que sí.

Lis fija la mirada en Jensen.

—Pero siempre hay un «pero», ¿no? —pregunta ella.

El ríe levemente. Normalmente ella es la de los «peros».

—Cuando Nielsen nació, el principal registro era el parroquial.

A Lis se le escapa un suspiro tras su comentario.

—Eran las iglesias luteranas las que mandaban los libros de bautismo al registro civil —dice—. Ya sabes cómo funciona esto.

Ella camina y se detiene frente a una de las estanterías. Repasa los títulos en los lomos. *La farmacia de los sueños, Secretos del cosmos, El príncipe de Maquiavelo*…

—*El Kybalión* —musita.

—¿El qué?

Coge el libro y examina el ejemplar.

—Es un ensayo sobre los axiomas del hermetismo.

—Explícate, Lis.

—Una especie de tratado sobre metafísica. Una de las ramas más profundas de la filosofía: aquello que está más allá de lo que podemos ver.

—¿Y tú qué ves aquí?

Por su pregunta, aseguraría que Jensen empieza a conocerla, tal vez demasiado. Unas figuritas sobre la mesita de noche captan su atención. Da unos pasos hacia ellas, con el libro bajo el brazo. Las figuritas son dos réplicas de los perros de Nielsen.

—Serán sus perros —adelanta Jensen, algo que Lis ya había advertido.

—Sí, Janto y Balio.

Cavila ella unos segundos.

—¿Dónde estaban cuando mataron a Nielsen?

—¿Quiénes? ¿Los perros?

—Sí.

Jensen llama de un silbido a Klaus, que está fuera del hangar. El hombre, lánguido, obedece a la llamada y accede al habitáculo con una seriedad pasmosa. Lis infiere que habrán revisado el lugar tantas veces que el caso, a la policía noruega, ya le resulta un evidente pozo sin fondo insoportable.

Jensen comparte unas palabras con el policía noruego y la mira contrariado.

—¿Qué pasa, Jensen?

—Los perros estaban con un vecino del hangar.
Lis tuerce la mirada hacia las figuritas de los perros.
—Son el efecto más personal que hay en el hangar, Jensen.
Su colega asiente.
—Nielsen sabía que vendrían a por él —concluye la psicóloga.

32

El viento golpea las mejillas de Lis de la Serna.

Los cencerros de algunas cabras con flequillo —de esas de las que hablaba Jensen— se entremezclan con el soliloquio de los cuervos.

A media tarde, la noche ya ha caído en Maura. Lis permanece en la terraza de la casa de Jensen, envuelta en una manta áspera y coexistiendo con un murmullo constante en su cabeza.

En la distancia no se adivina un alma. Ella piensa que los noruegos son tan herméticos que hasta ponen candados en los cubos de basura. Suelta una breve risa que le devuelve vaho. En esta tierra no hay abriles.

Hoy, 3 de abril, hace treinta y un años que Miguel Strachan desapareció para siempre: justo tres días antes de su cumpleaños.

El caso no parece darles un respiro; el cielo, sin embargo, sí. Durante unos minutos —quizá solo eso—, la calma se extiende sobre el horizonte. Entonces, alza la vista y susurra:

—La creación.

La visión ante ella es sobrecogedora: una nube de forma improbable, de la que emergen estelas de luz, se alza al otro lado del valle. Pareciera que alguien, que Dios, hubiera rasgado el velo del mundo.

Pisadas fuertes: Jensen aparece con una lata de cerveza en la mano. Él también contempla la nube.

—La naturaleza —dice en su desidia natural—. La naturaleza nos recuerda que no somos nada.

Lo que Jensen expresa confirma una sospecha que la asedia desde hace días: los humanos estamos diseñados no solo para buscar sentido, sino para asombrarnos de nuestra propia pequeñez. En la mente de la psicóloga se cuela la talla de la Virgen del Carmen que esculpió Miguel Strachan.

—¿En qué piensas? —pregunta Jensen, que empieza a conocer sus desconexiones.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Desembucha.

—En el nihilismo.

Él da un sorbo a la lata de cerveza.

—Explícate.

—Nada tiene sentido. Ningún propósito, ningún plan divino.

Lis hace un inciso que Jensen decide no quebrantar.

—Para ser algo —dice ella— hay que parecerlo. Björn Nielsen no parecía un asesino. El hombre era un académico, pulcro, descrito por sus compañeros y vecinos como alguien gentil. Puede que fuera un gran actor, pero hay ciertas cosas que no se pueden fingir.

Jensen no responde de inmediato. Cavila, escarba algo. Lis sabe que aún no ha sido sincero con ella, pero también sabe que el momento se acerca.

—Tú no piensas que Nielsen fuera un pederasta —dice Jensen, al fin.

—Quizá deseo que no fuera así. Pero el perfil de Nielsen, el perfil de la gente que acude a Eden Palace… No sé, Jensen, no creo que a esos chicos los usaran para cuestiones tan rudimentarias. El sexo agresivo es un deseo primario.

Jensen termina la cerveza y asiente con la cabeza. La psicóloga es consciente de que hay algo escalofriante en la forma en la que hablan de estos chicos, de Miguel, de Francesca y de los otros dos aún no identificados. Es consciente de la forma en la que se han acostumbrado a habitar el terror, a campar en él a sus anchas.

La lata cruje entre los dedos de Jensen hasta volverse una lámina metálica arrugada e insignificante.

—Va a empezar a llover —dice—. Y tenemos trabajo.

Lis lo sigue al interior de la casa. Apenas cruzan el umbral entre la terraza y el salón, unas gotas gruesas golpean los cristales. Jensen se detiene frente a lo que parece una viga del techo abovedado. Sin decir palabra, tira de una serie de pequeñas cuerdas. Lo que aparece no resulta una simple colección de notas: es un mapa del infierno.

—El cuerpo es lo último que se despide, Lis —dice—. Y el de Nielsen se despidió diciendo muchas cosas.

Los ojos de la psicóloga recorren las fotografías de la autopsia del mecánico de helicópteros. Cada imagen es un golpe seco en el estómago, una revelación sin anestesia. Nada de lo que Lis vio antes, ni de lo que Ramón ni la agente Marina se atrevieron a mostrarle, se compara con esto. Entiende ahora que le ocultasen información no solo por protocolo, también por piedad.

—¿Eres el forense de Nielsen? —pregunta Lis.

—El patólogo forense, sí. Y si te preguntas por la escena del crimen —añade—, estaba limpia. Limpia como una patena. Ni una fibra textil, ni un pelo. ¿Qué sabemos? Que el asesino usó un taladro inalámbrico. Algo es algo.

En las fotografías, el cuerpo del mecánico noruego yace abierto en canal, descompuesto con una precisión quirúrgica que hiela la sangre. La espalda de Nielsen es un macabro tapiz delicado y onírico.

—¿Eso son…?

—Escarificaciones, sí —responde Jensen—. Las escarificaciones son el motivo por el que me llamaron: soy patólogo forense experto en simbología.

Las escarificaciones no son simples cicatrices trazadas en la piel mediante cortes o quemaduras. Son mutilaciones voluntarias.

—¡Joder, Jensen! Nunca dejas de sorprenderme.

—Te dije que tenía cultura.

—Ya veo.

—No soy experto en este tipo de símbolos —reconoce—, pero soy lo mejorcito que la inteligencia tenía en Noruega. Así que ya ves: aquí estamos.

Ella se queda absorta contemplando los trazos en la espalda del mecánico de helicópteros mientras intenta descifrarlos.

—En algunas tribus africanas representan el paso de la niñez a la adultez —comenta Jensen—. También se relacionan con creencias religiosas o espirituales.

—El cuerpo como un lienzo. ¿Quién ha podido hacer esto, Jensen?

—Hay que tener buena mano. Quien lo hiciera no es la primera vez que lo hace. Esto es…

—Es una obra de arte.

—Sí.

Lis se acerca a las imágenes; los detalles de las escarificaciones se muestran con mayor claridad. Las toca como ya hizo con aquellas pinturas que adquirieron en la antigua asociación malagueña.

—Son antiguas —añade Jensen—. Aunque no las expuso demasiado al sol. La piel ha perdido colágeno, pero las cicatrices no están pardas. En cualquier caso, podemos descartar que se las hicieran antes de la muerte.

—¿Cómo de antiguas?

—Entre veinte y treinta años, quizá más.

Sin volver la mirada hacia Jensen, ella señala una de las fotografías y murmura:

—Yo he visto esto antes.

—Sí, los has visto antes —responde el noruego señalando unas imágenes bajo el título de la asociación malagueña a la que acudía Miguel Strachan: Las Palomas.

Él ha descifrado uno a uno los símbolos que los persiguen desde hace un mes: un triángulo, un ojo, una luna creciente, un conato de concha, entre otros símbolos que Jensen ha diseccionado. Todos resultan puentes arquetípicos de la feminidad, de la fertilidad, de la cara oculta del ser.

—Lee esto, Lis —le pide Jensen señalando el recorte de un poema.

Y ella lee en voz baja:

—«Allí, en las puertas del inframundo, la diosa fue despojada de sus vestiduras. A cada puerta dejó algo de sí. En el trono del

inframundo miró a su hermana, quien ordenó que la mataran, y así Ishtar fue colgada de un clavo».

—El *Descenso de Isthar al inframundo* —explica Jensen—. Lo que vemos en la espalda de Nielsen son marcas que representan este mito. Los ciclos de la luna…

—La muerte, el silencio y la resurrección.

—Exacto. El viaje de esa diosa al infierno.

—Un viaje hacia su propia oscuridad —concluye, y él asiente.

Jensen continúa. Explica el origen del mito mesopotámico. Cuenta que la diosa Ishtar fue condenada a muerte por su hermana y resucitada por el dios de la sabiduría, Enki. Este envió a dos seres espirituales al inframundo, quienes lograron revivirla y traerla de vuelta. Pero la resurrección no fue gratuita: tuvo que dejar una ofrenda en su lugar.

—¿Qué ofrenda? —pregunta Lis.

—A su esposo, Dumuzi. El tipo se sacrificó por su amada para mantener el equilibrio entre el mundo de los muertos y el de los vivos. De nuevo, la mujer en el centro del ritual, lejos del cristianismo o del judaísmo. Dumuzi fue un dios venido a menos.

—¿La ubicación de las tablillas?

—Lo de siempre. Los putos británicos.

—¿British Museum?

—Sí, pero las primitivas están en el Museo Nacional de Irak, en Bagdad. La versión sumeria habla del descenso al infierno de la diosa Inanna, no de Ishtar, aunque, en el fondo, da igual, son la misma tipa: una pájara.

—¿Cómo has dicho?

—Que la tipa era una pájara.

—No, el otro nombre. ¿Cómo la has llamado?

—Ah, Inanna. ¿Por qué?

La psicóloga hace balance de la información recopilada en Eden Palace.

—Jensen.

—Mande.

—¿Puedes buscar algo?

—Dispara.

—Nisaba —dice Lis midiendo cada sílaba—. ¿Qué significa?

Su colega inclina el cuerpo hacia el portátil y teclea.

—Nisaba fue la diosa sumeria de la escritura, la sabiduría y el conocimiento.

—Vaya…

—Espera… —sigue leyendo—. Parece que Nisaba era la hermana buena de Inanna. Su contraposición: la luz en la oscuridad, el orden, la palabra, la conciencia…

—La conciencia.

Jensen asiente con un leve gesto de cabeza sin apartar la vista de la pantalla.

—La sala de reuniones de Eden Palace se llamaba así: Nisaba.

A Jensen pocas cosas le sorprenden realmente ya en esta vida; ha visto lo suficiente como para que casi nada le descoloque. Pero todavía hay conexiones que lo sacuden, y esta es una de ellas.

—*Dritt!* —exclama.

Se centra en el ordenador y comienza a teclear rápido. Hasta que de pronto se detiene, levanta la vista hacia su colega y la pregunta es inevitable.

—¿Qué pasa, Jensen?

—He buscado semejanzas, líneas culturales que conecten a Nisaba con otras figuras femeninas del judaísmo o del cristianismo.

—¿Y?

—Y no son equivalencias exactas…, pero podríamos decir que son primas hermanas.

—¿Primas hermanas de quién?

—Algunas fuentes vinculan a Nisaba con Carmenta, la antigua diosa romana de la profecía y el lenguaje.

La cabeza de Lis da un vuelco; sabe que la de Jensen también lo ha dado.

—Era Nisaba —susurra ella—. La talla de Miguel no representaba a la Virgen del Carmen. Representaba a Nisaba.

No representaba a una madre intercesora ni a una protectora de los marines. Aquella talla, casi herética, era otra cosa: la escritura, la conciencia, el conocimiento esculpido en madera.

—¿Qué es esto, Lis? —Jensen se pasa la mano por el bigote—. ¿Un juego de rituales? ¿Sacrificios?

—Tú eres el forense —dice Lis señalando las fotografías de la espalda de Nielsen—. ¿Tú qué ves aquí?

—¿Quieres la verdad?

—Por favor. Desembucha tú ahora.

Jensen observa las imágenes unos segundos y suspira.

—Lo que veo es una puta locura sin sentido.

El forense tiene razón. Saben que estas cosas existen. Ambos saben que en un mundo habitado por más de ocho mil millones de personas siempre habrá minorías que jueguen a tensar la línea de lo prohibido, que confundan símbolo con mandato, mito con justificación.

Jensen cavila. Algo en su expresión se tuerce.

—Hay algo que no te he contado, Lis.

—¿Qué?

—Ni en el cadáver de Nielsen ni en la escena del crimen…

—¿Qué, Jensen?

—Nada.

—Explícate.

—Ni lesiones de contención ni arañazos. No había hematomas en el antebrazo ni signos de lucha en el cadáver. No había nada.

Ella siente un escalofrío recorriéndole la espalda.

—No había ningún indicio de que Nielsen se defendiera, Lis.

33

Haciendo equilibrios sobre las cuchillas de los patines, Lis comprueba que en el lago Nordbytjernet aún resisten las placas de hielo. Del calcinamiento de Nielsen, en cambio, no queda huella. Al menos ninguna perceptible a los ojos de un observador inexperto. Los observadores del alma sí han entrenado la mirada para reconocer las marcas propias del sufrimiento.

Ella se reincorpora y alza la vista. Tras unos juncos, en el extremo derecho de la laguna y a bastante distancia, se adivina un edificio apartado de tono melocotón: el internado donde trabaja el conserje que descubrió a Nielsen con el cráneo reventado.

—La clínica está dentro del bosque —dice Jensen—. No se ve desde aquí.

Lis lo sabe, pero hay algo en ese lugar, en ese lago, que necesitaba respirar, y Jensen le ha concedido el extraño placer de acompañarla a la nada.

Jensen parece haber comprendido cómo funciona: sin una hoja de ruta, pero sin dejar nada al azar. Así que, sin reparos, la ha traído para explicarle el recorrido que transitó el coche del mecánico desde el área de aparcamiento hasta el agua congelada.

—¿Cuántos grados se necesitan para fundir la capa en febrero? —pregunta Lis.

—Habría que calcularlo con la fórmula del calor latente de fusión.

—Explícate ahora tú, Jensen.

—Un metro de grosor por el área en metros cuadrados. ¿Para qué quieres saberlo?

—Soy de ciencias y no tenía ni idea.

—No puedes saberlo todo, De la Serna.

—No, claro, pero la persona que mató a Nielsen sí lo sabía. Quiero decir que con haberle taladrado el cráneo tenía suficiente, ¿no crees?

Jensen sopesa las palabras de Lis.

—Otro ritual.

La policía no tardó en poner la mirada sobre la clínica. Acceder a los archivos de los pacientes fue un pulso áspero: abogados, secretarios, excusas en cadena, hasta que una orden judicial arrancó de cuajo las resistencias. El resultado, sin embargo, cayó como un jarro de agua fría sobre los investigadores: Nielsen jamás había estado allí. De hecho, no encajaba en el perfil de paciente que la elitista institución solía recibir. Pero había que intentarlo.

La única certeza con la que contaban era que alguien había preparado el escenario. Los restos de vidrio ennegrecidos en el interior del Tesla, la cantidad exacta de botellas, los olores persistentes, las trazas químicas: todo apuntaba a lo inevitable.

Nada de aquello estaba ahí por azar. Ni el vodka ni el fuego surgieron de la nada. Y Nielsen, desde luego, no se perforó el cráneo a sí mismo.

Alguien había dispuesto cada elemento para que ardiera en su propio infierno, pero también para que renaciera, simbólicamente, en un bautismo de hielo.

En el lugar donde debía esperarse el sistema límbico —esa región del cerebro que gobierna la emoción y la memoria—, los agentes encontraron una fotografía: el rostro del mecánico de helicópteros junto a cuatro chicos desaparecidos.

La clínica Fredsdue Rehabilitering se presenta como un centro especializado en bienestar, desintoxicación y rehabilitación a través de terapias naturales. Promete equilibrio y renovación: evitan hablar de enfermedad.

—El ayuno intermitente es uno de sus tratamientos estrella.

Jensen resopla.

—¡Hay que joderse! ¿La gente paga para no comer?

—Te sorprendería por lo que paga la gente, Jensen.

Él se encoge de hombros.

—Por eso prefiero a los muertos: ya no pagan nada.

Lis regresa a la página web de la clínica. Tan aséptica y despoblada que parece provisional. Apenas unas fotografías luminosas, la espalda esbelta de alguna auxiliar y los servicios de agua. La cura a través del agua.

Las patologías del alma, como las llaman, parecen el denominador común de quienes acuden al centro en busca de relajación y renovación.

—«¿Quieres cambiar tu estilo de vida?» —lee ella en voz alta—. «¿Sientes incertidumbre?».

Igual que en la web de Eden Palace, lo que se muestra es tan escueto como difuso. Sanación sin explicaciones. Eso sí, a un coste elevado.

—Es curioso —dice la psicóloga—. Tampoco hablan de pacientes, hablan de huéspedes.

—Claro. Los huéspedes no tienen la imposición de estar ahí.

Ella pone la mirada al frente: ha empezado a marearse por fijar demasiado la atención en la pantalla del móvil.

En las inmediaciones de la clínica, el bosque los engulle: vasto, denso, en perfecta simbiosis con las luces y las sombras del país. Nada ahí parece casual. Tampoco la ubicación.

Bajan del coche y se dirigen a la entrada del edificio. Su arquitectura queda muy lejos de la belleza andalusí del hotel en Benahavís: parece un bloque geométrico, un simple cubo, hermético, claustrofóbico.

—Lis, aquí hablo yo —susurra Jensen—. Aquí soy el médico y hablo yo.

—Sí, mi sargento.

Tras examinar su rostro a través de una cámara, la puerta acristalada se abre. Entran. La temperatura asciende de súbito unos quince grados. Jensen y Lis comparten miradas. Ella ojea el área de recepción: piensa que la decoración es espantosamente ecléctica.

Aquí les reciben con la misma cordialidad impostada que los trabajadores de Eden Palace. Los uniformes del personal son exactamente los mismos; hasta las sonrisas dilatadas de las muchachas parecen haber sido creadas por el mismo algoritmo. Jensen se dirige a uno de los recepcionistas y hablan en ese idioma extraterrestre que es el noruego. Lis se limita a sonreír como una estúpida, a fingir que el entorno la ha dejado estupefacta. En este caso, el papeleo que hay que rellenar es bastante escueto: han venido a realizar una primera visita para después decidir si serán

pacientes de la clínica o no, o eso es lo que les han hecho creer a ellos, claro.

—El pasaporte —indica Jensen.

Lis facilita a su compañero el nuevo pasaporte que Ramón le creó en Málaga. En esta ocasión con el nombre cambiado. La agente Marina consideró una buena idea dejar a la señorita Bernat de lado.

El recepcionista dice a Lis algo que ella no comprende.

—El móvil —aclara Jensen—. Hay que dejar los móviles en la recepción.

El protocolo de admisión es muy semejante al de Eden Palace.

Lis le entrega el móvil y se limita a sonreír, complaciente, de nuevo. La ternura con la que el hombre le devuelve la sonrisa le da grima.

Mientras Jensen revisa el papeleo, Lis contempla a la clientela. Son lo esperado: personas de un alto perfil. La manera en la que deslizan sus cuerpos los delata.

Camina hacia una de las paredes de madera del vestíbulo. Está adornada por fotografías de aristócratas, artistas y otras figuras públicas que han tenido a bien firmar aquellas fotografías que les fueron tomadas en el centro. Ingresar en este lugar no es solo una cuestión por la que avergonzarse, es un lujo al alcance de unos pocos, algo por lo que congratularse y, sin embargo, al igual que en Eden Palace, un halo de oscura exclusividad se cierne en torno al centro desde el escabroso camino arbolado que lo bordea.

—Mi amor —dice Jensen—, vamos.

Lis se gira hacia él y sonríe nuevamente, como una estúpida, para arrimarse a su supuesto marido, a Jensen. Ella piensa que su madre, la madre de Lis, estaría contenta de verla al fin casada, ¡y con un

médico! Siempre fue importante mantener el estatus, aunque la podredumbre interna recalcitrase el corazón y los sesos.

Una joven del hospedaje les acerca una bandejita con dos copitas de champán y unos bombones de bienvenida. El recepcionista les entrega un dosier con la relación de los servicios en el que, curiosamente, no figura el precio de ninguno. Los protocolos de ambos establecimientos resultan idénticos.

Jensen le roza la cadera con los dedos. Es su forma de indicarle que le siga, bien pegadita a su lado, en su perímetro y bajo control. A ser posible calladita.

Ambos siguen a la muchacha, de blanco inmaculado, que mantiene una reducida conversación con Jensen. La jovencita los guía por una sala donde algunas personas, con ropa deportiva en tonos azules claros, juegan a juegos de mesa como el ajedrez o hacen sudokus. En torno a ellos, en el suelo, hay una especie de chimenea de piedras con las que mantienen prendido el fuego. Parecería el círculo cerrado de una secta satánica si no fuera porque saben que la mayoría de las personas ahí presentes solo han ido a perder unos kilos. En la mente de Lis, la media sonrisa de Miguel Strachan y la espalda de Nielsen, las escarificaciones, se cuelan entre el fuego que emana de las piedras.

Prosiguen la visita por una sala acristalada al pie del bosque. Otras personas, también ataviadas con la misma ropa deportiva que las anteriores, hacen yoga o pilates, no sabrían decir. Lo cierto es que las actividades lúdicas y relajadas de la clínica, a conjunto con unas vistas directas a la naturaleza, generan una fuerte apetencia por colaborar en la intervención. Lis duda por unos instantes si venir será de alguna utilidad.

La decoración es nula. Ni un sola pintura o jarrón se atisban en las paredes de madera o en las cristaleras, como es evidente. El atrezo son los pinos y la nieve que aún resiste a los escasos rayos de sol. Unas tímidas plantas de interior decoran el vestíbulo y, por lo que imagina Lis, las escaleras que suben a las habitaciones.

—Las salas de tratamiento están en la planta baja —dice Jensen —. En la primera, el comedor y las consultas médicas. En la segunda, las habitaciones.

La mirada que Jensen dirige a Lis dista mucho de ser alentadora.

La joven continúa con la presentación de la clínica. No alcanza a comprender nada de lo que dice a Jensen, pero ella parece entusiasmada.

—Nos lleva a las termas —dice él.

Regresan al vestíbulo. Los recepcionistas los miran al pasar, sonríen con esa boca desmesurada que parece la máscara de un carnaval grotesco.

Los tres se detienen frente a un ascensor que la chica activa con una pulserita idéntica a la que Lis tuvo en Eden Palace. Comparte unas palabras con Jensen y los hace pasar dentro. En el ascensor pueden ver la única pantalla del centro, exceptuando la de los ordenadores de la recepción. En esta pantalla se muestra una mujer bellísima hablando sobre lo que serán los beneficios de los tratamientos que se implementan allá adonde van. En la página web del centro no aparece absolutamente nada: apenas tres fotografías de las instalaciones y ninguna mención directa a los tratamientos. Las intervenciones se manejan desde una confidencialidad absoluta.

Al salir del ascensor les golpea un calor sofocante. El aire les pesa en los pulmones, los ahoga. La chica parece estar acostumbrada.

—Entra a las termas por el vestuario —indica Jensen en voz baja —. Descálzate y ponte las zapatillas que han dejado allí.

—¿Cómo saben las tallas?

—Serán talla única, no sé. También hay que ponerse gorro.

Lis asiente y obedece. No es momento de discutir los detalles. Entra al vestuario de mujeres, donde la música clásica retumba con intensidad en las paredes. La música contrasta con la excesiva calma que hay en otras áreas de la clínica en las que una melodía ligera acompaña a las actividades de rehabilitación.

En una de las banquetas del vestuario encuentra unas zapatillas.

—Son de mi talla —musita.

A su lado, un gorro de baño espantoso, tipo nadador. Lo sostiene entre los dedos y se lo pone a duras penas. Siente como el látex le oprime las ideas.

Desde los vestuarios pasan a las termas. La cara de Jensen es un poema… Un poema malo, de esos que se escriben en una servilleta grasienta a las tres de la madrugada.

Nadie se baña en la piscina de agua caliente que se abre hacia la enorme cristalera con vistas al lago contiguo al Nordbytjernet. El vapor asciende y empaña los bordes de vidrio. Las cristaleras caen a media altura, dejando ver un fragmento del paisaje helado.

Aquí, al fin, hay obras de arte. Figuras estilizadas, piezas pulidas que parecen ajenas al frío exterior.

La guía se inclina hacia Jensen. Lis intuye que desgrana los servicios del spa con un entusiasmo perfectamente entrenado. Él asiente, finge estar maravillado.

Los ojos de Lis van directos a una puerta en el extremo izquierdo de las termas. No tiene mirilla ni manillar visible. Está cerrada, sin

carteles ni indicaciones.

Su cuerpo habla por ella: las manos le sudan, el corazón se le acelera. La puerta es idéntica a aquella por la que entró para recibir el tratamiento del sueño en Eden Palace.

—¿Adónde lleva la puerta? —pregunta en un inglés torpe.

La chica, que hasta el momento no había escuchado su voz, se vuelve hacia Lis y amplía su sonrisa. Jensen la fulmina con la mirada: Lis había prometido no hablar.

—Para estar a la vanguardia estamos implementando nuevos tratamientos —responde la chica—. Aún no están disponibles.

—¿Tratamientos para el sueño?

—Tratamientos de vanguardia. Cuando estén disponibles, informaremos a nuestros huéspedes.

La chica hace un gesto delicado con la mano para que regresen al vestuario. Lis se quita el gorro de un tirón. Siente que le falta el aire, se ha mareado.

Al salir, Jensen la observa con el ceño fruncido. La psicóloga sabe que no tenía que haber hablado, pero lo ha hecho en un instinto humano.

Ahora obedece: se limita a seguir las instrucciones de la muchacha, que los guía al ascensor. El reflejo en el espejo le devuelve un rostro pálido, ajeno. La piel húmeda, las pupilas dilatadas.

«Es una bajada de tensión —se dice Lis—. Solo eso».

En el espejo, la chica clava los ojos en los de Lis y esta la escucha decir algo en noruego a Jensen. Él responde con una media sonrisa y unas palabras vagas.

Y entonces ocurre: el clic metálico de una cámara. Otra vez está dentro de Lis; otra vez resuena a machamartillo.

—¿Lo has oído? —susurra a Jensen.

—¿El qué?

—El clic.

—Ve al baño, échate agua en la cara. No he escuchado nada.

La muchacha los observa complaciente con una sonrisa que a Lis empieza a parecerle delirante y hasta ofensiva. El ascensor asciende lentamente, la psicóloga siente un vértigo en espiral.

En cuanto se abren las puertas, sale disparada.

—¿El baño? —pregunta en su torpe inglés.

Y la chica señala el final del amplio pasillo. Jensen le hace un gesto para que vaya mientras él se queda en el vestíbulo.

Lis camina procurando no tambalearse. Se mueve a un ritmo desacompasado. Experimenta la misma sensación que la asaltó al salir de la pecera las dos veces que estuvo. Siente un vacío en el estómago: náuseas. Sus bajadas de tensión suelen empezar así, pero esto es otra cosa. Desde hace días es distinto. Está acelerada y ralentizada al mismo tiempo.

Distingue al frente la señal del baño, pero no llega a alcanzarla. El vestíbulo parece más largo a cada paso. Otra pulsión la dirige ahora, una que la desvía del baño. Se detiene en seco. Un aroma la atrapa. Huele exactamente igual a la sala Nisaba en Eden Palace. Esa mezcla a velas de miel y a limpio. Gira a la derecha y allí encuentra lo que parece el salón de una cabaña. La sala contrasta con lo aséptico del resto del edificio. Resulta particular que la sala no cuente con puerta de entrada, ni tampoco parece estar catalogada

por ningún nombre como sí lo hacían los salones del macrohotel benahavileño.

Entra al espacio, lo investiga. El punto en común con la sala Nisaba es evidente: está recubierta por estanterías repletas de libros. Todos en inglés y en noruego. En este caso no son clásicos encuadernados: predominan los manuales médicos y sobre intervención alimentaria. Un busto del *David* de Miguel Ángel descansa en una mesita auxiliar de madera. La cabeza está incompleta, se presenta como un macetero lleno de piñas naturales.

Justo al lado de la chimenea, se adivina una estantería con volúmenes relacionados dedicados a artistas internacionales. Distingue algunos nombres en los lomos: Munch, Grosz…

Lis se acerca a una pared cubierta de fotografías en blanco y negro y tonos sepia. Retratos formales, grupos de hombres y mujeres con porte ensayado; casi parecen uniformados.

—Mierda —musita en plena incredulidad.

Una voz áspera, agresiva, irrumpe a su espalda. Un hombre le habla en noruego. Por su aspecto, debe de ser alguien de seguridad. Lis no comprende qué le dice, pero no parece estar de humor. Él hace un gesto con las manos indicándole la salida de la sala.

—*I'm sorry* —balbucea ella—. *I'm not doing anything.*

Él responde en noruego, más firme esta vez. El hombre levanta la voz. No le deja margen de duda: quiere que se marche de allí.

—Oh, joder —musita Lis.

El mareo empeora. Una arcada recorre su estómago y parece subir por todo su cuerpo. El contraste entre las temperaturas y el existir a base de café empieza a pasarle verdadera factura.

Jensen aparece.

—¡Lis, nos vamos!

El hombre de seguridad discute con él.

—Tienes que ver esto —ruega Lis.

—Ahora no —dice Jensen, y la coge del brazo—. ¡Nos vamos ya!

La chica aparece también; su rostro ya no es espantosamente alegre. No parece molesta por la presencia de Lis en la sala; es como si otra cosa la hubiera disgustado. Lis escucha al miembro de seguridad pronunciar la palabra *politi.*

—¿Qué ha pasado, Jensen?

—Que te han identificado.

—¡¿Qué?!

—A Natalia Bernat, Lis. Saben que estuviste en Eden Palace.

La psicóloga se toca la frente. No discierne si el sudor proviene de ella o de sus manos.

—¿Qué te pasa? —pregunta Jensen.

—Una bajada de tensión.

—¿Puedes andar?

—Creo que sí.

Jensen le pone la mano en la cadera.

—Pues vamos, ¡rápido!

El personal de seguridad sigue maldiciendo en noruego. Jensen dice que quieren saber por qué ella ha presentado una identificación falsa. Efectivamente, han amenazado con llamar a la policía si no se marchan de inmediato.

Al llegar al coche, Jensen abre la puerta. Es la primera vez que lo hace. Lis piensa que debe parecer realmente enferma.

—*Dritt!* —exclama Jensen, ya dentro del coche—. ¡Qué cagada!

—Jensen…

—¿Qué pasa, Lis? ¿Qué pasa?

—En la sala.

Él se pasa la mano por la cara. Parece peinarse las desesperaciones.

—¿Qué pasa?

—Hay que avisar a Marina y a Ramón.

—¿Qué has visto?

—Había una foto. Bueno, había muchas fotos…

—Arranca, Lis —le pide. Él también se ha dado cuenta de que ella cavila despacio.

—En una aparecían el abuelo de Miguel Strachan y Federico, Fredrick, el marchante.

—¡¿Qué cojones?! ¿Dónde?

—En la sala, Jensen. Te lo acabo de decir.

Lis respira hondo. Ordena la imagen en su cabeza antes de que el mareo la distorsione.

—Se los veía junto a otro de los miembros de Las Palomas. El pintor que se marchó a Francia y al que no se le conoce descendencia.

Jensen no dice nada.

—En una esquina había una inscripción —dice Lis, al fin—: Falsad, 1980.

—*Dritt!*

—¿Lo conoces? ¿Qué es Falsad?

—Falsad, no, Lis —niega con la cabeza—. Falstad.

—¿Qué es? ¿Un museo?

Él resopla con ironía.

—Vete a saber.

—¿Por qué?
—Falstad, Lis, fue un campo de concentración.

34

Maura cede al primer resplandor del día.

Johannes Jensen ha salido a la terraza de madera. Las tablas crujen al soportar su paso y el peso de sus conflictos internos. El forense intenta organizar sus ideas, pero el pasado y el presente se entretejen como una maraña.

Su compañera, Lis de la Serna, duerme en el cuarto de invitados, ese que rara vez cumple su propósito.

Con un trapo viejo seca la escarcha que queda sobre la mesa exterior, donde coloca el ordenador portátil, y lo abre para sumergirse en la cancelación de sonido de los cascos Marshall. El contacto con sus compañeros en Málaga es inminente.

—Buenos días —expresa Marina al aparecer en la pantalla—. Por decir algo.

—¿Y Ramón?

—En el quinto sueño. Esta noche ha habido meneo.

En la pantalla de Jensen surge ahora la imagen de uno de los chicos de la fotografía hallada en el cráneo de Nielsen.

—Tenemos una identificación más —anuncia Marina.

La agente amplía el rostro del chico —aquel que apoyaba la cabecita sobre el hombro de Francesca Rossi— y, en otra pestaña,

superpone el cartel de SE BUSCA. Mismo rostro, mismos ojos entristecidos.

—Once años. Desaparecido en Trípoli.

—¿Cuándo?

—1981. El mismo año en el que desapareció Francesca Rossi.

La garganta del forense se seca.

—Mierda, Marina.

—Lo sé.

Pero la casuística de este chico se presentaba aún más enrevesada. En los años ochenta, mientras el rostro de Muamar el Gadafi aparecía omnipresente en los muros de Trípoli, Libia se hundía en una sombra espesa de represión y silencio. La ciudad, envuelta en murmullos de miedo, fue testigo de desapariciones que jamás llegaron a tener nombre ni fecha cierta. Daños colaterales: cuerpos que se esfumaban, familias que callaban por miedo.

Ni Marina ni Jensen ignoran la imposibilidad de estimar cuántos menores desaparecieron en Trípoli durante aquella década. Según la Comisión Internacional sobre Personas Desaparecidas, unas diez mil personas habrían desaparecido durante los cuarenta y dos años del régimen de Gadafi, una cifra que se extiende por las décadas de los setenta y los ochenta, aunque cada número encierra una historia, un duelo sin tumba. Las denuncias se repetían en voz baja, entre susurros, mientras las madres seguían esperando a hijos que nunca regresarían y las calles seguían empapeladas con el retrato de aquel líder que prometía grandeza mientras sembraba ausencias.

—¿El cuerpo? —pregunta Jensen, aunque ya conoce la respuesta.

—¿Tú qué crees?

Otra desaparición extrema. Otra más. Y lo cierto es que, en aquel contexto sociopolítico, casi era habitual. De ahí el quejido del noruego, consciente de lo absurdo que resulta haber preguntado por el cuerpo del chico: su instinto de patólogo forense se le adelantó al raciocinio.

—¿Qué hacemos con ella, Marina? Con Lis.

La agente tarda unos segundos en dar respuesta.

—Necesitamos que se centre en lo que estáis haciendo allí, en lo que ella ha ido a hacer allí.

—¿Y qué ha venido a hacer exactamente? Perdona, sé que eres la jefa de operaciones, pero no lo veo.

—Lis funciona mejor cuando está sobre el terreno.

—Sobre el terreno…

—Sí, Jensen. Sobre el terreno.

—Marina…

Pero ella no le escucha. Esa juventud que, en un principio, le servía para adaptarse rápido a los casos y pasar inadvertida en infiltraciones, ahora empieza a pasarle factura.

—¡Marina! —Jensen ha endurecido el tono.

—¿Qué, Jensen? ¿Qué pasa?

—Pasa que Lis ha montado un circo en el salón.

Marina exhala con retintín.

—Ella es así: no pide permiso ni suele pedir disculpas.

—No necesito que pida disculpas por lo de haberme reventado el salón, Marina.

—¿Entonces?

—Llevaba treinta y ocho horas despierta. Treinta y ocho horas exactas y a base de café.

La agente calla, aunque su mente no lo haga. Ella sabía que Lis iba a afanarse a este caso hasta llevarlo a sus últimas consecuencias; hasta llevarse a sí misma hasta sus últimas consecuencias. La psicóloga siempre se muestra ávida del caos que le proporciona la propia vida. Marina, como su paciente, hace años descubrió que Lis era incapaz de coexistir con la monotonía, pues la monotonía le recordaba que toda forma humana está en decadencia, y el sinsentido de la propia experiencia vital, como ella contaba a sus pacientes, consiste en pagar deudas, a veces de otros, otras veces nuestras.

—Quiero que veas esto —dice Jensen.

Él envía varias imágenes a través de ARGOS. Fotografías de en lo que se ha convertido su salón.

—Lis me pidió que imprimiera las últimas obras de Miguel Strachan. Ha descartado el resto.

Marina abre los archivos y los coteja con detenimiento.

—¿Ese es tu salón?

—Era. Pero eso no importa —insta el noruego—. Fíjate bien.

La agente afila los sentidos. Las imágenes están dispuestas formando un esquema geométrico.

—Por favor, dime que eso no es una invocación al demonio.

—Podría, pero no. Es un eneagrama. Está ordenando las piezas.

—¿Ordenando las piezas? —dice Jensen, y toma aire—. Está diagnosticando a los implicados.

El forense comparte una nueva imagen en la pantalla.

—¿Lo ves?

—Sí.

—Ha catalogado a Miguel Strachan como «perfil de ayudador». —Él baja la mirada y lee unos apuntes que ha recogido basándose en lo que le ha explicado Lis—. «Necesidad excesiva de ser querido, centrado en cubrir las necesidades de otros».

—¿Cree que Miguel se fue para salvar a alguien?

—Pues según el eneagrama sí.

—¿Te ha dicho algo de las figuras? ¿De las vírgenes, los mitos?

—Está en ello. Está encajando a las deidades como traumas del inconsciente colectivo.

Marina suspira.

—Déjala trabajar.

—Marina, Lis padece un trastorno de la personalidad.

—¿Crees que no lo sé?

Jensen resopla.

—Anoche tuve que darle tres diazepam para que durmiese. Tres.

A Marina le produce una gracia irónica el comentario.

—Eso no le hace nada a ella.

—Esta tipa no es normal. Está al borde del delirio.

—No, no lo es. Ya leíste su perfil. Su trastorno es reactivo al estrés, lo sé.

—Solo voy a preguntarte una vez —insiste Jensen—. ¿Hay algo que me quieras contar?

—¿Sobre qué?

—Te lo he preguntado antes, Marina: ¿qué ha venido a hacer Lis aquí? No has respondido.

—Sí te he respondido: trabaja mejor sobre el terreno. Ve cosas, Jensen, las siente. Es una locura.

—No es una locura, Marina, es una enfermedad mental.

—Llámalo como quieras, pero yo he visto lo que puede hacer.

Jensen se muestra pensativo.

—Sé que me ocultas algo.

La agente Marina se reincorpora despacio en la silla de Ramón. Cruza los brazos y observa a Jensen unos segundos más de lo habitual. Siempre supo que su compañero era muy hábil, metódico, pero las peculiaridades de Lis empiezan a no encajarle.

—En cuanto vayáis a Falstad, la mandas de vuelta.

—¿De vuelta a Málaga o a Roma?

—No ha terminado el informe, Jensen.

—Marina —expresa él con un hilo de voz—, la reconocieron. La reconocieron en la clínica, por eso nos invitaron a salir de allí.

La agente frunce el ceño. Se produce un silencio tenso.

—Tendrías que habérmelo dicho.

—Avisé a mi contacto. Pero quiero saber hasta dónde la informo.

—Nada sobre el chico de Trípoli. Tenemos que aguantar un poco más.

—¿Aguantar?

—Es el procedimiento, Jensen.

—La estáis utilizando.

—Claro que la están utilizando. A ella y a todos nosotros.

—A nosotros no, Marina. Este es nuestro trabajo.

—El de ella ahora también. Aceptó voluntariamente colaborar con el CNI.

—Ella aceptó por ti.

Marina siente una punzada en su moral.

—¡Joder, Jensen! —expresa molesta—. ¿Tú crees que yo quise reclutarla?

—Sé que no. Pero ¿has pensado en las repercusiones que esto puede tener para ella?

Jensen cambia de frente. Sabe que esa es una lucha perdida.

—¿Qué pasó en Eden Palace? ¿Qué le hicieron?

—Lis siguió un tratamiento para el estudio del sueño, para el insomnio. Igual que otros pacientes.

—¿Estás segura?

—Comprobamos que tuvieran todos los certificados necesarios.

—Ya. —Él arrastra las palabras—. Pues a ella no le ha sentado bien: ha perdido el contacto con la realidad.

Marina baja el tono de la voz, se lamenta.

—Esto ya le sucedió en Santa Teresa.

—¿Hasta dónde estás dispuesta a llevarla?

—Va a llevarse sola.

Las palabras de Marina enfurecen al noruego.

—No vayas de monja. Estás siendo una mala amiga.

Marina responde sin un ápice de temblor en la voz:

—Esto está por encima de mí, de cualquiera de nosotros.

Jensen discrepa. Si algo le enseñaron los muertos es que ninguna vida está por encima de otra.

—El sistema te está devorando.

—El sistema ya nos consumió hace mucho tiempo, Jensen.

Entre los dos se hace un silencio prolongado.

—Ella es la única persona que puede acercarnos a lo que pasó con los chicos —dice Marina, al fin.

—¿Por qué?

—Por lo mismo que tú eres forense y yo guardia civil, amigo.

Jensen comprende lo que insinúa Marina; más bien, lo infiere. Las heridas de la infancia trazan el mapa de aquello a lo que aspiramos —o a lo que terminamos condenándonos— en la vida adulta. Las suyas lo empujaron a redimir su árbol genealógico o, al menos, a intentarlo.

35

El conjunto sale temprano desde el aeropuerto de Oslo-Gardermoen rumbo a Trondheim-Værnes.

Klaus, el policía que les abrió las puertas del hangar, acompaña a Lis y a Jensen. No le han invitado, pero ahí está él: chaqueta de cuero y silencio funcional.

La noche anterior Jensen y Lis habían cenado en un bar cercano a la casa de Jensen: un indio. Cerveza y patatas fritas para Jensen; unas hojas de lechuga para Lis.

—Klaus vendrá con nosotros —dijo el forense entre bocado y bocado.

—¿Y eso por qué?

—Protocolo —dijo Jensen, y añadió—: Sé que prefieres ir por libre, pero a este no nos lo podemos quitar de encima.

Lis asintió. Aceptó a Klaus como a un animal de compañía. Solo puso una condición a Jensen: que él fuera su binomio, el de Klaus, y que a ella la dejara a solas con el entorno y con la audioguía.

—A sus órdenes, sargento —respondió Jensen a la psicóloga.

Al aterrizar en Trondheim, les esperaba un coche de alquiler. Quién lo había gestionado daba igual.

Klaus ha sido el conductor. Los ha llevado por la carretera E6 hasta llegar a Lavenger y después ha seguido las señales que

conducen a Falstad.

El paisaje se ha vuelto más denso a medida que avanzaban por la carretera. Las paredes de árboles parecían contenerlos dentro: una jaula de cristal.

Durante el viaje, Lis ha pensado mucho en si un país, si un gobierno, si sus gobernantes decidieron reabrir las puertas de ese lugar para transformarlo en un museo y un centro de derechos humanos, fue porque en ese punto, en otro tiempo, la dignidad humana fue arrancada hasta el hueso.

Falstad. Frente a ellos, y a primera vista, podría parecer un campo de concentración más, un infierno más al que la ingente bibliografía, filmografía y documentación de las guerras mundiales nos tiene acostumbrados como sociedad.

A Lis, sin embargo, los muros elevados que rodean el edificio le evocan *La isla de los muertos*, de Arnold Böcklin, uno de los cuadros inquietantes del siglo pasado. Existen seis versiones oficiales reproducidas entre 1880 y 1901. Freud, Hitler y Lenin compartieron una extraña fascinación por la obra. En todas, una barca avanza hacia una isla rocosa, guiada por un barquero y una figura blanca junto a un ataúd. El remero suele identificarse con Caronte, el barquero de Hades, encargado de transportar las almas a través del río Aqueronte. La versión original se perdió durante la Segunda Guerra Mundial.

La abuela de Lis conservaba una réplica en su chalet de La Cala del Moral; probablemente obra de algún aficionado. A veces, la psicóloga se pregunta qué fue de aquel cuadro, si también se extravió como otras tantas verdades que se dan por hecho en la infancia.

—Nosotros vamos a hablar con el director del museo —dice Jensen.

—Bien.

—Lis, si necesitas…

—No voy a perderme en una visita guiada.

Lis camina con la audioguía en la mano, dejando atrás a su compañero y a Klaus. Siente la mirada de Jensen clavada en su espalda. Está cansada de que le observen la retaguardia por mera desconfianza.

Inicia la visita como una turista más. La audioguía reproduce un castellano atropellado, de esos que delatan a los traductores automáticos. La narración se recrea en la época en que Falstad fue un campo de concentración. Hablar de la guerra se ha convertido en una forma rentable de venerarla. Pero eso no es lo que busca, ese es, de hecho, el momento histórico que menos le interesa. La obsesionan los años previos y posteriores: cuando Falstad fue un internado masculino y, después, una escuela y centro educativo para jóvenes «problemáticos».

En cuanto supo que este lugar había nacido como internado para varones, la psicóloga comprendió que no era un simple dispositivo social, por más que lo vendieran como reformatorio de almas descarriadas. Era un centro de condicionamiento del estado, una fábrica de obediencia. Ella piensa que hay lugares —igual que algunas personas— que parecen condenados al sufrimiento. Y este resulta uno de ellos.

Lis camina por el interior del edificio. Cada una de las estancias y de los pasillos por los que avanza el grupo de turistas al que se ha

adherido parece conservar una densidad casi intangible. El aire está empañado de dolores y silencios.

Cierra los ojos y trata de retrotraerse al pasado: muchachos llegados de toda Noruega, arrastrados por el peso de sus faltas —o de lo que otros llamaban faltas—. Algunos habían robado una manzana. Otros, desafiado la autoridad paterna. Muchos ni siquiera sabían por qué estaban allí. Bastaba con la firma de un juez, la recomendación de un maestro o la decisión irrevocable de una madre desesperada.

En aquel lugar se rezaba al amanecer, se trabajaba hasta el anochecer y se dormía bajo mantas raídas mientras la culpa —propia o impuesta— se adhería al cuerpo como una segunda piel. Los días estaban marcados por el tañido de la campana, la voz del director y el eco disciplinado de los pasos en los pasillos encerados. Los castigos se disfrazaban de formación. Los tutores observaban cada movimiento, cada gesto, con mirada punitiva. Su objetivo era higiénico: limpiar la sociedad de elementos «perturbadores».

Se detiene frente a una ventana que da al patio. Esta vez no cierra los ojos. Imagina el espacio lleno de chicos uniformados, marchando al unísono bajo la voz del instructor. Los ve correr, hacer flexiones, alzar los brazos, como si el sudor pudiera purificarlos.

La audioguía habla de aquella etapa como si el internado fuera un prólogo benigno al posterior campo de concentración. Pero la violencia no se limita a la guerra ni comienza con ella. Empieza mucho antes: en los lugares donde se educa en el miedo y se adiestra desde la obediencia.

Lis inspira, suspira. Sigue con la visita. Entra en una de las habitaciones en las que mantienen las camas pertenecientes al

internado. Entonces sus latidos se disparan. El aturdimiento en el que anda sumida se desvanece, por un instante al menos. Los azulejos ante ella son los mismos azulejos verdes, el mismo tono opaco y ligeramente agrietado en las puntas. Parecen idénticos a los que pueden percibirse en la fotografía hallada en el cráneo de Nielsen. Saca el teléfono móvil del bolso, las manos le sudan, y revisa la imagen ampliada. La audioguía continúa hablando, pero ella la ha dejado aparcada en el suelo. Algunos turistas la miran con cara extrañada. No comprenden por qué está tan interesada en los defectos de las baldosas. Pone el móvil al lado de algunas, compara las líneas y las proporciones, hasta la disposición del zócalo. Pero no, no coinciden. «¿No son los mismos? ¿O se han perdido los detalles al reconstruir la imagen con inteligencia artificial?», se pregunta.

Pasa los dedos por los azulejos. Tiene la manía de tocar las cosas para hacerlas suyas, para creerlas posibles. Quizá nazca esa manía de la necesidad de escapar de la disociación psicológica. Pero no consigue hacerlos suyos. No consigue hacer real el vínculo entre este espacio y los chicos desaparecidos.

La audioguía chirría de repente. De ella sale un ruido metálico. El aparato parece recibir una llamada o sufrir una interferencia. Lis se vuelve hacia ella y la coge del suelo. Se la pone en la oreja y lo escucha: el clic de la cámara. Ese maldito clic y de forma repetida.

—No puede ser —susurra.

Pero el sonido se intensifica hasta que un pitido irritante se le cuela por el oído. Tira la audioguía al suelo, apartándola de ella. Una mujer de vigilancia se levanta de su silla y empieza a caminar hacia Lis. Pregunta si todo está bien.

Lis no responde. Solo mira el aparatito, obnubilada, sigue escuchando el clic de la cámara. Aquel que escucha desde el piso franco de Málaga, intermitente e intercalado.

La mujer de seguridad camina hacia Lis.

—Necesito salir —musita la psicóloga.

Camina lejos —lo más lejos y rápido que puede— del museo histórico de Falstad.

Intenta poner en orden no solo la información recibida durante la visita, sino también, y de algún modo, el dolor del que se ha empapado. La pregunta persiste: ¿qué vinieron a hacer aquí el abuelo de Miguel Strachan y Federico Ramírez, Fredrick Ødegård? Espera que Jensen pueda averiguar algo.

Y es que ni siquiera en su etapa de escuela formativa Falstad logró diseminar el sufrimiento que emana de la atmósfera. Le resulta asombroso cómo las personas olvidamos, ella diría que con tanta facilidad, los horrores que nuestros prójimos han acometido. El cristianismo prístino, basado en la esperanza escatológica y en la ética del amor, poco se asemeja a lo que una vez se experimentó en estos centros que una vez fueron regentados por la Iglesia.

Lis no sabe si es la falta de sueño, la mala alimentación o el chute de ansiolíticos que Jensen le ha dado esta madrugada, pero necesita tomar distancia del lugar.

Las ideas que la asedian no llegan en forma de vocablos. Son imágenes que sisean en su mente, que la envenenan. Y ahora, la posibilidad de que Miguel Strachan y Francesca Rossi fueran sujetos de maltrato entre estos muros la atormenta.

—No, no fue así —se susurra—. No has podido equivocarte tanto.

Recupera la imagen incrustada en el cráneo de Nielsen: a los chicos se les veía bien.

—No había indicios, ¡joder!

Lis pensaba que su turbado corazón estaría preparado para enfrentarse a la exposición a la máxima crueldad humana, pero no ha podido soportarlo. «No puedo», se dice. A pesar de que las paredes no sean idénticas, su cabeza ha viajado hacia el sufrimiento que pudieron experimentar los muchachos si los trajeron aquí para ser maltratados.

—Rogarían por su muerte —musita.

Pasea por las inmediaciones. La perturba tamaña cantidad de turistas, agolpados en la entrada. Llega un grupo de adolescentes de excursión; sus risas la irritan. Lis revisa el teléfono móvil. La fotografía de Brisa, la que tiene como fondo de pantalla, se torna algo borrosa. «¿Cuánto llevo aturdida?», se pregunta. Los mensajes de su pareja, Francisco Palacios, han disminuido hasta el punto de que el inspector ha decidido responder solo a sus peticiones de que le mande cosas de la perrita.

El clic de la cámara. El puto clic de la cámara. Lis lo tiene metido en los sesos.

—Sal de aquí —se ordena.

Camina rápido, muy rápido, pero sin rumbo fijo, hasta dar con un sendero que indica BOSQUE DE FALSTAD, 2 KILÓMETROS. Sin pensarlo demasiado, se adentra. Cuanto más acelera el paso, más nítido se hace el sonido del clic de la cámara.

Al introducirse en el bosque de Falstadskogen, la invade la misma sensación que experimenta al entrar en una iglesia: la densidad que

gravita en el ambiente, la sensación de que alguien la observa para juzgarla, para decirle que lo está haciendo mal y es un error.

«No quiero, joder —se dice—. No quiero volver a la depresión».

La idea de que alguien pueda vigilarla se repite con insistencia. El maldito clic se entremezcla con el sonido de unos chasquidos. Ya no intenta capturarlo ni localizarlo. Asume que está dentro de ella.

Hay fantasmas que vuelven a pasear por su cerebro. Durante unos instantes parece regresar a la oscuridad de los pasillos de la residencia Santa Teresa. Tiene la sensación de que escucha los gritos de las chicas con anorexia cuando por bemoles se les metía en la boca la cuchara, a las chicas del área de discapacidad montar numeritos porque alguien había cogido sus juguetes. Empieza a confundir pasado con presente y presente con angustia.

Sigue caminando. Cuanto más se adentra en el bosque, más se impone la sensación de nocturnidad. Su respiración es entrecortada.

Cavila: Falstad carga con demasiadas voces silenciadas. Este caso cuenta con demasiadas voces silenciadas.

Alza la vista buscando una grieta entre los árboles, pero una grieta hacia el cielo, hacia el sol. La arboleda es densa, los troncos demasiado altos y rectos: son barrotes. Existe un alboroto de fondo, pero no llega a discernir si proviene del bosque o de la claustrofobia que se apodera de su cabeza.

Entonces baja la mirada. Ha tropezado contra algo más sólido que una rama.

—¿Qué es esto?

Sus pies dan con una escena rocambolesca, una que, desde luego, no esperaba.

—Aunque ya me lo espero todo, ahora no espero nada.

Se agacha para comprobar que sus ojos no le mienten: pequeñas pirámides de piedra perfectamente alineadas. Se inclina hacia una de ellas: hay números romanos grabados dentro de un triángulo con unos picos muy semejantes al ojo de la insignia del grupo Las Palomas. Cierra y abre los ojos; esta relación no puede ser cierta. Pero al abrirlos comprueba que no es un delirio de sus ideas. Ciertamente, los triángulos, la santísima trinidad, están ahí y de una manera tan peculiar como familiar en estos últimos tiempos.

—Estoy pisando tumbas —dice al saberlo cierto.

Los números romanos deben de corresponder al orden de las víctimas. Pero qué víctimas. Según dice la audioguía del museo al final, durante la época en la que Falstad fue un internado, también fallecieron jóvenes que se negaban a aceptar los métodos de aprendizaje que les aplicaban. Qué fácil y cuánta dignidad habrían ganado de golpe si reconociesen que a aquellos jóvenes los asesinaron o los llevaron al suicidio.

Una punzada, a medio camino entre el miedo y la desesperación por comprender que está pasando, atraviesa sus entrañas.

¿Y si Francesca Rossi y Miguel Strachan hubieran sido enterrados en ese suelo? ¿Y si hubieran sido enterrados ahí, en un anonimato eterno?

Todo es posible. Ahora todo es posible. Creían que Alastair Strachan, el abuelo de Miguel, había fallecido meses antes de que el chico naciese. Y, sin embargo, en la clínica del lago han encontrado una fotografía del hombre junto al anciano marchante al que visitaron en Málaga.

¿Quién les asegura que no fueran ellos, años después, los que trajeron a los chicos ahí? A Miguel, a Francesca y a los otros dos

jóvenes sin identificar.

—¿Qué cojones?

Levanta la mirada y busca altavoces camuflados en los troncos de los árboles. Un estruendo nace de la más absoluta solemnidad del bosque.

—¿Qué cojones? —repite con la respiración entrecortada.

«He escuchado esto antes», se dice. Ha escuchado esto hace muy poco.

El sonido parece emerger de las propias copas de los árboles hasta del suelo. No sería extraño que hubieran instalado un hilo musical para hacer más inmersiva la experiencia: un espacio conmemorativo al aire libre, una escenografía del recuerdo. Pero no ve los altavoces, no los encuentra. Sin embargo, el sonido se intensifica cada vez más. La melodía se convierte en estruendo.

Saca del bolsillo el móvil y enciende la aplicación de identificación de musical. Necesita comprobar que los oídos no la engañan, que no confunde sugestión con recuerdo.

La aplicación tarda unos segundos en captar la pieza:

—El *Invierno,* de Vivaldi —lee en la pantalla del móvil al aparecer el nombre en la aplicación de búsqueda.

Toma consciencia: esa fue la última pieza que tocó el cuarteto de cuerda en la última noche de estancia en Eden Palace. La música suena, pero algo se cuela entre sus notas. Un torrente de chirridos, un sonido dantesco que no pertenece al compositor.

Lis se tapa los oídos con las manos, se protege, pero no encuentra consuelo. Los chirridos se entremezclan ahora con los clics de la supuesta cámara que la persigue desde Málaga y con la señal de

interferencia que recuerda a una llamada constante que no termina de producirse. Algo en el interior de Lis se descompone.

El ruido la hace tambalearse hasta que cae al suelo. No puede pensar con nitidez. No puede pensar, de hecho. Grita desde lo más profundo de su ser. El ruido le duele, le duele en todo el cuerpo. Grita mientras el pitido la sacude, mientras se arrastra en el suelo como un animal indefenso.

Grita despavorida.

36

No es habitual, pero es posible.

Eso fue lo que dijo el médico que exploró a Lis después de lo vivido en el bosque. Dictaminó que la psicóloga se había desmayado a consecuencia de respirar tierra cargada de micelio y de materia en descomposición, aunque no fue lo que ocurrió.

A Lis le provocaron un desmayo, está convencida, y el método por el que se lo provocaron fueron los ruidos.

—No son acúfenos —se dice ella—. No me estoy volviendo loca. No, ¿no? ¿O sí?

Nadie más cayó al suelo porque no había nadie más alrededor. La única persona en cientos de metros era ella. Eso lo tiene claro. Estaba sola frente a las tumbas triangulares, paralizada y acongojada por la idea de que Miguel Strachan y Francesca Rossi pudieran haber sido enterrados allí de manera clandestina.

Pero no estaba sola del todo. Alguien sabía que se encontraba en esa ubicación. Sabe que no puede demostrarlo, que, a simple vista, el único sistema en funcionamiento son unos discretos altavoces que emiten un hilo musical para dar un aire más tétrico al lugar.

Lis no comprende cómo alguien podría anticipar que ella terminaría allí. Pero, en cuanto escuchó hablar de la existencia de las tumbas, ellas la llamaron. A la psicóloga siempre le gustaron los

cementerios: en ellos encuentra sosiego, una paz difícil de alcanzar en el mundo de los vivos. Piensa, además, que no está de más que las personas se vayan acostumbrando a ellos; al fin y al cabo, todo acaba enraizado con la tierra.

Y ahí, sobre las tumbas, la encontró Jensen. Lis estaba derrengada sobre la tierra húmeda, con las uñas ennegrecidas del musgo y la arcilla. Había intentado desenterrar el bosque mismo. Había escarbado en las tumbas con figuras piramidales, había intentado arrancar el sonido de su cabeza o su cabeza del sonido mientras buscaba el nombre de Miguel Strachan o de Francesca Rossi entre las tumbas. Aun sabiendo que ninguna de ellas está catalogada por el nombre del pobre desgraciado que allí yaciese.

Cuando Jensen la encontró, también halló el teléfono móvil a un lado de su cuerpo, con la pantalla quebrada por una esquina. Lis debió de pisarla.

Su compañero verbalizó que su aliento era entrecortado; parecía haber sufrido un ataque de pánico. Él no terminaba de comprender qué había pasado. «Tampoco parece —piensa Lis— que pueda comprenderlo ahora».

Según Jensen describió, estaba pálida —más de lo habitual—, los párpados le temblaban y tenía la frente perlada de sudor frío. Tal y como la describió, con el detalle con que lo hizo, Lis diría que le resultaba muy semejante a alguno de sus muertos.

Minutos después de que la hallase entre tierra y musgo, la sirena de la ambulancia desgarró el silencio del bosque de Falstad. Lis solo conserva ese sonido de la ambulancia en su recuerdo, aún agudo y lejano. Lo que ocurrió después, que la subieron a una camilla con premura, se le antoja un cuento que ella no ha vivido.

«Otra vez», se dijo. Otra vez en el interior de un tubo metálico que recordaba a las peceras de Eden Palace, claustrofóbico y asfixiante. No, ¡peor!, por culpa del estridente sonido de la maquinaria infernal.

También una colega de Jensen, una psicóloga, procedió, en un perfecto inglés del que Lis anda muy lejos, a realizar una entrevista absurda en la que le preguntaba si había sufrido estrés en los últimos tiempos. Tuvo que reírse.

«¿Estrés?», se preguntó Lis.

Se da cuenta ahora de que vio a Brisa, la perrita, o, mejor dicho, creyó verla con tanta claridad que habría jurado que estaba allí, persiguiendo a los ojos que la acechaban. Pero Lis sabe que no ha sido el estrés lo que ha hecho que vea a la pastora alemana, no.

Tras la evaluación que le realizó su colega, la psicóloga noruega, la mujer dictaminó que lo sufrido por Lis había sido una cuestión pasajera y que no volvería a producirse, ya que su discurso era coherente. Lis tuvo que reírse de nuevo. Pero no puede culparla. «¿Quién interviene a un psicólogo? ¿Quién pretende acceder a la sombra que nosotros, doctos en ella, hemos moldeado y modelado a placer?».

Jensen le susurra.

—Lis.

Pero Lis no da respuesta.

—¡Lis! —dice él alzando la voz.

—Dime.

—La azafata está esperando. ¿Quieres tomar algo?

—Ah, sí: café solo, por favor.

Jensen declina su petición y pide a la azafata un té con leche y azúcar para ella. Su compañero, a quien consideraba un tanto molesto, pero por quien ha desarrollado un enorme afecto, ha insistido en acompañarla de regreso a Málaga, donde Marina y Ramón prosiguen con sus funciones.

Lis reconoce no haber puesto ningún impedimento a la insistencia de Jensen. Ella siempre se sintió sola en un mundo en el que se encontraba rodeada de gente, pero Jensen, y contra todo pronóstico, se ha convertido en una de esas personas por las que no le importa quebrantar su soledad.

Uno de los tripulantes de cabina avisa por el interfono de que los pasajeros pueden disfrutar del servicio de wifi; lo dice con orgullo. El parloteo entre los pasajeros se cuela por los sesos de Lis. Siente ahora una opresión en el pecho: los ojos de las lápidas triangulares del bosque de Falstad la observan. Aquellos debían de ser los ojos que sintió tener encima, pero era ella la que estaba sobre el cuerpo de las personas, muchas de ellas de edad adolescente. Chicos, niños, que fueron asesinados en el campo de concentración y que, mucho se teme, también en su anterior uso como internado.

Lis saca de su bolso la libreta donde toma apuntes desde el inicio de este grotesco desafío. Jensen le toca la rodilla y gira la cabeza de lado a lado. Comprueba que los rodeen noruegos que no sepan hablar ni una pizca de castellano, nórdicos anestesiados que beben alcohol por desayuno. Todo está en orden: Lis y Jensen no son importantes.

Lis abre la libreta y boceta una de las lápidas del bosque. Arranca la hoja y busca entre las páginas los dibujos que en su día realizó del medallón de Las Palomas, del logotipo de Eden Palace y de aquella

clínica de nombre impronunciable de la que los echaron en Jessheim.

—Jensen… —dice—. En Málaga me preguntaste si estaba desencantada de mi profesión, si la dejé por eso.

Él la observa expectante.

—Y sí —prosigue—, claro que estoy desencantada de la psicología. ¿Sabes por qué?

—Ilumíname.

—Porque las profesiones sanitarias, Jensen, salvo quizá la tuya, solo miran hacia la vida. No permiten al paciente contemplar la muerte como opción; ni la muerte ni el suicidio, claro.

—No te pillo.

La psicóloga pasa las páginas de la libreta, seleccionando aquellos bocetos referentes a los distintos símbolos, y los coloca en orden, uno al lado del otro, en el pequeño espacio que ofrece el poyete del asiento delantero del avión.

—Esta gente, Jensen… Su *modus operandi*, los libros que leía Nielsen, el nombre de sus perros, las peceras…

—¿Qué cojones son las peceras?

—Su *modus operandi,* Jensen, es una oda al Renacimiento.

Un chasquido metálico proviene del avión y Lis pega un respingo.

—¿Estás bien? —pregunta Jensen.

—Sí.

—Sigue.

—Verás, esta gente miraba a la muerte para mirar a la vida.

—Perdona si estoy espeso —dice—, pero sigo sin entender adónde quieres llegar ni qué tiene que ver todo esto con que a un tío le taladraran el cráneo, Lis.

—Jensen…, ¿cómo estamos tan seguros?

—¿De qué?

—De que la foto de los chicos se tomó en Noruega.

Él resopla.

—Lo asumimos por la nacionalidad del mecánico.

—Ya, algo había que dar por hecho en medio de este caos, ¿no?

—No saltes de conversación. Explícame qué pasa.

—Estoy bastante segura de que esta gente, sean quienes sean, querían a los chicos.

—¿Que los querían?

—Sí, Jensen. Que se preocupaban por ellos.

—¿Por eso los tenían en un zulo?

—La habitación no era ningún zulo. Mira.

Lis reproduce la fotografía en la libreta. Jensen lo contempla con atención. Ella, ahora, pinta los cinco cuerpos y los elementos más singulares de la imagen. También boceta tres líneas con las que explica lo siguiente:

—¿Ves esto?

Él asiente.

—La claridad golpeaba en el espejo —dice Lis—, lo recuerdo bien. De hecho, esa luz impide que se vea el rostro de la persona que toma la foto.

—Sí, sí, tienes razón. Lo recuerdo.

—La pregunta —continúa ella— es para qué los querían.

Jensen se toca la cara. Denota cansancio.

—¿Qué pasa? —pregunta Lis.

El piloto avisa de que queda poco para aterrizar.

—¿Lo tienes todo? —insta él.

La psicóloga sabe a qué refiere su compañero. Sí, lo lleva todo en la cabeza.

—Mientras estuviste en el hospital hablé con Ramón y Marina. Los he puesto al corriente.

—¿Les dijiste lo de la foto? ¿Lo del abuelo y el marchante?

—Sí, lo saben.

—¿Y? ¿Marina ha vuelto a hablar con él, con Federico?

Jensen desvía la mirada. Comprueba de nuevo que nadie los escucha.

—Lis…

—¿Ha hablado con él o no?

—Nadie va a volver a hablar con el viejo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque está medio muerto.

Un sentimiento de culpa invade a Lis. Piensa en su visita y en que los zarandeos que le dio pudieron propulsar su viaje al otro mundo.

—¿Crees que…?

—No caigas en eso.

El avión se mueve: el piloto debe de haber tomado los mandos.

—¿Qué piensan sobre lo de que el abuelo estuviera vivo?

—¿Tú qué crees?

—Que no habrán encontrado vinculación ni con Nielsen ni una explicación a por qué el chico estaba en Noruega, ¿no?

Jensen pone la mano sobre la de ella, que ya descansaba sobre el apoyabrazos.

Lis vuelve la vista hacia la ventanilla. Piensa en lo pequeñas e insignificantes que somos las personas.

—Marina ha hablado con la vecina —dice el forense.

—Con la señora Paquita.

Él asiente.

—Ella admiraba a Alastair.

—No es lo que Marina buscaba.

Lis fija las pupilas en su compañero.

—La vecina es la única que puede convencer a la madre del chaval, Lis.

—¿Convencerla de qué?

—De que hable contigo.

Ella entiende que están ante su última baza y dispuestos a saltarse cualquier protocolo.

—La madre de Miguel —añade Jensen— no necesita a la policía. Lleva años necesitando a un psicólogo.

37

«Dicen que el amor mueve el mundo. —Una voz dentro de Lis deja escapar una risita ahogada—. No, no es el amor lo que mueve el mundo, es el sufrimiento: el pavor a padecerlo o la posibilidad de provocarlo».

En el coche y en silencio, la agente Marina y Lis se dirigen hacia la casa de Rosa. La psicóloga quiso caminar hasta aquí, el piso franco no queda nada lejos, pero la agente ha insistido, tras el lamentable episodio en Noruega, en traerla hasta la puerta.

Al subir al coche, Lis hizo un ademán de encender la radio, pero Marina también se negó. Silencio sepulcral después de haberse desmayado por un supuesto estruendo que la atormentó en el bosque de Falstad. Supuesto, claro, porque sus compañeros no la creen.

Marina y Lis contemplan un barrio detenido en el tiempo. Trapos cuelgan de los tendederos que dan a la fachada principal del edificio; un colchón descansa apoyado sobre el techo de un coche, precario, aparcado junto a la fachada de la parroquia de San José Obrero, donde Lis se reunió con Virginia, la amiga de Miguel. Como por descuido, en el portal del que una vez salió el chico, han dejado una nevera desahuciada, maltrecha, que custodia ahora la entrada. La escena le recuerda a Lis a la sala setecientos trece, museo del

Louvre, *El Pandemonium*, de John Martin. Las figuras demoníacas son minúsculas frente a las cúpulas y los arcos; el mensaje es inequívoco: el mal, cuando se organiza, aplasta al individuo.

Lis cavila entonces sobre Miguel Strachan. A ella le habría gustado tenerlo como paciente, o quizá como espejo. Con él no habría seguido ningún protocolo reglado: ni terapia dialéctica conductual, ni terapia breve estratégica… ¡Por Dios!, cuánta palabrería. Si defines a una persona, la encadenas.

Quien crea poder intervenir el dolor del alma humana con un modelo terapéutico concreto debería renunciar a ejercer. El papel del psicólogo no es el de sanar, sino el de comprender.

Mira ahora por el retrovisor con un gesto de infinito cansancio. Recuerda cómo el exinspector malagueño, Cisneros, la advirtió de que una entrevista con la madre del chico ni siquiera serviría para atormentar a la mujer.

—Es una efigie anquilosada a la pena —dijo Cisneros—. Una muerta. ¡Peor que eso!

Y también apuntó que la familia de Miguel, cansados de husmeadores y de los pocos avances en la investigación, se han tornado totalmente inaccesibles para la ley. Lis comprende ese agotamiento, bañado de frustración, pero sabe que el exinspector erraba en su hipótesis: nadie gobernado por un fervor es inaccesible, de esto ella sabe bastante más que él.

La agente Marina ha aminorado la marcha y ha girado a la izquierda. Se acercan a la casa; pone los cuatro intermitentes.

—Te dejo aquí —dice la agente—. Voy a buscar aparcamiento.

Desde uno de los balcones ondea la imagen de la Virgen del Rosario, desgastada por el sol y el polvo. La fe morirá el día en que

muera el ser humano. «Hasta entonces, muchos la abrazan como un escudo contra las dolencias de este mundo, y eso, le pese a quien le pese, no es algo que pueda juzgarse», piensa Lis.

—¿Crees que la madre tiene fe?

La agente Marina retuerce el gesto.

—Bueno, todavía deja la luz del salón encendida por las noches, por si Miguel vuelve, así que figúrate.

—Me refiero a si la mujer es creyente.

Marina niega.

—No había figuras religiosas en la casa.

—Bien: está decepcionada.

—No había ni figuras religiosas ni apenas decoración; era como si una hecatombe hubiera pasado por allí.

—¿Tiene nietos?

—No, no tiene. Ninguno de sus tres hijos, ni la mayor ni los mellizos, tienen hijos. ¿Por qué?

—Me parece significativo. Puede que no quieran seguir con el legado familiar.

Marina la observa sin mediar muchas palabras.

—Recógete el pelo —pide a Lis—. Voy a ponerte el pinganillo.

—¿Otra vez?

—Tenemos que escuchar.

—¿No os fiais de mí?

—Es el protocolo, Lis.

«No es el protocolo», piensa. Marina sabe que ella, que Lis, no está bien. Sin embargo, también sabe que la psicóloga puede llevar a la persona hacia donde le dé la real gana. Y eso la anima, pero

también la preocupa. Este caso pende de un hilo; nunca se tuvieron más pistas que ahora.

Lis baja del coche y, sin mirar atrás, camina hacia el portal del que una vez Miguel salió para no volver. Alza el mentón y descubre a la vecina, a Paquita, asomada tímidamente por la ventana de la cocina, resguardada por la cortina. La puerta de entrada al edificio está entreabierta: siguen sin arreglar el cierre. Sube por las escaleras hasta la tercera planta. La puerta del piso donde vivió Miguel Strachan también se mantiene entreabierta y, según cuentan, no debido a su visita, sino a esa esperanza de que el muchacho vuelva. Toca dos veces la puerta.

—Pase —dice una voz apagada.

La vecina Paquita ha hecho su parte: convencer a Rosa para que accediera a verla. Abre la puerta, ya entreabierta, y Lis avanza hacia el salón de la vivienda. La madre de Miguel espera sentada en un apoyabrazos del sofá. Con un gesto de la mano, invita a Lis a tomar asiento. Sobre la mesilla, unas tortas de almendras procedentes de Algarrobo y unas tazas de manzanilla esperan. Ha preparado el escenario para que esta sea una entrevista, otra más, en la que hablar del maravilloso artista que era su hijo y de lo tirano que fueron aquellos que se lo arrebataron. La psicóloga entiende, entonces, que este es el modo que Rosa tiene de transitar el duelo: su terapia es ser anfitriona de un vacío.

Lis se sienta ante la madre de Miguel sin darle dos besos ni estrecharle la mano; sí le sonríe y se presenta.

—Sí, la psicóloga —afirma la mujer—. Paquita me dijo que hablar con usted podría serme útil.

—Tutéeme, por favor. Yo haré lo mismo, si le parece bien.

Rosa asiente.

—Has venido a preguntar por mi Miguel, ¿no?

—En realidad, Rosa —responde Lis con suavidad—, me gustaría hablar de ti.

Su cuerpo da un leve respingo en el asiento.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Lis.

—Mala madre —expresa, directa—. Mala madre, hija. Estaba más tranquila cuando sabía que él ya estaba muerto. Ahora que han encontrado la dichosa fotito, yo qué sé. Yo ya estoy asqueá.

La psicóloga esperaba encontrar a una mujer devastada por el dolor, y, sin embargo, la ha encontrado agonizando en rabia. «Mejor», se dice. La rabia puede transformarse en acciones mucho más útiles que la tristeza.

—Estás cansada, Rosa.

—Pues sí, hija, sí: muy cansada. Esto ahora…, qué sé yo. Mi niño está muerto. Para mí lo está, y se acabó.

—Y es muy probable que lo esté.

Por el gesto torcido de su boca, Lis afirmaría que también se llevaron a Rosa el día que se llevaron al muchacho. De ella solo queda una voz susurrante, una exhalación, acompañada de pensamientos atribulados.

—Me han dicho que aún dejas una luz en el salón encendida por las noches.

—Mis hijos dicen que estoy chalá.

Lis da un sorbo a la manzanilla; deja la marca rosada del pintalabios en la taza.

—No estás loca, Rosa. Te aferras a un recuerdo para sobrevivir. ¿El recuerdo de Miguel es feliz?

Rosa se manosea las arrugas de las manos.

—Mi niño tenía mucha luz, como tú. Hasta que se la quitaron.

—¿Quién se la quitó?

—Yo no lo sé. No sé si fue en el colegio o mi marido, que era un burro, pero, después de la comunión, mi Miguel ya nunca más fue el mismo.

—Dejó de ser un niño para ser un adolescente, Rosa. El carácter se modifica en esas etapas.

—Yo no lo sé, hija, una no entiende de nada, pero mi niño ya no se reía.

—En la asociación parecía feliz.

—Sí —dice Rosa, y suspira—. Lo querían mucho.

—Sería como el nieto de todos.

La mujer traga saliva.

—Mi niño era muy listo, hija, mucho, más que los mayores. Yo no sé cómo ese niño salió de mí. Una es una inculta del todo.

—La inteligencia tiene muchas formas, Rosa.

Ella asiente con reticencia. La madre de Miguel es una de esas mujeres que se sienten inhabilitadas para la vida porque, seguramente, así se lo han hecho creer. Lis lamenta pensar así, pero la mujer ante ella no le encaja como perfil de esposa para el hijo de un renombrado arquitecto. Siente que algo se le escapa.

Y fija ahora la mirada en la mujer. La fija, conectan y Lis se quita el nanopinganillo de la oreja. Lo coge, se lo enseña a Rosa y lo deja caer dentro de la taza de manzanilla.

—Soy más de café —dice Lis, y sonríe.

Piensa que sus compañeros deben de estar arañándose por haber perdido la conexión, pero a Lis nunca le importan las consecuencias

de sus actos si estos la afectan a ella. «Ahora no va a ser diferente», se dice.

—Rosa, en realidad soy yo la que ha venido a hablarte de Miguel.

Entre las dos se hace un breve silencio.

—Verás, me han contratado para redactar un informe de media carilla sobre tu hijo. Como si alguien cupiese en media carilla, ¡qué estupidez! —Lis resopla y ríe, absurda—. En fin. Me han contratado para intentar comprender a Miguel. Y digo «intentar» porque no creo que me acerque del todo a lo que él tenía en su cabecita.

La mujer la observa con atención. Tal vez sea la primera persona que le hable con cierta sinceridad, que le deje claro que su hijo no va a volver, que hace mucho que murió y que ni siquiera sabe si podrá cumplir adecuadamente con el trabajo que le han encomendado.

—¿Por qué piensas que se llevaron a tu hijo?

—No lo sé, hija. Yo no sé lo que pasó con mi niño. Solo sé que una tarde salió por la puerta y ya no lo he visto más.

—No me lo creo.

Lis sigue mirándola. Rosa sostiene el silencio

—Hasta hace unos días, estaba obcecada con ver las últimas obras de Miguel, con estudiarlas —se sincera la psicóloga—. Si hubieras aceptado esta visita antes, Rosa, estaría persuadiéndote para que me las mostraras. Sé que tenéis obras de Miguel: una madre no se deshace de lo que le queda de su hijo. No una madre como tú.

—No sé en qué puedo ayudarte.

—¿Por qué tu marido tenía una mala relación con tu suegro?

—Eso son cosas de familia que a mí no me contaban.

—Sigo sin creérmelo. Sé que no eres tan inocente como pareces.

Los ojos de Rosa centellean. Lis adelanta el cuerpo para hacer hincapié en la fotografía.

—Quiero la verdad.

—¿Para qué? —pregunta ella—. Nadie me va a devolver a mi hijo.

—Tienes razón. Nadie va a devolverte a Miguel.

Lis le da un pequeño espacio que rápidamente quiebra.

—¿Quién era la novia de Miguel? —pregunta Lis.

—Mi niño no tenía novia.

Y ante su negativa, Lis le muestra el dibujo de la chica rubia, desnuda. El que Paquita guardaba como si fuese un relicario.

—¿Quién es, Rosa?

Ella se mueve en el asiento. Pretende ser discreta, pero no lo consigue.

—Quiero que te vayas.

—Me iré cuando me digas la verdad.

—La verdad es que mi hijo está muerto y no va a volver.

—Sabías que Alastair, tu suegro, estaba vivo cuando Miguel desapareció. Lo sabías.

—Quiero que te vayas —musita ella con cierta agresividad contenida.

—¿A quién tienes miedo, Rosa?

—¿Miedo? —pregunta ella, y una sonrisa torpe se dibuja en su rostro—. Estoy muerta en vida. ¿A quién le voy a tener miedo?

—Dime adónde iba tu hijo los meses antes de su desaparición.

—A la asociación.

—No, tiene que haber algo más.

Ella sonríe de nuevo, pero es la sonrisa de alguien arrastrado por la tormenta.

—Sé que te sientes culpable, Rosa. Me has dicho que crees que eres mala madre —dice la psicóloga, dando un espacio antes de su último ruego—. Te lo voy a preguntar una vez más: ¿adónde iba Miguel además de a la asociación?

Rosa señala un cuadro en la pared; uno de los pocos efectos decorativos que aún quedan en la casa.

—Ahí —murmura.

Incompleta.

La catedral de Málaga es una herida en el ojo de la ciudad. Una herida cicatrizada a la que los vecinos han apodado con cariño «La Manquita». La construcción de su torre sur se truncó, quedando su imperfección a la vista de todos. Evoca el recuerdo de la coexistencia entre lo humano y lo divino.

Lis no ha podido contener la urgencia tras la visita a la casa de la madre de Miguel. La mujer finalmente confesó que su hijo estaba «prevelicao» con la catedral de Málaga y su entorno —o, por lo menos, eso contaba en casa—. Miguel acudía siempre que podía, a veces incluso antes de ir a la asociación, al caer la tarde.

—La hora no la sé, hija —dijo la mujer—. Pero tenía que haber claridad. Nunca llegaba de noche: Miguel era muy bueno.

Así que algo debía de haber allí, en la catedral con una torre amputada. Algo que le provocaba un efecto irrevocable al jovencito.

En cuanto Lis subió al coche, Marina intentó reprenderle por haber ahogado el pinganillo, pero Lis respondió tajante.

—Vamos a La Manquita —dijo.

La agente conduce hacia el centro, hasta donde las calles peatonales se lo permiten.

Al bajar del coche, Marina y Lis caminan hasta el pórtico de entrada de la catedral, donde muestran las acreditaciones pertinentes como supuestas galeristas, y así les conceden el acceso. Los pasos sobre el mármol rebotan en las naves. El aroma del incienso parece haber impregnado la piedra. La psicóloga siente náuseas.

—¿Todo bien? —pregunta la agente.

Lis asiente.

—¿Cuánto hace que no comes? —insiste en indagar Marina.

—Comí en el avión.

Ella niega con la cabeza.

—Cuando esto acabe, hablaremos, Lis.

Pero Lis elude su riña: no le queda hueco en la agenda para preocuparse por sí misma. La psicóloga explica que, según Rosa, meses antes de desaparecer, Miguel se obsesionó con la catedral.

—Cuenta que se volvió obstinado.

—¿En qué sentido? —pregunta Marina.

—Ha utilizado la palabra «prevelicao» para referirse a su conducta.

Marina cavila.

—Eso quiere decir que algo aquí le enloquecía.

La agente observa a Lis caminar por el interior de la catedral; espera a que reaccione frente a una epifanía, frente a un milagro que les dé más pistas sobre qué le pudo suceder al chico que llevan semanas intentando descifrar. Pero, a pesar de las numerosas

referencias —podrían ser cientos o miles—, Lis no ve con claridad a Miguel entre estos muros.

La agente rompe el silencio:

—¿Qué buscamos, Lis?

La psicóloga levanta los hombros.

—Un vínculo con Nisaba.

Miguel tenía una sensibilidad extraña, buscaba correspondencias. Que los símbolos le hablaran y él les devolviese la conversación. Que las ideas le resonasen y él les devolviera el favor transformándolas en arte.

Juntas recorren la nave central, los altares laterales, los frescos, la sacristía. La catedral es una joya, pero, de nuevo, Lis no halla nada que justifique la obsesión que la madre verbaliza que presentaba Miguel con este lugar.

—¿Nada? —pregunta Marina.

Lis niega; se arranca padrastros de los dedos.

—Algo no está bien.

—¿Qué no está bien?

Y al fin debe sincerarse:

—Marina, no veo a Miguel.

La agente resopla.

—Vamos a dar otra vuelta. —E insiste—: Tiene que haber algo.

Lis acepta lo que Marina propone, una vez más. Siente el peso de la obligación como una losa. Pero se serena y piensa en que justo para esto la han contratado. Para explorar dentro de los anhelos del muchacho.

Lis se detiene frente a *La Piedad* de los hermanos Pissanis, en el contracoro.

—¿Crees que se vería con algún sacerdote? —pregunta Marina.

—No, seguro que no.

—¿Lo firmarías?

—Sí —dice Lis a la agente—. Las alusiones de los últimos meses de vida de Miguel, las referencias que encontramos en sus obras, son paganas. No —insiste, y niega con la cabeza—. No estuvo con ningún cura.

La claridad entra por las vidrieras iluminando el rostro de *La Piedad*, y una idea aparece como un halo de luz que accede a desenmarañar sus neblinas.

—¿Adónde vas? —pregunta la agente, siguiéndole el paso.

Lis no responde. Camina hacia fuera de la catedral, hasta la plaza del Obispo. Integrada en la fachada del Palacio Episcopal, junto a la catedral, se alza otra figura de *La Piedad*. La luz de la tarde cae sobre ella, modificando notablemente la escena. Lo que debía evocar a una madre sosteniendo a un hijo se transforma en un espectáculo macabro. Los rayos ocultan el rostro de Jesús, moribundo, en los brazos de la Virgen. Los claroscuros revelan sus huesos. El mesías parece un cadáver más que una divinidad.

—Esto es lo que venía a ver Miguel —dice Lis.

Marina entorna los ojos, intenta seguirle el juego.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura.

—Arguméntalo, Lis.

Ella clava la vista en la agente.

—El humano reducido a un cuerpo vacío.

—¿Qué?

—Un hombre sin conocimiento, sin Nisaba.

Marina hace un esfuerzo por comprenderla, por no pensar en que ha caído en una espiral de delirio.

—Escribe a Ramón —ruega Lis.

—¿Qué quieres que busque?

—Criptas.

A los pocos minutos de que la agente contactase con Ramón, tuvieron muy claro el objetivo.

En lo alto de la calle Victoria se encuentra un santuario con su nombre y, en los bajos de ese santuario, una cripta que bien podría convertirse en la musa de cualquier pintor gótico del *Trecento*. La cripta pertenece a los condes de Buenavista, los mismos que poseían el palacio que un día albergó el Museo Provincial de Bellas Artes donde expuso Miguel Strachan y donde ahora se levanta el Museo Picasso.

Ramón sigue al teléfono con Marina.

—La cripta de las mil calaveras —dice el hacker—. La describen como una lúgubre joya del barroco contrarreformista.

—Lo temporal frente a lo eterno —añade Lis—. El humano efímero frente a la muerte.

Marina la mira.

—Esto es lo que estábamos buscando —dice Lis—. Estoy segura.

—Aún no hemos llegado, Lis.

—No importa, estoy segura.

La psicóloga confía, tiene la certeza, pese a no haberse adentrado aún en el camarín, de que ese panteón es justo con lo que Miguel estaba obsesionado y no con La Manquita. La catedral finalmente sí

era su coartada. Si hubiera sido sincero con su madre, se habría espantado al saber que su hijo, en lugar de pasar horas tomando bocetos de santos, se interesaba por el inframundo como inspiración para sus creaciones.

Marina y Lis llegan a la plaza desde donde se accede a la cripta. La agente observa a su compañera con inquietud; Lis intuye, nuevamente, que debe de tener peor aspecto del que se había percatado. Cierto es que le ha costado subir la calle: se encuentra más cansada de lo habitual.

Divisan la entrada de la cripta y entonces pasan a un pequeño habitáculo que la precede, acondicionado a modo de recepción. La señora que las atiende les sonríe complacida. Le resultará agradable que dos turistas quieran visitar la oscuridad que se esconde tras la puerta a su izquierda.

Ella cuenta que el lugar está demasiado bañado de misticismo y que la gente que lo suele visitar o son oportunistas o les provoca repelús y salen pronto.

—Las familias nunca vienen—añade—. No quieren que sus hijos vean esto y después no les dejen dormir.

—Perfecto —responde Lis impaciente.

—Para las familias hay más vidilla en la plaza —insiste la señora.

Su cautela comienza a sacar a Lis de quicio.

—¿Podemos pasar? —pregunta la psicóloga.

La señora les hace un gesto con la cabeza y, sin más dilación, las autoriza.

—¿Alguna vez habías visto…? —pregunta Marina.

—No, nunca había visto nada así.

El folletín que les ha entregado explica que el conjunto de la cripta-camarín del santuario representa simbólicamente las tres vías de la espiritualidad: la purgativa, la iluminativa y la unitiva.

—¿Qué significa «unitiva»?

—La culminación del proceso —explica Lis—. El punto en el que el alma alcanza la unión mística con Dios.

Ella hace un movimiento de cabeza extraño. Con el rabillo del ojo, Lis comprueba cómo la mira. Están a solas en la cripta. La humedad les cala hasta los huesos. Lis cierra los ojos y los abre de nuevo.

—Quiero estar sola —pide a Marina.

Y la agente asiente en respuesta.

—Voy a subir al camarín —dice—. Si me necesitas…

—No.

Marina asciende por las escaleras hacia el camarín, asciende hacia la claridad. Gira el cuerpo hacia su compañera. Hay una leve reticencia, pero al fin Lis se queda a solas en el lugar en el que se siente más cómoda: lejos de cristos y santas, lejos de homilías y parafernalias. En soledad y en silencio. En la oscuridad y junto con los muertos.

Explora con todos los sentidos. «Esto sí es Miguel Strachan», piensa.

Las rocambolescas figuras se superponen al yeso: esculturas orantes, túmulos funerarios, esqueletos… Una de las figuras, con rostro cadavérico, la llama de una forma casi demoníaca. Sus ojos son cuencas vacías. Recupera la imagen de Björn Nielsen, una de tantas en la que el hombre tenía los ojos salidos de las cuencas por

la presión que el taladro inalámbrico infligió en su cráneo. Después, a la diosa Nisaba: la mujer que todo lo veía, la voz de la conciencia.

—Es ella —murmura Lis.

La figura guarda notables semejanzas con la Venus que un día pintó Sandro Botticelli. Como un flash, viene a ella aquella conversación con Virginia Carrera, compañera de pupitre de Miguel, quien aseguró que él pasó de leer tebeos a estudiar las obras de los grandes maestros del Renacimiento.

—Es esta figura.

Entonces comienza a sonar una melodía. Lis ya no consigue discernir si es una melodía o son acúfenos. No puede creer lo que escucha, o no quiere creerlo.

El clic de la cámara irrumpe primero, incesante, para entremezclarse con las primeras notas del *Invierno* de Vivaldi.

—No puede ser —musita—. Otra vez no.

Se lleva las dos manos a la cabeza. Intenta sujetarla. Cierra los ojos, inspira y espira.

—Esto tiene que estar en mi cabeza.

Pero la música sube de volumen. Así que Lis sale de la cripta, enfurecida, y encara a la señora de la recepción.

—¿Usted ha puesto la música?

—¿La música?

—La que suena ahora.

Ella hace unas comprobaciones en el ordenador. Su sosiego resulta exasperante.

—¿Puede comprobar más rápido si es usted, por favor?

Lanza a Lis una mirada entre el susto y el rechazo.

—Es raro —dice finalmente la mujer.

—¿Qué es raro?

—La música debería estar apagada. ¿Está segura de que la ha escuchado?

Lis vuelve a la cripta para comprobarlo. La mujer la sigue: también quiere comprobarlo.

—¿La escucha? —pregunta Lis.

—Sí, sí que la escucho. Pero en el ordenador no aparece activada.

—¿Quién tiene permiso para hacer esto?

—Pues no lo sé, yo y tal vez alguien más.

—¿Quién?

La mujer empieza a mostrarse asustada. Lis ha subido el tono.

—¿Quién tiene permiso? —insiste la psicóloga.

—La verdad es que no lo sé.

—Averígüelo, por favor, es importante.

—No entiendo…

—Por favor —ruega a la mujer—. Es importante.

La mujer asiente y sale a preguntar. El clic de la cámara no cesa. Lis no comprende cómo nadie parece oírlo. El *Allegro non molto* se reproduce en bucle. Sube ahora las escaleras tras la mujer, por donde Marina también desapareció antes.

Hay una planta intermedia entre la cripta y el camarín donde se encuentra la sacristía. Ahí, la mujer habla con el cura, explicándole que alguien está muy nervioso abajo: el hilo musical se ha activado, pero no ha sido ella. Parece que al cura le desconcierta esta situación.

Marina baja por las escaleras del camarín.

—¿Todo bien? —pregunta a Lis, y su rostro parece cambiar al ver la expresión de la psicóloga, desencajada. —¿Qué pasa, Lis?

—El *Invierno*, está sonando el *Invierno*.

—No entiendo, más despacio.

El cura interviene en la conversación:

—Parece que la señorita ha escuchado música clásica en la cripta. No solemos activarla, pero entendemos que no debería ser de gran molestia.

—Solo es un hilo musical —añade la mujer de recepción.

—¡No, joder! —exclama Lis—. Marina, es el *Invierno* de Vivaldi, justo cuando he encontrado a Nisaba. ¿Lo entiendes?

La agente la observa, preocupada. Pasa la vista por encima de su hombro. Lis diría que la mujer de la recepción está haciendo algún gesto con el que intenta convencer a su amiga de que está loca.

—Vamos juntas abajo, Lis —le pide Marina.

—¡No! Quiero saber quién ha puesto la música.

—No hemos sido nosotros, joven —dice el cura—. Estamos preparándonos para la santa misa.

Lis se gira hacia él, brusca.

—Quiero que me diga quién la ha puesto y por qué.

—Lis, vamos —insiste Marina.

El clic de la cámara se acelera. Ahora, la psicóloga se gira hacia la agente.

—¿No lo escuchas?

—No escucho nada, Lis —responde—. Vamos, abajo.

Ella la coge del brazo, pero Lis se zafa. El cura también intenta acercarse, pero Lis le espanta, mezquina. Algunos feligreses se asoman, alentados por los gritos.

—Yo no soy así —musita Lis al verse tan violenta—. ¡Yo no soy así!

—¿Qué te pasa? —pregunta Marina.

—Me han metido algo en la cabeza.

—Nadie te ha metido nada, Lis.

Lis grita, desgarrada. Dentro de su cerebro han encendido un horno: le quema.

38

Desde la cima del DiBit 2, bajo la cúpula acristalada que imbuye de luz el espacio, el arcángel san Rafael custodia a aquellos que nunca abandonan el edificio.

En su interior, el profesor Julius Schneider contempla la figura del arcángel. La estatua desprende una energía difícil de verbalizar incluso para él. Algunos cuentan que tiene vida propia: san Rafael decide cambiar su posición a placer para supervisar aquello que acontece en los laboratorios del *Dipartimento di Biotecnologie e Tecnologie Avanzate*.

Con la mano derecha, el arcángel apunta al cielo: conecta lo tangible con lo divino. Justo, justo eso, es lo que pretende hacer su esposa, Lova Schneider, y el conjunto de neurocientíficos a su cargo aquí, en este hospital de Milán.

—Llegar a Dios a través de la ciencia —susurra con una sonrisa cargada de escepticismo.

Recuerda las palabras de Lova sobre el supuesto diseñador inteligente que condiciona la dinámica del universo. La admira —siendo este el único pegamento de su relación—, pero al profesor de Filosofía no le interesa ni lo más mínimo desvelar la composición de nuestra materia con fines que considera desencajados.

Las energías que él estudia son de un carácter más mundano y terrenal. «Las cloacas del alma humana», como él las llama, los deseos más fervientes y primitivos. Esas «cloacas» son su *leitmotiv*, su *Da-sein*: ser-ahí, estar en el mundo.

Le resulta dantesco que la ciencia —y en particular el proyecto que lidera su esposa— conduzca al ser humano, sin freno ni conciencia, hacia una sociedad cada vez más polarizada y sometida a la inteligencia artificial. Una supuesta inteligencia incapaz de introspección, carente de la profundidad necesaria para mirar de frente nuestras propias deformidades como especie y, mucho menos, para corregirlas.

Si dependiera de él, declinaría responder a las obsesiones de Lova. Si la ciencia no sirve para penetrar en el laberinto de nuestra propia alma, para explorar sus pasillos secretos y enfrentase a los rincones donde se ocultan los miedos, los deseos y las obsesiones, ¿de qué sirve? ¿Y de qué sirve la vida si no podemos iluminar la oscuridad que llevamos dentro? El verdadero poder del conocimiento no está en controlar lo externo, sino en enfrentarnos al horror que nos define, pero también nos devora por igual. Sus anhelos resuenan dentro, ella resuena dentro, pero se contiene de mirar el móvil.

Julius se llama a su centro y cavila sobre el proyecto. Está convencido de que habitamos un mundo programado para cronificar el miedo; un sistema diseñado para aislarnos y empujarnos a consumir.

Piensa que no hay un solo versículo en el que Dios, el Dios que según él la sociedad ha creado, prometa la felicidad.

—La felicidad se preserva —musita.

No solo somos incapaces de alcanzarla, sino que, además, no parece que podamos sostenerla en el tiempo.

Él no lo expresa: hace mucho que se privó de decir a su esposa lo que realmente piensa y, por supuesto, tampoco se permite expresar lo que piensa a Sargón. Sin embargo, está en desacuerdo con la línea de investigación de su mujer, con aquella que su fundación y otras entidades respaldan económicamente. Por supuesto, Julius piensa en aquella línea de investigación silenciada al mundo, aquella que presentó en Isola Bella, no en el motivo por el que su mujer será galardonada.

El filósofo está en total desacuerdo con seguir con esta pantomima que comprende como robotizar al ser para hacerlo más eficiente. «¿Más eficiente para qué?», se pregunta.

Camina meditabundo bajo los pies del arcángel, por círculos metálicos que le recuerdan a las escaleras helicoidales de los Museos Vaticanos: un remolino de hierro y acero que se enrosca queriendo rozar la luz que entra por la cúpula. Cada aro sostiene al siguiente, formando un ascenso en espiral que guía la mirada hacia lo alto. Y, como en los Museos Vaticanos, la escalera no es solo un camino: es una experiencia, un pasaje entre lo terrenal y lo simbólico. La arquitectura parece representar más una catedral que un edificio científico.

Julius reflexiona sobre el dinero que su fundación ha invertido e invierte en el proyecto de Lova: diez peceras. Pero estas no son simples cápsulas para el estudio de la calidad del sueño. Más de quince profesionales están a cargo de las muestras. Estas peceras son complejas, se han perfeccionado. Cuentan con un sistema de resonancia por tomografía diseñado para capturar del durmiente la

mayor información jamás imaginada: registrar los sueños, traducirlos, sistematizarlos.

Lova lo llama método anticipatorio. «Si el cerebro, mientras duerme, reorganiza el tiempo y ensaya escenarios futuros, entonces —se dice ella y se convence— no estaríamos ante fantasías, sino ante simulaciones predictivas. Microensayos de lo que acontecerá en el futuro. Una grieta en la línea temporal de la humanidad».

Ella no repara en el derecho a la privacidad. Nuestros pensamientos dejarán de pertenecernos. Julius así lo piensa. Y teme que acaben haciendo aplicaciones móviles para acceder al subconsciente. El subconsciente como mercancía.

—El crecimiento tecnológico nos está abismando —dice.

Él piensa en hablar con su mujer, en hacerle llegar sus ideas. Pero hace mucho que sus conversaciones sobre el proyecto acaban siempre en el mismo punto muerto. Ella le recuerda que él no sería nada sin ella. Y ahí termina el diálogo, si una vez lo hubo.

Julius sabe que su esposa nunca tuvo la intencionalidad de generar un arma, pero es justo lo que está creando. Su codicia y ambición desmedida la han nublado.

—No va a existir comisión capaz de controlar esto —musita, y algo se desmorona por dentro.

Esta no era la finalidad por la que su padre, el gran mecenas Julius Schneider, se vinculó a los Cooperadores de la Verdad. Esta no era la finalidad por la que él aceptó heredar su legado. El sentimiento de degradación lo desborda.

Coge el móvil —ese que ha evitado revisar durante toda la mañana— e inevitablemente regresa a ella, como una brújula. Qué extraordinario cuando el amor sobrepasa el discurso interno. Qué

extraordinario cuando deseamos a distancia a sabiendas de que solo podemos admirar al otro como a un cuadro a través de una vitrina.

—Te buscaba —expresa una voz femenina. Lova está a pocos pasos.

Julius se gira al reconocer la voz de su mujer.

—¿Qué hacías? —pregunta ella.

—Has tardado.

—Se complicó la cosa con una muestra.

Su mirada desciende hasta el móvil de Julius.

—¿Qué hacías? —insiste.

Pero él no da respuesta.

—No hagas eso, Juls.

—Hacer un seguimiento es parte del trabajo que me han encomendado.

Ella observa a su marido con la vista hueca. Mide la distancia entre el hombre que fue y en lo que ahora se ha convertido.

—Nunca fuiste un perro tan obediente.

39

Es 11 de mayo.

Roma se cubre, una vez más, de una euforia mediática casi insoportable: el papa en funciones entierra hoy a su antecesor, aquel que en febrero claudicó alegando un insomnio incapacitante. Tres meses después, la muerte lo ha sorprendido en el monasterio Mater Ecclesiae.

Lis, en la galería, mantiene una conversación con su administrativa:

—Siempre hay una primera vez para todo —dice la psicóloga a Alice.

Alice es una de las dos administrativas contratadas en la galería de arte. Una de las dos mujeres que le salvan a Lis la papeleta; aunque ella, Alice, es su preferida, a decir verdad.

—*Ma questo sonno tante prime volte.*

—Sí, demasiadas —responde a Alice.

Alice utiliza el ordenador de la recepción como televisor: retransmiten en directo toda la parafernalia del entierro. Tres días han mantenido el cadáver expuesto en la basílica de San Pedro.

—A Jensen le encantaría ver esto —añade Lis.

—¿Jensen?

—Un amigo. Es noruego, y forense. Más forense que noruego.

Alice le sonríe y no hace más preguntas. Por eso es su administrativa preferida: nunca habla más de lo necesario. Ver, oír y callar, una maravilla atípica en Italia.

Lis cae en la cuenta de que no había encendido la televisión desde hace, al menos, un mes. A su regreso a Roma, tras haber sido apartada de la investigación, un protocolo de autodestrucción se apoderó de sus pensamientos y de su conducta. Un germen de paranoia la invadió durante días que parecían interminables. Los primeros, pasaba horas encerrada en casa reconociendo cada recoveco de las habitaciones, de las escaleras. Aquel clic de la cámara se había instalado en su fuero interno: la gobernaba. Llegó a desenroscar la alcachofa de la ducha por si alguien hubiese puesto un micro dentro.

—Tranquila, Lis —se dijo—. Si alguien ha puesto un micro, el micro no puede escuchar tus pensamientos.

Por las noches, cuando su pareja, Francisco Palacios, se iba a su habitación, ella se encerraba en la suya con la perrita. Allí revisaba sin descanso el sumario de los chicos desaparecidos. A fuerza de leerlo se lo aprendió de memoria. Memorizó cada una de las escarificaciones dibujadas en la espalda de Björn Nielsen. Memorizó cada retazo de la historia que contaba su piel.

Lis sigue soñando con él, con los chicos, con el internado de Falstad y con la cripta. Sueña con la pesadumbre que arrastra la madre de Miguel Strachan, con las peceras de Eden Palace y con la medio sonrisa y la baba caída del anciano marchante de arte Fredrick Ødegård. Lo cierto es que no sabría decir si sueña con estos sucesos o si lo que hace su cerebro es repasar la información

mientras duerme: estudiarla, encajar las piezas de un puzle distorsionado.

Lo que la psicóloga sí puede asegurar es que aquella paranoia, tras su regreso, la empujó a instalar una cámara de vigilancia para bebés en su dormitorio, a llamar compulsivamente a servicios de tarot y a cubrir las paredes de su habitación con cada pincelada del caso.

—Si mis padres me vieran… —pensó.

Lis estaba perdiendo dinero, mucho dinero. Pero, sobre todo, estaba perdiendo la leve estabilidad mental que había ganado en esos años alejada de la psicología. Lo más curioso de ese descenso es que no parecía importarle ni lo más mínimo, no le importaba el estar cayendo: el dolor la hacía sentir viva.

Pero Lis tenía que parar. Tenía que hacerlo por Brisa —por su loba azabache—, por los estudios en la RUFA, por la galería. Tenía que parar en seco y paró. Gracias, una vez más, a su psiquiatra y a la química que domestica a su cerebro.

El clic de la cámara, sin embargo, continúa en su cabeza. Aún lo escucha en casa, en la calle, en la galería. Aún lo escucha en todos lados.

Alice, su administrativa favorita, la trae al presente con una pregunta que le resulta inesperada:

—*Ti piace questo papa?*

—¿Quién? —responde Lis—. ¿El nuevo?

—Sí, el argentino.

—Bueno, a ver, ya sabes que yo no soy religiosa. He escuchado que este es distinto, más humilde. Aunque creo que todos son iguales. Y a ti, ¿te gusta?

Alice es la imagen misma de la romana prototípica, ferviente defensora de la fe católica apostólica romana. Para personas como ella resulta casi imposible admitir que dentro de la Iglesia abundan manzanas podridas capaces de corromper incluso a las que aún permanecen sanas.

—Sí, *mi piace:* era químico.

Lis asiente a ese último apunte. Resulta alentador que un papa tenga estudios científicos. Eso hará que el hombre sea más transgresor que otros, o eso espera ella.

—El austriaco, Alice, ¿qué te parecía?

Alice expresa una especia de carcajada seca.

—*Terribile*.

—¿Por qué?

—No era un buen hombre.

—¿Por qué?

La administrativa resopla.

—*Non era degno di fiducia.*

—¿Por qué no te transmitía confianza?

—Muchas preguntas.

—Has empezado tú.

Alice asiente. Parece arrepentirse de haber iniciado esta conversación.

—Sabía muchas cosas y las consintió.

—¿Qué consintió?

Ella tuerce los labios: una mueca de disgusto.

—*Che Dio lo perdoni.*

Lis cavila y se gira hacia la administrativa.

—Oye, Alice.

—*Prego*!

—¿Tú tienes cuántos?, ¿sesenta y uno?

—Sí.

—¿Has oído hablar de Francesca Rossi?

Alice la mira, desconcertada.

—*Non c'è una persona a Roma che non conosca quel nome, Lis.* ¿Por qué quieres saber de la *bambina*?

—Hace poco me hablaron de ella. De ella y de la otra chica, de la chica que nació en el Vaticano y que también fue secuestrada.

—*Prego*.

—Cuando dices que el anterior papa sabía muchas cosas, Alice, ¿crees que sabía qué pasó con Francesca Rossi?

Alice comprueba que las pocas personas que visitan la galería mantengan un aire distraído.

—*È meglio che non ne parli per strada, Lis.*

La administrativa explica que los romanos arrastran un profundo sentimiento de vergüenza hacia ciertos episodios de su historia más reciente. Durante años, las mafias gobernaron la ciudad a plena luz del día, y muchos de sus crímenes quedaron enterrados bajo un silencio conveniente. Se miraba hacia otro lado. Ella llega, incluso, a contar la anécdota de aquel capo al que, increíblemente, se le permitió ser enterrado en una zona del Vaticano reservada a los papas. Roma —la Ciudad Eterna— ha funcionado durante décadas como un delirio: un organismo devorado por su propia corrupción, un cuerpo que aprendió a convivir con su enfermedad. Alice sospecha que esa putrefacción aún sigue latente.

—Comprendo —dice Lis, y reflexiona—. ¿Alice?

—*Prego*.

—¿Puedes quedarte con Brisa?

La reflexión de Alice, de su administrativa favorita, la conecta con la carencia y la culpa.

—Es mejor que no preguntes por Francesca Rossi en la calle —dice ella.

Y Lis se pregunta si lo mejor es enterrar a los muertos antes que hacerles justicia. Francesca se convirtió en un nombre prohibido en la ciudad, un fantasma vívido. Y, sin embargo, la advertencia de Alice, en vez de alejarla del caso, más la empujaba hacia los chicos desaparecidos.

El recuerdo de Miguel arde en su cabeza mientras camina hacia San Pietro in Vincoli. En el corazón de la basílica, espera el *Moisés* que un día talló Miguel Ángel, el *Moisés* que esbozó a carboncillo el joven artista malagueño. No es la estatua lo que busca Lis, sino la posibilidad de mantener la conexión con Miguel Strachan a través de sus ojos de mármol.

Han pasado menos de dos meses desde que la psicóloga se adentró en la investigación: ya no puede desprenderse de ellos. Se han adherido a ella como lo hace el amor adolescente. Se han introducido en su piel, se han adueñado de sus sueños y de sus pesadillas, dormida y despierta.

Esta historia inconclusa la arrastra, la arrastra hacia lo más hondo, y lo cierto es que no le importaría bajar hacia las profundidades. Ya ha estado allí durante mucho tiempo, ya es parte de lo que es y no le tiene ningún miedo.

Frente al *Moisés* ruega que el mármol cobre vida, que respire. «He venido hasta aquí para que me digas algo, ¡joder!», piensa. Pero no es a él al que solicita que le dé respuestas, es a Miguel, a Miguel Strachan.

—¿Se puede echar de menos a alguien a quien jamás se ha conocido? —musita.

Regresa a casa tras un instante de intimidad con Moisés, con Miguel Strachan. Ha sido uno de los pocos momentos de verdadera paz que ha sentido en mucho tiempo. Ante la escultura ha inspirado su historia y espirado el recuerdo de los chicos desaparecidos. Le ha permitido sentir el anhelo del joven artista malagueño, que no fue otro que establecer un contacto directo con la figura que un día pintó, buscando en ella un destello de conocimiento.

Al llegar, encuentra a su pareja en el sofá, inclinado hacia delante y con unos papeles sujetos firmes entre las manos. El breve respiro de bienestar se desvanece de golpe.

—¿De dónde vienes? —pregunta él.

—Tenía cita con un artista.

—¿El día que entierran al antiguo papa?

Ríe ante el comentario de Palacios.

—¿El mundo tiene que pararse por un entierro?

—Ya… ¿Y por qué no te has llevado a Brisa?

—Solo la dejé unos minutos en la galería, Fran. No es la primera vez, y lo sabes. Alice está acostumbrada.

—Ya.

—Y cuando he ido a recogerla, me ha avisado de que ya habías ido tú.

—He ido a verte, Lis, a darte una sorpresa, pero ya nada es suficiente.

Instintivamente dirige la mirada hacia el florero del salón, por si aquella sorpresa de la que habla hubiera llegado acompañada de un ramo de flores. Pero no: el florero está tan vacío como ellos y su relación.

Palacios airea los papeles y pregunta:

—¿Qué es esto? —dice con un tono agrio—. Los he cogido de tu cuarto.

—¿Para qué has entrado?

—Es parte de la casa, ¿no?

—Eso es confidencial, Fran.

—Para ti también debería serlo.

Es consciente de que se ha pasado por el arco del triunfo la garantía de discreción que solicita el CNI, pero es que ya está fuera de la institución. Ya está fuera del caso.

Él insiste:

—¿Marina sabe que tienes esto?

—Necesitaba tenerlo.

—¿Necesitabas tener esto, Lis?

Su pareja pasa los papeles y le muestra las imágenes de la autopsia de Björn Nielsen: la espalda escarificada, el cuerpo quemado, el cráneo descompuesto.

—Te lo dije, Lis —sentencia él—. Sabía que te ibas a obsesionar, tú eres así. Pero nunca me escuchas, nunca escuchas a nadie.

—Alguien tenía que hacer el trabajo.

Palacios resopla y mueve la cabeza de un lado a otro.

—¿Y tenías que ser tú?

Su pregunta la deja sin respuesta.

—Me has mentido, Lis.

—¿Mentido?

—Has salido de España, has estado en Noruega.

—Sí, estuve en Noruega. Era parte de la investigación, pero no mentí, solo no te lo conté.

—¿Y eso te parece bien? ¿Ocultarme dónde estás te parece bien?

—Era parte del trabajo, Fran. No fui de crucero por los fiordos, te lo aseguro.

—Lis, tú no eres policía ni guardia civil.

—Entonces ese es el problema —dice—. Tu ego. Te hubiera gustado ser tú la persona a quien contactase el CNI.

Palacios se pone en pie y ella retrocede un par de pasos. Él nunca la ha agredido físicamente, pero instintivamente su cuerpo le pide alejarse de él.

—Con todo lo inteligente que eres, ¿no te das cuenta de que hay algo que no está bien en todo esto?

—Por supuesto que lo sé —responde—. ¿Cómo va a estar bien? Le taladraron el cráneo, le prendieron fuego y antes le metieron una foto en el cerebro. ¿Cómo va a estar bien?

—Y, aun así, allá que vas. Sin importar nada, sin importarte lo que pueda pasar con nosotros.

—¿Con nosotros? No, Fran, no vayas por ahí.

—Lis, si algo me ha enseñado ser policía es que las cosas malas de este mundo están mal porque hay peña que permite que sucedan. ¿Lo entiendes?

—Claro que lo entiendo.

Las palabras de Palacios la sentencian.

—Pues, si sigues por este camino, vas a morir pronto. De un ictus, de un accidente o de un golpe en la cabeza, pero vas a morir pronto.

—Estás siendo un poquito trágico, ¿no?

—No, Lis. Eres tú la que no eres normal. Te obsesionas, lo haces tuyo, no sabes vivir de otra manera.

Él toma aire y prosigue:

—He hablado con Marina.

Ella no soporta los ademanes altivos de Palacios: le recuerdan a un gallito de corral con el pecho inflado.

—No te habrá contado nada.

—La verdad es que la tía es una profesional. No me ha contado nada, pero yo sí la he puesto al día de todo esto —dice señalando los papeles que corresponden al sumario.

—Sé más directo, Fran. ¿Qué te preocupa?

—Marina sabe lo válida que eres. Más válida que ella. Pero tú no eres guardia civil. Y tú…

—¿Yo qué, Fran?

—Lis, no dejaste la psicología por lo que sucedió en la residencia. Ni siquiera la dejaste por agotamiento. La dejaste porque eres una paciente.

Su pareja sabe bien cómo meter el dedo en la herida, apretarlo e infligirle un dolor profundo.

—Tú te enamoraste de esto, Fran.

—Sí, pero ya no lo quiero —dice firme—. Y tú tampoco.

Baja la mirada hacia las piernas de Lis. Hace tiempo que los huesos de las rodillas se rozan al caminar.

—¿Te has visto?

—Como pregunta retórica me parece una mierda —responde con ironía.

—Has vuelto a los terrores nocturnos —añade—. Más de una vez he ido a tu cuarto porque estabas gritando. Y siempre encontraba a Brisa acurrucada en tus piernas. ¿No te da pena?

Guarda silencio. Claro que su perrita le da pena. Claro que sabe que no la merece. Claro que sabe que se está comportando como una mierda.

—Marina sí me ha contado por qué te mandaron a casa. Bueno, más o menos. La verdad es que te protege. —Palacios desvía la mirada—. Sé que has tenido alucinaciones auditivas. Piensas que alguien te ha estado vigilando.

—Yo no he dicho que nadie me vigilara.

—Pero escuchaste el clic de una cámara, ¿no? Así lo ha llamado Marina: un clic.

El inspector hace una pausa.

—Lis, durante un tiempo estaría bien que Brisa se viniera conmigo.

—Joder, ¿ya has mirado casa?

—Mirado y alquilado, temporalmente. Cuando termine los once meses de contrato, vuelvo a España.

—No te vas a llevar a Brisa.

—Viendo cómo estás…

—¿Cómo estoy, Fran?

—Estás desquiciada.

—No sabes hablar sin insultos, ¿eh?

Palacios calla. El silencio le pesa a Lis más que las palabras que lo siguen:

—No quiero esta vida, Lis.

—¿Qué vida, Fran? —pregunta ella conteniendo el temblor.

—Para mí sería imposible no quererte, pero tú…

Ella le mantiene la mirada.

—Ya, soy una enferma.

—Da igual que seas psicóloga o que tengas una galería. Eres así.

—¿Así cómo?

—La oscuridad te llama, te arrastra, te devora…, y tú vas detrás, como si no supieras vivir sin ella. —Hace una pausa, exhausto—. Lo siento, pero así será difícil que alguien se quede contigo. Nadie quiere sufrir, Lis. Nadie.

40

La ruptura con Palacios sumió a Lis durante días en un singular estado entre la melancolía y un profundo alivio.

Comprendió que aquel ápice de tristeza, aunque por momentos punzante, pertenecía a un duelo que ya había atravesado dentro de la relación mucho tiempo antes de que esta saltara por los aires. La ruptura real se dio cuando decidieron dormir en habitaciones separadas. Justo cuando comenzaron a ser compañeros de piso, compañeros malavenidos que nada tenían que ver el uno con el otro, ni siquiera en las cuestiones básicas de la convivencia en la que uno da por hecho que si falta leche en la nevera el otro irá a comprarla.

Lis cavila: considera que la vida adulta es un peregrinaje hacia ninguna parte. Y en ese peregrinaje lleva dos horas delante del ordenador, después de haberse alimentado no más que de café expreso. Organiza reuniones con artistas que desean exponer en la galería, que empieza a morir de éxito desde que contó con la colaboración de F. Ravagnoli, pintor de la Accademia di Belle Arti di Roma. La presentación de su muestra proponía «practicar contra el mundo moderno un metódico sabotaje espiritual». Así que Lis no podía prescindir de él.

Levanta los ojos de la pantalla y los fija en Brisa, su fiel compañera. Regresa al Mac. Debe entregar el trabajo final a la RUFA —Rome University of Fine Arts— y no consigue concentrarse más de dos minutos seguidos.

—Joder —se lamenta.

Sin atención no hay memoria y sin emoción no hay atención. Lis diría que en estos momentos carece de ambas. Se percibe algo así como una ameba comecerebros; «Quizá lo sea», piensa. Filosofar sobre la vida es comprender que la música de fondo siempre había sido la muerte. En estos meses, la muerte de Miguel Strachan y de Francesca Rossi, aunque se produjera hace décadas, ha copado la existencia de la psicóloga. En especial, la de Miguel. La muerte de Miguel y el funcionamiento de su cerebro.

Resulta curioso: desde que Lis inició el curso, tuvo la convicción de basar su trabajo final de estudios en «el cerebro del artista», aprovechando su formación como psicóloga y sus conocimientos sobre el funcionamiento cognitivo ligado a la creatividad y con esa «lucidez» vinculada a la creación. Quiso tomar como referente el trabajo de Rita Levi Montalcini sobre la molécula de la creatividad y los valores universales de la búsqueda de la verdad, el bien y la belleza.

—La verdad, el bien y la belleza —musita, y ríe apenas.

Lis nunca imaginó, sin embargo, cuando inició el curso académico, que su trabajo final acabaría encarnando, muy en silencio, con violencia, pero también con dulzura, el recuerdo de Miguel Strachan. Él se ha convertido en el epicentro de sus estudios, pero, de alguna forma, también de su vida.

La muestra que maneja —de aquellos a los que ha entrevistado y cuya obra ha estudiado— queda en ridículo ante la complejidad de aquel adolescente que desapareció en Málaga hace tres décadas. Él, Miguel, se ha convertido en algo personal. Tan personal que Lis siente que lo quiere.

El recuerdo de Miguel la conduce a revisar el móvil. Tiene que arrastrar la pantalla hacia arriba en varias ocasiones para dar con el contacto de la agente Marina. Sus conversaciones se han vuelto vacías. Ella le pregunta cómo se encuentra de forma tan continua que ha decidido no responder a sus mensajes a pesar de que ella insiste en mandarle memes tan irónicos como estúpidos. Es lista. Sabe que, si no responde, lo hace porque se siente abrumada ante la idea de tener que expresar en palabras, aunque sean escritas, cómo se encuentra de veras. Aunque, si tuviera que resumir su estado anímico con una palabra, diría que se siente «extrañamente feliz». Vale, son dos palabras.

El nombre de Miguel Strachan rechina en su cabeza creando una nebulosa de pensamientos inconexos, intermitentes: «Déjalo ya», insiste. Sus ojos, los ojos de Miguel, quedaron clavados en sus pupilas, su media sonrisa, apesadumbrada, lo hizo en su cotidianidad. A veces cree verle en medio de la multitud. Le busca entre los grupos de adolescentes molestos que realizan excursiones y pasan horas pretendiendo conseguir una foto en la Fontana di Trevi lo más posteable posible en internet. Los adolescentes le dan pereza, ella misma se la daba cuando transitaba esa etapa; y también se la da, a veces, ahora.

Piensa en Marina, en la agente Marina, y en Ramón. De lo poco que supo antes de que le cerrasen el acceso a ARGOS, es que sus

antiguos compañeros regresaron a Madrid. Entiende que seguirán investigando desde allí. Entiende. Aunque tampoco está demasiado segura de ello.

Incluso en Málaga, antes de regresar a Roma, discutió con Marina. Le rogó que le permitiera mantener algún vínculo con el caso una vez que redactó el informe de media carilla sobre la personalidad de Miguel Strachan. Pero la discusión y el ruego fueron completamente unilaterales, por supuesto.

Cuando dejas de ser útil para una institución como el CNI, pasas a ser un número más al que pagar una factura por prestación de servicios y adiós. Si te hacen un seguimiento, será para asegurarse de que mantienes la boca callada. Aunque Lis duda de que en su caso alguien se molestase en hacerle un seguimiento. Si le diese por comentar algo sobre la investigación, bastaría con tirar de su historial de diagnósticos para desacreditarla.

—Están en un punto muerto —dice—. Tienen que estar en un punto muerto —repite.

Tal vez lo estuvieron desde el principio, la investigación lo estuvo desde el principio. Resulta inevitable pensar en la inutilidad de seguir investigando lo que les pudo suceder a Miguel Strachan y a Francesca Rossi. Es probable que el presente y el futuro se parezcan demasiado al pasado inmediato, y que lo que les ocurrió a ellos no sea distinto de lo que hoy acontece a tantos otros muchachos: víctimas de degenerados, de engaños, de su propia vulnerabilidad adolescente y de aquellos que siempre están dispuestos a aprovecharse de esa carencia para apropiarse de su inocencia, su cuerpo o su mente. En este contexto, los rápidos cambios tecnológicos —surgidos en una economía de producción masiva y

entre una población que apenas posee nada— no han hecho sino agravar la confusión social y moral hasta convertir el abuso en un fenómeno cada vez más sofisticado y silencioso.

Ahora, alguien abre la puerta del despacho sin tocar antes con los nudillos.

Brisa levanta la cabeza, aunque se mantiene tranquila: la edad pesa en su cuello y en sus ganas de aullar. La persona que entra es Alice, su administrativa favorita.

—*Prego* —le dice Lis.

—Hay un hombre arriba, *signorina*; con la máscara.

«Otro más», piensa ella. Otro turista fascinado por la pieza más importante de la galería: la máscara con cara de serpiente de la fertilidad, el rostro de la tentación, del demonio. Aquella que Lis tuvo que acristalar para que los curiosos no la tocasen.

—Dile que no está a la venta.

—*Va bene* —responde Alice—. Ya se lo dije.

—¿Y?

—*Il signore* no quiere comprar la *maschera*.

Lis levanta la barbilla despacio.

—¿Qué quiere?

—*Il signore* quiere verla —termina por decir la administrativa.

—Pues que la vea.

—Quiere ver a la *signorina*.

Lis abandona el despacho no sin antes pedir a Alice que vigile a la perrita y sin ocultar su fastidio. No tiene tiempo que perder: los

frentes abiertos se acumulan y la psicóloga no sabe ni por dónde empezar a atajarlos.

Lis sube las escaleras hasta la segunda planta. La galería tiene un curioso patio interior que conecta con los otros dos pisos superiores, que corresponden a otras viviendas. Las buganvillas están en su pleno apogeo: sus flores y sus espinas.

Ella gira a la derecha de la escalera, se dirige a la sala de la máscara. «Cinco minutos», se dice: no tiene más tiempo. El hombre la espera allí. Permanece inmóvil frente a la pieza, con las manos entrelazadas a la espalda.

—¿Qué le evoca esta obra, señora De la Serna? —pregunta él sin girarse.

El hombre permanece de espaldas, contemplando la pieza.

—¿Quiere saber qué me evoca? —responde Lis sin ver aún su rostro.

—Por favor.

—Me parece bella. Su oscuridad me parece atrayente, bella.

Él asiente.

—Muy interesante.

—¿Y a usted? —le devuelve la pregunta.

—¿Ha escuchado el término «vida cristalizada», señora De la Serna?

—No, la verdad es que no. Señor…

—El término hace referencia a la rutina más absoluta, a la identidad fijada en los hábitos, en la estúpida e inútil rutina.

Él hace un pequeño stop y continúa.

—La fragilidad de la vida detenida, insulsa e insustancial. Si me pregunta qué me evoca esta máscara… Pues bien, todo lo contrario

que pueda significar una realidad cristalizada, De la Serna.

Su discurso ha conseguido atraparla. El hombre que habla de espaldas posee un acento difícil de ubicar, pero su italiano es impecable.

Lis da varios pasos hacia él. Quiere ver su rostro, descubrir quién se esconde tras ese discurso. Él se adelanta a su intención y se gira hacia ella. Le tiende la mano y le dedica una media sonrisa.

—Soy Julius Schneider —se presenta.

Julius Schneider, el heredero y director de la fundación de mecenazgo más influyente en el arte contemporáneo europeo —así se ha presentado—, visita la galería.

—Vaya, qué honor —expresa Lis, aceptando el apretón de manos —. Si lo hubiera sabido, le habría recibido en mi despacho.

Él esboza una leve sonrisa de cortesía.

—Por favor, no se moleste —responde—. Prefiero este entorno a cualquier sala llena de burocracia.

Lis reflexiona sobre el museo con el que colabora.

—Ha dicho MUMOK, ¿verdad?

—Exacto: arte contemporáneo. ¿Conoce Austria?

—Pues no, no he tenido el placer de visitar ni el país ni tampoco su museo.

—Bueno, ya sabe que un museo nunca es propiedad de uno. Tampoco una galería. El arte es del pueblo.

Lis asiente con la cabeza.

—¿Qué le ha traído aquí?

—¿A la galería o a Roma?

—A la ciudad.

—Bueno, visitar Roma es como regresar a casa. ¿No cree?

—Por eso vine a vivir aquí.

—Ya veo —añade el heredero—. Y déjeme decirle que ha elegido muy bien la ubicación de su galería, señora De la Serna.

—«Señorita». No estoy casada.

—Mejor. Eso es indicio de buena salud mental.

Ella ríe ante el comentario de Julius.

—¿Y en qué puedo ayudarle, señor Schneider?

—¿Cree que necesito ayuda?

—Bueno, ha dicho que estar casado es un trastorno. Quizá sí que necesite mi ayuda.

Él sonríe ante su elocuencia.

—Esta pieza… —dice, y señala con el índice la máscara— esta pieza es la que me ha traído a su galería, si quiere saberlo.

—Es una pieza muy llamativa, única. Han venido desde muy lejos para verla.

—¿A la pieza, señorita De la Serna, o a usted?

Para sus adentros, Lis se sonroja como una estúpida quinceañera ante el comentario del galán. Por fuera se muestra impasible, como un témpano que hace mucho que dejó de creer que los hombres pudieran amarla.

—Disculpe —dice él—. No quería ofenderla.

—No lo ha hecho. Pero es usted un poco torpe.

—¿Solo un poco?

—Sé que quiere comprar la pieza, la máscara, pero tengo que decirle que no está a la venta.

—Todo está a la venta, señorita De la Serna.

—Puede llamarme Lis, señor Schneider. Pero no, no todo está a la venta.

—Ya veo. Su integridad no lo está.

—Espero que no.

—¿Por qué? ¿Sería tan relevante perder la compostura?

—Si quiere una respuesta desde la apatía moral, imagino que no: nada es tan importante; ninguno lo somos. Y allá adonde vayamos, una vez que fallecemos, bueno, no sabemos si nos piden factura.

El mecenas parece encandilado con la verborrea de Lis.

—¿Cree en la vida después de la muerte?

—Quizá. Si fuera una vida exenta de IRPF, estaría de acuerdo.

Él suelta una carcajada.

—¿Puedo invitarla a un café, señorita De la Serna?

—Lis.

La invitación al café se convierte en unas copas de vino blanco en el Caffè Museo Atelier Canova Tadolini, el mismo lugar donde Lis fue citada con aquella señora del CNI que la reclutó. La psicóloga sabía que a Julius le gratificaría aquel lugar: solemne e intimista, refinado pero caótico. Tal y como intuye ella que es él.

—Detesto el bullicio —reconoce Julius—. Pero no me malinterprete: no odio al ser humano. Al menos, no siempre.

—¿Cómo se define?

—¿Puede uno definirse por su profesión?

—Inténtelo. ¿A qué se dedica exactamente el señor Schneider?

Lis le divierte.

—Soy profesor de Filosofía en la Universidad de Viena. Imparto clases de máster. Es para lo que he quedado, lo que he aceptado. He reducido la docencia a la mínima expresión.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Los alumnos, señorita De la Serna, no suelen caerme bien.

—Ha dicho que no odia al ser humano.

—No sé si los alumnos de máster privado podrían categorizarse como seres humanos.

La psicóloga le comprende; él no sabe cuánto.

—¿Qué le descuadra de la vida, señor Schneider? —pregunta ella —. De la vida actual, quiero decir. Intuyo que no son sus alumnos los que le incomodan, sino cómo se comportan.

Julius suspira, aparta la mirada.

—Verá, señorita De la Serna…

—Lis.

—Lis —corrige él, y mueve en pequeños círculos la copa de vino blanco—. Mi mujer, Lova, es una reconocida neurocientífica.

Algo diminuto se resquebraja dentro de Lis. Cada pequeña ilusión parece verse fragmentada por los acontecimientos.

—Utiliza su trabajo como un canal para alcanzar el éxito —explica Julius—. Para esquivar la muerte.

—Eso es normal. Y lícito.

—¿Lícito?

—La necesidad de ser recordado lo es.

Julius agacha la mirada y niega.

—Yo no quiero ser recordado.

—Lamento decirle que lo será. En Wikipedia, al menos.

Él ríe ante la desfachatez de Lis.

—Quizá por eso no lo quiera. No es algo que haya merecido. Mi posición es una casuística, un hilo rojo que me precede.

—Y usted piensa que no tiene nada que ofrecer.

—Exacto. Nada que ofrecer al mundo más que un catálogo espantoso.

—¿No le gusta el arte moderno?

Se inclina hacia ella.

—¿Puedo confiarle un secreto? Lo detesto.

Lis sonríe, no puede evitarlo.

—Yo no tengo nada que ofrecer —insiste el profesor—. Usted sí. Es psicóloga experta en trauma. No se asuste, no le he puesto cámaras. La he investigado.

—Dichosa huella digital.

—Usted sí aporta algo, Lis —continúa el hombre—. Yo solo soy un trovador. Repito lo que otros ya dijeron. Interpreto, escenifico. Nada nace de mí. Ni siquiera soy un farsante, ¿sabe? Eso exigiría talento. Pero yo… —dice, y esboza una sonrisa— no soy más que un canal de divulgación.

—Un canal de divulgación también es una fuente de conocimiento, señor Schneider. Aunque dudo que usted sea solo eso.

—¿Por qué?

—La humildad es un pilar fundamental en cuanto a valores se refiere. Y en esta sociedad, que usted aborrece y que yo no negaré que también lo hago, los valores tienen importan.

Él parece perder la mirada para después hacerla regresar de nuevo.

—¿Sabe, señorita De la Serna? Yo soy hijo único. Hubo un tiempo en el que deseé tener hermanos, otro en el que deseé tener hijos, pero ¿sabe qué? Llegué a la conclusión de que a pesar de que el contexto cambiase, de que los condicionantes lo hicieran, siempre hay una constante en mi vida.

—¿Cuál?

—Que vaya adonde vaya y tenga lo que tenga, siempre voy a ser un pobre infeliz.

Julius clava los ojos en Lis; parece que lleva toda la vida esperando este momento, este en el que pueda vaciar lo que siente sin que nadie sienta aversión por lo que ha expulsado de sus adentros. Sin que nadie se aleje de él, sin que nadie deje de admirarlo.

Lis experimenta la extraña sensación de estar en casa. Claro que no es otra cosa que su trastorno límite de la personalidad llamando a la puerta, una vez más.

—Yo vivo muy ajeno a mi posición, señorita De la Serna.

—Lis.

—Lis —repite él—. El caso es que yo vivo muy ajeno a lo que soy, a lo que debo ser: fiestas, cócteles, farsantes. Un desfile interminable de subnormalidades. Pero el arte, el arte de verdad, sí me reconcilia con la humanidad.

Ella asiente. Lis también proviene de una posición social elevada en la que sus padres ofrecen el amor a través de talonarios.

—¿Conoce la historia de aquella mujer japonesa en el Prado?

El heredero hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—La japonesa que decidió no suicidarse al contemplar la *Inmaculada* de Murillo.

—Justo —dice ella—. Pues yo, señor Schneider, yo diría que soy esa mujer japonesa.

—Yo también lo soy, con otros atributos, ya sabe, pero soy esa señora japonesa, y orgulloso de serlo.

Ríen, fascinados con los ojos del otro.

—Dios nos ha puesto piedrecitas a través del arte y de la ciencia para llegar hasta él, señorita De la Serna.

—¿El doctor en Filosofía es creyente?

—Creador, tal vez. Ser creyente y creador son dos formas de fe; dos caras de una misma moneda.

—¿De qué se considera creador, señor Schneider?

—De conflicto.

—¿De conflicto?

—¿Puedo confiarle otro secreto? —pregunta él—. Verá, la filosofía es otra farsa, como mi posición. Los filósofos de ahora no hacemos más que repetir lo que ya dijeron otros: somos cotorras.

—Bueno, al menos las cotorras son monas.

Julius ríe, satisfecho.

—Pues ese es mi trabajo en la universidad: repetir lo que otros ya han expresado…

Lis termina la frase por él.

—Pero eligiendo los aforismos indicados para fastidiar al máximo.

—¿Sabe lo que es un anarcocapitalista, señorita De la Serna?

El salto temático la divierte tanto como a él.

—¿Cree que el Estado debería reducirse a cero, señor Schneider?

—Podríamos prenderle fuego y cobrar entrada para ver las cenizas —responde él sin inmutarse—. ¿Le gustaría?

41

Una insólita curiosidad ha llevado al sumo pontífice hasta la puerta que custodia la mayor caja de Pandora de nuestros tiempos: el economato vaticano.

Su sargento mayor, su guardia de confianza, Giovanni Zimmer, le acompaña. Él quiso negarse a semejante extravagancia, pero, siguiendo las recomendaciones de su capellán —el padre Bertoni—, accedió a acompañarle, aunque no sin intentar disuadirlo previamente. Zimmer le advirtió que no sería favorable para su imagen, ni para la de la Iglesia, que algún periodista o chismoso fotografiara al papa y a su sargento mayor deambulando de madrugada, linterna en mano, husmeando entre los anaqueles del economato.

—Me hice amigo de uno de los *scriptores* —dice el papa—. Del anterior, claro. Los de mi edad ya están jubilados o se están muriendo, Zimmer. Casi mejor lo segundo que lo primero, ¿no?

El sargento sonríe, resignado.

—Sí, mi *signore*.

El joven suizo ha desarrollado, casi como un reflejo involuntario, un afecto especial hacia el anciano. Se ha convertido en una sombra cauta: conoce más de las intimidades del anciano que su propio mayordomo, aquel que lo ve en paños menores.

Son las 02:37. Y el papa desconoce que están ahí, justo ahí, porque su guardia se lo ha permitido. Cada uno de los movimientos y de las respiraciones del sumo pontífice están supervisadas por Zimmer.

El sargento mayor sabe que su papa está muy lejos de ser un hombre ingenuo. Proviene de la podredumbre más insólita de Argentina. Sabe moverse entre cuervos mejor de lo que el guardia estimaba, mejor de lo que el capellán Bertoni estimaba, y por eso deben protegerlo de sí mismo, pero también proteger el relato construido sin su consentimiento.

—¿Qué buscamos, monseñor?

—¡Registros!

—¿Qué tipo de registros?

—Registros en los que aparezcan unicornios.

Zimmer arquea las cejas.

—¿Unicornios, señor?

—¿Es imbécil, Zimmer?

La pregunta, cargada de ironía.

—En este círculo del infierno —dice el papa señalando uno de los pasillos del economato—, puedes comprar todo lo que creas posible, Zimmer: coches caros, ropa de marca, drogas, ¡hasta unicornios! Y justo eso es lo que estoy buscando.

Al sargento mayor no le es ajeno el eufemismo.

—Discúlpeme, pero no comprendo por qué desea revisar quién contrataba servicios de prostitución.

—¿Contrataba? ¡Por Dios!

—Su antecesor, *signore*, ya mandó investigar a estos depravados…

—Mi antecesor está muerto, Zimmer: lo he enterrado yo. Y esto sigue pasando.

Se hace un silencio.

—Disculpe la imprudencia, *signore*.

—Santiago.

—Santiago —acepta el sargento—. Entiendo que quiera acabar con la corruptela en su santa casa, pero ¿tiene que ser a estas horas? ¿Y usted solo?

—De lo que se ve a simple vista me encargo por las mañanas, joven.

El sargento comprende que lo que buscan es el trasfondo del trasfondo.

—¿Qué quiere encontrar?

—Quiero saber quién tenía permisos especiales de salida cuando desapareció la chica.

—¿La chica vaticana?

—No, ella no. Francesca Rossi.

—¿Francesca Rossi, *signore*?

—Mire, Zimmer, para nuestro anterior papa, su principal esquema era el de llegar a la verdad a través de la belleza.

—Es una insinuación muy grave, monseñor.

—No estoy acusando a mi predecesor de nada, Zimmer.

El sargento niega con la cabeza.

—No comprendo qué pretende.

—Días antes de que me nombraran papa, antes de que me otorgasen este cargo del diablo, escuché susurros en las escaleras de la casa de Santa Marta. ¿Quiere saber qué decían esos susurros?

Zimmer apenas asiente; su mirada es imperceptible.

—Hablaban de un hombre asesinado en Noruega —se responde a sí mismo Santiago—. Cuando lo oí, pensé: «¿Qué tiene que ver eso con nosotros?».

El sargento frunce el ceño. Recuerda las palabras del capellán Bertoni: «Debes cuidar al nuevo papa de otros, pero también de sí mismo».

—¿Por qué piensa que ese asesinato tiene que ver con nosotros?

—Porque justo un mes más tarde de ese asesinato me eligieron, Zimmer. Y no se haga el tonto, porque no lo es. Sabe que en nuestra casa las coincidencias no existen.

—Hace meses me preguntó por el motivo de su elección. El motivo fue la búsqueda de equilibrio, monseñor.

—¿Equilibrio? —se jacta el papa—. No, joven. Lo que buscaban era poner el foco en otro lado. Génesis 3:5: «Dios sabe que el día que comáis de él se os abrirán los ojos y seréis dioses, conocedores del bien y del mal».

Zimmer hace un esfuerzo por seguirle.

—Sé que hay facciones en nuestra casa —dice Santiago— obstinadas con el pecado de la soberbia, joven. Obstinadas no con llegar a Dios, sino con ser dioses. Y en esos caminos el alma humana tiende a perder el rumbo.

—¿Piensa que raptaron a Francesca Rossi con fines sexuales?

—No, Zimmer. La verdad y la belleza de la que hablaban mis predecesores poca relación guardan con el sexo. La finalidad debió de ser otra.

El sargento niega con la cabeza, consciente de que no puede contenerlo demasiado tiempo.

—Está entrando en un jardín peligroso, monseñor.

—Por eso confío en ti.

El papa le sostiene la mirada, firme pero sereno.

—Sé que llevas tiempo podando las rosas de ese jardín.

42

Et lux in tenebris lucet: la luz brilla en medio de la oscuridad.

Julius Schneider se ha convertido en aquella chispa que irrumpe a fogonazos en el año sombrío que está experimentando Lis. Un año en el que, una vez más, ella se ha parapetado tras el sufrimiento ajeno para eludir el suyo propio. Desde que Julius y Lis se conocieron el pasado domingo, sus encuentros se han vuelto una rutina agradable; hoy, miércoles 24 de julio, no ha sido distinto.

—No conocía este lugar —dice Lis al llegar al sitio donde Julius la ha citado.

Él la observa con una sonrisa casi infantil.

—¿Le parece una ubicación extraña para una cita, señorita De la Serna?

—Extraña sí. Pero esto no es una cita.

Julius vuelve a mirarla sin despegar un labio de otro, con timidez.

Dentro de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús se encuentra un pequeño museo instalado en una sala adyacente a la sacristía. Julius cuenta que, tras un incendio singular que afectó al templo, un misionero francés emprendió un viaje por Europa recopilando supuestas pruebas de la vida después de la muerte: vestigios del contacto entre difuntos y vivos, huellas atemporales.

—¿Cree lo del incendio? —pregunta la psicóloga.

—¿Por qué no?

—Los incendios son accidentales o provocados, señor Schneider. ¿Qué tendría de distinto aquel?

—De la capilla del Rosario solo se salvó el cuadro del altar. Algunos aseguraron que apareció un rostro en la pared: una epifanía.

El profesor la hace reír.

—Una pareidolia —responde ella.

—¿Es científica o nihilista, señorita De la Serna?

—He tenido unos meses complicados.

Avanzan por la nave central hacia el altar mayor. Lis sigue sus pasos; cree que los seguiría toda la vida si pudiera. Julius señala una pequeña puerta y la deja entrar primero. El espacio es reducido y está bordeado de vitrinas.

Él contempla el habitáculo con fascinación. Parece disfrutar como un niño pequeño en un parque de atracciones: conoce las deficiencias de cada atracción y, aun así, desea subirse en cada una de ellas. Un niño con un algodón de azúcar, un alma que romantiza las sombras y que se siente cómodo entre ellas.

—¿Puedo decirle algo? —pregunta Lis.

—*Prego.*

—Va a pensar que estoy loca…

Sonríe, tibio.

—Va a decirme, señorita De la Serna, que tiene la sensación de que ya nos conocemos, ¿verdad?

—¿Me está psicoanalizando? Recuerde que la psicóloga soy yo.

—El tiempo y el espacio no existen, Lis. Son meras ficciones, construcciones humanas.

—Pero se sostienen en la percepción.

—¿Y qué es la percepción?

—El cerebro reptiliano, el más antiguo y adaptativo.

—¿Eso es para la psicóloga experta en trauma la percepción? No me lo creo. Quiero más.

Lis lo contempla un segundo antes de responder.

—Es el residuo de lo que fuimos cuando aún no sabíamos nombrar conceptos como el miedo, la belleza o el tiempo.

—De nuevo el tiempo: curioso. Cree que sin él la vida carecería de significado.

—Creo que no podemos vivir de espaldas a la muerte, señor Schneider.

Julius se detiene en seco. Algo dentro de él también parece detenerse. Gira a la derecha, hacia las «huellas de fuego»: paños y sotanas con supuestas marcas espirituales.

—Siento si he dicho algo…

—¿Incómodo? —termina él.

—Sí.

—Me incomoda de una forma agradable, Lis.

Ella intenta desprenderse de esa frase como quien retira una astilla sin querer mirar la herida.

—Dice que el tiempo y el espacio son meras ficciones, ¿no? —retoma.

—Así es.

—¿Qué existe para el doctor en Filosofía?

—El sufrimiento.

Y entonces es Lis la que frena en seco y entiende que debe poner tierra entre el heredero de la fundación responsable del MUMOK y su

fragilidad emocional.

Ella no miente al expresar que hay algo en él que le resulta familiar. Quizá aquello que le resulta familiar es ella misma. Alguien con quien ser sin tapujos, alguien con quien mostrarse vulnerable no resulte un reto, con quien ser pedante no acabe en rechazo: un hogar, pero habitado por otra mujer, su esposa.

—¿Qué la atormenta? —pregunta él.

Lis niega.

—Estoy feliz. Agradecida de estar aquí.

—No hablo de este momento, Lis. Qué la atormenta a usted como persona, como mujer.

—Bueno, no sabría qué decir.

—Estamos en el museo de las reliquias de las almas del purgatorio frente a un libro con la huella quemada de una monja. Diga lo que diga, difícilmente podrá superar esto.

—¿Conoce la palabra «trampantojo»?

Él ríe su elocuencia.

—Hacía mucho que no la escuchaba, pero sí.

—¿De verdad? Es una palabra muy andaluza.

—*Trompe-l'œil*, engaño del ojo. Es habitual en el mundo del arte.

Ella se abre ante él sin saber hacerlo de otro modo. Antes le pregunta si alguien podría escucharlos, pero él responde con firmeza que no: las cámaras solo graban imagen y duda de que funcionen. Julius mantiene un vínculo estrecho con el párroco, por lo que conoce bien el funcionamiento del lugar; lo visita cada vez que acude a Roma.

—Entre marzo y abril pasé una temporada en Málaga. Y unos días en Noruega —expresa Lis con cierta pena al recordar cómo acabó

allí—. El caso es que estuve en Málaga y en Noruega, y en Málaga otra vez. Hasta que regresé aquí.

—¿Trabajo?

—Sí, pero no relacionado con la galería.

Él la escucha con atención.

—Ayudé en un caso policial como psicóloga. No puedo contar más detalles.

Él asiente; la anima a seguir.

—Mi abuela Victoria era de Málaga. Creo que eso influyó en que aceptara el caso. El tema es que ella decía que el *Guernica* era un trampantojo.

Julius levanta las cejas.

—¿Por qué?

—Podía aludir al bombardeo de Guernica, sí, pero también al sufrido en Málaga en el 37.

—Su abuela pensaba que se dio por hecho algo que tal vez el artista quiso difuminar.

—Exacto.

—Su abuela debía de ser fascinante.

—Lo era.

—Su nieta también lo es.

Guardan un silencio momentáneo; sus ojos gritan demasiado.

—Han sido cuatro meses complicados —dice al fin.

—¿Y han merecido la alegría?

—¿La alegría?

—La pena siempre justifica cualquier sacrificio. Quiero saber si estos meses le han dado alegría.

A ella le gustaría responder que, solo por haber llegado hasta aquí, sí, estos cuatro meses de calvario le han merecido la pena y la alegría. Pero no lo hace: calla.

—Ya —dice él—. Esta noche revise los mensajes de su WhatsApp.

—El de la galería, supongo. Pero, lo siento, señor Schneider, ya le dije que la máscara…

—No quiero la máscara. Quiero que revise su WhatsApp personal.

—¿Ha convencido a Alice para que le dé mi número?

Él sonríe.

—Esperaba que me lo diera ahora.

43

El amor es un espejo del alma; o eso decía Carl Jung.

El psicoanalista sostenía que, cuando las personas se enamoran, proyectan en la otra persona fragmentos de sí mismos que no reconocían. Nos atrae aquello que secretamente, desde niños, anhelamos desarrollar en nuestro interior sin saber cómo. El amor se vuelve así una forma de ser vistos, de necesitar y ser necesitados. Somos niños de nuevo, niños necesitados de que un adulto nos cuide mientras espera que nosotros le cuidemos. Un desastre tan absoluto como maravilloso.

Con motivo de los conciertos celebrados en el patio de la Piña, a un reducido grupo de selectos invitados se les concede un privilegio inusual: recorrer los Museos Vaticanos y la capilla sin turistas, sin flashes, sin murmullo profano que convierte el arte en un mero tránsito. Una visita desnuda, despojada de distracciones.

Lis ya lo ve: Julius Schneider espera con las manos cruzadas a la espalda, frente a la puerta, abierta de par en par, que deja traslucir la capilla Sixtina.

El profesor de Filosofía percibe el taconeo de la psicóloga y se gira haca ella.

—Siempre está en alerta, señor Schneider.

Sus ojos hondos y fatigados se clavan en los de Lis. Más vivos desde hace unos días, desde que se conocieron.

Él señala uno de los laterales de la Capilla.

—Las *Tentaciones de Cristo* —dice—. El mal se camufla en lo familiar.

En el fresco, el diablo aparece disfrazado de un monje anciano.

—¿Es una indirecta?

Él sonríe. No necesitan de muchas palabras para compenetrarse.

Lo cierto es que la belleza del entorno los obliga a detenerse. La bóveda parece tener latido. Y, sin embargo, Lis solo contemplaría las ojeras de Julius, eso y las patas de gallo, que oculta tras sus gafas redondeadas y de montura fina.

El heredero de la fundación que gestiona el MUMOK camina hasta el centro de la bóveda. Ella sigue sus pasos, de nuevo. Se ha acostumbrado rápido a vivir tras él.

Julius levanta el mentón con suavidad. Bajo el *Génesis*, queda suspendido a merced de *La creación de Eva*.

—¿Sabe, señorita De la Serna, por qué la velocidad de la luz es de trescientos mil kilómetros por segundo en el vacío?

—Sabe que no hay razón que justifique esa cifra.

—Como tampoco hay razón que justifique por qué estamos aquí, ¿verdad?

—¿Por eso cree en Dios?

—No he dicho que crea en Dios —contesta—. Dije que soy creyente.

Lis se acerca a su espalda dejando un espacio prudencial a su «soledad», a sus cábalas.

—También sabrá —añade Julius— que gran parte de la psicología del ateo es un litigio contra el padre.

—¿Se llevaba mal con el suyo?

Apenas titubea.

—Sería tentador responder que sí, pero no sería verdad. Ser hijo del creador de la Fundación Schneider fue, y es, un honor del que no sé si estoy a la altura.

Ella desvía la pregunta para destensar el ambiente. En sus conversaciones previas, la psicóloga ya percibió la incomodidad que le supone a Julius hablar de sí mismo.

—¿Cómo cree que se llevaba Dios con su hijo? —pregunta Lis.

—¿Piensa que tenían una mala relación?

—No sé si una mala relación —alega ella—, pero siempre me pareció una extraña forma de iniciar el camino de la fe: con el sacrificio de un hijo.

—La palabra «sacrificio», Lis, significa «hacer sagrado algo o alguien». Y, además, Dios sabía que Jesús iba a resucitar.

—Lo siento, no me basta. Jesús sufrió, sangró, como cualquiera de nosotros. Puede que hiciera a su hijo sagrado, pero a costa de su sufrimiento. ¿Eso es amor?

Él guarda silencio. Alza la vista a la pintura.

—Miguel Ángel lo inmortalizó envejecido y vulnerable —dice—. Si nos servimos de su teoría, quizá fuera una venganza.

—Siempre me he preguntado si puede separarse al creador de su obra. Lo que no sé es si se puede separar al creador de sí mismo, del humano.

Julius suelta una risita.

—Es usted demasiado inteligente, señorita De la Serna.

—No, lo que soy es demasiado dramática.

A él se le escapa otra risita.

—Eso me suena.

Lis se acerca más y más a Julius, desea besarle, pero sus ojos la esquivan. Ella querría saber si su corazón también es capaz de hacerlo, de eludir lo que sucede entre ellos, más allá del papeleo que indica su estado civil y su compromiso con el genio de la investigación neurobiológica que es su mujer.

—Vamos —dice Julius al fin.

Y juntos salen de la capilla Sixtina hacia la sala Regia. Pasan por la galería de los tapices y la de los mapas, hasta llegar a Bracio Nuovo. Las esculturas, alineadas a ambos lados, sostienen la mirada de los siglos: emperadores, filósofos, dioses que habían sobrevivido a la fe de los hombres.

En los jardines, el cielo ha perdido su azul y guarda un residuo plateado. El Cortile della Pigna se abre ante ellos: una plaza íntima donde la gran piña sumeria, en lo alto de la escalinata de dos direcciones, preside a la orquesta de piano y cuerda.

Les ofrecen dos copas de vino blanco y toman asiento. A los pocos minutos, la música comienza. Entonces a Lis la invade un repentino miedo. Un pensamiento aterrador que la acongoja. En este instante, en este momento, es feliz.

Tras la *Tocata en do menor BWV 911* de Johann Sebastian Bach, y aún en sus asientos, Lis cae por un acantilado que no le es ajeno. Ahora, ese sentimiento aterrador de hará una hora se hace más que

tangible. Desde el fondo del abismo, Lis la ha visto a ella: rubia, esbelta como una efigie.

Anteriormente ya la había visto en fotografías de congresos y publicaciones científicas. Lova Schneider.

La psicóloga se reconoce en un vidrio que se quiebra. Y por el rictus de Julius, juraría que él es otro. Los músculos de su rostro se han tensado, le han delatado. Ha visto a su mujer: parece que no la esperaba.

—Diré a mi administrativa que le haga llegar una oferta —dice Lis.

—¿Una oferta?

—Señor Schneider, sé por qué me ha invitado a este concierto. A este concierto, al museo, a los cafés —añade Lis sin alzar la voz—. Ha heredado uno de los grupos más influyentes en la adquisición de arte moderno de Europa. Venga, ambos sabemos que le sacaría partido a la máscara, mucho, si la expone junto a una breve descripción de su historia, de la historia que pocos conocen, pero que yo le compartiría en un testimonio adjunto.

—No —corta tajante, y se recoloca las gafas—. No aceptaré ninguna oferta.

Julius se gira fugazmente hacia su mujer. Ella se desenvuelve con total normalidad entre los invitados al concierto.

—¿Cree que quiero aprovecharme de usted, Lis?

—No de mí, pero sí de lo que poseo.

—Nunca oculté que estoy casado.

—Por eso debemos llamar a esto por lo que es: negocios.

Él calla. Su modo de herir a Lis es retirarse. Un hombre mudo ante los sentimientos. La psicóloga casi hubiera preferido un encuentro

sexual y una despedida banal; es a lo que está más acostumbrada y a lo que sabe enfrentarse sin dificultades.

—Haré que le envíen una oferta —insiste ella.

Pero antes de que Julius pueda responderle, atisba cómo Lova Schneider se desprende del círculo del que se rodea con la elegancia que solo da el hábito. La mujer se dirige a Julius y Lis con paso decisivo.

Ella, su esposa, hace un gesto a Julius. Y este, sin dirigir la mirada a Lis, se retira de su lado, dando cabida a Lova. A Lis le resulta increíble el poder que la mujer tiene sobre él. Comprende, entonces, que es ella quien consiente sus infidelidades. Diría que ella sabe perfectamente con quién, cuándo y cómo pasa tiempo de entretenimiento su marido.

—Buenas noches, *bella* —expresa Lova, y le ofrece a Lis su fina mano—. Soy Lova Schneider.

—Lis de la Serna.

Ella sostiene la mano de la psicóloga durante un segundo más. Pese a sus dedos, o la cantidad de daños que lleva por dentro.

—El señor Schneider —dice Lis a la mujer— me ha hablado de su trabajo.

—¿Ah, sí?

—Debe de estar cansada de escucharlo, pero quería darle mi más sincera enhorabuena: es brillante.

—¿Qué le parece brillante?

—Bueno, si lo he comprendido bien, ha inventado usted un nuevo sistema para estudiar los sueños.

La doctora sonríe con una cortesía templada.

—Juls también me ha hablado de usted.

—¿De la galería?

—No —dice ella tras despegar sus finos labios de la copa de vino —. De la galería de arte no. De usted.

Lo de Lova ha sido un golpe limpio.

—Mi marido cuenta que articula las ideas con habilidad. Que sostiene que la conciencia no es solo un fenómeno neuronal, sino también narrativo. Eso me interesa.

—Quizá sea el único territorio donde la biología no alcance.

—Curioso —dice ella—. Es exactamente lo que suele decir mi marido.

Lis cavila un instante antes de hablar.

—Le prometo que no nos conocíamos.

—No he insinuado eso, señorita. Que sea tan inteligente como él me genera admiración, pero también rechazo.

Comprende que la conversación ha llegado a su fin y, con ella, su tiempo jugando a ser la amante.

—Debo marcharme.

—Se va pronto.

—Debí irme antes, señora Schneider.

Lis de la Serna avanza con paso firme, sin permitirse mirar atrás, ni siquiera de reojo. Ha entendido que Julius Schneider y su esposa forman un tótem indivisible. Intentar abrirse hueco entre ambos sería como irrumpir en una casa en llamas: un incendio al que no teme, pero cuyos cimientos no puede reconfigurar.

La primera intención de Julius es ir tras ella. Lis se ha marchado sin despedidas, sin justificaciones ni ruegos. Pero su mujer lo frena:

—Ni se te ocurra, Juls —murmura Lova.

El turbado profesor se detiene. Mantiene un gesto de derrota y sin palabras que poder expresar en un orden conexo.

—Qué luz, ¿verdad? —añade su mujer—. Comprendo perfectamente lo que has visto en ella. Lo que no entiendo es qué ha visto ella en ti.

—No deberías haber venido.

—Así lo decidió Sargón.

Al profesor Schneider se le escapa una risita de desconcierto.

—¿Sargón?

—¿Te sorprende, Juls? Hace meses que lo has desatendido.

—No es cierto.

—Sí lo es, pero tu percepción del tiempo ha cambiado. Del tiempo y de la realidad.

Julius sonríe, tenso.

—Estoy sobrepasado.

Lova se queda totalmente paralizada frente a su marido. En sus años de matrimonio jamás había oído a Julius pronunciar una confesión como esa. Su marido era un témpano de hielo, una tumba sin epitafio.

—Estos días parecía más accesible.

—¿Ella o tú, Juls?

La doctora clava la mirada en la entrepierna de su marido.

—Mírate: se te va a salir la polla del pantalón.

—No me hables así.

—Das pena.

—Lova…

—¿Lova qué, Juls?

Julius tensa la mandíbula.

—Ella no va a servimos.

—¿Por qué? Era justo lo que buscabas.

—Nos hemos equivocado.

—¿Equivocado?

—Es demasiado visceral.

—¿Visceral?

—Demasiado mundana.

Lova suelta una risa contenida; la mujer está compungida, no puede creerse lo que su marido le está diciendo. Ella reflexiona unos breves segundos y habla:

— *Scheiße,* Juls!

La doctora se lamenta. Sabe que su marido está mintiendo. Conoce cada variación en su respiración, cada temblor en la mandíbula. Hace años que aprendió a identificar en él cualquier resquicio de intención o deseo. Sabe que su marido está mintiendo. Por primera vez, esto es algo distinto.

44

Con el pasar de los días, su ausencia se hace más evidente. Más evidente y también más dolorosa. Aquel flechazo que Lis experimentó con una intensidad casi impropia quedó reducido a un residuo sin forma, quedó reducido a la nada. Pero seguía latiendo, vivo, en la memoria.

Revisa WhatsApp de manera enfermiza. Investiga si él aparece en línea, si escribe o no, si ha cambiado la foto de perfil, si algún gesto mínimo pudiera delatarlo. Lis intenta adivinar si él piensa en ella con la ferocidad con la que la psicóloga piensa en él.

—Evidentemente no lo hace —susurra.

Julius Schneider, el grandilocuente heredero de la fundación de mecenazgo vienesa, irrumpió en la vida de Lis como irrumpe la muerte de un ser amado: nunca es un buen momento para morir, tampoco para enamorarse. Ambas irrupciones resultan inoportunas, más en esta época de hiperproductividad. Ahora los afectos se han tornado un estorbo que nos distancia de nuestros objetivos. Ahora hasta los entierros se han tornado un estorbo difícil de encajar en nuestra agenda.

Durante siglos hemos celebrado el pensamiento de Galileo Galilei y su divorcio entre la materia y el alma, que convirtió al hombre en una variable cuantificable. Pero Lis ha visto suficientes resonancias

magnéticas como para saber que ninguna máquina puede registrar el amor. No puede medirse. El amor solo se soporta, se sufre, se padece. Pero no puede medirse, ni él ni sus efectos. Tampoco la velocidad a la que esos efectos desatan una tormenta en nuestro interior. Ni la velocidad a la que el abandono nos pudre por dentro.

Julius ha ejecutado una huida hacia delante. La evitación, siempre puntual, reapareció para llevarse consigo la esperanza que la sola existencia del profesor había sembrado en ella.

—Qué locura —musita.

La psicóloga recuerda aquellas formaciones en las que exploraban la neurosis de nuestro árbol genealógico. Esa programación silenciosa que nos empuja a vincularnos a la persona que nos inflija los mismos sufrimientos que padecieron nuestros padres y abuelos.

—Qué puta locura —repite Lis.

Ha escuchado un clic, pero esta vez no parece provenir de ninguna cámara, sino de su corazón.

Vuelve a consultar WhatsApp, como si no lo hubiera hecho ya mil veces en lo que va de mañana, y se siente tentada a escribirle, a iniciar, otra vez ella, una conversación con la excusa más estúpida posible. Pero el profesor Julius Schneider no es el típico hombre que pueda sentirse atraído por un *sticker* de gatitos. Piensa, incluso, en mandarle una foto provocativa. Se levanta de la silla, se pone frente al espejo. Practica. Contonea su escuálido cuerpo.

«¿Qué haces?», se dice.

Utiliza un tono de voz semejante al que utilizaría su madre. Siente la vergüenza corroerla. Otra vez se halla en la misma rueda autodestructiva. Reconoce que otra vez se ha enamorado de alguien que no lo ha hecho de ella.

Escucha el clic de la cámara. Escucha el clic de su corazón quebrarse.

Lis se hace la promesa de tranquilizarse, aunque deba inventar razones en las que ni ella misma cree. La palabra «fracaso» la golpea en su interior. Querría llorar, pero no puede: una bala en un hierro contenida. Entonces, en ese concepto, y en medio de sus pensamientos desorganizados, se cuela la hermana mayor de Miguel Strachan. Ella también la golpea. «Una bala en un hierro» fueron las palabras que usó Jensen para describir la reacción de la mujer cuando él y la agente Marina le mostraron la fotografía con la que empezó esta historia. Lis entiende el agotamiento de la familia, el que ya ni sientan ni padezcan.

Y entonces se percata: los acontecimientos la están arrastrando. Vuelve a caer: marca uno de los números de las líneas de tarot que juró no volver a usar. Ignora las pastillas que le recetó su psiquiatra. Pulsa el botón de llamar y ofrece sus datos. Tal y como enumera cada dígito, siente que pierde un ápice más de dignidad, si es que alguno le resta.

—¿En qué puedo servirle, cielo? —dice una voz al otro lado.

Lis le habla de los chicos desaparecidos, sin ofrecer nombres, pero sí otros detalles de los casos.

La tarotista no se sorprende. Lis puede escuchar cómo baraja las cartas. La mujer, como tantas otras a las que ya contactó, insiste en hablar sobre Lis, en desvelarle su futuro a corto plazo, en desvelarle lo que ellas catalogan «un proceso de iluminación».

—¿En qué mierda me estoy gastando el dinero? —susurra la psicóloga.

La tarotista recomienda regresar al origen, pero no al punto de partida de los menores raptados, sino a los de Lis, a sus raíces. Las respuestas vacías no le sirven a la psicóloga, pero le apaciguan el alma turbada. Cavila sobre lo que le aconsejan, pero no comprende qué utilidad puede tener para la investigación regresar a sus «orígenes». ¿A unos padres emocionalmente ausentes? ¿Al acoso escolar que sufrió en la infancia? Cómo podría eso ayudarla a acercarse al paradero de Miguel Strachan o de Francesca Rossi.

La llamada termina. El tiempo de consulta se acaba cuando se ha consumido el dinero. Nuevamente se encuentra en una realidad desamparada en la que se adivina estúpida, inútil, y en la que piensa en suicidarse. Pero esta vez solo lo piensa, ya no lo planifica. Hace mucho que aprendió y asumió que su vida no era suya.

—Ninguna vida pertenece a la persona que la habita —musita.

En su caso, la suya pertenece a Brisa, a su pastora alemana, en quien Lis vuelca el amor que jamás supo darse a mí misma. Lis pertenece a sus padres, con los que mantiene una relación distante para protegerse, pero, sobre todo, para protegerlos a ellos —por supuesto, de ella y de su amalgama de patologías psiquiátricas—. Suspira agonizante al percatarse de que, durante los últimos meses, de alguna forma y quizá ya para siempre, ella pertenece a los chicos raptados. «¿Puede una ser propiedad de un muerto?», se pregunta. Descubre que la respuesta es sí. Y cuestiona cómo de poderoso es el amor que nos ancla a existir por hacer justicia a un recuerdo.

Ella, en su soledad, hasta agradece ahora que su cerebro haya cortocircuitado. Respira, inspira. Se guantea las mejillas. Respira.

«Vamos a ver por dónde lo dejaste», dice, aunque realmente le hable a la jovencita del Trastevere.

Frente al portátil contempla su propio reflejo, desgastado. Si no fuera por su genética juvenil y su complexión esbelta, afirmaría que le pesan más de treinta y cuatro años.

—¿Qué le pesaba a Francesca? —musita.

Ya está dentro de nuevo. Piensa en la realidad ante sus ojos, ante los ojos de Jensen, de Marina, de Ramón. Piensa en la realidad que han ido tejiendo basándose en las pistas que la inteligencia noruega, la española y la italiana han recabado o se han facilitado con cierto recelo. Hasta en la desaparición de unos menores miden a ver quién tiene la polla más larga.

Conecta con el profundo dolor de los familiares de Francesca Rossi y con la familia de Miguel Strachan. Qué significativo el testimonio adulto de uno de los mellizos de Miguel, quien indicó a la policía, cuando declararon al artista legalmente fallecido, que se fueron de Málaga porque en su casa, en su barrio y en su ciudad, para ellos «Las palabras se marcharon —dijo el hombre—, las palabras se marcharon con Miguel».

Siente una fuerte presión en el pecho al pensar que ella no les ha devuelto el favor, que los ha enterrado, abandonado, como tantos otros antes que Lis ya lo hicieron. Siente una fuerte presión en el pecho al pensar que, una vez más, los bajos instintos la han nublado. La posibilidad de recibir amor, de dar amor, la ha nublado. El profesor Julius Schneider la ha nublado

Desvía ahora la mirada hacia el sofá, hacia Brisa.

—¡Mierda!

Ha girado la mirada, sí, pero hacia un espacio vacío: aquella zona del sofá en que la perrita suele tumbarse. La pastora alemana no está. Lis siente que ella también la ha abandonado. O, aún peor, ha

sido ella quien la ha «soltado» en las manos de su primer cuidador, su expareja, el inspector Francisco Palacios.

«¿Cómo cojones vas a cuidar de ella si no puedes cuidar de ti misma? —se pregunta Lis—. ¿Cómo cojones vas a cuidar de ella si eres una pirada?».

El abandono emocional tiene un sonido, una cantinela, y ese es el silencio más profundo. Ese por el que gritaría, se desgañitaría, rompería cosas, lo haría sin pensar, pero sabiendo que después tendría que recoger los restos. No está dispuesta a gastar energía en eso. La edad pasa, ella jura que pasa: te arrastra, te lima las aristas. Ni siquiera la ciclotimia que antes la empujaba a gritarle al mundo con furia conserva ya su ímpetu; sus demonios, ahora, se muestran más domesticados, casi dóciles. Ya no es la rabia la que la gobierna. Es la apatía. Y no sabe qué es más peligroso: odiar la vida o dejar de sentirla. Los seres humanos no estamos hechos para vivir sin apegos, sin nadie que nos ofrezca afecto, sin ese anclaje mínimo que nos recuerde que existimos.

Ahora él, su compañero, se cruza en sus pensamientos para recordarle que sí que existe; aunque sea solo para fastidiarle, ella existe. Existieron Francesca Rossi y también lo hizo Miguel Strachan.

De un impulso gira el MacBook y agarra el móvil. De fondo de pantalla tiene un recordatorio: «No le escribas». Una advertencia dirigida a Julius. Solo a él. Así que, amparándose en la pequeña tregua que le concede su propia autoexigencia, abre WhatsApp y escribe:

Cómo van esas cabras con flequillo?

45

En cuanto la mañana asoma en el horizonte, Johannes Jensen se pone en pie, cerveza en mano —como es costumbre—, y contempla la explanada frente a su terraza en Maura —como es costumbre también—.

El patólogo forense no recuerda haber vivido de otra manera. Se reconoce a sí mismo como un hombre menos triste que atareado. Alguien a quien le hubiera gustado formar una familia, aunque se pregunta si eso realmente sería algo que hubiese querido. El simple hecho de traer a un hijo al mundo, a este mundo, le parece un acto de egoísmo y crueldad. Y no por estar ahora inmiscuido en el caso de unos adolescentes raptados, no. Lo que Jensen jamás deseó fue traspasar sus genes a otra persona.

—No soy tan cruel —murmulla.

En la pantalla de su móvil se refleja un mensaje de Lis: «¿Cómo van esas cabras con flequillo?», le ha preguntado su excompañera. Jensen lo lee y lo relee sin acceder al chat, y esboza una sonrisa.

—Esta mujer es un caso —dice recordándola.

«Demasiado intensa», piensa. Marina debería haber evitado que sus superiores la incluyeran en la investigación. Desde que Jensen recibió el mensaje, supo perfectamente que la psicóloga no preguntaba por las cabras. Es más, supo que ni siquiera preguntaba.

El mensaje era una invitación a retomar algo que jamás debió quedar en *standby*. Jensen sabía que Lis no había podido desprenderse de los chicos y que, en cierto modo, él tampoco había podido desprenderse de ella. Esa mujer demasiado pasional se había convertido en un espejo incómodo, un espejo que le obligaba a revisar sus heridas. Su excompañera de equipo se había introducido en su mente con una facilidad pasmosa, la había abierto con un método más eficaz que el que él usa para abrir los cadáveres. Sus cualidades quirúrgicas le abrían en canal el alma. Y ahora la voz de la joven resuena en su cabeza, por las noches y por las mañanas:

—¿Cómo decide uno hacerse forense? —le preguntó una vez Lis.

Jensen sabía que no era una pregunta laboral, sino de calado existencial. Lis dio con la tecla: algo en el noruego había fallecido mucho antes de que decidiera trabajar entre muertos. Su profesión no era más que una herencia del dolor, una herencia que él quiso transformar en un quehacer más útil que lo que su abuela hacía con los cuerpos no de los muertos, sino de los vivos.

Su abuela materna —la abuela de Jensen— fue una de las mujeres seleccionadas para el programa Lebensborn que los nazis implantaron en Noruega. Las mujeres de «buena genética» se convirtieron en incubadoras al servicio del Reich. A estas mujeres no se les pedía expresión de amor, ni siquiera un vínculo de matrimonio con los hombres que las dejarían embarazadas: bastaba con cumplir criterios raciales. Su abuela, tras varios intentos fallidos, dio a luz a una niña sana —la que años más tarde sería la madre de Jensen—, a la que arrebataron nada más nacer de los brazos de su progenitora. Privada de su hija, la abuela de Jensen endureció su carácter hasta convertirse en la mano derecha de uno de los

komandanters que ocuparon Oslo. Logró cautivar al hombre donde las mujeres de antaño cautivaban a los hombres de antaño: en la cama. Y en esa escalada al poder, la abuela del forense germinó su verdadera pasión: el arte y la piel.

Aquella mujer se convirtió en una depravada cazadora de hombres. Desarrolló un deseo sexual ferviente: contaban a sus amantes a pares, esclavos sexuales. Pero su fervor, y su odio, no paró ahí. Cruzó una línea sin camino de retorno.

Su neurosis se extendió pronto a los prisioneros de los campos de concentración y, rápido, pasó de coleccionar los penes de los mandos a coleccionar otras partes del cuerpo: aquellas que los prisioneros tuvieran tatuadas. Los tatuajes se convirtieron en un fetiche, en especial aquellos que encerraban para ella algún misterio.

La mujer hacía desfilar a los prisioneros desnudos. Si alguno de ellos estaba marcado por el arte, el destino de aquel pobre desgraciado quedaba sellado. La abuela de Jensen no mandaba copiar los diseños: los hacía suyos, se los arrancaba a su dueño. Guardaba la piel curtida de estos hombres y la convertía en reliquias. Mandó hacer lámparas, sillones con la piel, hasta cubiertas de libro.

La madre de Jensen —hija de ese horror— fue incapaz de soportar el peso de los actos de su madre y el rechazo que, sin haberlo merecido, ella recibió. Cuando la abuela fue capturada y llevada a juicio para sentencia, la madre de Jensen también fue juzgada por la población que no consiguió ver a la mujer como lo que era: otra víctima más de la coleccionista de tatuajes.

Jensen creció retirando botellas de alcohol de los brazos de su madre. Aprendió a asearla sin desnudarla. Él le leía cuentos mientras ella dormía en el suelo, con la cabeza recostada en el sofá. El ahora

forense rezaba porque fuese la última noche en que su madre llegara borracha a casa. Ella acabó falleciendo de un mal golpe en la bañera y, desde entonces, el niño comenzó a vivir con su padre, quien por fin pudo ofrecerle un resquicio de infancia.

Él, ya adulto, no juzga a su madre. Pero sí a su abuela, quien no tuvo la entereza de soportar su destino y quien marcó para siempre con su depravación a su hija y, posteriormente, a su nieto. Jensen nunca perdonará a aquella mujer despreciable que eligió el camino de la crueldad animal en lugar de la redención humana.

La memoria lo devuelve a aquella conversación telemática con Marina y Ramón. Entre informes, fotografías y nombres, apareció uno que le heló la sangre: el de Tod, el del doctor Muerte. Quien curiosamente ya había sido mencionado en los archivos asociados a Fredrick Ødegård por las diferencias ideológicas y personales que existieron entre ambos. Aquel hombre había sido un médico nazi refugiado en la Costa del Sol del que, oficialmente, nunca se supo dónde acabó. Extraoficialmente, la GIS —el Servicio de Inteligencia Egipcio— lo localizó a orillas del Nilo, a unos tres kilómetros del templo de Dendera, cerca de ocho años después de la desaparición de Miguel Strachan.

La inteligencia noruega fue alertada del hallazgo tras el envío, por parte de Jensen, de las imágenes del servidor forense: las que mostraban las escarificaciones trazadas en la espalda de Björn Nielsen, el mecánico de helicópteros con el cráneo taladrado. Aquella evidencia permitió identificar un patrón inquietante. Entre los archivos internacionales se constató que el Doctor Tod —«muerte» en alemán— llevaba en la espalda un tatuaje idéntico al de Nielsen: el descenso al infierno de la diosa Ishtar. En su caso, las marcas eran

más profundas, más nítidas, como si hubieran sido grabadas con intención ritual.

Se dijo que el hombre había muerto de un cáncer intestinal, pero los forenses de la época aseguraron que había sido ahogado. Y, al igual que Nielsen, no presentó signos de resistencia. Parecía haberse dejado matar. Como si ambos hubieran buscado en la muerte la misma redención que Ishtar anhelaba al descender al inframundo.

«Pero hay culpas —piensa Jensen— que ni siquiera la muerte absuelve. Ciertos actos de maldad no son perdonados, ni aun cuando se ha pagado con la propia vida».

Jensen respira y regresa al tapiz de escarificaciones en la espalda de aquel doctor. La viveza de los cortes indica nada más y nada menos que quien le hiciese el dibujo lo hizo antes de que falleciese. Sin embargo, no murió por esos cortes. Según el informe del patólogo forense que lo examinó en su día, uno correspondiente a la inteligencia israelí, el hombre falleció ahogado. Es el segundo cadáver que se encuentra así. Las notables diferencias con la brutalidad del asesinato de Björn Nielsen son más que evidentes, pero el *modus operandi* es devolver a las personas al agua: un bautismo.

La unión de puntos se antoja delirante, la ironía parece insoportable. Pero la concatenación está ahí, entre la ciencia y el misticismo. Entre la verdad y la locura.

Johannes Jensen sabe que debe comunicarles los nuevos hallazgos a sus compañeros de la inteligencia española, y así piensa hacerlo. Pero antes de marcar el número, consulta las notificaciones. Ahí sigue el mensaje de Lis. Vuelve a leerlo y sonríe.

—¿Cómo van esas cabras con flequillo? —murmura, y al hacerlo siente una punzada de nostalgia.

La echa de menos. Es a ella a quien de verdad le gustaría contarle lo que acaba de descubrir. Con ella, más que con nadie, el trabajo se convertía en algo más que un expediente o un cadáver: en una búsqueda compartida, casi espiritual.

Marina y Ramón también conocen el dolor; ambos cargan cicatrices visibles, heridas antiguas de abandono y desarraigo. Pero Jensen pasa demasiado tiempo entre muertos como para no reconocer a una muerta en vida cuando la tiene delante.

Entre ellos se siente parte del equipo. Con Lis, en cambio, se siente en casa.

46

Ocho de agosto.

Roma está siendo azotada por una ola de calor denso y persistente. A Lis, sin embargo, le resulta apacible. La pesadez del ambiente ha reducido a los turistas.

Jensen, su compañero forense, respondió a lo que ella considera su absurdo mensaje a través de Ventrilo, una plataforma pensada para *shooters* y amantes de la coordinación estratégica. Esta plataforma, nacida en 2013 —así que ya puede considerarse una reliquia tecnológica—, está organizada en servidores y canales semisecretos. Los accesos se compartimentan en habitaciones de chat a las que solo puede accederse con una combinación exacta: perfecta para ellos.

Cuando abandonas una institución como el CNI, no solo pierdes el acceso a bases de datos y correos internos: también, y por supuesto, debes hacer entrega de las acreditaciones y credenciales falsas.

Nadie te advierte, y Lis no sabría explicar cómo, pero sabe que «desde arriba» están atentos, muy atentos a que no haya fuga de informaciones y hasta llegan a controlar que nadie que haya salido de «la familia» pueda contactar de nuevo con fuentes o activos para así evitar conflictos de intereses.

En los últimos días, Jensen y Lis han mantenido conversaciones durante horas y horas vía Ventrilo. A ella el verle, ver a Jensen, aunque sea a través de una pantalla, le ha ofrecido un sentimiento de pertenencia y vinculación agradable que la vida recientemente le ha arrebatado. No sabe cuántos cafés ha bebido en lo que va de mañana y, además, se ha aficionado a vapear. Lis es incapaz de soltar una adicción sin aferrarse a otra.

Julius Schneider ha salido de su vida sin despedirse; el consumo compulsivo de tabaco electrónico ha llegado sin avisar. La psicóloga ha perfeccionado sus técnicas de autodestrucción: ahora cortarse los brazos, las piernas o magrearse con cualquiera le resulta soez. Ahora es galerista y se destruyó como se destruyen los intelectuales: con drogas legales y sin un atisbo de remordimiento.

En la pizarra magnética que ha instalado en el salón —idéntica a la que tenían en el piso franco de Málaga— ha reproducido el croquis que aprendió de memoria.

En esta ocasión, sin embargo, se parece más al que dibujó en la casa de Jensen, en Maura: un mapa mental en expansión, donde ha ampliado fragmentos de las fotografías tomadas a los rostros de los chicos desaparecidos, a las obras de Miguel Strachan, a los logotipos y símbolos que han investigado hasta ahora, y a la espalda escarificada —y casi carbonizada— de Björn Nielsen. Alrededor de los detalles de las pinturas de Miguel —aquellas que realizó en los meses previos a su desaparición y que, gracias a la vecina Paquita, han logrado recuperar— ha escrito algunas frases subrayadas por él en el *De morbo sacro*, aquel pequeño libro de aforismos que siempre le acompañaba.

En la parte superior de lo que pareciese un tríptico, Lis ha añadido otras contingencias de relevancia: la ubicación en la que desaparecieron los menores y la ubicación en la que se encontró el cuerpo del mecánico de helicópteros noruego. También ha añadido los pueblos bañados por el mar Mediterráneo como puntos clave, muy clave, en la investigación: Málaga, Roma y Trípoli.

Entre las averiguaciones que ella y Jensen hicieron en Noruega, hubo una que se les clavó como una astilla: el abuelo de Miguel Strachan, Alastair, figuraba en Falstad en una fecha en la que —según todos los registros oficiales— llevaba tiempo muerto. Podría haberse interpretado como un error de archivo, un desliz burocrático más…, si no fuera por la persona que aparecía a su lado. Alastair no estaba solo. Lo acompañaba Fredrick Ødegård: el anciano marchante de arte al que la agente Marina y la psicóloga rastrearon e interrogaron en Málaga, convenientemente refugiado bajo la identidad española de Federico Ramírez.

Qué hacían esos hombres en aquel antiguo reformatorio —un lugar que por entonces funcionaba como una especie de institución psiquiátrica para personas con discapacidad o diagnósticos de enfermedad mental— sigue siendo una de las grandes incógnitas a las que se enfrentan.

—¿Crees que todo parte del abuelo? —pregunta Jensen.

—Bueno —responde Lis, organizando sus ideas—, no sé si todo parte del abuelo, pero que se le diera por muerto y apareciese vivo…

—Ya. Como poco es inquietante.

—¿Quién te da por muerto, Jensen? Quiero decir, alguien tiene que certificarlo.

—En el ámbito médico, puede ser un médico de guardia; con que esté colegiado, basta. Podría haber sido cualquiera. Después, en la morgue, cambiarían el cuerpo por un muerto real y listo.

—¿Podemos mirar dónde estaba supuestamente enterrado?

—Complicado, Lis. ¡Piensa! Este tipo murió oficialmente… ¿cuándo?

—Meses antes de nacer Miguel: en 1968.

—Olvídalo.

Lis considera que Jensen tiene razón. Él pregunta:

—¿Crees que llevarse al nieto fue una venganza contra el abuelo?

—¿Llevárselo en 1982 al mismo lugar donde el abuelo fue fotografiado dos años antes? Jensen…

—Dime.

—Necesito un blíster de paracetamol.

El noruego calla, cavila, parece reflexionar. Si es que puede reflexionarse en medio de este sinsentido.

—¿Qué hacemos, Lis?

Derrengada en el reposabrazos del sofá, con un botellín de agua en la mano y con la mirada puesta en la pantalla del portátil, no le queda otra que responder a esa pregunta con la máxima sinceridad y humildad con la que alguien puede enfrentarse al vacío.

—Tenemos que empezar por el principio.

—Por Francesca Rossi —dice su compañero.

Y ella asiente con la cabeza.

—Por Francesca Rossi: romana, de quince años, desaparecida el 4 de abril de 1981.

Los ojos de Jensen se mueven por la pantalla: parece que busca algo. Hasta que efectivamente comparte con Lis un listado de

ubicaciones registradas en un informe que jamás le facilitaron, el informe del Servizio per le Informazioni e la Sicurezza Democratica, del SISDE. En él se indicaban exactamente los puntos en los que la jovencita se movía. Entre ellos, la basílica a la que acudía, el bar de sus padres en el Trastevere, el instituto y algún que otro lugar por el que andaba con algunas amigas. No parece que Francesca fuese muy popular entre la gente de su edad y, si lo era, no se dejaba traslucir demasiado.

Jensen comparte un mapa de Roma y señala los puntos que aparecen en el informe con círculos rojos.

—Vale —dice—, ¿ves algo?

«¿Que si veo algo? —se pregunta Lis—. Pues sí». Le revientan los recuerdos al comprobar que la jovencita desapareció cerca del Museo de las Almas del Purgatorio, donde compartió momentos sumamente especiales con Julius Schneider antes de que el hombre se diluyera en el espacio-tiempo.

—¿Ves algo, Lis? —repite Jensen.

—¿Puedes unir los puntos en el mapa?

—A sus órdenes.

El noruego une los puntos y ella aguza la mirada.

—¿Ahora? —pregunta él, insistente.

—Señala la iglesia de San Pietro in Vincoli.

—¿La del *Moisés*?

—Sí.

Jensen obedece sin discutir.

—¿Qué estás buscando, Lis?

—Algo que parezca un ojo.

—¿Un ojo?

—Un ojo que represente el conocimiento.

Y entonces lo tiene. Lis señala con el dedo la pantalla a sabiendas de que Jensen no puede ver su monitor.

—Lo tengo, Jensen.

—Desembucha.

—El panteón de Agripa.

Él marca ahora el panteón en el mapa: se encuentra justo en el centro de todos los puntos catalogados como relevantes en el informe de la SISDE.

—Mierda —expresa Jensen.

—¿Cuál es la biblioteca que queda más cerca?

—¿La biblioteca?

—Sí —insiste Lis—. La biblioteca que queda más cerca del panteón.

Jensen teclea, abre los ojos.

—A siete minutos a pie —responde—, la biblioteca Angelica. Una de las más antiguas de Europa.

—Ese era.

—¿Era el qué, Lis?

—El punto de encuentro con sus secuestradores, Jensen. Para Miguel era la cripta del santuario de la Victoria, para Francesca era esa biblioteca.

Ambos guardan unos segundos de silencio, sumidos en sus propios pensamientos.

—Jensen.

Él se rinde a su compañera.

—Dime, Lis.

—En terapia psicológica llega un momento en el que, cuando el paciente no avanza, debemos hacernos otras preguntas. Hay que desechar el porqué para preguntarse el para qué de ciertas conductas, el para qué se mantienen.

—Soy forense —dice—. Habla de manera que pueda entenderte.

—Conciértame una cita con el periodista que se obsesionó con el caso de Francesca.

Él comprende, no hace preguntas, y directamente busca algo en el ordenador.

—Tomasso Salvatori.

Lis asiente.

—Quiero saber cuál fue su para qué.

—Explícate.

—El periodista no tenía ninguna relación previa con la chica, Jensen. Algo, un impulso, lo debió de empujar para que investigase con tanta intensidad.

—Y tú crees que descubrió información que no le dejaron publicar, ¿no?

—¿Qué dice el informe de la inteligencia italiana?

Jensen parece buscar con los ojos. Abre el informe de la SISDE en su pantalla, relee con atención una de las partes en las que se habla sobre el periodista.

—Según esto —dice al fin—, la obsesión de este tipo era insaciable. Pero…

—Pero ¿qué?

—De repente se quitó de en medio.

Lis cavila.

—¿Está vivo?

—Hasta que se demuestre lo contrario sí.

—¿A qué te refieres con que se quitó de en medio?

—Dejó de ejercer, Lis.

Ella se muerde el labio inferior, lo suficiente para hacerse cierto daño a sí misma. Y regresa al croquis, al recuerdo del eneagrama que trazó en el salón de Jensen, en Maura. En su mente busca el arquetipo del periodista, lo busca en su funcionalidad. Aún no sabe si encajaría mejor en el héroe o en el forajido.

—Búscalo, Jensen. Quiero hablar con él.

—Lis…

—¿Qué?

Jensen no responde de inmediato. Mira a su compañera calibrando el impacto de esta decisión.

—Que si el tipo dejó de ejercer de repente… —Hace una breve pausa—, no fue él quien se apartó, Lis. Lo quitaron de en medio.

47

Suena un fragmento de Puccini, el *E lucevan le stelle*. Las luces cálidas de la sala, anaranjadas, titilan tenues al ritmo. Julius Schneider observa a los pacientes con profunda fascinación.

Ante el profesor de Filosofía duermen aquellos afectados por una condición que desafía a la lógica y a la ciencia. Afectados por hidranencefalia. A los que no se les suponía una esperanza de vida mayor a dos años y, sin embargo, y sin ellos saberlo, se han convertido en la mayor esperanza ante la comprensión del alma humana. Los pacientes duermen plácidamente en su correspondiente pecera de polisomnografía, las más avanzadas del mercado: miden las ondas de un cerebro hueco. Los pacientes parecen desconectados de todo sentir y experiencia, pero en su mirada vacía se esconde una extraña claridad, un reflejo de la complejidad de la mente humana.

Julius se deleita con la escena. Ellos son el verdadero arte vivo que le gustaría trasladar al MUMOK. Ellos sostienen una excepcional belleza solo comprensible a los que se han visto sumidos en el silencio que ofrece la soledad.

Julius cree que sonríen, se convence de ello. Aunque su sonrisa sea casi imperceptible, pero él se convence de que es real.

—Reaccionan al arte —expresa—. Sus almas reaccionan al arte.

A veces les proyecta a Caravaggio o a Gentileschi.

—Nunca a Van Gogh —musita con una sonrisa burlona.

Otra de sus tantas manías, como diría su mujer, es la de no soportar la fama que han otorgado al neerlandés. Considera que ha sido la muerte, y no su obra, la que le ha otorgado el favor de la vida eterna.

La cuestión es que es cierto: las pacientes reaccionan al arte, a los estímulos que de él se despuntan, pese a que carezcan de una de las áreas más importantes del cerebro. Pese a que carezcan de aquella área que los invita a tomar decisiones, a racionalizar el mundo.

Julius Schneider ha podido demostrar que la belleza que desprende el arte no se racionaliza. Pertenece a una parte primitiva del ser, al cerebro reptiliano. Lo comprende, lo ve: algunos hombres han nacido con una supraconcienca superior que puede otorgar la cura a la vida, a la depresión, a los vacíos del alma, a los anhelos. El arte es el camino lógico por el que debemos transitar hacia otros conocimientos, hacia conocimientos superiores de nuestra biología y nuestra física; el arte es el camino para acercarse a lo divino.

—La ciencia impone a Dios —musita.

El verdadero Dios, uno que para Julius no tiene sexo ni forma. Un estado, electricidad.

Piensa en su padre, en el MUMOK, en cómo detesta el supuesto arte moderno que le ha tocado gestionar. Y, sin embargo, ha sido la puerta que le ha proporcionado la vida con la que tanto soñaba. Aquella que jamás consideró poder siquiera rozar con los dedos.

Inspira, con los ojos cerrados. Los abre y regresa a los pacientes. Deja que la música los abrace. Cuando lo hace, los sensores

registran un ascenso en la actividad gamma: su cerebro, aún mutilado, responde con una armonía eléctrica. La ciencia diría que son reflejos, pero él sabe que no lo son. Hay algo en su rostro —esa mínima curva de los labios— que trasciende lo fisiológico.

Los pacientes mantienen los ojos abiertos, brillantes, vívidos. Parecen atentos a lo que acontece en su entorno, pero solo es una máscara. Su cuerpo no responde, su corteza cerebral no existe; sin embargo, sus colículos superiores, esos frutos del tronco encefálico, siguen produciendo oscilaciones eléctricas en la banda gamma, la misma que se correlaciona con la percepción, con la idea de conciencia, con la vida que se sabe viva.

La metáfora obsesiona a Julius. Lo obsesiona desde que comprendió que el alma no reside en la glándula pineal ni en el sistema límbico, sino en las raíces mismas del tallo encefálico, donde la biología aún conserva algo de lo divino.

Durante años estudió las tablillas sumerias que describen el árbol del conocimiento cósmico, aquel que unía los tres reinos: el celestial, el terrenal y el inframundo. Los antiguos lo sabían, aunque lo disimularan bajo mitos. En el descenso de Ishtar al inframundo —el mito que los miembros del proyecto grabaron sobre su propia piel—, la diosa pierde cada atributo, cada joya, cada defensa, hasta quedar desnuda frente a Nisaba, la sabiduría, la conciencia. Solo en la desnudez del alma se alcanza la verdad. Solo quien desciende puede ver.

La visión constituye la piedra angular del conocimiento. Existen más conexiones dedicadas a transmitir al cerebro la información procedente de la retina que a la de cualquier otro órgano sensorial. No es extraño, por tanto, que muchos procesos cognitivos,

incluyendo la memoria, se cimienten en la información visual, en lo que registramos del mundo a través de los ojos.

Y es que ver nunca ha resultado un acto pasivo. La percepción no se limita a recibir imágenes: las descompone, las anticipa, las proyecta —incluso en ausencia del estímulo—. Y es ahí donde comienza el problema. Porque, cuando la mente deja de ver, tampoco aprende a apagarse. Las imágenes persisten en nuestro interior, se encadenan con emociones y sentires, reclaman la continuidad de un discurso.

Hace tiempo que el profesor vive en un eterno desvelo. Su mente avanza más rápido que el sueño.

La ópera asciende, alcanza su clímax. Los pacientes reaccionan a Puccini, sí, lo hacen: las ondas theta reaccionan. Parecen continuar la sinfonía.

Julius siente lo más parecido que haya experimentado nunca al amor incondicional. Algo muy parecido a lo que le provoca ella.

Él sonríe al recordarla. Sonríe como un niño. Por primera vez en su vida, a sus cuarenta y seis años, lo reconoce. El fervor con el que se ha obligado a trabajar en este proyecto está motivado por la necesidad de que dirijan la mirada hacia otro lado. Tiene la esperanza de que así sea. Tiene la esperanza de que funcione, de que ellos no vean lo que él sí ha visto en ella.

Por primera vez en su vida, a sus cuarenta y seis años, lo reconoce: está enamorado.

48

A las pocas horas, Jensen localizó la dirección del antiguo periodista. Ha aprendido bien de Ramón.

Lis le preguntó si estaba seguro cuando recibió la ubicación en su teléfono.

—Sí, lo he comprobado varias veces —confirmó Jensen—. El tipo no está empadronado allí, pero recibe cartas en ese lugar.

La dirección ha conducido a Lis a RSA Villa Lucia, un centro de rehabilitación médica para pacientes *lungodegenti* —pacientes de larga estancia— donde el periodista lleva años ingresado.

Lis llamó a la secretaría del centro y, como era previsible, Salvatori no aceptó reunirse con ella de primeras. Maldijo incluso al recibir la solicitud y se negó incluso a responder a la llamada. Lis entendió que aquel hombre podría estar cansado de luchar por una batalla que hacía mucho que dejó de ser suya. Y lo cierto es que el periodista, en su día, llegó hasta a escribir un libro. El problema no fue escribirlo, el conflicto llegó a la hora de publicar la compilación de informaciones que había conseguido recabar. Libertad de prensa, dicen, libertad de publicación: conceptos a medias en este siglo. Aunque una editorial le propuso un contrato de primeras, al poco frenaron la publicación por coacciones. La orden vino desde arriba, como siempre. De qué nivel de altitud, lo desconocemos. La editorial

alegó no poder asumir la responsabilidad de difundir los testimonios comprometedores recogidos en aquel informe del SISDE. Testimonios que apuntaban a un guardia suizo que, demasiadas noches, cenaba solo en aquel bar maloliente del Trastevere que regentaban los padres de Francesca.

Así, ante el bloqueo, Lis optó por otra estrategia. Volvió a llamar a la residencia, pero esta vez no solicitó una visita a Salvatori presentándose como una editora interesada en publicar ese libro sobre Francesca Rossi que nunca vio la luz. No, esa vez fue directa al centro de su corazón: le pidió a la administrativa que mencionara al experiodista que era Lis quien quería hablar con él y que el motivo era Miguel Strachan.

—A los periodistas hay que darles titulares —se dijo Lis.

Ahora enfrenta el edificio de ladrillo rojizo, de ladrillo visto, en quartiere di Primavalle, y en la recepción pregunta por el hombre. La recepcionista se alegra al ver a la psicóloga y también se sorprende a partes iguales. Dice que Salvatori pidió, ya hará años, no recibir visitas durante su proceso de rehabilitación. Parece que le avergüenza su estado. La mujer le da directrices para que vaya a una salita en la que la gente suele reunirse con sus visitas. A Lis se le antoja un sistema semicarcelario similar al de la residencia Santa Teresa, donde ejerció como psicóloga jefa.

—Ciento veinte mil euros, *ragazza* —dice una voz detrás de ella, dice Salvatori —. Ciento veinte. *Ma va bene*: que pague el maldito Estado.

El hombre anda torpemente con una pierna robótica que le han instalado en el muñón izquierdo. Lis entiende ahora el motivo por el que Salvatori se encuentra en este lugar y por el que tampoco desea

recibir demasiadas visitas. «Tiene que hacer un esfuerzo por no dejarse los piños contra el suelo», piensa la psicóloga. Aunque está segura de que la pierna robótica no es la única razón por la que desea una soledad elegida.

Ella hace un ademán por levantarse de la silla para recibirlo, pero el hombre le pide que no lo haga.

—Soy discapacitado, pero no imbécil.

Lis asiente con la cabeza.

—Gracias por recibirme —le dice.

El periodista despunta un brillo sarcástico en los ojos, ese tipo de brillo que roza la lágrima, pero que sujeta por la dignidad que aún le resta.

—¿Recibirte? —dice, y suelta una carcajada—. Si tienes esa foto, puedes hacer conmigo lo que quieras, *ragazza*. Lo que quieras.

Sin más esperas ni protocolos absurdos, Lis coge el móvil para mostrarle la imagen que le prometió. El hombre responde a la fotografía de Nielsen y los niños desaparecidos con una amplia sonrisa. Es una victoria, la mayor de su vida.

—Oh, *grazie, Dio.*

—¿Por qué sabía que no le mentía? —pregunta Lis—. Imagino que en todos estos años se habrán puesto en contacto con usted muchos charlatanes.

Salvatori levanta la vista de la pantalla del teléfono móvil.

—Sonabas desesperada, *ragazza* —dice con una media sonrisa—. El dolor es un pésimo mentiroso.

Ella asiente a la reflexión del hombre. Y él añade:

—No voy a preguntar cómo has conseguido esto. Sé que no me lo vas a decir.

—Es mejor que no —afirma Lis—. Pero puede preguntar. Le responderé lo que pueda.

—¿Lo que puedas o lo que quieras, *ragazza*?

—Hasta donde crea que no va a hacerle más daño de lo que ya le ha hecho este caso.

Salvatori suelta una risita leve, casi imperceptible.

—Eres especial.

—Ser masoquista no tiene nada de especial.

—*Va bene, va bene* —dice, inclinándose de nuevo hacia la pantalla y señalando al hombre del centro—. ¿Quién es?

Lis le explica a Salvatori que en la imagen se muestra a Björn Nielsen, un supuesto mecánico de helicópteros noruego, un señor decente que vivía en un hangar del aeropuerto de Oslo con sus dos perros. Y el resto son los cuatro chicos catalogados como desapariciones extremas entre los que se encuentra Francesca Rossi y Miguel Strachan.

—Dime, *ragazza* —dice el hombre, y levanta la mirada de la foto —. ¿Ya han intentado atropellarte?

—De momento, no.

—*Va bene, va bene.* A mí sí; lo intentaron muchas veces. Hasta que lo consiguieron. Pero, claro, en Roma ser atropellado es hasta patriótico.

—¿Sabe quiénes fueron? Quiénes le hicieron eso.

—Pues sí, pero nadie iba a creerme. Solo soy un periodista delirante y despistado, ¡casi pederasta!, por haberme obsesionado con encontrar a una chica de quince años. *Capito?*

Lis comprende la cantidad de calumnias que se llegarían a verter sobre Tomasso Salvatori con tal de alejar el foco de donde realmente

había que ponerlo: las personas que se llevaron a Francesca Rossi y las personas que años más tarde le atropellaron.

—¿Quiénes le hicieron eso? —pregunta.

Lis ha intentado imponerse al hombre, conducir la conversación hacia donde ella quería, hacia un camino organizado, pero le ha sido imposible.

—Mira, *signorina*, la importante siempre fue Francesca. A la chica vaticana la encontraron rápido, demasiado. A nadie le importaba realmente su vida. ¿Sabe cómo funciona La Magliana?

—Me hago una idea.

—No, *ragazza*. No te la haces. Si La Magliana quiere que un cuerpo desaparezca, un cuerpo desaparece. *Capito?*

—Sí, comprendo.

—La mafia romana reivindicó el asesinato de la niña vaticana como una supuesta venganza. ¿Una venganza contra quién? ¿Contra el Banco Vaticano? Ah, *vaffanculo*.

—Pero usted nunca lo creyó posible.

Salvatori ríe.

—La Magliana no mata a niños, *signorina*. Aunque no lo creas, esos hombres pueden ser unos delincuentes, sí, pero son unos caballeros. Tienen más principios que los que se visten de sotana. Es el Vaticano el que le debe favores a la mafia, no al revés.

La psicóloga lo observa en silencio. Él no lo sabe, pero ya la ha dejado entrar dentro, bien dentro, al centro de sus miedos.

—El coche que le atropelló tenía matrícula del Vaticano, ¿no?

—Me caes bien, *signorina*: hilas muy rápido. ¿No tienes la sensación, *ragazza*, de que te persiguen?

—Si le soy sincera, ya no sé ni lo que siento. Llevo meses a base de cafeína.

—Escúchame bien: si crees que te siguen, es que te siguen. Ellos siempre están cerca. Saben qué comes, qué piensas y hasta cuándo te masturbas. Perdona, pero es así.

El periodista señala su pierna amputada.

—Yo no importaba nada, *signorina*. Yo soy como la chica vaticana. Pero tú, por lo que sea, eres como Francesca.

—¿Qué quiere decir, Salvatori?

—*Bella ragazza*, quiero decir que si hubieran querido atropellarte o si hubieran querido matarte ya lo habrían hecho.

—¿Por qué no lo remataron a usted?

—Porque un escándalo no convenía. Un atropello *va bene*. Pero un periodista asesinado levanta polvo.

Lis decide, no sabe si por agotamiento, confesar a Salvatori que desde hace meses escucha el clic de una cámara.

—Nunca la encuentro, pero la escucho en la ducha, en mi habitación, en la calle.

Lis le explica al hombre que, incluso, decidió instalar una cámara en casa para comprobar de dónde venía el sonido y sí, ha revisado las imágenes, pero el sonido es tan imperceptible que la cámara no lo capta.

—El clic empezó en Málaga —cuenta ella.

—¿En Málaga?

—En el piso franco en el que nos instalamos para investigar la desaparición de Miguel Strachan

Salvatori parece cavilar.

—¿Puedo hacerte una pregunta, *ragazza*?

—Sí, ya sabe que le responderé lo que pueda.

—¿Tienes algún trastorno emocional? ¿Una enfermedad mental?

—¿Qué importa eso? Solo escucho el clic de la cámara, Salvatori, no estoy loca.

—Sé que no lo estás. Lo que quiero que sepas es que, si tienes una enfermedad mental, ellos lo saben.

—Ya, si me masturbo, ellos lo saben.

—Eso es. Ellos lo saben.

Lis comprende hacia dónde apunta el periodista.

—Sería fácil llevar al extremo a una persona con una enfermedad mental, ¿no?

—*Propio, ragazza*. Una enferma mental que se suicida es fácil de justificar. Tira el teléfono al Tevere, *signorina*.

Un escalofrío sacude a la psicóloga.

—¡Joder!

Estaba tan inmersa en buscar a los chicos que jamás pensó que era justo una de sus principales herramientas de trabajo, su móvil, el posible foco por el que espiasen sus movimientos.

—Ya, no comprendes cómo no te has dado cuenta antes, ¿eh? Eso es lo que hacen ellos: te meten en una burbuja hasta que la hacen explotar, y ¡pum!, ya les perteneces. Todas tus ideas les pertenecen.

Lis respira hondo y continúa.

—Salvatori.

—*Prego*.

—He leído el informe del SISDE.

—*Quid pro quo, ragazza*. No voy a decirte cómo lo conseguí.

—No, no quiero que me diga el nombre de a quién se la chupó.

—Entonces ¿qué quiere?

—El nombre de la amiga de Francesca Rossi; el nombre que borraron por protección del testimonio de menores. Sé que lo sabe.

El periodista suelta una carcajada seca.

—Sí que quieres que te maten, ¿eh? No, rotundamente no.

—Entonces sabe quién es.

—Esa ha escalado como escalan las mujeres sin escrúpulos ni talento. ¿Cómo si no?

—¿Hasta dónde ha llegado?

—No voy a decírtelo, señorita. No quiero ser responsable de tu muerte.

—No se lo estoy pidiendo, Salvatori, se lo estoy exigiendo.

—¿Usted cree que puede amenazar a un tullido?

—A usted no, pero a su familia…

El periodista tuerce el gesto y comienza a maldecir.

—¿Cómo…?

—Mis amigos también saben buscar en las cloacas.

Este era el as bajo la manga de Lis. Un as sucio, debe reconocer, pero que ella solicitó a su compañero antes de reunirse con Salvatori. Gracias a los sistemas de genealogía forense, Jensen pudo rastrear a la descendencia del periodista: tuvo una hija de forma clandestina y esa hija le ha dado recientemente una nieta. Su hija está desvinculada del padre; Lis comprende que Salvatori así lo habrá querido para protegerla.

—Vete a tu casa —aconseja el hombre—, cásate y ten hijos.

—No quiero saber quién le paga la pierna biónica ni el hospedaje aquí. Solo quiero el nombre de la amiga de Francesca.

El hombre vuelve a maldecir.

—No vas a dejarme en paz, ¿verdad?

—No, no voy a dejarle.

—¿Por qué te importan tanto esos niños?

—¿Y a usted Francesca?

—Eran otros tiempos y tenía otras necesidades.

—Precisamente porque era joven no me creo que solo le moviese la codicia.

—Confías demasiado en el ser humano, *signorina.*

Pone sus ojos en Lis, parece resignarse a confesar.

—De niña era un desastre en los estudios.

—¿Quién?

—La amiga de Francesca.

Él niega con la cabeza y ríe.

—Francesca y ella se conocieron porque la madre de Francesca era la costurera de la familia. Y bueno, se hicieron amigas, sí, pero en realidad lo que quería la futura política era aprovecharse de ella, de Francesca.

—Explíqueme para qué quería una chica de alta alcurnia aprovecharse de una niña pobre.

—Francesca la sustituía en clase. La ahora concejala de Cultura de Roma era una vaga, una auténtica inútil.

—¿En clase de qué, Salvatori?

—En clase de música, *ragazza*. Francesca Rossi era una virtuosa del violín.

49

Lis abre el chat de WhatsApp y desliza hasta dar con el contacto de su expareja, Francisco Palacios. Sabe bien que con el paso del tiempo el cerebro selecciona los recuerdos más favorables para anestesiar el dolor de las pérdidas. Así sobrevivimos: borrando las aristas más filosas del ausente. Pero reacciona a tiempo. Cierra el servicio de mensajería antes de cometer un error. Sí, Fran podría ayudarla; como policía destinado en la embajada española en Roma tendría acceso directo a la concejala de Cultura. Pero invocarlo sería abrir heridas dormidas: un movimiento torpe que levantaría ampollas en ellos, en Marina.

El periodista tenía razón: esto no va de vivos o muertos. Los muertos ya no sirven para nada. Esto va de dignidad, de rescatar preguntas que fueron sofocadas por miedo, por conveniencia, por cobardía.

Lis abre el navegador y busca el contacto institucional de la concejala.

—*Merda!* —dice.

Para su sorpresa, encuentra sin dificultad el correo laboral de la señora Garibaldi, asesora cultural de la ciudad y vieja amiga de Francesca Rossi. Comprende entonces que Salvatori no quería facilitarle el contacto no porque no lo supiese, sino porque el

hombre se ha rendido. Quiere guardarse las espaldas para que nadie lo asocie a nada ni nadie que guarde vínculo con la muchacha raptada. Su terquedad ya le costó una pierna y casi la propia vida.

La psicóloga escribe a la señora Garibaldi: la invita a su galería de arte. Sabe que la concejala está interesada —o eso vende— en impulsar a artistas emergentes romanos, en dar espacio al presente dentro de esa ciudad eternizada en el pasado. Sin embargo, Lis sabe que lo más probable es que su correo se pierda en una maraña digital. Su galería, por mucho que albergue piezas extraordinarias, no deja de ser una hormiga invisible sin la presencia de una reina. Decide reescribir el texto y mentir, mentir a medias. Añade un anzuelo: el profesor Julius Schneider, director de la fundación que financia al MUMOK, es su amigo íntimo y podría acudir como invitado especial a cualquier evento que organizaran en el entorno de la galería. Miente. Una mentira que, al escribirla, duele, pero ahí va. Envía el correo a la concejala, al *assessorato general* y, por protocolo, también a la *posta elettronica certificata*. La bandeja de salida se vacía y la invade un vacío repentino. Es la sensación de que, en esos momentos, no puede hacer más que aguardar una respuesta que tal vez nunca llegue.

En fin.

Ahora solo queda esperar. Y en Roma los tiempos son otros. En Roma esperar implica dar espacio a que se desate una guerra.

—¿Dígame?

Un número privado no deja de hostigar a Lis a llamadas. Han pasado unas dos horas desde que envió el correo electrónico a la

señora Garibaldi. «¿Será ella?», se dice. Pero Lis se pregunta por qué tendría que llamar desde un número privado. La psicóloga descuelga las llamadas al primer toque; ya van tres llamadas y en ninguna responde nadie al otro lado. Comprueba si la concejala hubiese respondido a su correo electrónico: no lo ha hecho. Las llamadas no provienen de ella, ni de ella ni de ninguno de sus subalternos.

Lis vuelve a revisar la bandeja de entrada del e-mail: no hay respuesta. Revisa la bandeja de salida.

—*Cazzo!*

Se da cuenta de que no ha facilitado su teléfono personal y sabe bien que en la web de la galería de arte este contacto tampoco aparece. Para eso tiene a las administrativas y el teléfono móvil que contrató en su día para diferenciar trabajo de vida personal —aunque estos siempre se diluyan—. El móvil vuelve a sonar, una y otra vez.

—Marina —musita—. Debe de ser ella.

«Sí —se convence—, debe de ser Marina». De la agente deben proceder estas llamadas incesantes. Ha debido ser su ex, claro, quien haya llamado a Marina para ponerla en conocimiento de lo que encontró en su habitación antes de marcharse de casa. Es la respuesta más lógica, ¿no? ¿No? Pero ¿su ex ha llamado a Marina dos meses después de haber dejado la relación? Puede ser. ¿Para qué? Y, si es ella, ¿por qué le cuelga cuando coge la llamada?

Entonces tiene que ser su ex, Palacios. Él es quien debe de estar molestándola. Mira el móvil y las palabras «número privado» aparecen en la pantalla. Esta vez no lo descuelga: sabe que nadie va a responder a sus ruegos. A él, a Palacios, ha pensado mil veces en

bloquearle de todas las posibles entradas, pero Marina es agente del CNI y, además, tiene a Ramón: sería imposible desaparecer de su radar. Lis prefiere que simplemente imagine que anda en una crisis existencial, una de tantas que ha padecido, que imagine que está ocupada con la galería, atrapada en los estudios en la RUFA o sumida en el duelo tras su separación de Palacios.

—Lo que quiera—dice—, menos la verdad.

Espera. ¿Qué tienen que ver su ex, Marina y Ramón? Alza el cuello y mira la pared tras el maniquí.

La verdad iría acompañada de dejar en bragas a su compañero Jensen y no piensa pasar por ahí. Tampoco piensa en dejar de lado a los chicos. No va a abandonarlos como el sistema sí lo hizo.

—Jensen —dice.

Precisamente él es uno de los pocos a quienes responde los mensajes últimamente. Ni siquiera quiere aparecer en línea: teme que Marina o su ex lo vean y aprovechen para escribirle.

Reconoce que su compañero —el forense noruego— ha hecho su parte. Le ha enviado la notificación de un evento a través de la plataforma de videojuegos en la que suelen hablar como dos adolescentes idiotas que se esconden de sus padres.

—*La notte dei Fori* —lee.

Su objetivo, la actual concejala de Cultura y amiga adolescente de Francesca Rossi, acudirá esta noche al acto inaugural de la peatonalización de la via dei Fori Imperiali, un evento que promete marcar el inicio de una nueva fase en la gestión del patrimonio histórico de la ciudad.

—Allí estaré —responde a Jensen.

—Lis…

—¿Qué?

—No hagas ninguna tontería —responde él—. No seas tú.

El tráfico se ha cerrado en el tramo sur de la via dei Fiori Imperiali, entre Largo Corrado Ricci y el Coliseo. Con motivo de la inauguración simbólica del nuevo espacio peatonal, se ha organizado una gran fiesta cultural que congrega hoy a cientos de personas.

Lis alza la mirada tanto cuanto puede: es una más de los cientos de personas, tal vez miles, que se apelotonan para escuchar cómo han tendido un hilo sobre los restos arqueológicos del Foro.

—Una conexión entre el presente y el pasado —declara la concejala de Cultura de Roma, la señora Garibaldi, la amiga de Francesca.

Lis la observa desde la distancia, la estudia. La concejala parece encantada de haberse conocido. Lis la asocia, asocia su perfil al del exinspector de policía malagueño, al señor Cisneros. Piensa en lo increíble que resulta el cómo permitimos como sociedad que estos personajes nos gobiernen, nos condicionen. «Somos demasiados laxos con la mediocridad de espíritu de esta gente», se dice Lis.

La concejala termina su discurso bajo un aplauso templado, de cortesía. Habla de democratizar la cultura, de llevarla «a todos los rincones de Roma», dice, con una sonrisa ensayada.

—Nuestro compromiso es acercar la cultura a las periferias —dice ella.

—Las periferias —musita Lis.

Ese concepto la golpea en la sien. Debe de haberse puesto de moda desde que el nuevo papa llegó al mandato. La psicóloga

recuerda perfectamente que el hombre utilizó un término semejante en su primer discurso al mundo.

La concejala continúa hablando: sus palabras parecen calcadas a los sermones del actual pontífice. Es como si se hubieran puesto de acuerdo o como si la mujer lo hubiera copiado. Se ha subido a la ola del modernismo moderado. Cuando esto sucede, suele indicar que existe la necesidad de modificar algo, de mejorar algo, pero a la desesperada.

Las luces del acto se mezclan con la música en vivo, los micrófonos, las cámaras que giran buscando rostros reconocibles. Hacer un acercamiento será difícil, pero le parece más que posible. No hay protocolo rígido, no hay filtros. Lis sabe que este gobierno, al igual que lo ha hecho la Iglesia, necesita mostrarse abierto y cercano al público.

La psicóloga se abre paso entre los asistentes. Cuando llega hasta la concejala, le extiende la mano con naturalidad:

—Encantada. Soy Lis de la Serna, galerista y mecenas de Galleria d'Arte dei Lupi, en el número 82 de la Fontana di Trevi.

—Ah, sí —responde la mujer cortésmente, apenas interesada—. He oído hablar de ella. Felicidades por el trabajo.

—Le he mandado un correo justo hoy para invitarla, pero aprovechando el acto… Espero que le parezca bien que la salude en persona.

—Por supuesto —responde ella—. Se lo agradezco.

—Su discurso ha sido inspirador —dice, y luego, tras una pausa apenas perceptible, añade—: Es difícil encontrar a políticos con empatía.

La mujer ríe, torpe.

—Por favor, no se lo diga a nadie —reconoce—, pero pienso lo mismo, aunque yo no pueda decirlo en voz alta.

Sonríe a la concejala con complicidad.

—Usted siempre ha sido muy benevolente con las personas de las periferias, ¿verdad?

—Lo intento, sí. La cultura y el arte son los pilares de nuestra civilización. Tenemos el deber de acercarlos a todas las personas, sin importar su clase social.

—¿Y en su juventud se relacionaba con personas de otra clase social?

—¿Cómo dice?

—Quiero decir que si siendo joven tenía amigos o amigas de una clase social más baja que la suya.

—Sí, claro. ¿Por qué le interesa eso?

La concejala la observa en silencio. Su sonrisa se quiebra apenas un instante, lo justo para que la tensión se cuele entre ambas.

—¿Nos conocemos? —pregunta al fin.

—No —responde—. Aún, no. —Y tras una breve pausa le dice—: No la molesto más, señora Garibaldi. Estaré encantada de que visite la galería. Sería un honor. Gracias por su discurso.

—Gracias, señorita…

—De la Serna. Lis de la Serna.

Sin añadir nada más, Lis se despide de la concejala, que se queda saludando al resto de las personas, con las que debe fingir una sonrisa y mostrar complacencia.

La psicóloga camina a paso firme; no siente los ojos de la concejala en la nuca. Garibaldi no es de esas mujeres que te

persiguen con la mirada. Lis sabe que la concejala ya estará calculando su próxima jugada.

A pocos metros de salir de las acotaciones, el móvil de Lis vibra, insistente. Es Jensen, la está llamando. Él le tiene instalado un seguimiento de ubicación que le ha avisado de que Lis se está desplazando.

—¿Cómo ha ido? —pregunta su colega.

—Está hecho.

—¿Ha confesado?

—No, mejor aún: se ha puesto nerviosa.

—Vale —dice Jensen—. Toca esperar.

—Vamos a esperar poco, Jensen.

Lis mantiene la convicción firme de que la señora Garibaldi no resistirá demasiado tiempo el peso de la culpa sobre sus hombros.

—¿Y ahora qué? —pregunta Jensen.

—Voy a tirar el móvil al Tíber.

50

La *notte dei fori*, la noche de los foros. Los periódicos hablaban del «renacimiento cultural» de la ciudad de Roma. También de los costes del evento, de los contratos opacos y de la repentina presencia de ciertas fundaciones privadas, lo de siempre.

Lis había conseguido acercarse a la concejala de Cultura, a la señora Garibaldi —la amiga de Francesca Rossi—, en medio del bullicio. A la concejala le jugó una mala pasada el deseo de cordialidad y fraternidad con la población romana. Le jugó una mala pasada la máscara que viste. Había preparado el encuentro, el discurso, y, por supuesto, había seleccionado perfectamente la ropa que vestía aquella noche. La falda de tubo que llevaba le disminuía la anchura de las caderas. Lo que no había previsto la señora Garibaldi es que, tras treinta y dos años, alguien, una muchacha de aspecto un tanto desarrapado y ojos caídos, iba a soltarle un zarpazo de cinismo y realidad sobre lo que pasó con Francesca Rossi.

Aquello debió de despertar a todos sus demonios, de nuevo y de golpe. Sin anestesia. Si algo aprendió la psicóloga en sus diez años ejerciendo en salud mental es que el purgatorio no es un lugar, es un estado del alma. Un territorio íntimo en el que todos buscamos redención. Incluso quienes piensan no necesitarla.

—Jensen. —Escribe a su compañero—. Jensen.

En el chat aparecen tres puntos suspensivos, parpadean. Su chat —ese reducto camuflado entre videojuegos— se convierte de pronto en una sala de operaciones.

—¿Tenemos algo? —responde él.

—La tenemos a ella.

La señora Garibaldi, concejala de Cultura, ha contestado al fin a uno de sus mensajes. Dice haber pensado en su breve conversación y propone un encuentro en persona en un ambiente distendido.

—Asegura que tiene más interés que yo en saber qué le sucedió a Francesca Rossi— explica a su compañero.

—¿A quién le has puesto una vela? —pregunta Jensen.

Pero no, no es un milagro. La respuesta de la concejala proviene de la culpa. Es la confirmación de que tiene algo que contar y prefiere hacerlo antes de que la liebre salte en alguna radio o periódico nacional.

Lis reenvía el correo a Jensen.

—¿Te fías de ella? —pregunta.

—Sí, claro.

Cómo no va a fiarse de alguien que está deseando vomitarle a la cara una retahíla de mentiras que habrá estructurado perfectamente en ese día y medio en el que no la ha contactado.

—Voy a averiguar si tiene seguridad —dice Jensen.

—No es necesario.

—¿Quieres acabar como nuestro amigo el RoboCop?

Su compañero tiene el don de arrancarle una sonrisa incluso en los momentos más delicados. No sabe si esa sonrisa presenta un halo oscuro de desesperación, pero es una sonrisa, al fin y al cabo.

—Eres imbécil, Jensen.

—Pero me quieres —sentencia, y pregunta—: ¿Qué vas a hacer?

Relee las palabras de la señora Garibaldi. Puede escuchar el temblor de su boca.

—La voy a exponer a ella misma.

Lis ha citado a la concejala en el passetto del Biscione, un pequeño pasadizo que conecta el teatro de Pompeyo con el exterior. En el centro se alza un edículo con la Virgen de la Misericordia. Cuentan que una vez la Virgen movió los ojos, que despertó de manera repentina. Lis confía en que la concejala sepa interpretar por qué la ha citado en esa ubicación.

La psicóloga la hace esperar tres minutos. Los mismos que Jensen y ella hicieron esperar a la bibliotecaria en el Museo Picasso de Málaga. En este caso podría suponer un riesgo, pero Lis tiene la certeza de que no lo es.

«Va a venir —se dice—. Va a venir y sola…».

Lis cruza las rejas —la puerta del pasadizo permanece abierta las veinticuatro horas del día— y ahí la ve, de cara al edículo.

—Señora Garibaldi… —dice.

Y ella se gira hacia Lis. La observa con ojos rapaces y una actitud defensiva.

—Esto no es un favor para usted, señorita De la Serna —dice—. Es un favor que me hago a mí. Si le da por perseguirme, tendré que llamar a la policía. Y no tengo tiempo para esto.

Lis se ríe ante su sarcasmo.

—Hágalo. Llámeles.

La serenidad de la psicóloga la obliga a detenerse.

—Sé quién es, señorita De la Serna. La he buscado.

—Si me ha buscado en LinkedIn, no sabe nada de mí.

—Dígame qué quiere. ¿Una subvención para su galería? ¿La nacionalidad italiana? Si eso es lo que busca, no puedo ayudarla.

—No quiero dinero, señora Garibaldi.

—Entonces ¿qué quiere?

—Quiero saber qué deseaba usted cuando era pequeña.

La mujer parpadea, incrédula, ante el tono de la conversación.

—¿Qué cojones es esa pregunta? ¿Echa de menos pasar consulta?

—Usted sería una paciente interesante.

La concejala se tensa, aún más, y pregunta:

—¿Tengo que llamar a la policía, señorita De la Serna?

—Hágalo. Así podrá explicarles por qué mintió en la declaración sobre Francesca Rossi.

—*Madre de Dio*. Era una *bambina.* Dije todo lo que sabía.

—Ni era una niña inocente ni dijo todo lo que sabía, sabe que no.

—Francesca desapareció y listo. Ojalá no hubiera sido así.

—A nadie se lo traga la tierra, señora Garibaldi —le dice—. ¿Por qué la suplantaba en clases de música?

Ella clava la mirada en Lis.

—¿Cómo sabe eso?

—No sé si su padre sigue vivo, pero él lo sabía. Y otros también.

—¿Otros?

—El servicio de inteligencia vaticana.

La mujer se queda paralizada.

—¿De dónde ha sacado esa información?

Lis elude su respuesta: ya la tiene comiendo de su mano.

—El día en que desapareció Francesca, ¿iba a suplirla en clase de violín?

—No, aquel día no tenía clase.

—¿Por qué no dijo nada sobre esto? ¿La profesora puede estar involucrada?

La concejala ríe.

—La profesora era una anciana. Jubilada del Conservatorio di Musica Santa Cecilia, tenía más de ochenta años.

—Usted se aprovechó de Francesca.

—¿Aprovecharme? No. Le di la oportunidad de hacer lo que quería —dice, y gira la mirada a un lado—. A ella le hubiera gustado hacer carrera en la música. Mis padres me pagaban una educación privada porque yo era nefasta; jamás habría entrado en el conservatorio, pero ella tenía un don.

—Entiendo. Y la verdad es que no cometió un delito, señora Garibaldi.

—Entonces ¿por qué me persigue?

—Mentir pudo cambiar el rumbo de la investigación.

—¿Para quién trabaja?

—Ahora para nadie.

—Explíqueme entonces qué quiere.

—Creo que ese fue el motivo por el que se la llevaron, por su don.

Algo en la concejala se ha removido por dentro.

—Un año después —añade Lis— desapareció otro chico: Miguel Strachan, en Málaga. Un genio de las bellas artes.

Ella sopesa lo que acaba de compartirle Lis. Parece que analiza aquellos días, aquellos meses previos a la desaparición de su amiga.

—Personas capaces de ver lo que otros no alcanzan —continúa.

Por su gesto, Lis interpreta que algo en la mujer se ha removido, algo se ha sacudido por dentro.

—¿Insinúa que…?

—Estoy segura de que buscaban a jóvenes con talentos especiales.

—Jamás pensé… *Merda*! —susurra.

—Usted es inteligente. No me creo que no lo pensara.

—¿Quiere que ponga en riesgo a mi familia? Yo quería a Francesca, pero no más que a mis hijos.

—Entonces reconoce que hubo más cosas que no contó.

La concejala traga saliva, nerviosa:

—Llegué a odiar a Francesca, ¿sabe?

—¿Porque era mejor?

—No, señorita De la Serna. La odiaba porque ella era valiente.

Por fin la concejala se muestra vulnerable.

—Buscaban a alguien que fue raptada —dice ella—. Francesca se fue porque quiso: por amor.

Ante esas palabras, Lis conecta la idea de que Francesca podría haberse quedado embarazada de aquel supuesto hombre de la Guardia Suiza que visitaba el bar de sus padres. La concejala se le adelanta:

—Quise delatarla —reconoce—. Fastidiarla, hacerle daño. Pero no lo hice.

—Quería devolverla a la jaula porque usted no podía salir de ella.

La mujer asiente con la cabeza.

—¿Por qué no lo hizo? —pregunta Lis.

—Ah, *vaffanculo!* Porque la quería. Era imposible no quererla. Era un sol. Y yo la odiaba porque era libre. Pero se merecía serlo. Así

que me callé como una puta romana y seguí con mi vida.

—¿Y ahora se siente libre?

—Ahora sigo siendo una esclava de mi agenda. Pero soy yo quien lo ha elegido.

La psicóloga observa a la concejala: han conectado en el abismo.

—¿Quién era?

—Debería dejarlo estar, señorita De la Serna. Esta no es su guerra.

—Tal vez sí lo sea.

Ella suelta una carcajada.

—¿Quiere que la maten?

—Eso mismo me preguntó Salvatori.

—¿El periodista? ¿Ha hablado con él? Está realmente loca.

—Sabe que si quisieran matarme ya lo habrían hecho. Y a usted también.

—No va a dejarme tranquila, ¿verdad?

—Explore en su moral, señora Garibaldi.

—¿Ahora es cura?

—Escuchar confesiones ha sido parte de mi trabajo.

La concejala mira un instante el edículo de la Virgen.

—Francesca y yo jamás nos habríamos conocido si su madre no hubiera sido la costurera de mi familia. Los italianos damos mucha importancia a la apariencia, ¿sabe?

—Quiere sonarme.

—Mi madre nunca me puso impedimento para jugar con ella. Creía que hacía actos de caridad llevándole las prendas a casa de los Rossi. Tenía que haber olido el bar del padre, nunca olí nada igual. Una mezcla entre pis y mozzarella. Una cosa repugnante.

—¿Usted conoció a ese guardia suizo? Sé que hubo rumores…

—No, no. ¡Tonterías! Francesca no estaba con ningún guardia suizo, eso se lo aseguro.

—Pero sí estaba enamorada. ¿Se lo contó a la policía?

—No.

—Háblеme de esa persona.

—Francesca tenía un magnetismo especial: todos se enamoraban de ella. La cosa es que a ella no parecía interesarle el amor.

—Hasta que empezó a interesarle.

—*Prego*.

Ella suspira y continúa:

—Conoció a aquella persona el día de Pentecostés, un año antes de marcharse. Al principio ni ella misma sabía lo que le pasaba, negaba lo que sentía. Decía que algo estaba mal en su cabeza. Con el paso de los meses, empezó a cambiar.

—¿En qué?

—Mentía. Faltaba a clase de violín. Me enfadé mucho con ella. Al final mi padre se acabó enterando de que ella me suplía. No sé cómo no me encerró en un convento. El caso es que vi a Francesca hacer cosas que jamás había hecho, pero también la veía más feliz que nunca, ¿sabe?

—Dopamina, oxitocina, noradrenalina. El amor genera en el cerebro una atmósfera artificial, no discierne entre realidad y ficción.

La mujer asiente.

—Ella nunca lo reconoció, pero creo que leía más, estudiaba más, incluso practicaba más con el violín para sorprenderlo, para que la amase.

—Ha dicho que se saltaba las clases de violín.

—Sí, pero solo lo hacía cuando estaba aquí.

—¿Esa persona no vivía en Roma?

—No, era extranjera.

—¿De dónde? —pregunta Lis, obstinada—. ¿Española?

—No, no era española. Venía a Italia por el trabajo de su padre; iban y venían. Algo relacionado con la ciencia. Francesca apenas me contaba nada.

—¿Cómo se llamaba el chico, señora Garibaldi?

La mujer expresa una risa con sorna.

—¿El chico? No, señorita De la Serna, a Francesca no le gustaban los chicos.

La pieza final encaja. Comprende por qué dijo con tanta seguridad que Francesca no se había quedado embarazada.

—¿Quién era? —pregunta Lis—. La chica de la que se enamoró Francesca, ¿cómo se llamaba?

Garibaldi cierra los ojos un segundo.

—Se llamaba Lova —dice al fin—. Lova Nielsen.

51

Lis ha vomitado.

El estómago ha respondido a lo que su mente todavía no ha sido capaz de digerir. Se limpia con el dorso de la mano, aprieta los dientes y sigue caminando. Siente que respira con dificultad, pero no se detiene. Escucha el clic de la cámara.

—¿Cómo es posible? —musita.

Tiró el teléfono móvil al río. ¿Han pinchado el nuevo también? El clic suena, agresivo. Como si alguien quisiera retratar cada uno de sus pasos. Ella coge el móvil, lo observa. No ve nada raro, pero el sonido ya se ha adherido a sus sesos.

Se convence de que nadie la está persiguiendo. Lo que está experimentado es fruto de un gran desconcierto, las somatizaciones lógicas ante un fuerte estrés emocional.

«Es un ataque de pánico», se dice.

Respira, inspira. Intenta contar secuencias de cuatro en cuatro segundos. No lo consigue, pero continúa avanzando.

Gira a la derecha y se adentra en la via di Tor Millina, flanqueada por fachadas ocre y faroles que titilan con la misma inestabilidad que su pulso.

La confesión de la señora Garibaldi le ha permitido encajar la última pieza del rompecabezas. Ese puzle que comenzó en Noruega

y que ahora parece cerrarse aquí, en Roma. La misma ciudad donde aceptó colaborar con la agente Marina y con el CNI, la misma donde empezó el delirio por adentrarse en la búsqueda de los chicos perdidos.

—Lova Nielsen —ha reconocido la concejala.

Ahora Lis duda de que el periodista, Tommaso Salvatori, no conociese este apunte. Ahora duda de todo, no sabe si ha jugado con ella, si él es parte de ese engranaje de mentiras, si es un vendido y si, precisamente por haber vendido su alma al enemigo, le atropellaron dejándole sin una pierna. Los integrantes de La Magliana resultan unos meros aprendices comparados con aquellos que se llevaron a los chicos.

Sus pensamientos se aceleran a un ritmo que hacía años que no lo hacían, desde lo ocurrido en Comillas. Allí donde primero estuvo ingresada y donde después fue terapeuta. Allí donde se quebró. Ahora experimenta las mismas sensaciones.

Conecta los puntos con violencia. Se llama estúpida, con una rabia interior que la retrotrae a su niñez, a su adolescencia, cuando se sometía a otros para sentirse falsamente querida.

«¿Cómo no lo viste, joder?», se dice.

Se recrimina no haber percibido la magnitud de aquella unión. La conexión emocional y espiritual que traspasó el fervor del deseo físico. Aquella unión que consideró genuina lleva meses gestándose y ahora sabe por qué él fue tan directo a su cabeza.

El clic de la cámara era una forma de seguir sus pasos. Claro que la vigilaban, claro que la estudiaban: un conejillo de Indias que había abierto su corazón al cirujano que iba a desmembrarlo.

Llega al portal de casa. Introduce las llaves con torpeza y sube hasta su piso. No acierta a abrir la puerta. Las llaves se le caen al suelo y maldice; su respiración se desboca. Piensa en llamarle, en pedirle explicaciones sobre qué es esto que le ha hecho, pero sabe que solo serviría para ponerse en bandeja.

Consigue abrir la puerta, no había echado la doble vuelta, aunque eso no es inusual en ella. Y en esos instantes no está para más juicios sobre su comportamiento. Ya se siente suficientemente incapaz ante la vida, ante su profesión, ante el rol que prometió ejercer con excelencia.

Lanza el bolso al sofá. El teléfono móvil cae al suelo y lo recoge. Mira la pantalla: se cuestiona si escribir a Jensen o a Marina. Sabe que debería, pero un sentimiento profundo le impide exponerle. A pesar de que él no lo haya hecho, ella no quiere destruirlo. Necesita cerciorarse de que la verdad que revolotea en su mente es más que un delirio infundado.

Ella grita por rabia, por frustración. No le importa que la escuchen los vecinos o que la traten de loca. No es demencia: es amor.

Activa en el móvil el modo avión y lo tira contra la pared. Se aleja de él, da unos pasos hacia atrás: así lo protege de sí misma.

Se dirige aspaventada hacia el Mac. La noche se cuela por la ventana y, en la penumbra que la rodea y que la habita, solo la luz azulada de la pantalla parece acompañarla en medio del caos. Abre el navegador y teclea, con manos temblorosas:

—Catálogo MUMOK.

Aparece la web del Museum moderner Wien y accede a la colección online. Su respiración se agita aún más si cabe. Una parte de ella desearía que las conjeturas que teje en su cabeza no sean

ciertas, pero se conoce, le conoce, y sabe muy bien que está lejos, lejísimos de equivocarse.

En la página web aparecen varias pestañas. Lis hace clic en el apartado de «búsqueda por artista». Sus manos vacilan; los dedos titubean sobre el teclado.

«Respira», se dice.

Cierra los ojos para abrirlos de nuevo.

«Respira», se repite.

Y teclea el apellido «Picasso» en la pestaña de búsqueda. La página tarda en cargar.

—Venga, joder… —musita.

Al fin aparecen las imágenes asociadas al icónico artista malagueño. La primera es la pintura adquirida en 1991 por el MUMOK: *Mujer sentada con bufanda verde.* «Esta sí lleva el sello de Picasso», piensa Lis, y su mandíbula se destensa, apenas durante un instante frágil. Luego aparece la siguiente pieza y algo en su interior se paraliza. Se muerde el labio inferior para contener el impulso, para no hacerse un daño mayor.

Ahí está. Ante ella. Un busto oscuro, de superficie rugosa, con la frente inclinada y el gesto inexpresivo. Lis se inclina hacia el monitor. Abre los ojos y los fija en ella, como si la talla pudiera devolverle la mirada. La escultura tiene el ojo izquierdo más grande que el derecho. Una pequeña corona descansa sobre la cabeza. Con la mano derecha señala el cielo; la izquierda sostiene el estandarte con un triángulo en el centro.

Lis apoya los dedos sobre el *trackpad* del portátil y desliza la imagen hacia abajo. La ficha indica que la pieza fue creada por Pablo R. Picasso en 1906. Ella sabe que no es cierto. Baja un poco más y

se detiene. Lee el título: *Das Seelenretabel.* Copia el texto en el traductor. El resultado aparece en la pantalla, implacable: «El retablo del alma».

Su respiración se frena en seco. Esta obra nació de las manos de otro artista, más joven, quizá incluso más inquieto, quizá incluso más complejo, que aquel a quien se le atribuye. Esta obra nació de las profundidades de aquel adolescente al que se le perdió la pista. Ni en sus pensamientos ni en su sentir existen dudas: es ella, la luciérnaga de la noche, es Nisaba. Esta es la talla que expuso Miguel Strachan.

Entonces lo ve. Gira levemente la mirada hacia la derecha. Pese al impacto, se muestra lúcida, al menos lo suficiente como para advertirlo. En el reflejo de la pantalla, un cuerpo se aproxima por su espalda. El monitor lo delata: alguien ha entrado en casa. La joven no ha escuchado pasos ni ha percibido que la puerta estuviese forzada al entrar. Y, sin embargo, alguien está allí: la aguardaba.

Lis piensa en gritar, pero enseguida lo descarta. El periodista ya la había advertido y ella no quiso escuchar. Ellos calculan cada movimiento. Gritar no serviría de nada.

Los pasos se acercan; son firmes, propios de quien domina su oficio. Está agotada, su cuerpo no responde. Ni siquiera la noción del peligro es suficiente para luchar por su vida.

Las manos la alcanzan. Un brazo le rodea el cuello. Un pañuelo húmedo le cubre la boca. Lis intenta girarse, pero la fuerza se apaga en el primer aliento. En cuestión de segundos, el mundo se disuelve.

En la pantalla, la imagen permanece fija: la talla de madera de Miguel Strachan. El retablo de su alma, del conocimiento, de la luz interior.

Quien ha dormido a Lis observa ahora el monitor un instante y elimina todo rastro hasta asegurarse de que no quedan evidencias del historial de búsqueda. Luego cierra el portátil y se ajusta los guantes. Aún debe culminar su encargo: trasladar a la psicóloga a la sede de los Cooperadores de la Verdad.

52

Desde la ventanilla del tren Frecciarossa que une Milán con Viena, la doctora Lova Schneider cree distinguir el reflejo de su marido. Su silueta se confunde con el vaivén de los árboles, como si ambos —él y el paisaje— formaran parte del mismo estado onírico, de una memoria que se niega a desvanecerse.

La mujer parpadea y la figura no desaparece. Lova recuerda la primera vez que lo vio. Su mirada perdida se clavó en su interior. Ella apenas tenía quince años, pero ya había sido perfectamente entrenada para detectar la soledad y para intervenirla con precisión quirúrgica.

Su padre, el doctor en Bioquímica molecular cerebral Björn Nielsen, le había enseñado a acceder por los recovecos del alma con frialdad y certeza. El hombre la obligó a cautivar al joven Julius, dos años menor que ella.

A Lova, sin embargo, el muchacho —tan visiblemente atormentado y suspicaz ante los vínculos— le despertó una inmensa ternura. Una ternura disfrazada de compasión que, por un instante, logró apartar las emociones de rabia que le provocaba su padre.

—Alguien como él, Lova —le decía su padre, le decía Björn Nielsen —, alguien como él es el objetivo.

Supo que no tenía elección. No era una sugerencia, era un mandato.

Julius estaba destinado a convertirse en el heredero de la fundación de arte moderno más importante de Austria y una de las más influyentes del mundo. Estaba todo preparado para que los magnates mecenas «adoptasen» a aquel muchacho. El reloj se había puesto en marcha mucho antes de que él mismo lo supiera. Solo habría que cambiar su aspecto —una prótesis de nariz, unas lentillas verdes, otro color de pelo— y el chico se convertiría en un perfecto adolescente de orfanato al que, cuando las aguas por su búsqueda se calmasen, introducirían ya con su nuevo aspecto y con un nivel de alemán decente en la sociedad austriaca.

Pero Julius no era como otros adolescentes. Lova detectó enseguida sus diferencias. Su mente era nítida, tal vez enrevesada, pero llena de calidez y de bondad. Sus hormonas no conducían su conducta. Y estaba extrañamente dispuesto a vincularse con la causa, a expensas de que su futuro sería incierto.

Su primer encuentro fue en la cripta de los condes de Buenavista, bajo el santuario de la Victoria, en Málaga.

—Eres Lova, ¿verdad?

Ella asintió.

—Me dijo que vendrías.

Estaba muy bien instruido. Conocía cada uno de los pasos, el itinerario, el recorrido. Solo necesitaba el empujoncito emocional de Lova para tirarse al vacío. No necesitaba ser seducido: ya estaba convencido. Lo único que conmovía a aquel muchacho era el arte y, muy en particular, la oscuridad, la oscuridad del arte, del ser. Aceptó pintarla desnuda. Pero él ni siquiera la tocó, ni siquiera la acarició.

Su miembro viril no hizo el más mínimo ademán por levantarse. Él solo quería ver la anatomía de su cuerpo, quería comprobar cómo era reflejar la belleza de lo que él consideraba un ser superior: una mujer y en primera persona.

La doctora analiza la reacción desmesurada de Julius ante la pérdida de Lis de la Serna y entiende lo que entonces, años atrás, se negó a aceptar: ella nunca consiguió subyugarlo. Ni ella ni las jóvenes universitarias —las numerosas amantes del profesor de Filosofía— consiguieron ser jamás más que una mera distracción carnal. Eran estaciones intermedias en la constante huida que el hombre mantiene sobre sí mismo.

Pero Lis no era una estación, era distinto. Por primera vez, Julius Schneider experimentaba el amor. Su marido se encontraba sin refugio en los conceptos académicos, sin burocracia como parapeto. Experimentaba el amor sin marco teórico ni discurso.

Hace tres días que se la llevaron. Julius ha terminado por desbordarse.

—Ya la tienen, Juls.

—Esto no es lo que tenía que pasar —dijo él, gobernado por emociones desbocadas que Lova jamás había conocido.

—Esto es justo lo que tenía que pasar.

Ahora, sentada en el tren, se lamenta y se pregunta qué podría haber hecho entonces. ¿Qué puede hacer una niña sin madre educada para obedecer, para no sentir? Rebelarse contra su padre, contra Björn Nielsen, y contra el sistema solo habría supuesto un castigo mayor para la persona que amaba. Así que hizo lo único que sabía hacer: resignarse.

El nombre de Francesca Rossi aún le tiembla en la garganta. Menos de una semana le bastó para enamorarse de aquella mente inquieta, luminosa, y a Francesca le bastó el mismo tiempo para corresponderle.

La joven Lova pensó entonces que podría fingir, que podría ocultar lo que sentía, proteger ese vínculo de la mirada punitiva de su padre. Sabía que, en su mundo —en el destino que él había trazado para ella—, amar era un acto de debilidad, un quiebre inadmisible en el camino de la perfección. Pero el amor, como la culpa, siempre deja huellas. Y Björn Nielsen lo advirtió. Puso fin rápido, de una forma casi incisiva.

Desde entonces, el odio que Lova sentía hacia su padre fue creciendo en su interior como una planta venenosa: silenciosa, persistente, imposible de arrancar. Tanto su padre como el proyecto le habían arrebatado el único vínculo puro que había conocido. Y eso es, precisamente, lo que Lova teme haber repetido con Julius. Porque ambos, durante años, han vivido en la misma renuncia: entregarlo todo al conocimiento, sacrificarse por la idea.

Tras conocer a Julius, Lova se convirtió en su sombra. Él era asombroso, pero, para ella, cada minuto junto a él era una herida abierta, un recordatorio del hueco que Francesca había dejado en su corazón. Cada sonrisa de Julius era una astilla en la memoria. Había algo en él que le recordaba a su amada: la mirada vulnerable, el ansia de comprender el mundo, la música interior que ambos parecían oír.

Su padre, Björn Nielsen, un año antes de obligarla a seducir al que sería su marido, le había impuesto otra misión: conquistar a Francesca Rossi. Y Lova obedeció. Para su desgracia, para la

desgracia de Francesca, el experimento tuvo éxito. Pero la joven violinista del Trastevere no superó las pruebas que los Cooperadores de la Verdad le impusieron. Fue trasladada al núcleo de experimentación que entonces operaba en Suiza, donde se tomó aquella fotografía que años más tarde Lova introduciría dentro del cráneo de su padre el día que lo asesinó.

Francesca murió en una prueba de aislamiento sensorial. Se arrancó las uñas antes de dejar de respirar. Y desde entonces, cada vez que Lova cierra los ojos, escucha el mismo sonido: el temblor de una cuerda que se rompe en mitad del silencio.

Ahora Lova piensa en Lis de la Serna. La muchacha empezaba a suponer un problema. Estaba llegando más rápido a Julius de lo que habían estimado. Consideraron que esto sería un proceso de iniciación que culminaría en bautismo, pero la chica era más espabilada de lo que habían pensado. Ni siquiera su trastorno emocional suponía un freno en su cabeza, tal vez hasta le servía para concatenar ideas, para ser más incipiente y perseguir con más ahínco sus deseos.

La operación había sido un fracaso. La iniciación no iba a poder ser un proceso, esto iba a tener que tomar una marcha forzada. O todo o nada, o ahora o nunca. Ella, Lis, tiene una moral bastante elevada. Y eso solo puede traducirse en conflictos éticos. Lo que ellos hacen en los laboratorios, lo que ellos hacen como plan B, C, D, E, es amoral pero necesario. O así lo estiman, o así lo han estimado. No hay espacio ni tiempo para la reflexión, no hay espacio ni tiempo para personas como Lis, para caballos de batalla que puedan suponer un retroceso o un reajuste en su metodología.

Lova vuelve a mirar por la ventanilla del tren y a encontrarse con su marido, pero esta vez no con el niño apesadumbrado al que cautivó en la adolescencia, sino con el hombre devastado que, al fin, parece enfrentarse a las consecuencias de sus actos. Ha jugado y ha perdido, ha jugado a ser Dios y ha perdido al amor de su vida.

La doctora no puede creer que esta situación lo esté consumiendo de tal forma. Lo creía más fuerte, capaz, menos vulnerable. El amor lo estaba consumiendo a él, al calculador y hasta frívolo Julius Schneider.

—No estaba preparado para esto —expresa Lova—. No estaba preparado para ella.

Un halo de empatía reviste su discurso. Lova tenía miedo de que su intuición no le fallase cuando los Cooperadores de la Verdad le propusieron a Julius ser colaborador imprescindible del proyecto, de este último proyecto. Y, en efecto, no lo ha hecho: su intuición no le ha fallado.

—Adán tampoco quería pecar —musita ella.

La rabia que un día dirigió hacia su marido es ahora única y exclusiva hacia su padre. Ella no se arrepiente en absoluto de haberle dado muerte como lo hizo. El malnacido de su padre, como ella lo recuerda, la condenó a ella, a Francesca y también a Julius. Su marido no es más que un pobre desdichado que ha corrido la misma mala fortuna que ella: poner su inteligencia al servicio de los otros.

Ella comprende que nunca cruzó ciertas líneas porque Julius —el gran Julius Schneider— siempre le inspiró una profunda compasión, desde el principio. Y aunque también siente compasión hacia sí misma, por haber sido adoctrinada y obligada por su padre a casarse

con aquel excéntrico profesor de Filosofía, lo cierto es que su marido le pesa como un animal herido al que nunca pudo abandonar. Tal vez fue esa compasión la que los condenó a no tener hijos: postergaron el acto hasta que la biología cerró la puerta. Ella resopla y suelta una carcajada amarga. Después de todo, si hubiera seguido el camino que realmente deseaba, quizá tampoco habría sido madre.

—*Saubande!* —expresa—. ¡Malditos cerdos!

Ellos creen que es sumisa, que la doctora es un ángel sumiso del hogar, que, pese a lo que le han arrebatado, es tan estúpida que sigue guardando pleitesía a los Cooperadores de la Verdad; pero qué podría hacer ahora. Sin ellos, sin su apoyo, sus proyectos no habrían recibido ni las instalaciones ni la financiación necesarias para desarrollarlos.

—Hemos trabajado mucho para esto —musita.

El proyecto sigue adelante pese a que su marido se oponga a ello; aunque la ética que sostiene su marido sea coherente, el proyecto sigue adelante. El empeño de Lova no es más que el de dirigir los sueños, el de controlarlos, con el fin único de acercarse a ella, a la chica que perdió, a Francesca Rossi.

Su teléfono secundario vibra insistente. Lova lo busca en el bolso, sin prisa. Mira la pantalla y decide no descolgar la llamada.

Sabe que es Sargón quien está al otro lado. Ella hace tiempo que dejó de suponer una figura secundaria a la sombra de su marido. La Casa Blanca ha mostrado interés en su proyecto y eso solo puede significar una cosa: negocios prometedores. Ahora es ella quien fija las reglas, quien también toma decisiones.

El teléfono móvil no cesa. Pero, una vez más, decide no descolgar la llamada. Sargón busca a Julius. Cómo le explica a su superior que

Julius ha muerto. Cómo le explica que Lis ha resucitado a Miguel Strachan.

53

Lis despierta. O lo intenta. Intenta zafarse del aletargamiento que la invade.

—¿Dónde estoy? —musita.

Nadie responde. Tampoco esperaba que alguien lo hiciera.

Examina su cuerpo; tiene la sensación de que no es suyo. Observa las piernas, los brazos, los muslos. La mandíbula encajada: debió de apretar los dientes durante la noche. Siente un cansancio denso, una neblina que le entorpece el pensamiento. Parece que alguien le hubiera sustraído la sustancia blanca del cerebro. Está agotada.

Reconoce esas sensaciones. Son las mismas que experimentó en Eden Palace, en cada una de las noches que durmió en las peceras durante los estudios sobre la calidad del sueño. Pero no está allí. El entorno es otro, de eso sí es plenamente consciente.

Hace un esfuerzo titánico por recordar. Estaba en Roma, en su casa, frente al portátil abierto. Recuerda la talla, *El retablo del alma*, y la cabeza le da vueltas, la vida también lo hace, y no sabe cuál de las dos lleva un ritmo más acelerado.

Johannes Jensen ha dado la voz de alarma.

Han pasado tres días desde que Lis de la Serna no da señales de vida. El forense noruego, su mano derecha, ha recibido toda clase de reprimendas por no haberles comunicado ni a Marina ni a Ramón que Lis seguía investigando por su cuenta, que ambos continuaban juntos tras la pista de los chicos desaparecidos y, lo más importante, que ella se estaba acercando a un punto de no retorno.

Jensen no sabía hasta qué extremo era consciente de que Lis estaba a punto de descubrir algo, de acceder a algo que otros no habían ni imaginado. No es ingenuo: semanas atrás comprendió que las investigaciones anteriores no habían fracasado por incompetencia. Existen verdades que nadie quiere encontrar, verdades que conviene mantener ocultas.

El Vaticano posee uno de los servicios de inteligencia más eficaces del mundo, comparable —según ciertos círculos— solo al Mossad israelí. De haber querido, de haberse involucrado como debían, habrían dado con la información que Lis estaba descubriendo sobre Francesca Rossi. Y, sin embargo, esta vez la sombra parecía proyectarse incluso más allá de ellos.

Jensen lo tiene claro: quienes están detrás de las desapariciones de Miguel Strachan, Francesca Rossi y los demás menores no pertenecen a una organización concreta. Componen ese tipo de personas que existen por encima de las instituciones, por encima de los valores éticos, morales o religiosos.

«La Iglesia no está detrás de esto —se repite el noruego—. Aquí hay algo más».

Y por eso acabó cediendo. Alertó al CNI español —a Marina, a Ramón—. Del servicio de inteligencia italiano, en cambio, no se fía.

Lis vuelve a examinar su cuerpo.

Esta vez no hay sondas clavadas en sus venas ni hay rastro del maldito actígrafo en la muñeca. Pero sí nota algo adherido al cuero cabelludo: electrodos, aunque distintos a los que conoce. Se arranca uno con un tirón seco. Un mechón de pelo queda atrapado en la base gelatinosa. Ella lo observa con detenimiento. La textura de estos electrodos es orgánica, casi viva. La forma le recuerda a la de un pulpo diminuto, a una medusa.

—Una neurona —susurra.

Su corazón le late deprisa, pero sin violencia. Su cuerpo intenta contener el impulso. No solo sus pensamientos están ralentizados: ella misma parece estarlo.

Y entonces su mente regresa al origen. No al lugar, sino a la persona. Su mente regresa a Miguel Strachan, y, de forma extraña, pensar en él la calma.

Mientras examina la sala, o lo intenta, conecta ideas que ahora le resultan menos difusas: la supuesta talla de la Virgen del Carmen esculpida por el jovencito; las escarificaciones en la espalda de Nielsen; la cripta de los condes de Buenavista; el *Invierno* de Vivaldi; el patio de la Piña en el Vaticano. Todas claras alusiones a la muerte, a un vacío en el alma humana, a un rapto. Pero no hubo rapto, nunca lo hubo. Fue una decisión consciente.

—Siempre fuiste tú —susurra.

No se lo dice al vacío: se lo dice a Miguel Strachan, se lo dice a Julius Schneider.

—Joder…

Durante años, la hipótesis principal fue un espejismo. Buscaban a un adolescente mutilado, extorsionado, violado o maltratado. En el

imaginario colectivo, Miguel Strachan era la víctima perfecta de un crimen atroz, pero sin cuerpo no hay delito. Quienes lo buscaban —si es que de veras lo hacían— miraban hacia una dirección equivocada. Miguel no yacía muerto en ningún barranco ni en ningún sótano olvidado; sus huesos no reposaban en ninguna fosa común, ni en el bosque de Falstad ni en ninguna otra ubicación. O quizá sí. Quizá la muerte de Miguel Strachan fue real, pero no en términos forenses, sino simbólicos. El fallecimiento del joven genio del arte no fue un final, sino un tránsito, una transmutación. De esa transmutación emergió otra alma, como una sombra. Una que no solo no lo destruyó, sino que lo potenció. Donde el mundo buscaba un cadáver, lo que se estaba gestando era un renacimiento. Ese renacimiento tenía un nuevo nombre: Julius Schneider.

Lis se reincorpora dentro de la pecera. Es la primera vez que sale de una sin ayuda de una enfermera o un de técnico, pero su cuerpo recuerda lo aprendido. Sabe dónde apoyar las manos, cómo flexionar las piernas y desplazar el peso sin desvanecerse. Aun con torpeza, consigue liberarse del habitáculo mientras termina de arrancarse los electrodos en forma de medusa pegados a la cabellera.

Las cámaras de la sala se giran hacia ella. No lo percibe, está demasiado aturdida, pero hace rato que saben que ha abierto los ojos. La observan.

—¿Qué es este sitio? —murmura.

Al mirar al frente comprueba que no está sola. Sin embargo, lo que ve no la aterroriza. El espacio le resulta bello y delicado, decorado con un gusto exquisito. Ante ella se muestran dos columnas de peceras. Ella se arrima a las dos primeras. Las cápsulas

contienen adultos que parecen sumidos en el estudio del sueño. Pero no, esto es otra cosa. Levanta la vista e interpreta la tomografía en directo que se registra de cada cerebro.

—No es posible —musita.

Las imágenes muestran cráneos prácticamente vacíos, sin corteza cerebral y preservando apenas el tronco encefálico y la base cerebral. Los adultos ante ella son afectados por hidranencefalia, una condición neurológica rara que impide que sobrevivan más allá de los primeros dos o tres años de vida.

—No es posible —repite.

Un escalofrío le recorre el cuerpo. Estas personas rondan los cuarenta o cincuenta años.

Las luces, tenues y cálidas, parecen abrazar a las personas que respiran al son de un hilo musical suave.

—*Perséphone*, de Stravinsky —dice alguien—. Confío en que la haya identificado.

Una voz le habla, pero no la reconoce. Brota de algún punto indeterminado del techo: no alcanza a distinguir los megáfonos. Las puertas se abren lentamente. Parecen de madera maciza, pero al abrirse identifica el metal. La madera es solo un recubrimiento para hacer más agradable el espacio.

Lo que se revela tras las puertas no es un laboratorio. Es un vestíbulo que recuerda a los bajos de una cripta, a los subsuelos de una iglesia.

Surge un hombre, sonriente y confiado. No parece un sádico ni un enfermo, pero su atuendo le genera inquietud: luce una sotana negra y un alzacuello romano. A su espalda le sigue un hombre alto

y fornido vestido con un traje azul oscuro y la insignia de la Guardia Suiza institucional en la solapa.

—¿Dónde estoy? —pregunta Lis, sin dar espacio al sacerdote.

Él sonríe.

—No debe preocuparse, señorita De la Serna. Está aquí en calidad de invitada.

—¿Invitada a qué?

Lis lo desconoce, pero el hombre ante ella es el capellán de la Guardia Suiza.

—Es amiga de Julius Schneider —dice él, señalando a mano abierta las peceras—. ¿Qué le parece su creación?

Lis dirige la mirada hacia los adultos allí conectados.

—¿Dónde han conseguido esta muestra?

—Esa es una de las partes más aburridas del proyecto. No debe preocuparse.

—¿Están despiertos?

—Es sorprendente, ¿verdad? —responde el capellán Bertoni.

—Ha dicho que es la creación de Julius.

—Son sus pacientes, señorita.

—¿Sus pacientes?

—El señor Schneider es humilde. Tiende a alabar el trabajo de su mujer, pero él es el mejor neurocientífico que tenemos.

Lis procesa lo que el capellán le cuenta. Nada de lo que ha conocido sobre Julius parece ajustarse a la verdad sobre quién es el heredero de la fundación de arte.

—Quiero saber qué les hacen —insiste Lis.

—Sus constantes vitales son débiles, pero su capacidad perceptiva es elevada. Julius descubrió que reaccionan de forma muy positiva

ante ciertos estímulos. Hay música que prefieren, cuadros que prefieren. Son selectivos.

Ella siente una quemazón repentina en la muñeca, un dolor punzante. Al mirar, descubre un tatuaje, una quemadura.

—Sanará pronto —dice el capellán.

Lis vuelve a la marca: es una escarificación como la que Björn Nielsen tenía en la espalda. El ojo que le han tatuado es semejante al símbolo del grupo Las Palomas. Sus pensamientos siguen torpes. Una parte de ella no cree lo que está experimentando.

—El ojo de Nisaba —dice el capellán con voz serena—. Aún tiene que transcender. Bajar a los infiernos para regresar al conocimiento, pero ya es parte de nuestra familia.

Lis se toca la cabeza. Un crujido parece atravesarle el cráneo.

—Se le pasará pronto… —añade el sacerdote.

—¿Qué me han hecho?

—Lleva meses exponiéndose a ondas a las que no está acostumbrada —responde—. Pero las tolera muy bien.

—¿Qué? —pregunta ella con vehemencia—. ¿Dónde está Julius?

—De esa parte tampoco tiene que preocuparse.

—Quiero verlo. ¿Dónde está?

—No está aquí y lamento decirle que no va a venir. Ahora está usted en nuestras manos, en manos de la verdad.

—¿De la verdad?

El hombre sonríe; su excesiva cordialidad refleja cinismo.

—Es usted una criatura maravillosa, Lis.

—¿Por qué estoy aquí?

—Ya formaba parte de nuestra causa mucho antes de saberlo, señorita. Solo ha sido esquiva.

—¿Quieren que investigue para ustedes?

—Tendrá otra función.

—¿Qué función?

—En este mundo impera el caos, pero eso ya lo sabe. Desde que se nos fue entregado el árbol del conocimiento, no hemos cultivado bien los frutos; lo único que hemos hecho ha sido alimentar la mediocridad del ser. Tenemos una sociedad carente de valores, de sentido. Cuando uno sabe que esto va a más, y cuando se relaciona con aquellas personas y entidades que hacen que esto vaya a más, solo le quedan dos opciones: unirse al caos o usar el caos para instaurar la razón. Nosotros somos cooperadores de la verdad, de la belleza y del orden.

Lis comprende la lógica del discurso. Sería coherente en un congreso y hasta ella lo aplaudiría, pero sabe que este tipo de personas son seres hambrientos e insaciables.

—Sigo sin entender qué quiere de mí.

—A usted, Lis.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Es importante para nosotros estudiar a personas como usted. Estudiar su funcionamiento. Solo así podremos anticiparnos.

—¿Anticiparos a qué?

—A la supremacía de la ciencia sobre el humano. No podemos frenar el progreso, señorita De la Serna, pero sí decidir hacia dónde se encamina y la cadencia a la que se mueve el avance. ¿Lo comprende?

Lis ríe, seca.

—Estáis usando a gente como a conejillos de Indias.

—No, señorita. Nos servimos de las migajitas que ha dejado Dios en el camino para llegar a él. Esas migajitas son personas como ellos, personas como usted.

—¿Sabe cómo se llama eso, capellán? Delirio de grandeza. Y siento decirle que es una enfermedad.

—Ahora no ve con claridad.

—¿Con claridad? —pregunta, señalando a las peceras—. ¿A cuántos habéis matado?

—Aquí pasarán sus últimos días en calma.

No puede convencer al sacerdote. La conversación solo daría vueltas en el mismo círculo.

—Quiero ver a Julius —exige de nuevo.

—Le he dicho que Julius no está aquí y no sabemos cuándo va a volver, señorita De la Serna.

Lis cavila.

—Entonces quiero hablar con Lova Schneider.

Al capellán le sorprende la exigencia de la muchacha.

—¿Qué le hace pensar que está aquí?

—Si esta es la creación de Julius, no la dejaría bajo supervisión de alguien en quien pudiera desconfiar ni un ápice. Quiero hablar con la doctora Lova Schneider.

El capellán ríe. Lis posee una picardía natural que no se estudia en las aulas.

—¿Y por qué cree que él desconfía de nosotros, señorita?

—Conozco a Miguel Strachan y él lo haría: usted es cura.

Tras el hombre de traje se abren las puertas de ornamento metálico. La persona que accede al habitáculo es Julius Schneider. Sus ojos se dirigen al brazo derecho de Lis y señala la muñeca.

—¡Quítale eso! —grita enfurecido al sargento Zimmer—. ¡Quítaselo, joder!

—Y tras tres días resucitó —dice el capellán con la calma de un témpano.

Julius le sostiene la mirada.

—Esto no fue lo que hablamos.

—¿Hablamos con quién, Julius?

—No la queríais para esto.

El capellán sonríe con desdén.

—Las líneas de investigación cambian cada día. Estamos a la orden de Dios. Es nuestro único mandato.

El profesor de Filosofía da unos pasos hacia Lis.

—Ella se viene conmigo.

El capellán mira de reojo a Zimmer, que bloquea la salida con el cuerpo. Las puertas han quedado abiertas tras el paso de Julius.

—Lamentablemente, la joven se queda con nosotros, Julius. Anu lo ha dictaminado así.

—No ha hablado conmigo.

—Hijo, tú eres un humano en busca de la inmortalidad, pero no tienes poder aquí. ¿Lo entiendes?

Julius comprende que hacer que el capellán entre en razón es perder el tiempo. Su fe en el proyecto se ha apoderado de la razón que le restaba.

—Los humanos somos muy tercos, Sargón —dice Julius, y desliza la mano a la parte trasera de su pantalón.

El profesor extrae lo que parece una pistola, pero el arma no se asemeja a una habitual. En el extremo del cañón, con el que apunta hacia la cabeza del capellán, asoma un dardo.

El sargento de la Guardia Suiza —Zimmer— se adelanta unos pasos hacia la espalda de Julius, pero es el propio capellán quien lo frena con un gesto de mano autoritario.

—No hagas el ridículo —dice a Julius con la mirada fija—. Tú no eres un guerrero. Y antes de que dispares, Zimmer te habrá matado.

—No quiero hacerlo —responde el profesor—. Pero ella se viene conmigo.

—Ella pertenece a la Verdad. Y así debe ser.

En este instante, el sonido de unos tacones retumba en el espacio contiguo. Alguien se acerca, firme. Alguien que conoce el camino. Con cada taconeo, Lis siente que le atraviesan los pensamientos. Se siente débil, se sabe débil. La muñeca izquierda le quema, la derecha le pesa.

Lova Schneider irrumpe en la sala y sin mediar palabra levanta un arma, una pistola convencional, con la que apunta al sargento. La tensión mantenida pende de un hilo. Durante unos segundos, todos parecen contener la respiración.

Hasta que el sargento desenfunda y dispara a los pies de Julius. El estruendo reverbera en las paredes. Los marcadores de los pacientes con hidranencefalia se alteran violentamente. Comienzan a emitir pitidos que jamás se habían registrado.

—¡Estás loco! —recrimina el profesor—. ¡Estamos en un laboratorio!

A Julius la situación lo supera, le caen gotas de sudor por la cara y el cuello. Sargón tenía razón: no es un guerrero. Nunca lo fue.

Lis observa la escena, atrapada en su incapacidad para reaccionar. Pero una pulsión ferviente la guía al advertir cómo el sargento vuelve a apuntar a Julius, y esta vez a bocajarro. Pese a su cuerpo

ralentizado, ella se pone tras la espalda del profesor. Lo custodia. Si la quieren, si la quieren estudiar, querrán que esté viva.

Lova aprovecha el gesto de Lis para reaccionar y tomar el control de la escena.

—Ella se viene conmigo —dicta la científica mientras mantiene la pistola firme apuntando a Zimmer.

El capellán ríe.

—Fuisteis vosotros quienes quisisteis buscarla —les replica a Lova y a su marido, a Julius—. ¿Y ahora vais a fingir qué? ¿Que os importa el bienestar de su alma?

Lis comprende que el sacerdote habla de ella. Fue idea del matrimonio dar caza a la psicóloga, quienes la convirtieron en un objetivo por motivos que aún no puede alcanzar.

—Esto no fue lo que hablamos —responde Julius aferrándose a su idea inicial.

—Eres un siervo —expresa el capellán—. Sea cual sea el resultado.

Julius niega con la cabeza.

—No, Sargón. Ya no.

—No sabes lo que estás haciendo —añade el sacerdote, y dirige ahora la mirada a Lova—. Esto tendrá consecuencias.

—Juls, ¡fuera! —ordena ella.

—¡No!

—De aquí no se mueve nadie —interviene Zimmer, quien se adelanta otros pasos apuntando hacia Lis y Julius.

Y entonces Lova dispara en un acto reflejo. El estruendo ahora es brutal.

Lis se lleva las manos a la cabeza y grita. Siente que los sesos le queman por dentro. Los marcadores de los pacientes vuelven a dispararse. El pitido que emiten cada vez suena más chirriante.

Julius gira a Lis justo cuando sus rodillas caen al suelo. El profesor intenta sostenerla, pero su mujer insiste.

—Juls, ¡fuera!

—No me voy sin vosotras.

Lova entiende que él no va a irse mientras Lis corra peligro.

—Hace rato que avisé a la policía, Juls. Ella se viene conmigo, pero tú tienes que irte ya.

—¡No! —se niega él.

—Si vienen a por ti, no podrás ayudarla.

Estas palabras de Lova hacen que Julius tenga que elegir. Él se resiste a dejar a Lis arrodillada en el suelo y en las pésimas condiciones en las que se encuentra. Pero sabe que su mujer está en lo cierto. Si los Cooperadores de la Verdad llegan antes que la policía, no podrá hacer nada por la mujer a la que ama.

El capellán ríe absurdo, inmóvil en su sitio. Al levantar el hábito, deja ver la misma escarificación que han trazado en la piel de Lis. Con la mano derecha presiona el botón de una pulsera.

La neurocientífica no duda y responde disparándole al pecho. De la boca del capellán brotan regueros de sangre.

—Vete, joder —exclama Lova a su marido—. ¡Vete ya!

Julius la obedece. Sale del habitáculo con la mirada puesta en sus pacientes, pero, sobre todo, en Lis; parece pedirle disculpas en silencio.

Lova guarda el arma y se agacha. La coge del brazo, tira como puede para levantarla.

—Vamos —le dice—. Tienes que levantarte.

Conduce a Lis hasta la sala del laboratorio. Y de frente se topan con la cripta de San Carlos Borromeo.

—*Il duomo* —musita Lis.

Lova la sujeta por la cintura. Sus labios se mueven en un murmullo, maldice en voz baja. Lis percibe su miedo. Llega a comprender algo: parece que alguien puede llegar y todo alcance su fin. Lo que Lis no logra discernir es si Lova prefiere a la policía o a las personas que componen el grupo que los han subyugado.

La catedral está en penumbra, iluminada con la luz de las velas y de las linternas de los policías que esperan en la escalera. Uno de ellos advierte el arma que lleva Lova en el costado y comienza a gritarle que la suelte. Lova empuja a Lis hacia delante. La psicóloga cae al suelo y apenas logra frenar el impacto con las muñecas.

El policía continúa gritando a la neurocientífica. Ella pone la vista en Lis y le habla con voz firme:

—No le busques —le dice.

Y, sin vacilar, apunta con el cañón de la pistola a su propia garganta.

54

El palacete familiar de El Sardinero, en Santander, emerge ante Lis como una antigua herida transgeneracional: la herencia de sus abuelos paternos, la casa donde se crio junto a su abuela Victoria. Una herencia envenenada por adoctrinamiento, clasismo y ausencias.

«Muchas ausencias», piensa ella.

No estaba del todo convencida de regresar por Navidad, pero desde lo ocurrido en Milán algo dentro de ella se ha quebrado. Está más débil de lo que admite, más frágil. De alguna forma siente haber retrocedido en el tiempo y en independencia. Incluso las conversaciones con su madre, aquellas que antes resultaban irritantes, se han tornado necesarias; las busca con cierta desesperación. Su madre parece haber intuido que su hija ha cambiado: se muestra más amable, más abierta, más consciente del miedo a perder el vínculo.

Lis ha logrado llegar a un acuerdo con Francisco Palacios, su expareja, y recuperar la custodia de Brisa. Los viajes y los tutes ya no le sientan bien a la perrita. Planea proponer a sus padres que se queden con ella unos meses. Pensar que envejece le encoge el corazón. Pensar que sus padres también lo hacen se lo sacude de nuevo.

A veces reflexiona que, si durante su infancia y adolescencia hubiera obtenido la ternura que hoy asoma en ellos, quizá no habría calmado su frustración con cortes ni quemaduras en los muslos. Pero también sabe que, de no haber existido aquellas carencias, la vida nunca la habría llevado hacia Julius Schneider. Ni hacia Miguel Strachan.

Tras haber encontrado a Lis en la catedral de Milán, desorientada, ida, la sometieron a una cantidad ingente de pruebas físicas, psíquicas y emocionales. Pasó por interrogatorios, por terapia EMDR —un tipo de intervención psicológica recién llegado a España; bajo estimulación bilateral, el cerebro reconstruye recuerdos fragmentados—, incluso por hipnosis clínica. Pero ella nunca habló de lo verdaderamente sucedido, nunca cedió, ni con sus compañeros de investigación ni siquiera con su ya amigo Johannes Jensen. Su formación en psicología y en neurociencia le permitió superar cualquier polígrafo y salir airosa de entrevistas con preguntas abiertas y planificadas. Los interrogatorios eran un juego de niños para alguien que acudía al psicólogo desde la infancia.

Lis nunca dijo que Julius Schneider era Miguel Strachan. Ni tan siquiera mencionó que Julius estuvo allí. Ese fue el acuerdo que rápido pactó con la doctora Lova Schneider justo antes de que se suicidara.

Lis tampoco contó nunca que, la noche que descubrió a Miguel, conectó el *Moisés* de Miguel Ángel y la tumba de Julio II con el nombre de Julius, o que ha llegado a la conclusión de que aquel libro de aforismos que encontró en Eden Palace, en la sala Nisaba, debió de meterlo alguien a propósito en su bolso. No dijo que guarda la certeza de que fue Julius, Miguel, quien la vigilaba a través

del móvil o quien le ponía música clásica para hacerse con ella: miguitas de pan en el camino. Miguitas que solo Lis pudiera identificar.

Ahora, mientras la familia prepara la cena de Navidad, Lis accede a la buhardilla del palacete en busca de refugio frente al alboroto que hay entre la cocina y el salón.

Al entrar en la buhardilla siente la misma presión en el pecho que le provoca entrar en una iglesia. Se queda atónita al descubrir cómo aún permanecen allí, adheridos a la pared de madera, los restos del croquis que trazó años atrás. Le sorprende que sus padres no lo hayan retirado. Desde que se mudó a Roma con Brisa y con su expareja, no había vuelto a pisar el palacete familiar.

Su padre la ha seguido.

—La artrosis me está matando —dice él con una media sonrisa—. Vamos a poner unas escaleras de caracol.

Lis ríe levemente y pierde la vista en la ventanita: se adivina el mar de fondo. Las olas rompen severas, el ábrego hace crujir los postigos.

—Papá, ¿de dónde viene el dinero? —se atreve a preguntar.

—¿Qué dinero?

—El que tenemos desde siempre.

—Tus abuelos eran abogados, Lis. En aquella época se ganaba mucho.

—¿Y los bisabuelos?

Él esconde la incomodidad tras una risa floja.

—No me digas que se te ha despertado el instinto maternal.

—No, papá, no quiero hacer un árbol genealógico de taritas.

Lis querría explicarle que sospecha de su propia familia. Que, en un acto de desesperación, llamó de manera compulsiva a tarotistas que le advirtieron sobre sus orígenes. E indagar acerca de ellos es justo lo que pretende hacer.

A través de la terapia EMDR impuesta en los interrogatorios, comprendió que podría acceder a ciertos recuerdos encapsulados, desentramar la maraña de su propia mente. Esa es, en parte, una de las razones por las que ha aceptado volver: arañar entre sus raíces. Necesita entender por qué algunas de las ideas revolotean en su cabeza no como simples sueños o conjeturas, sino como recuerdos que insisten en ser reconocidos.

Su padre le da espacio y ella se queda sola en la buhardilla. Analiza cada recoveco, cada caja empolvada, hasta dar con unas carpetas de colores en las que guardaba azucarillos y recortes de periódico sobre sus jugadores de tenis favoritos de la niñez. Abre un arcón aterciopelado, encuentra un cuaderno amarillento. Reconoce enseguida los trazos: son suyos. En la parte inferior escribió una frase que ahora le desconcierta.

—*Non veratus, lacra iglesia* —lee en un susurro.

Se pregunta qué sentido tendría para una niña de unos ocho años escribir aquello. Sigue explorando en los dibujos hasta que se detiene en uno: el *Moisés* de Miguel Ángel, el mismo que una vez pintó Miguel Strachan. El hallazgo la estremece. No puede detenerse. Continúa revisando el resto con ojo clínico; todos parecen cargados de una simbología lejos de lo que a una niña pudiera interesarle: flores de lis, crucifijos, palomas al vuelo… Cada dibujo parece representar una insignia, pero aislada de las demás. «¿Por qué no recuerdo nada de esto?», se pregunta.

Coge el teléfono móvil e inicia una búsqueda de los emblemas que, como bocetos, plasmó en el papel durante su infancia. El buscador le devuelve fotografías de iglesias, de frescos, algunas pinturas que no consigue reconocer. Y entonces Lis lo comprende: los dibujos no representan simples insignias o motivos al azar que pudiera haber visto en algún libro o que alguien pudiera haberle contado a través de cuentos. Los bocetos eran, son, mapas; piezas que señalan ubicaciones donde quizá, y sin saberlo, haya estado siendo niña.

A la mañana siguiente, Lis se reúne con su padre en el despacho. El hombre hojea el periódico del día; ciertas cosas nunca cambian.

Él inicia la conversación al verla apoyada en el quicio de la puerta.

—¿Te quedas para Nochevieja? —pregunta él.

—Volveré, pero antes tengo que regresar a Roma.

El padre la observa con suspicacia.

—A Roma… ¿para qué?

Lis no responde. Sabe perfectamente que su padre sospecha que debe de haber algo más, algo que no tiene que ver con una simple gestión en la galería.

A ella le enternecen las atenciones que hoy sus padres muestran. Le gustaría confesarse con ellos, decirles que lleva toda la vida huyendo de las secuelas del apego desorganizado que le legaron. Le gustaría reconocerles que evitarlos, evitar su amor, siempre fue su forma de sobrevivirles.

—¿Por qué me crio la abuela? La abuela Victoria —pregunta Lis.

—Ya lo hemos hablado. Mamá y yo trabajábamos mucho. Sentimos el daño que eso te causó, pero no supimos hacerlo de otra manera.

—No has contestado a mi pregunta.

Él levanta la mirada, incómodo.

—Tu abuela tenía una gran red de amigos en el mundo del arte y pensamos que podía ser una buena influencia para ti. Siempre fuiste una niña muy inquieta.

Lis respira hondo.

—Papá —dice—, necesito pediros algo.

—¿Sí?

—Que os quedéis con Brisa unos días.

—¿Por qué no la llevas contigo?

—Es mayor y necesito estar unos días sola.

—No será por…

—No, papá. Fran no tiene nada que ver con esto.

Él asiente despacio, mezcla de preocupación y de ternura.

—Sabes que puedes confiar en nosotros, Lis.

La psicóloga expresa un ruego:

—Necesito volver a casa.

Epílogo I

Lis de la Serna ha conducido desde Roma hasta alcanzar su destino: Calcata, también conocido como *il borgo dei sognatori*, el pueblo de los soñadores, un pequeño pueblo suspendido sobre un peñasco en el corazón de la región de Lazio.

Baja la ventanilla y lo contempla en silencio. El viento le trae olor a leña quemada: señal de vida tras las fachadas de piedra. Una vida que regresó tras el éxodo forzoso de mediados del siglo XX, cuando Calcata fue desalojada por riesgo de derrumbe. «Pero los italianos no saben de rendición», piensa. Y así, años más tarde, el lugar volvió a poblarse de artistas, bohemios y buscadores de sentido. Esa idea la sacude. Si algo unía a víctimas y victimarios en la investigación que la ha consumido era y es el arte.

Intuye que el hombre al que llamaban Sargón —el capellán de la Guardia Suiza— no sería más que un guerrero dentro del grupo al que defendía con vehemencia. De ser uno de los pesos pesados, no sería un formador o captador de guerreros, no se mostraría tan visible y, por tanto, vulnerable.

También comprende que Julius Schneider, Miguel Strachan, ocupaba un lugar relevante en la pirámide, quizá incluso en la cúspide: era un arquitecto. Y precisamente por eso sería juzgado con mayor dureza, por haber fallado en su propósito. Entregarla a la

causa, fuera cual fuese. Incluso si eso implicaba adoctrinarla. Incluso si eso implicaba experimentar con ella, con su cerebro.

Las preguntas la atenazan. Una parte de ella se quiso convencer de que fueron los dibujos que trazó de niña, los que halló en el palacete de El Sardinero, los que la han conducido hasta aquí. Pero no. No fueron los emblemas a carboncillo de la iglesia del Santissimo Nome di Gesú. Lo que la ha traído hasta Calcata no es el arte ni la pretensión de acercarse a la verdad. Si se es sincera, puede reconocer que aquella pulsión que la ha traído hasta lo alto de esta roca es el miedo. El miedo a perderle, a perder a Miguel, a perder a Julius Schneider. Un miedo que supone un abismo al que no quiere asomarse.

Entonces comprende que toda su vida —en especial desde su adolescencia y desde que decidió estudiar Psicología— ha sido una carrera de obstáculos, una forma de resistencia, una guerra silenciosa contra aquellos que una vez la dañaron. Lis comprende que, durante años, actuó desde el ego, desde la demostración de sus habilidades como bandera. Pero ahora ya no. Ahora se le han caído todos los palos del sombrajo.

No ha viajado hasta Calcata para buscar respuestas sobre sí misma, ni siquiera para rastrear las huellas de una secta de iluminados convencidos de poder manipular a otros en nombre de la evolución o del conocimiento. No. Ahora el único motivo que la mueve es encontrarlo.

Su recuerdo late en su mente, obstinado, tan insistente que reaviva cada fibra de su cuerpo. Está en alerta, sí, pero esta alarma es distinta.

—Si te encontré una vez, puedo encontrarte de nuevo —susurra.

Y regresa, inevitable, sobre aquella vieja certeza de tintes nihilistas que sostuvo. Ríe estúpida al recordarse, al rememorar, que siempre creyó que era el sufrimiento —y no el amor— lo que movía al mundo.

Una voz en su interior deja escapar una risita ahogada. Ahora lo sabe. Es el amor el que mueve al mundo. Al menos, el único que ahora mueve el suyo.

Epílogo II

Era 6 de abril de 1981. Un año antes de la desaparición.

La primavera acababa de abrir los balcones. Miguel Strachan Saavedra cumplía trece años y en su barrio ya se había ganado el apodo de «el joven artista malagueño». Un chico fuera de lo común con unas habilidades aún más excepcionales que la bondad que desprendía. A él no le importaban sus diferencias, deseaba explotarlas hasta la máxima consecuencia. Pero también deseaba encajar en un mundo que no estaba hecho para él y, quizá, este era su mayor anhelo.

Aquel 6 de abril pidió —como si fuera un ruego— asistir a sus clases en la asociación cultural Las Palomas. Lo material le resultaba ajeno; las atenciones impostadas le incomodaban. Se había inscrito en la asociación pocas semanas antes gracias a la insistencia de la vecina Paquita y, desde entonces, aquel lugar rodeado de arte se había convertido en su refugio.

Virginia Carrera, su compañera de pupitre, recordó la fecha de su cumpleaños. Le entregó un pequeño cuaderno de dibujo de tapas ásperas y hojas gruesas.

—Felicidades —susurró ella.

A Miguel, ya a su corta edad, jamás se le dio bien recibir afecto. Mucho menos uno que no consideraba merecer.

Era 6 de abril y la angustia le oprimía el pecho, aunque no supiera explicarla. Era lo que su madre llamaba «nervios»: una tensión que le nacía de los adentros y que le desregulaba hasta empeorar las crisis de epilepsia que sufrió en los últimos tiempos y que pasaban inadvertidas a sus familiares.

Miguel Strachan era una luz demasiado brillante en medio del gentío. Siempre se sintió solo pese a que nunca lo estaba. Y, aunque esa emoción le devoraba, el muchacho había empezado a sentirse acompañado, además de comprendido. De ahí nacía su angustia, esa que no podía explicar, justo de ese hueco, de esa grieta en su corazoncito que los chicos llenaban con fútbol, y los hombres, con bebida. Mientras los demás compañeros hablaban de la llegada de la Semana Santa, para Miguel aquellas fechas le suponían un castigo. Durante esos días, Las Palomas cerraba sus puertas. El edificio, en pleno corazón de Málaga, quedaba sitiado por procesiones, multitudes e incienso. El olor del barro secándose en los talleres era sustituido por el de la cera derretida. Todo se detenía. El arte se suspendía. El caos imperaba en la calma que él había encontrado.

Aquel año, además, el país seguía convaleciente por el golpe de Estado del 23 de febrero. Las imágenes del Congreso asaltado se repetían en los televisores, y los adultos bajaban la voz, como si todavía temieran ser escuchados. En las calles, sin embargo, el fervor religioso crecía con una intensidad casi fanática.

Miguel sentía que el mundo se movía a una cadencia que no era la suya. Él prefería el silencio, las manos ocupadas, el instante en que una forma invisible empezaba a emerger en el boceto o en la cerámica. Su mayor regalo de cumpleaños sería pasar esa tarde en

la asociación. Y, sobre todo, junto a aquella mujer: su maestra, la señora Victoria.

Fue la vecina Paquita quien empujó a Miguel, meses atrás, a inscribirse en Las Palomas. Miguel ocultó la matrícula durante semanas, dispuesto a hacer lo que fuera necesario. Sabía que su padre no estaría de acuerdo. Pero al chico le habría dado igual batallar cada día con su padre: salir de casa ya era un éxito; salir al encuentro del arte, una salvación.

—Arrímate a la señora Victoria —le aconsejó Paquita—. Es de buena familia. Te enseñará lo que otros soñarían.

Y así lo hizo. Miguel se arrimó a la señora Victoria y ella jamás le perdió la pista. Ella lo miraba y lo veía. Algo que ninguna chica de su edad había hecho antes. Cosa que sus abuelas no habían conseguido y que tampoco, ni mucho menos, esperaba de Rosa, de su madre. Ella se convirtió en el epicentro de su vida.

Mientras otras mujeres hablaban de nietos y recetas, la señora Victoria moldeaba la arcilla con concentración casi religiosa. Le enseñó a medir los perfiles con los dedos, a diseccionar la luz, a no temer al vacío sin forma.

—Recuerda, Miguel —decía sin mirarlo—: Miguel Ángel no creaba. Solo quitaba a la piedra lo que le sobraba.

En pocos meses, el muchacho se transformó. Lo que era innato, ella lo afiló. Como una pluma. Como un cuchillo.

Ella le hablaba de historia, de ciencia, regaba la mente del jovencito con la devoción de una abuela que desea dejar en su nieto el mayor de los legados. Fue ella quien le propuso tallar aquella supuesta Virgen del Carmen —a Nisaba—. Fue ella quien le hablaba

de su abuelo, de Alastair Strachan, a quien había prometido que conocería muy pronto.

Todos en la asociación conocían a la señora. Le tenían respeto, incluso devoción. Ella y su marido ayudaban a muchas familias, sostenían económicamente a la asociación, organizaban exposiciones y rifas benéficas. Para la mayoría, Las Palomas era un refugio artístico. Para ella, era otra cosa. Una red. Un filtro. Una selección.

Desde hacía años, la señora Victoria pertenecía a un grupo que se autodenominaba Cooperadores de la Verdad. Rastreaban niños con condiciones neurológicas especiales: epilepsia, hipersensibilidad, predisposición a lo que la ciencia llamaba trastorno mental o capacidades especiales. Niños con una luz particular en la mirada. Niños como Miguel Strachan.

La finalidad de este grupo no solo consistía en encontrar a aquellos menores, sino en someterlos a estudio. Algunas de las pruebas a las que serían expuestos implicaban un riesgo real de fallecimiento; otras lo asumían, de forma deliberada y con un alto riesgo doloso durante el proceso. Estas pruebas no solo tenían carácter invasivo, sino que, por si fuera poco, dejaban secuelas en los pacientes que se sometían a ellas. Torturas sónicas, neurocirugías experimentales, ensayos con sustancias neurotóxicas, inducción deliberada de crisis epilépticas…, entre otras que exponían a los menores a la resistencia de un dolor extremo.

Ellos jamás se habrían considerado unos depravados. Tampoco deseaban ser vinculados con el nazismo ni con cualquier doctrina semejante. Justificaban la experimentación no solo por un supuesto bien mayor, sino porque creían —lo creían de verdad— que ese era

el destino de aquellos niños. Una oda a su inteligencia, decían. Un tributo.

En Málaga, Miguel ya había superado una de las pruebas más complejas: la reanimación cerebral tras la exposición a determinados tóxicos a los que la señora Victoria lo había sometido. Esto derivó en epilepsias cognitivas, aquellas de las que hablaba su compañera de pupitre, Virginia Carrera. Miguel no solo sobrevivió: su mente se volvió más lúcida. El joven artista malagueño pasó de ser un número a ser reclutado.

Como la diosa Nisaba, ella forjó su destino, lo escribió, y él aceptó de buena gana. El muchacho se convertiría en un símbolo, en una de las mentes que, algún día, dirigiría la orquesta invisible de los Cooperadores de la Verdad.

Cuando fue reclutado no entendía el alcance de lo que aceptaba. El ego adolescente amortiguó los riesgos, los sacrificios y las renuncias. No imaginaba la transmutación que lo aguardaba: de ser sintiente a convertirse en un armazón racional, intolerante a la incertidumbre, un actor.

Pero él la admiraba, la quería, y la señora Victoria aprendió a quererlo como se quiere a un nieto: de manera incondicional, sin peros ni exigencias, sabiendo que él ofrecería lo mejor de sí para seguir recibiendo aquel amor que ella le otorgaba.

Una tarde, en la asociación, mientras la señora supervisaba uno de los primeros bocetos de la talla, Miguel preguntó:

—¿Ya pinta?

Victoria soltó una carcajada.

—¿Mi nieta?

—Sí, doña Victoria.

—Es una joía: habla casi desde que nació. Sí pinta. Garabatos, pero irá mejorando.

Miguel esbozó una sonrisa. La inteligencia —incluso cuando provenía de una niña de tres años— lo fascinaba.

—¿Me enseñará algo?

—¿Quieres ver lo que pinta mi nieta?

—Si se parece a usted, seguro que es muy lista.

Victoria sostuvo la sonrisa más de lo habitual.

—Tiene madera para serlo.

Tras un breve silencio, añadió:

—Se parecerá mucho a ti, Miguel. Más de lo que imaginas.

—Nunca me ha dicho su nombre.

La señora Victoria desvió la mirada hacia la ventana. La lluvia empapaba las calles. Podía imaginar a los fieles angustiados.

—Eres muy joven para entender ciertas cosas, Miguel.

—¿Entender qué?

—A veces amar implica soltar lo que se ama.

Miguel frunció el ceño.

—¿Cree que podría hacerle daño?

—Tú no, querido. Pero sería mejor que no sepan demasiado de ella. ¿Entiendes?

Miguel lo comprendió entonces. La señora Victoria no quería que su nieta pasara por las pruebas que él había superado. Quizá temía que no resistiera o quizá temía que las superara todas. Ambas posibilidades eran peligrosas. Ambas implicaban perderla. Perder de alguna forma a su nieta. A Lis de la Serna.

Finis est principium.

Agradecimientos

Irvin D. Yalom, psiquiatra y escritor, reflexionó sobre la carencia de un sentido vital desde la psicología existencial. Para explicarla recurrió a una imagen del humano tan simple como devastadora: la de personas que transportan ladrillos de un lugar a otro sin el propósito de que estos formen nunca parte de una construcción.

Esta me resulta una forma certera de comprender que la ausencia de sentido se asemeja peligrosamente a la muerte, o, al menos, a cierta muerte del alma.

Hoy agradezco en estas líneas a quienes salvan a otros del vacío, en especial del abismo que encontramos en nosotros mismos en tiempos de conflicto.

Gracias a mi editor, Alberto Marcos, y a mi agente literaria, Alicia González Sterling, por su acompañamiento y por la paciencia infinita depositada en mí durante la creación de esta novela.

A mi familia, por ser y estar. Todo lo demás parece irrelevante.

A Roma, por su amor incondicional. Ella no necesita estruendos para mostrarse.

A mis amigos, los de siempre y los que llegaron después. Sois luz en la cotidianidad, un abrazo que recompone.

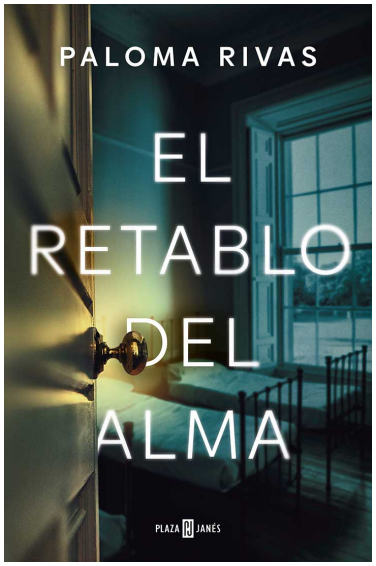
A mis pacientes, por enseñarme humildad.

A los lectores, por sostener un sueño entre las manos, por hacerlo posible.

A los libreros y bibliotecarios, por acoger nuestras historias, por hacerlas vuestras.

Y a Julio. Me preguntaste si alguna vez te dedicaría un libro. Te he escrito un personaje.

Tras el éxito de *Los versos sueltos del Edén* (Plaza & Janés, 2024), Paloma Rivas vuelve a poner su experiencia como neuropsicóloga al servicio de un thriller adictivo, oscuro e inquietante sobre los peligros de los avances científicos no regulados y los recovecos todavía inaccesibles de la mente humana.



Jessheim, Oslo, febrero de 2013. El cadáver de un mecánico de helicópteros, Bjorn Nielsen, aparece en el fondo de un lago. El asesino le ha taladrado el cráneo en el centro de la frente, y le ha extirpado el sistema límbico y ha introducido una foto en la cavidad. En dicha imagen se ve al mecánico junto a un grupo de menores

que la Inteligencia noruega identifica como niños des a parecidos hace más de treinta años.

Cuando contactan con la psicóloga Lis de la Serna para estudiar el caso, comienza una investigación en la que Lis descubre datos escalofriantes sobre unos experimentos neurológicos que se llevaron a cabo desde principios del siglo con jóvenes de cualidades mentales excepcionales. Unos experimentos cuyas terribles repercusiones han llegado hasta nuestros días. Pero ¿cuál es la implicación de los organismos sanitarios internacionales en estos hechos? ¿Y quién está dispuesto a matar por impedir que salgan a la luz?

Paloma Rivas (1991, Málaga) es psicóloga sanitaria y neuropsicóloga. Especializada en trauma, trastorno límite de la personalidad y trastornos de la conducta alimentaria, es profesora y doctoranda en la Universidad Europea, además de colaboradora y ponente en instituciones como la Universidad Internacional de La Rioja, la Asociación Española del Trauma Psicológico, la Universidad Loyola de Sevilla y el Colegio Oficial de Psicólogos de Andalucía, entre otros. Se ha formado en escritura, estilo y creatividad en la Universidad Internacional de Valencia y de la mano de Grupo Planeta. También es autora de diferentes cuentos infantiles que fueron premiados a nivel nacional entre 2021 y 2022. En 2024 publicó *Los versos sueltos del Edén* (Plaza & Janés). Esta es su segunda novela.



Primera edición: junio de 2026

© 2026, Paloma Rivas Gallardo
Los derechos sobre la obra han sido cedidos a través de Bookbank Agencia Literaria
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Helena Boet Serrano
Fotografía de portada: © Magdalena Russocka / Trevillion Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03661-3

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

El retablo del alma
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Epílogo I
Epílogo II
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Paloma Rivas
Créditos